

El príncipe Carlos

LA MONJA

ENDEMONIADA.

LA
MONJA ENDEMONIADA

NOVELA HISTORICA

POR

RAMON PACHECO.

AUTOR DE "UNA BEATA I UN BANDIDO,"
"EL PUÑAL I LA SOTANA", "LOS TRIUNFOS I PERCAN-
CES DE UNA COQUETA." etc.

TOMO SEGUNDO.

SANTIAGO DE CHILE.

IMP. DE B. MORAN, CALLE DEL CARRASCAI, NÚM. 28.

1876

EL SALON DE NUESTROS ABUELOS.

Las fiestas cívicas con que el cabildo de Santiago habia celebrado la llegada del nuevo presidente el 22 de abril de 1808, no habian bastado para hacer olvidar a los habitantes de la capital que en la noche de ese mismo dia tenian que asistir a un espectáculo de mucho mayor interes.

Hacia tiempo que todos, o casi todos los viérnes, llegada la oracion, el pueblo se agrupaba al rededor de una casa situada en la calle de San Antonio, entre la alameda i la que hoi lleva el nombre de Chirimoyo.

La casa era vasta, i sus patios i corredores no lo eran ménos.

Entrando por un pasadizo de la derecha, se llegaba a un gran salon con dos ventanas al patio, i una puerta que lo unia con otras habitaciones.

Desde la oracion, como hemos dicho, empezó la

jente a invadir la casa, llegando en grupos mas o ménos considerables.

Todos se esforzaban por ganar un lugar cerca de la puerta del pasadizo, o inmediato a las dos ventanas cuyas persianas permanecian cerradas.

De cuando en cuando, i abriéndose paso por entre la multitud, llegaban tambien algunos caballeros envueltos en ámplias capas, o algunas señoras arrebujuadas en gruesos rebozos de bayetilla. Aquellos i éstas, autorizados sin duda por el dueño de casa, franqueaban la puerta que parecia estar vedada a la muchedumbre.

Momento por momento, la afluencia de jente aumentaba i el agrupamiento en el patio se hacia mas compacto.

Lo que mas llamaba la atencion, era que aquella multitud de hombres, mujeres i niños, agrupados todos, ajitándose todos, tratando todos de avanzar hácia las ventanas, guardaban sin embargo un silencio relativo.

I si decimos relativo, es porque en el agrupamiento del pueblo hái siempre bulla i desórden, algazara i confusion, i en el que describimos solo se oia un murmullo sordo, confuso, como el runrun que formá un enjambre de abejas.

Era que todos hablaban quedo.

Entre las personas que entraban al interior de la casa atrayéndose la envidia de los que permanecian fuera, contábanse muchos sacerdotes de todas órdenes i algunos clérigos. Tanto los primeros como los últimos, llegaban provistos de sendos libros que por su

pasta i cortes dorados, se conocia que eran rituales.

Cuando esto sucedia, es decir, cuando algun sacerdote pasaba por entre la multitud, los hombres se descubrian, las mujeres se inclinaban i todos a una les abrian camino.

Era que el pueblo, en aquel tiempo, miraba a los sacerdotes como a verdaderos ministros de Dios.

Ellos, (los sacerdotes) pasaban rectos, ríjidos, i con paso medurado.

Era que los ministros de Dios principiaban a olvidar la humildad enseñada por el Salvador.

La última vez que la muchedumbre dió paso a un sacerdote, corrió de boca en boca un rumor que nos seria imposible traducir en palabras.

Aquel sacerdote venia acompañado de un lego que traia varios paramentos sacerdotales, i una gran caldera llena de agua bendita.

Como los demas, entró a la casa seguido del lego i de las envidiosas miradas de los concurrentes.

Acompañémoslo.

Despues de haber atravesado el pasadizo, abrió una puerta que daba a un segundo patio, i entró a una pieza construida bajo un corredor.

Unas veinte personas entre frailes, caballeros i señoras que habia en la pieza, vinieron a saludarlo con marcadas muestras de deferencia.

—Pase usted a tomar asiento, frai Melchor, dijo el que parecia dueño de casa señalando al recién llegado una silla de alto respaldo colocada en el sitio de honor.

Frai Melchor Martinez, el sacerdote que ya a la li-

jera hemos presentado en otra ocasion, avanzó saludando con cortesanía a la concurrencia, i fué a ocupar el lugar que se le habia cedido.

—¿Qué tenemos de nuevo? preguntó al mismo que lo habia invitado a sentarse.

—Nada aun, Reverendo Padre; pero sí creo que esta noche tendremos funcion.

—¿Ha estado con los síntomas?

—Con todos ellos. Desde que amaneció, ha cantado sin cesar hasta las diez de la mañana. Cada dia su canto es mas dulce i conmovedor.

—¿I qué canta? preguntó el padre.

—A veces algunos cánticos de iglesia; otras una tonada; pero de ordinario su canto se reduce a una entonacion triste, sostenida, que se asemeja al llanto del *cuculí*. Despues su voz se apaga poco a poco, su mirada languidece i se queda inmóvil, oprimiéndose el corazon i mirando de hito en hito al cielo. Si se le habla, no contesta; si le tocan las manos, la cabeza o el cuerpo, salta i se estremece. Lo único que influye poderosamente en ella, es la música. Cuando ha estado así, i por una casualidad llegan a sus oídos los acordes de una música, escucha con marcada atencion, se sonrie, suspira i concluye por llorar.

—¿I vuelve de su postracion, se reanima?

—Nó, Reverendo Padre. Continúa en ella hasta que le vienen grandes convulsiones.

—¿I qué hace despues? ¿Qué dice?

—No se acuerda de nada. Créese que ha dormido mucho. I como ha perdido la memoria.....

—¿Ha perdido la memoria, dice usted?

—Casi del todo. Hai ocasiones en que es una verdadera idiota que no sabe ni su nombre; pero lo sorprendente que hai en esto, es que aun en esos mismos instantes, no olvida jamas un nombre que repite sin cesar. Mas aun: ha sucedido que ha estado muchas veces completamente privada de sentido; i al nombrar a esa persona se ha incorporado vivamente preguntando: ¿Dónde está? Pero esto no dura sino un solo instante. Inmediatamente vuelve a su postracion i se ha notado que cuando esto sucede es mas duradera, i ella sufre mas. ¿Crée usted, Reverendo Padre, que efectivamente esté poseida por el demonio esa pobre creatura?

—Lo creo firmemente; i ya usted ha visto cómo el viérnes pasado, gracias a Nuestro Señor Jesucristo, lo he hecho huir.

—Es que cuando Vuestra Paternidad llegó, ya el mal cedia, i por esto no ha tenido usted lugar a oír las cosas prodijiosas que ella habla.

—¿Me dicen que divulga algunos secretos?

—Sí, señor; i no es solo eso, sino que tambien suele decir a gritos lo que alguno de los que la rodean está pensando.

—Ese es el demonio: no lo dude usted, dijo Frai Melchor con aire de conviccion. Ya se ha visto mil veces lo mismo. Satanas, sabeedor de todo, habla por boca de las personas de quien él se ha posesionado i se complace muchas veces en echar en cara a los hombres sus defectos o en suponérselos para avergonzarlos.

—Pues yo no habria creído nunca esto de los endemoniados, si no lo estuviera viendo, dijo el dueño de casa.

—Hace usted mal en dudarlo. En las sagradas escrituras se habla a menudo de ellos, i sobre todo del rei Saul cuando era libertado de los demonios por el arpa que tocaba David.

—¿I qué fruto pueden sacar los cristianos de este espectáculo? preguntó sencillamente el dueño de casa.

—El robustecer su fé. Hai ocasiones en que Dios permite al demonio que tome posesion de una criatura, para castigarla: otras para probar su virtud i varias veces solo para manifestar el poder de Satanás.

El dueño de casa levantó los hombros como para significar que no comprendia, i guardó silencio por un instante.

En el patio, el rumor sordo, confuso, que reinaba a la llegada de Frai Melchor, habia ido aumentando poco a poco i amenazaba tomar las proporciones de un desórden.

—Voi a hacer callar a esa jente, dijo el dueño de casa parándose i atravesando el salon.

La noche habia cerrado por completo; pero la luna iluminaba profusamente el patio.

La muchedumbre habia aumentado de tal modo, que despues de llenar el patio i los corredores, habia invadido la calle.

—¡Señores! dijo el dueño de casa en voz alta. Si no guardan ustedes un profundo silencio, los haré salir i cerraré mis puertas. Permaneciendo callados, podrán

tambien oir lo que diga la endemoniada.

Un murmullo recorrió de boca en boca, i un instante despues todos aguardaban en silencio.

Frai Melchor habia continuado su conversacion con algunos otros sacerdotes que ocupaban el salon, i les hablaba con un si es no es de superioridad i satisfaccion, de los muchos años que habia ocupado en la conversion de infieles, i de los favores que debia al cielo por haberlo librado un millon de veces del martirio.

Las señoras, todas ellas matronas venerables, escuchaban con relijiosa atencion las palabras de Frai Melchor; i a cada portento que él narraba, ellas repetian en coro una alabanza al Señor.

Vírjen aun en aquellos tiempos la fé en los milagros, ninguna conversacion era mas bien acogida que la que tenia por fin el comentarlos.

Frai Melchor, por otra parte, gozaba de gran fama como teólogo i hombre de letras, i su palabra era acatada con veneracion entre los sacerdotes. No se crea por esto que era un sabio, ni que sus conocimientos superasen en mucho a los que recibian los demas: nó, era que el padre Martinez se daba aires de hombre docto i lucia su poco talento mas que lo que lo hacian los verdaderos sabios.

Esto no debe admirar: hoi mismo vemos a la ignorancia atraerse los laureles de la gloria, miéntras el verdadero saber permanece modesto e ignorado.

Volvamos a nuestra narracion.

El dueño de casa, cuando hubo aquietado a la multitud, en vez de dirijirse al salon en que estaba Frai

Melchor, abrió la puerta de la sala que tenia dos ventanas al patio.

Hallábase la sala iluminada por varias bujías colocadas en dos candelabros de plata, que a su vez descansaban en otras tantas mesas llamadas *de arrimo* en aquella época. Una estera cuidadosamente trenzada cubria el pavimento, i una docena de sillas, de alto respaldo, i tapizadas con terciopelo color de guinda, rodeaban las murallas.

Al frente de la puerta que acababa de franquear el dueño de casa, o mas bien al medio de las dos ventanas, habia una tarima como de un pié de altura cubierta con una alfombra de vistosos colores, i rodeada de taburetes tapizados con el mismo jénero de las sillas. Entre estos taburetes destinados a soportar el peso de nuestras abuelas, sobresalian algunos cómodos sillones con el mismo tapiz que los anteriores, pero diferenciándose de ellos en que estos tenian brazos i estaban destinados a los sacerdotes u otros hombres de alta suposicion, i por eso se hallaban colocados en el estrado, es decir, en el sitio en que solo eran admitidas las señoras i los frailes.

Para describir por completo el ajuar de los salones de aquella época, agregaremos que sobre las mesas habia una verdadera miscelanea de vistosos caracoles, floreros dorados, largas plumas de pavo real, juguetes de distinto jénero, un sahumador de plata, un gordo i colorado niño Dios rodeado de flores de esmalte i encerrado en una urna de madera; por fin, cajitas de conchas, i mil otras curiosidades cuyo inventario llenaria

muchas pájinas de nuestro libro.

El dueño de casa pasó a una pieza inmediata, donde lo que primero llamaba la atención era una especie de altar en que habia un crucifijo, una Dolorosa i un San José, amen de algunas estampas de San Antonio, San Jerónimo i otras, todas ellas alumbradas por cuatro bujías puestas en enormes candeleros de bronce.

A los pies del crucificado se veia un vaso casi lleno de agua bendita, que a guisa de hisopo tenia una rama de arrayan.

En un ángulo de esta pieza habia un catre de madera, i sobre éste i una cama cubierta con una colcha de vistosos colores, estaba recostada una jóven completamente vestida de blanco.

Al lado del lecho, arrodilladas i recitando en voz baja algunas oraciones, se hallaban dos mujeres. La una era la esposa del dueño de casa, i la otra una sirviente,

Al ver la primera a su esposo, interrumpió el rezo. se paró, i llegándose a él, le dijo:

—Está mui tranquila: solo de cuando en cuando se estremece i lanza un suspiro. Yo creo que nuestro rezo ha impedido que el demonio se acerque: no he descuidado, tampoco, el rociarla a menudo con agua bendita.

—Pero está como aletargada, observó el esposo; lo mismo que ha estado otras ocasiones ántes que el demonio tome completa posesion de ella.

—Sí, pero ya es mui tarde, i creo que si continuamos rezando, *el calchillas* (nombre con que las beatas nombran a Satanas) no se atreverá a llegar i se contentará con hacerla dormir.

—Talvez, dijo el esposo como recapacitando.
Luego agregó:

—¿I si llamáramos a Frai Melchor i los otros padres para que le rezaran un conjuro, no se evitaría, talvez, que esta noche se le *entrara el demonio*?

—Seria mui posible: anda i llámalos.

El dueño de casa volvió sobre sus pasos, i cuando llegaba al pasadizo, oyó un sonoro grito que lanzaba la jóven vestida de blanco.

Al mismo tiempo, dos caballeros entraban al pazedizo, i la jente que ocupaba el patio, se oprimia a las puertas i ventanas tratando de no perder si era posible, ni un ¡ai! de la poseida.

Antes de continuar, veamos quienes eran las personas que acababan de llegar.

CONQUISTA DE UN POETA.

Como el lector debe recordarlo, don Juan Martínez de Rózas dió por terminada la conferencia que habian tenido en casa del doctor Campos, casi al mismo tiempo que Mateo Soto llegó a buscar a don Tomas Acosta.

El doctor Rózas; cansado con el viaje como el mismo lo habia dicho, se despidió tambien al poco rato de sus amigos, pensando recojerse luego a palacio.

Pero sucedió que al salir a la calle, se encontró de manos a boca con un caballero que, al verlo, se detuvo i se quedó mirándolo de hito en hito.

—¡Bernardo Vera! exclamó Rózas gratamente sorprendido.

—¡El mismo en carne i hueso! contestó el nombrado abriendo los brazos i estrechando entre ellos al secretario del Presidente.

—¡Ya sabia que estabas aquí! dijo Vera. Tu llegada ha causado mas novedad que la del mismo Gobernador.

—¿Es posible?... Yo te hacia fuera de Santiago, con tanta mas razon, cuanto que no has estado hoi en la recepcion oficial. ¿Por qué me has privado de abrazarte ántes que ahora?

—Llego en este momento del campo, i vengo solo por satisfacer una curiosidad.

—¿La de ver al nuevo Gobernador? interrogó Rózas jocosamente.

—¡Quia! nó, la de ver una monja endemoniada.

—¡Diablo! ¿Eso tenemos?

—Sí pues: ¿no lo has oído decir?

—Nó: he tenido mucho de qué ocuparme. ¿I tú piensas volverte al campo cuando hallas satisfecho tu curiosidad?

—Mañana mismo.

—Eso no puede ser. Si hubieras estado con nosotros aquí, (i Rózas indicó la casa del doctor Cámos) verias que tu presencia en Santiago es indispensable.

—¿I para qué?... Pero vamos andando, irémos juntos a ver ese diablo de monja, o lo que es lo mismo, esa monja endiablada.

—¿Está mui léjos de aquí?

—Nó, a pocas cuadras: en la calle de San Antonio.

—Vamos, pues, contestó el doctor Rózas tomándose del brazo de don Bernardo Vera i Pintado, que tal era el nombre del nuevo personaje que presentamos en escena.

—¿Con que has resuelto, al fin el dejar tus hogares del sur? dijo Vera apenas se pusieron en marcha.

—Sí, pero con un gran objeto. Tú sabes cuánto he amado la idea de que algun dia seamos independientes rechazando la esclavitud en que vivimos. Hace largo tiempo a que veo con placer los trastornos de España, i a que estudio las fases que toma la política. Creo que ha llegado el momento oportuno, i aquí me tienes dispuesto a trabajar sin descanso por conseguirlo.

—Pero no comprendo lo que pretendes. Para conseguir la independendencia, debias principiari por destruir el gobierno que nos viene de la monarquía; i en vez de hacer esto, llegas como secretario del presidente i formas parte del gobierno.

—Es que amo demasiado mi causa i mi cabeza para comprometerlas en una accion descabellada. ¿Qué sacaría con sublevar uno o dos batallones, con destronar un presidente i con que corriera la sangre de nuestros hermanos, cuando tendria a toda la Nacion en contra? Las grandes reformas, Bernardo, no se llevan a cabo de un golpe sin producir un cataclismo. Yo no quiero eso. Minaré lentamente el edificio que quiero desplomar, i no gastaré mis fuerzas en derribarlo, sino cuando haya hecho salir la última piedra de sus cimientos. No haciéndolo así, mañana pendería mi cuerpo de una horca, i ésta ahuyentaría a los que mas tarde tuviesen la idea de conquistar su libertad. Yo, formando parte del Gobierno; yo, teniendo noticias exactas de la metrópoli; yo en fin, secretario, i mas que secretario director del presidente, encaminaré todos

sus actos al fin de nuestra causa, i conquistaré poco a poco adictos a nuestras ideas.

—La cosa es mas difícil de lo que parece, dijo Vera.

—Yo no lo niego, replicó Rózas; pero no por eso desmayo; i si entre mis amigos encuentro adeptos, creo seguro el triunfo.

—Pues yo no soi de tu opinion. El dia ménos pensando encuentras en tu camino un espía o un delator, i todo cae por tierra de un golpe. En el mismo caso, es verdad, se halla el sublevar un pueblo i un ejército; pero hai mas probabilidades de no ser traicionados por el ménos tiempo que media entre la idea i la ejecucion.

—Eso es cierto, replicó Rózas. Pero como el cimentar nuestra independendia no depende tanto de destronar este o aquel gobierno, como de hacer comprender a nuestros mismos compatriotas lo que ganarán siendo libres, necesitamos avanzar lentamente, conquistándolos uno a uno. De otro modo, ellos serian los primeros en desaprobarnos nuestra conducta i en pensar que cometiamos un crimen, atentando contra el poder Real.

—¿I cómo piensas, entónces, atraerlos a tu partido si no principias por atacar al rei?

—Atacaré al rei, pero nó a la monarquía.

—Pero uno i otra están tan ligados, que no se puede herir al uno sin que la otra lo sienta.

—Hoi no sucede eso. Se puede atacar al monarca i defender sus derechos.

—Cada rato te comprendo ménos. ¿Quieres explicarte?

—Voi a hacerlo. ¿Sabes tú las intrigas de la Corte?

—Sé que tenemos una reina *mui bondadosa con sus súbditos, i en particular con el ministro Godoi*, respondió Vera acentuando con voz maliciosa las palabras que subrayamos.

—I que Carlos IV cierra los ojos para no ver las infamias de su mujer, ¿no lo sabes tambien? preguntó Rózas.

—Sí, pues, así como sé que el deseado Fernando VII no es sino un papanatas que conspira contra sus padres.

—Bien, lo sabes todo, entónces, i esto me ahorra el decírtelo. Dime ahora: ¿qué efecto causan estas noticias en el ánimo de los mas partidarios del rei?

—Se murmura, se desea que el rei abdique en su hijo, i por fin se censura la conducta de la reina.

—Pues lo que se hace aquí, se hace en todas partes. ¿Cuándo hasta hoi se habia atrevido nadie a censurar la conducta de los reyes, siendo así que al nombrarlos, solamente, se descubrian la cabeza como si estuvieran ante Dios? Eso prueba que los reyes han descendido de su pedestal i que ya no tienen el prestijio que ántes poseian. Lo que yo me propongo, es que se pierda poco a poco la idea de que dependemos de la metrópoli: en seguida, negar la obediencia a Carlos para dársela a Fernando; i finalmente, que se nos dé representacion, que se nos dé comercio libre, que se nos dé ilustracion. Estas pretensiones irán sucediéndose poco a poco, a medida que los chilenos vayan convenciendo de sus necesidades, a fin de qué, el dia

en que el trono se niegue a satisfacérnoslas, tengamos derechos para declarar nuestra independencia. Esto en lo que respecta a la idea en jeneral. Ahora para llevarla a término, trataré de apartar del gobierno, también poco a poco, a todos los que no sean partidarios de nuestras ideas, i a los españoles que sean un obstáculo a nuestras pretensiones.

—Eso también lo creo difícil, dijo Vera.

—Cuento para ello con mi influjo ante Carrasco. El pobre hombre es un ciego que se dejará guiar al abismo; i de tal modo me respeta, que aun cuando se vea en él, no se atreverá a echármelo en cara. Ya veras cómo bien pronto damos principio. Ahora que ya sabes a lo que vengo, dime si me ayudas.

—Eso no se pregunta: soi contigo. ¿En qué debo ayudarte?

—Mañana no te irás al campo.

—Está bien: ¿i qué hago aquí?

—Te verás con tus amigos cabildantes i les dirás que el señor Carrasco es un sabio, es un justo, es todo lo que tú quieras; i que tal alhaja, seria una lástima que la perdiéramos.

—Ya comprendo: elevaré al señor Presidente a los cuernos de la luna.

—O mas arriba si es preciso, a fin de que el cabildo se reuna i eleve una súplica al Soberano pidiéndole nombre gobernador propietario al señor Carrasco.

—Está bien. ¿I despues que haré?

—Tomarás tu pluma i lucirás tu talento de poeta escribiendo versos en descrédito del rei.

—¡Diablo! no he ensayado mi musa en esa materia. Veremos lo que sale. ¿I qué mas debo hacer?

—Asistir a las conferencias que tendremos en casa del doctor Cámos.

—Asistiré a ellas. ¿Hai mas?

—Lo último es que en el círculo de tus amigos hagas prosélitos para nuestra causa.

—Bien, los haré. ¿No tienes mas que exigir?

—Solo me queda advertirte que esta es una cuestion séria; que nos hemos ligado por un juramento, i que jugamos en ella nuestras cabezas. Si la tuya se halla mui bien sobre tus hombros, no nos acompañes i vete al campo.

Bernardo de Vera se detuvo, i con voz bastante séria i algun fuego en sus palabras, le dijo:

—Si mi cabeza está bien sobre mis hombros, mi corazon de chileno está mal con la esclavitud.

—¡Bravo! así quiero oírte hablar! le dijo Rózas estrechándole la mano con alegría.

—Hemos llegado, dijo Vera dirijiéndose a la casa en que se hallaba la endemoniada.



LA ENDEMONIADA.

Vera i Rózas entraron sin dificultad a la casa a pesar de la multitud de jente que invadia el patio, pues en aquellos tiempos de ánimas e ignorancia, los aristócratas gozaban de un respeto absoluto por parte del bajo pueblo.

—Mi señor don Anjel, dijo Vera al dueño de casa que en aquel momento corria a llamar a los sacerdotes.

Volvióse aquel un tanto disgustado, pero al reconocer al poeta, se acercó a él tendiéndole afectuosamente la mano.

—Pasen ustedes, les dijo; pasen ustedes: llegan mui a tiempo. Voi a traer a los sacerdotes porque el demonio principia a hacer su oficio.

Vera i Rózas pasaron al salon, miéntras el señor Anjel de Torrealba, que tal era el apellido del dueño de casa, se dirijia a la pieza en que hemos dejado a frai Melchor.

—¿Quién es este caballero? preguntó el doctor a Vera.

—Un antiguo amigo, i uno de los hombres de mas importancia por la fama de su virtud. Es síndico de varios conventos, i presidente de casi todas las cofradías.

—¿La endemoniada es alguna hija de él?

—Nó. Hace mas de veinte años a que es casado, i no ha tenido hijos. ¿Has observado que todas las mujeres que se llevan día i noche en las iglesias son estériles?

—Nó, contestó Rózas sonriéndose.

—Pues yo lo he notado en muchas. Parece que el incienso fuera un impedimento para la maternidad.

Rózas iba a replicar, pero en aquel instante aparecieron en la puerta frai Melchor Martínez revestido de estola i sobrepelliz, i un lego que lo seguia con la caldera de agua bendita.

Tras de estos marchaban don Anjel Torrealba, i los sacerdotes i señoras que hemos mencionado en capítulos anteriores.

—Por aquí, Reverendo Padre, dijo don Anjel adelantándose e indicando a frai Melchor la pieza en que estaba su esposa.

Frai Melchor avanzó con paso lento i grave, lanzando miradas a los ángulos del salon como si buscase en ellos al enemigo que iba a combatir.

Llegados a la pieza en que se hallaba la jóven vestida de blanco, frai Melchor ordenó a todos que se arrodilláran porque iba a recitar algunos salmos.

Vera i Rózas, que habian seguido a la comitiva, per-

manecieron de pié, nó porque fueran irreligiosos, sino porque el espectáculo que tenian a la vista, habia cautivado toda su atencion.

La vestida de blanco, no parecia una mujer pues tenia algo de divino: tampoco parecia un ángel, pues tenia algo de humano.

Rubia, blanca, pálida, delgada, esbelta, tenia todas las formas de la mujer; pero todo en ella aparecia tenue, trasparente, diáfano, i si se nos permite hablar así, incorpóreo.

Parecia un espíritu que habia tomado forma para hacerse perceptible a la vista de los mortales, o bien la aparicion vaga, evocada por nuestro deseo, que levanta la loza funeraria de una tumba al llegar la media noche. Pero aquella aparicion, si lo era, no tenia nada de terrible, i se la podia contemplar sin espanto.

Su semblante era dulce, bellísimo, iluminado por decirlo así, con unos ojos grandes, rasgados, de un mirar suave i profundo, i con una cabellera luenga, profusa, de un tinte pálido como el oro que empaña la humedad.

El doctor Rózas sintió desde el primer momento una simpatía profunda por aquella desgraciada jóven; i al ver sus mejillas pálidas como la cera, i sus lábios sin una gota de sangre, temió sériamente por su vida.

En el momento en que todos entraron a la pieza, la jóven tenia la vista elevada al cielo i con su mano derecha parecia oprimirse el corazon.

Ese ángel mira al cielo de donde ha venido i a donde pronto volverá, dijo el doctor al oído de Vera.

El padre Martínez, intertanto, habia abierto su ritual, i haciendo señas a los otros sacerdotes para que lo rodearan, dió principio a la oracion.

Apénas se dejó oír la voz ronca e imponente del padre, la jóven vestida de blanco se estremeció como tocada por un golpe eléctrico, i lanzó un grito desgarrador.

Frai Melchor interrumpió su tarea por un instante, pero luego la volvió a emprender con fervor.

Sucedió entónces algo que el doctor Rózas i su compañero estaban mui léjos de esperar.

La jóven se incorporó vivamente en el lecho, i la mirada dulce, inalterable de sus ojos, trocóse instantaneamente en airada, vaga i terrible.

Las señoras huyeron a otro aposento, i aun los mismos sacerdotes, que hacian esfuerzos para mantenerse serenos, retrocedieron algunos pasos.

Frai Melchor elevó la voz para recitar los salmos, i trató de colocar un extremo de la estola que pendia de su cuello, sobre la cabeza de la espirituada. Pero ésta, que miraba con una fijeza estraña al exorsista, arrojó un grito, i de un salto, se bajó de la cama tratando de huir.

El padre Martínez creyó que los salmos hacian su efecto, o mas bien que el demonio se batia en retirada; i armándose de toda su fé de cristiano, tendió el brazo derecho en actitud de mando, i con voz imponente exclamó:

—¡Satanas! te ordeno en nombre de Dios, que abandones el cuerpo de esa creatura!...

La jóven lanzó una carcajada chillona, horripilante, que resonó en la sala de un modo pavoroso.

—¡Huye, Satanas! agregó frai Melchor sin desalentarse i avanzando algunos pasos hácia la jóven.

Una nueva carcajada, pero mas éstridente, mas extraña que la anterior, contestó a este nuevo mandato.

Las mejillas de la jóven se habian encendido, sus pupilas centelleaban, su pecho se elevaba con una aji-tacion pesada i trabajosa, i un temblor nervioso recorría todos sus miembros.

Al ver acercarse al exorcista, tendió los brazos hácia él en actitud de estrangularlo, i con voz ronca, des-templada, que mas parecia un grito, le dijo:

—¡No me toques, miserable!...

—¿Por qué huyes? le preguntó frai Melchor.

—¡Porque me repugnas, porque eres un infame! gritó la poseida.

—¡Es Dios, le dijo frai Melchor, quién habla por mis lábios! ¿Quién habla por los tuyos? ¡Responde!

—¡No quiero! dijo ella retorciéndose los brazos.

—¡Yo te lo mando! repitió el padre Martínez con voz solemne.

—¡No quiero!... No quiero!... Eres un miserable!...

—¡Obedece!... ¡Dí quién te hace hablar!.....

La jóven se dejó caer al suelo i ocultó con desesperacion la cabeza entre sus brazos.

Frai Melchor tomó el hisopo de la calderilla, i roció con agua bendita a la jóven; la cual, acto continuo, se enderezó i trató de ganarse bajo el catre que un momento ántes ocupaba. Pero él no la dió tiempo de efec-

tuarlo poniéndose entre ella i el catre.

—¡Miserable!... gritó la jóven crispando los puños con desesperacion.

Despues de esto, miró en torno de sí, i viendo el claro que habia quedado al apartarse frai Melchor del sitio que ocupaba, se lanzó al salon, i habria pasado al pasadizo, si una multitud de jente que habia en la puerta, no le hubiera obstruido el pasaje.

Entónces, como poseida de una desesperacion, de una amargura infinita, dejóse caer nuevamente al suelo i rompió a llorar.

—¡Maldita!... maldita!... maldita yo!... exclamó retorciéndose los brazos, mezándose el cabello, i golpeándose la cabeza en el suelo.

El doctor Rózas, compadecido del infortunio de aquella desdichada, corrió a levantarla.

—¡No la toque usted! le dijo frai Melchor. Esa infeliz necesita otra clase de auxilios!

—¡Pero es necesario levantarla de ahí! replicó el doctor. Concluirá por destrozarse la frente!.....

—¡Nó!... Yo le mandaré que lo efectúe!... Usted no sacaría nada!.....

Frai Melchor se interrumpió, porque en aquel momento vió una cosa que estaba mui léjos de esperar.

La jóven, desde el momento en que el doctor Rózas principió a hablar, cesó de golpearse i prestó atencion a lo que decia.

En seguida, como el doctor habia quedado solo a tres pasos de ella, se levantó i corrió donde él diciénole:

—¡Favoréceme tú!... Esos son unos pícaros!

Rózas, por lo inesperado del caso, se turbó un tanto i permaneció perplejo.

—¡Ese es el demonio! dijo frai Melchor lleno de una indignacion que él llamó santa. ¡Aquí no debian haber seglares, porque son para tentacion!....

I al decir esto, se apoderó de una mano de la jóven i la tiró con violencia hácia él diciéndole:

—¡Satanas!... Espíritu impuro, avandona tu presa!... Yo te lo mando de parte de Dios! . . .

La jóven lanzó un alarido i cayó de bruces azotando la cabeza en el suelo.

El doctor se mordió los lábios con despecho i no quiso decir una palabra por no promover una cuestion.

--¡Huye, Satanás!... ¡Huye, réprobo! decia intertanto el padre Martínez siguiendo las desesperadas convulsiones de la endemoniada.

Pero como su palabra no vastase para ser obedecido, tomó una mano de la jóven i le dijo:

—¡Oye!... Yo te mando que me oigas!.....

Con gran admiracion de los concurrentes, la jóven se âquietó, se pasó la mano que tenia libre por la frente, i murmuró algunas frases inentelijibles.

—¡Habla! le dijo frai Melchor con voz imponente.

La jóven ajitó un momento la cabeza como resistiendo al mandato.

—¡Yo lo mando! agregó el padre cada vez con mas fé i mas imperio.

—¿Qué quieres? preguntó ella con rabia, como quién obedece a su pesar.

—¡Dime que es lo que tienes!

—¡Nada!.....

—¡Eso es falso: dí lo que tienes!

—¡Te he dicho que nada!.....

—¿Por qué, entónces, son esos gritos, esos llantos, esas convulsiones?

—¡No quiero decírtelo!

—¡Yo te lo mando! ¡Habla!.....

—¡Pues bien!... Sabe que es Gabriela la que hace eso!...

Frai Melchor se volvió al dueño de casa para decirle:

—¿No es ese el nombre de esta jóven?

—Sí, el mismo, le dijo el caballero.

—¿I por qué dices que es Gabriela la que hace eso? interrogó nuevamente frai Melchor a la endemoniada.

—Porque yo no soi ella, contestó la jóven.

—¿I quién eres tú, entónces?

—Un espíritu.

—¡Un espíritu infernal?

—Como tú quieras.

—¡Respóndeme bien! Yo te lo ordeno!.....

—Bien, lo haré pero si me sueltas, dijo la jóven. Tu contacto me repugna.

—¿Me seguirás contestando si te interrogo?

—Sí; pero suéltame pronto, retírate de mí!.....

Frai Melchor avandonó la mano de la jóven, e indicándole una silla que habia cerca, le dijo con voz de mando:

—¡Siéntate ahí!.....

—¡Infame!... murmuró la jóven abandonando la

mano del sacerdote i dirijiéndose con paso lento a la silla indicada por él.

La sorpresa de los concurrentes llegó a su colmo, cuando notaron que la jóven habia ido a sentarse con los párpados completamente cerrados.

— ¡Milagro!.... dijeron muchos. ¡Ha vencido al diablo!.... ¡El demonio le obedece!...

Frai Melchor Martínez paseó una mirada de triunfo por todos los concurrentes como diciéndoles:

— ¡Mirad cuánto es mi poder!.....

PRONÓSTICOS.

El misionero apostólico, el hombre que había dedicado tantos años a la conversion de infieles en el obispado de Concepcion, no estaba exento del pecado de la vanidad. Por el contrario, habituado a las lisonjas que habia merecido por su celo apostólico, tenia en demasiado aprecio su valimento i saber.

Sea por vanidad, sea por dar una prueba de lo que él llamaba “el poder o la misericordia de Dios”, frai Melchor quiso ostentar su triunfo ordenando al dueño de casa que abriera las ventanas que daban al patio a fin de que todos presenciasen el milagro operado por Dios en aquel instante.

Vera i el doctor Rózas se habian colocado en un ángulo del salon, i desde ahí contemplaban en silencio aquella estraña escena.

La que decian endemoniada, se habia sentado pesadamente en una silla; i apollando la cabeza en el res-

paldo, permanecia tranquila, con los párpados cerrados i los brazos cruzados sobre el pecho.

Frai Melchor, que no cabia en sí de satisfaccion, subió a la tarima que ya ántes hemos inencionado i desde ahí continuó su interrogatorio en medio del mas absoluto silencio.

—¡Gabriela!..... le dijo. ¿Por quién estás poseida?

—¡Gabriela no puede contestarte! replicó ella.

—¿Por qué?

—Porque está dormida.

—¿I tú que hablas, quién eres, entónces?

—El diablo.

—¿Por qué has tomado posesion de esta creatura?

—Porque EL lo ha querido.

—¿Quién es él?

—EL, el que todo lo puede.

—¿Por qué no dices Dios?

—Porque no quiero.

—¿Cuánto tiempo tienes de licencia para atormentar a esta creatura?

—No lo sé.

—¿Por qué no la abandonas aun, a pesar de habértelo ordenado en nombre de Dios?....

La jóven lanzó una carcajada.

—¿Por qué te ries? le preguntó frai Melchor.

—Porque crees de que podras sanarla con solo quererlo tú.

—¿I no sucederá asi?

—Nó.

—¿Cuándo, entónces, sanará completamente?

—¡Faltan muchos años!

—¿I si yo apelo a los exorcismos que prescribe la iglesia?

—La harás dormir como ahora. Pasará dormida el rato que debia pasar poseída.

—¿Nada mas, entónces, podré obtener?

—Sí, el saber algunas cosas por mí.

—¿Podré saber algo de el porvenir?

—Nó, está reservado a ÉL.

—¿A quién llamas él? volvió a preguntar frai Melchor deseando que el diablo pronunciara el nombre de Dios.

—Al que tú adoras i yo maldigo, contestó la jóven.

Mas de uno de los circunstantes se santiguó con terror, figurándose que de un momento a otro iban a ver a Satanas en carne i hueso, o mas bien en fuego i garras.

Aquella voz era para casi todos la misma de Lucifer, i no faltaba quien en su imaginacion se figurara que aquella niña de contornos delicados, de formas correctas, no era sino un disfraz que habia tomado el diablo para venir al mundo.

De aquella numerosa concurrencia que rodeaba a Gabriela (ya el lector habrá adivinado que esta jóven es nuestra antigua conocida del convento) los únicos que no atribuian a *cosas del demonio*, lo que presenciaban, eran Vera i el doctor Rózas.

Para éste último, sobre todo, aquello era sumamente admirable.

No concebía que aquella jóven, tan inocente i candorosa como parecia, tan delicada i perfecta, se ocupara

de finjir. Tampoco su ilustracion i buen sentido le permitian pensar lo que el vulgo i cuantos habia ahí aseveraban.

Sin dar crédito a ninguna de las dos cosas que aparecian como mas razonables, nuestro doctor observaba sin perder el menor jesto del padre Martínez.

Este permanecia en la tarima, i desde ahí continuaba interrogando a Gabriela.

—¿Qué pruebas podrias darme, le decia, de que tú eres un espíritu infernal?

—Te diré tus defectos.

—¡Habla!... le dijo frai Melchor con voz vacilante.

—Tú tienes mucha vanidad, Melchor, lo que se aviene mui mal con tu carácter de sacerdote. Te crees el hombre de mas saber que hai en Chile, i no pasas de ser un ignorante. ¿Qué sabes tú? Tu vanidad te ha llevado mil veces a pensar en que aquí no puedes lucir tu talento, i has tratado de irte a la península para ahí unirte al trono de los reyes. —Já, já, jááá. Harias bien en ir a absolver a Carlos de su torpeza, a Fernando de su ambicion, i a Maria Luisa de su liviandad... En cambio de tu conciencia de fraile te darian una mitra de obispo o un cordon de comendador.....

—¡Calla! le dijo frai Melchor.

—¡Nó, no callo; tú has querido que hable i hablaré. ¿Sabes adónde podria conducirte tu vanidad? Por ser tú el favorito del favorito Godoi, serias capaz de dar el oro de tu mitra de obispo, para que le hicieran una diadema a la voluptuosa i desenfrenada Tudó.

—¡Yo te ordeno que calles! exclamó el padre Martínez sudando a mares.

—Sí, me callaré, dijo la jóven con voz reconcentrada; pero no será ántes de decirte que aun de la misma situacion de esta pobre jóven, de Gabriela, has querido sacar ventajas para tu vanidad. Has pensado que tú serás el único que podrás decir: «Yo lancé al diablo del cuerpo de esa niña.» Pero te anuncio que pronto se eclipsará tu estrella, i que aquí, en esta misma casa, tendrás que huir rabioso i avergonzado al ver que habrá otro que te sobrepujará en ciencia i en poder.

—¡Tú has dicho que no puedes pronosticar el porvenir! le dijo frai Melchor creyendo pescar al diablo en una contradiccion.

—Sí, es cierto; pero yo, como espíritu, soi mil veces mas sabio que todos los hombres, i por deducciones lójicas del presente, preveo el porvenir.

—¿I quién será el que así va a vencerme? preguntó frai Melchor con una leve sonrisa de incredulidad i desprecio.

—Camilo Henríquez.

—¿Quién es Camilo Henríquez?

—Un fraile como tú; pero un fraile segun su maestro, un fraile instruido i que con su talento conmoverá a todo Chile.

—¿I cuándo ha de venir? preguntó el exorcista sin avandonar su aire de incredulidad i menosprecio.

—No tardará mucho. Ya esta noche, sin pensarlo, han principiado a prepararle su campo de accion. ¡Pregúntalo a ese señor!

I al decir esto, indicó a Rózas con un jesto.

El doctor i Vera se miraron asombrados, i frai Melchor, que vió una ocasion oportuna para que los circunstantes creyeran que quanto habia dicho la poseida era solo una palabrería sin fundamento, se apresuró a decirle:

—Tú quieres hacer risa de nosotros.

—Como tú quieres hacer una farsa con Gabriela.

—Pero si eres tú, Gabriela, ¿por qué hablas como si no lo fueses?

—Porque Gabriela es el cuerpo inerte, sin vida, que ves tú aquí: cuerpo que no se mueve si yo no lo quiero: miéntras que yo, yo el que hablo, yo el que podia leer en tu conciencia, soi un espíritu: ya te lo he dicho otra vez. Por ahora basta: para el otro viérnes hablarémos.

—¿Vas a dejar libre a Gabriela?

Frai Melchor esperó en vano una contestacion.

La jóven se ajitó un momento en la silla, i cayó de bruces al suelo.

Ahí, comenzó a retorcerse, a saltar, a dar alaridos.

El padre Martínez creyó que el diablo se le habia revelado, i apeló nuevamente a los salmos i oraciones.

Pero esta vez parece que no hicieron efecto alguno.

Gabriela gritaba, maldecia i blasfemaba. Palabras incoherentes, nombres aislados, i las frases «mi padre, mi madre,» salian a cada instante de sus lábios.

Una escena distinta iba a tener lugar.

FRAI MELCHOR SE CONFUNDE.

Gabriela corrió a un ángulo de la pieza, i se acurrucó en él como deseando preservarse de la vista de los frailes i de los clérigos. Ocultó la cabeza en las manos i en seguida entre las rodillas, i permaneció así largo rato sin moverse, sin dar la menor señal de vida.

Por fin, lo que vino a sacarla de su inmovilidad, fué que frai Melchor, deseoso de que tuviera mayor eficacia un evangelio que rezaba en alta voz, se acercó a ella para colocar sus manos sobre la cabeza de la jóven, i dar así mas fuerza a su oracion.

Pero Gabriela no le dió tiempo de acercarse.

—¡Retírate! *mochó*, monigote!...esclamó. No te acerques a mí porque te estrangularé.....

Frai Melchor se detuvo. Al ver que Gabriela no se habia descubierto la cara, creyó que habia conocido su aproximacion por el eco de su voz.

Cesó de rezar, e hizo seña a los demas sacerdotes para que callaran.

--Bien, bien, murmuró Gabriela; dejen de mortificarme; ya me tienen lastimados los oídos.

I al decir esto, ocultó mas i mas la cabeza entre sus rodillas.

Durante unos diez minutos, reinó un profundo silencio.

Frai Melchor se alejó en puntillas al extremo opuesto de la sala i llamó a los clérigos i demas sacerdotes a su lado.

--Hagamos algunas pruebas, les dijo en voz baja, para convencernos de que está espirituada i proceder a exorcizarla.

—¡Tonto!... tontos! creen que no les oigo! murmuraba intertanto Gabriela. ¿Quieren hacer pruebas?... Já, já, jááá.... Imbéciles!

Los sacerdotes se miraron estupefactos. Frai Melchor habia hablado tan quedo, que era imposible que Gabriela le hubiera oído. Sin embargo, no podia dardarse.

—Ya ustedes lo ven, agregó el padre Martínez en voz mas baja aun; ha oído lo que he dicho.....

—I lo que estás diciendo ahora, tambien, interrumpió Gabriela sin levantar la cabeza ni abandonar la postura en que se hallaba.

—Veamos, acérquese usted, le dijo frai Melchor a un padre de la Merced; acérquese a ella sin hacer ruido.....

—¡Nó, nó; que no se allegue ninguno de esos polle-

rudos a mí! gritó la endemoniada.

El asombro subia de punto entre los circunstantes.

El padre Martínez hizo señas al doctor Rózas para que se acercara.

—Tú sí, exclamó ella permaneciendo con la cara tapada; tú sí, ven, yo te quiero.....

Habia en el metal de voz empleado en estas palabras tanta diferencia del que usaba cuando se dirijia a los sacerdotes, que todos no pudieron ménos de notarlo al instante.

La voz de Gabriela se habia hecho dulce, insinuante, apasionada.

Hasta entónces habia permanecido, como ya lo hemos dicho, acurrucada en un ángulo del salon i ocultando el semblante entre las manos i sus rodillas; pero en aquel momento, se levantó i estendió los brazos en direccion del doctor. No obstante, permanecia con los párpados cerrados.

Solo en sus labios vagaba ahora una sonrisa que tenia algo de voluptuoso, i en su semblante habia cierta animacion que la embellecía.

—¡Esa es tentacion del demonio! murmuró frai Melchor al oído de Rózas.

—¡Necio! exclamó la jóven con un jesto de soberano desden.

Al decir esto, dió algunos pasos vacilantes, inciertos, como marcha la sonánbula que al llegar la media noche abandona su lecho para correr en busca de su fantástica vision.

Gabriela, con los párpados cerrados, las mejillas

animadás, el cabello en desórden, dió algunos pasos mas, i principió a entonar nna cancion triste i apasionada.

Su voz era lánguida, su acento conmovedor, i mas de uno de los circunstantes esperimentó por la jóven una viva compasion.

Sin embargo, la creencia de que aquella voz no era modulada por sus lábios; que aquel acento amargo i lleno de dulzura a la vez no nacia de su pecho, sino de las influencias del demonio, hacia que todos escucharan con una mezcla de complasencia i terror.

Si aquel canto era del demonio, mas de uno pensó que si de tal modo se cantaba en el infierno, no seria éste tan terrible como lo pintaban los ministros de Dios.

I al pensar así tenian razon. El canto de Gabriela tenia todas las armonías del canto de los ánjeles, sin que en nada se pareciera a los gritos destemplados con que deben celebrar sus fiestas los diablos.

Frai Melchor Martínez creyó mas prudente limitarse a observar por el momento. Convencido como se hallaba de que aquella jóven estaba poseida por el demonio, queria que todos participasen de su convencimiento presenciando los estraños caprichos a que la jóven era arrastrada por una fuerza superior.

Las superticiosas creencias de la época no necesitaban de tanto para aceptar como lójico i verdadero, lo que ahora se creería dificultoso o irrealizable. Así es que tanto el pueblo que miraba con avidéz desde las ventanas, como las señoras, sacerdotes i caballeros que

contemplaban con admiracion desde el estrado del mismo aposento, estaban acordes con las creencias de frai Melchor.

El doctor don Juan Martínez de Rózas i el poeta don Bernardo Vera i Pintado, eran los únicos que no aceptaban las influencias del demonio.

Aunque para ellos era inesplicable lo que sucedia, no daban crédito a una cosa sobrenatural i tan contraria a la razon.

El doctor, como mas acostumbrado a manifestar su opinion, o bien como mas interesado, talvez, en el alivio de la jóven, creyó que no debia callar, pues su silencio en aquellas circunstancias importaria una aceptacion de que él estaba mui léjos de participar.

--Frai Melchor, dijo dirijiéndose al exorcista; creo que en todo esto no hai mas que una enfermedad, que mas bien necesitaria de los auxilios de un médico que de los exorcismos de la rilijion.

—¿Enfermedad, dice usted? interrogó el sacerdote con una risita sarcástica. ¿I qué enfermedad cree usted que pueda ser esta?

—Yo no sé, i por eso digo que seria mejor que viese un médico a esta jóven. Ni usted ni yo somos competentes para curarla.

—Pues yo creo lo contrario, replicó frai Melchor sin abandonar su acento un tanto burlon. Yo creo que podré curarla solo con el nombre de Dios. Usted mismo va a presenciario.

Al decir esto, se acercó a Gabriela, que durante el corto diálogo que hemos transcrito, habia cambiado de

canto, se habia levantado, i bailaba con ardor dando repetidas vueltas i siguiendo el compaz con las manos.

Al presentir que frai Melchor se acercaba, la jóven se paró al instante, i retrocedió hasta tocar con la espalda en la pared.

I si decimos al presentir, es porque Gabriela continuaba con los párpados cerrados, i al nó oír los pasos de frai Melchor, solo podia creerse que presentia o adivinaba.

—¿Por qué bailas? le preguntó el R. deteniéndose a dos pasos de ella.

Gabriela comenzó a temblar.

--¡Respóndeme! agregó el misionero elevando mas la voz.

La jóven se oprimió la cabeza con ambas manos i lanzó un agudo grito.

El padre Martínez creyó que seria mui eficaz recitar un salmo, i lo principió con fervor.

Gabriela aplicó el oído i permaneció un instante escuchando. En seguida se estremeció, calló de rodillas i con labio trémulo, murmuró:

--Son ellas... sí,... las ánimas... el diablo... ¡La maldicion!... ¡ah! la maldicion!... Pero él me dijo que no lo hiciera!... ¡Camilo... Camilo!... dónde está?... ¡Sola... Las ánimas! Mi padre! La maldicion!.....

I diciendo esto, sacudia la cabeza, se retorcia los brazos i lloraba sin abrir los párpados.

El doctor Rózas escuchaba con avidez. Creia de un momento a otro, ver salir de los lábios de la jóven, una palabra que fuera una revelacion. Pero las que ha-

bia pronunciado eran tan vagas, tan incoherentes, tan sin iliacion, que nada podia deducir de ellas.

Aquel nombre de Camilo, repetido tantas veces ya, habia influido, a no dudarlo, poderosamente en el estado de la jóven.

El padre Martínez, deseoso tambien de saber algo mas de ese Camilo que segun Gabriela habia de anularlo en su poder, quiso aprovechar la ocasion.

—¿Quién es ese Camilo que nombras? le preguntó. Gabriela guardó silencio.

—¡Responde, Gabriela! agregó el sacerdote.

Pero la jóven cesó de temblar, abrió los párpados, i se sentó naturalmente en el suelo.

--¡Oh! murmuró con voz dulce; cuánto he dormido!

Se pasó las manos por la frente como una persona que acaba de despertar, i volvió a decir:

—¡Cuánto he dormido!.....

El dueño de casa, don Anjel Torrealba, se acercó a frai Melchor diciéndole:

—Ya volvió en sí. Es lo que dice siempre despues del ataque.

—¡Cómo! exclamó el sacerdote. ¿Crée usted que ya no está poseida por el demonio? ¿No será este estado uno de los que toma Satanas para engañarnos?

--Nó, mi padre, dijo don Anjel. Fíjese usted en lo que hace i se convencerá.

¶ Gabriela habia apoyado la frente en una de sus manos, i permanecia callada i pensativa.

De repente dijo:

—¡Quiero agua!.....

La dueño de casa se apresuró a traerle en un vaso, i la jóven la bebió lentamente, sin precipitarse.

Devolvió el vaso a la señora sin mirarla, i dijo como hablando consigo misma:

—¿Se habrá levantado Camilo?... Pero ¡ah!... Ya me acuerdo... Se fué; si, se fué... Pero leeré sus memorias. Aquí las tengo, al lado de mi corazon.....

Buscó largo rato en su pecho un objeto imaginario, i no hallándolo, exclamó con voz desolada:

—¡Lo he perdido!.....

Ocultó la frente entre sus manos, i principió a llorar en silencio.

—Ya ustedes la ven, dijo don Anjel dirijiéndose a todos los que la rodeaban: es una idiota. Ahora tiene que permanecer así hasta el otro viérnes en la noche.

—¡Pero esto es sorprendente! dijo frai Melchor con aire contrariado. Sucede con esta jóven, lo que con ninguna endemoniada. Miéntras mandé a Satanas que huyera, permaneció sin obedecer; i cuando mas bien que ria que no se alejara para que me dijera lo que deseaba preguntarle, salimos con que ha desaparecido! ¡Es mui raro!

—Eso probará a usted que no hai tal endemoniamento, le dijo el doctor Rózas.

—Pues si no está endemoniada, replicó el padre Martínez, yo tengo un medio mui sencillo para conocerlo. Lo practicarémos el viérnes próximo i verémos si resiste la prueba.

—Yo no creo que se finja, observó Vera, i soi de la

opinión de mi amigo. Esta debe ser una enfermedad desconocida.....

—Lo dudo mucho, dijo don Anjel Torrealba; ustedes no han visto nada ahora, pues parece que solo *se le ha entrado un demonio*, mientras que en otras ocasiones creo que los ha tenido por lejiones.

—Ya los lanzaremos a todos, exclamó el R. con énfasis.

Don Anjel se acercó al padre para preguntarle si no seria mas fácil lanzar al demonio o a los demonios que se introducian en Gabriela, haciéndolos pasar al cuerpo de algunos cerdos u otros animales, pues él recordaba haber leído en las sagradas escrituras, que una piara de cerdos se habian arrojado al mar a causa de haberseles introducido una lejion de demonios.

El padre Martínez dió algunas razones para manifestar que seria mas fácil mandar a los diablos al infierno, pues iban a su casa, que no hacerlos entrar en los puercos.

Mientras tanto, el doctor Rózas decia a Vera:

—Tú que tienes amistad con el dueño de casa, supléale que nos cuente cuanto sepa de esta jóven. Tengo un gran interes en conocer su historia para formarme alguna idea de lo que puede tener.

—Bien, le contestó Vera; apénas se retire una parte de la jente, se lo diré. Yo a mi vez esperimento una gran curiosidad.

UN VOTO INCONSIDERADO.

Media hora despues, la jente se habia retirado, i don Anjel Torrealba, don Juan Martínez de Rózas i el poeta señor Vera i Pintado, tomaban asiento en el salon, a orillas de un brasero colmado de fuego, a cuyo calor hervia el agua contenida en una teterá de cobre.

Un maté con su bombilla, una cajita con yerba i azúcar i un pañito lleno de calados i encajes, habia en una de las mesas, al alcance de las manos de don Anjel.

—Sí, señor Secretario, decia a Rózas el señor Torrealba; ya hoi a la llegada del señor gobernador me habian dicho que era usted el señor doctor Rózas. Agredezco, pues, a mi amigo Vera, que me haya proporcionado el placer de ~~ten~~^{haber} amistad con usted tan pronto. Pero, no perdamos el tiempo; la historia es mui larga. ¿Gustan ustedes un *matecito*? La yerba es particular.....

—Gracias, dijo el doctor; yo no acostumbro el mate.

—Yo tampoco, agregó Vera; prefiero un cigarro o una narigada de rapé.

—Pues entónces, dijo don Anjel, ustedes me van a permitir que yo me cebe algunos, pues si no lo hago así, me daría jaqueca i no podría contar a ustedes la historia de Gabriela.

Obtenida la licencia, el buen señor Torrealba dió principio a la operacion sin omitir la mas mínima de las ceremonias; es decir, principió por echar agua caliente al mate para lavarlo, i concluyó por hacer una cruz con la bombilla al introducirla.

Debemos advertir que don Anjel decia que los únicos mates que *podian tomarse*, eran los *cebados* por las monjas, por su Conchita i por él.

--Voi, pues, dijo don Anjel, a dar principio.

I así como los oradores humedecen sus fauces con un sorbo de agua al comenzar su peroracion, así él dió una *chupada a su mate* ántes de empezar.

—Gabriela, dijo, es una jóven natural de Valdivia. Sus padres no podian llamarse ni pobres ni ricos, pero sí podian contarse entre los mejores cristianos.

Hacia muchos años a que los padres de Gabriela eran casados, i no habian tenido el gusto de tener un hijo. Desconsolados por esto, acordaron hacer un voto.

Fueron a una iglesia, comulgaron, i prometieron a Dios el dedicar a sacerdote el hijo que les diera si era hombre, o a monja si era mujer.

Dios oyó su petision, i les dió por hija a Gabriela.

No ha podido averiguarse por qué esta jóven, criada en medio de padres relijiosos, manifestó tanta aver-

sion a los monasterios desde el dia en que se le dijo que a ellos estaba dedicada. Es verdad que los padres han tenido en mucha parte la culpa de esto, pues contristados ellos mismos con la idea de que debian separarse de ella, nunca le dijeron una palabra en su infancia.

Gabriela creció en Valdivia como la flor en los campos que ni en sueños ha pensado jamas que puede ser transplantada a un estrecho jardin.

A los diez i siete o diez i nueve años, no lo sé mui bien, fué necesario a los padres de Gabriela resignarse a la separacion.

Los pobres viejos iban a quedar solos en la edad en que mas necesitaban de ver a la hija que Dios les habia dado. I aquella hija era un ángel, no solo en su alma, sino en su fisonomía. Podreis figuraros cuán hermosa seria a los diez i nueve abriles, cuando ahora, aniquilada por esa terrible enfermedad, con mas años que entónces, aun es tan bella.

Los padres de Gabriela la amaban con delirio, i habrian dado la mitad de su existencia, con tal de vivir la otra mitad con ella; pero a esto se oponia el voto solemne que habian hecho, i aunque sentian despedazado el corazon, era necesario cumplirlo.

Por fin, llegó el dia en que resolvieron comunicar a la jóven su resolucion.

La madre, que se llamaba Margarita, lloraba en un ángulo de la pieza; i don Jacinto, que era el padre, se paseaba cabizbajo i pensativo.

—¡Vaya! exclamó al fin este último. ¡Es necesario resolverse!

I se dirigió con largos pasos a la puerta de la habitación para llamar desde ahí a Gabriela.

Era una mañana de primavera, i la jóven regaba un jardinito que ella habia plantado con sus manos.

Acudió al llamamiento de su padre, risueña, cantando, mas alegre que los pajarillos que iban a picotear sus flores.

Unas cuantas rosas entretejidas con sus rubios cabellos, se veian casi pálidas comparadas a sus mejillas.

—¡Vamos! ¿para qué me llama usted? preguntó Gabriela a su padre acercándose a él risueña i festiva.

Al sonido de aquella voz juvenil, cuyo timbre armonioso resonó como una nota llena de melodías en el corazon de los pobres padres, doña Margarita no pudo reprimir un sollozo.

Gabriela, al sentirlo, se apercibió de que estaba tambien ahí su madre, i corrió a abrazarla diciéndole:

—¿Qué tienes, madrecita? ¿Por qué lloras?

—¡Ai! hija de mi alma! exclamó la señora estrechándola a su corazon i sin poder proferir una palabra mas.

—Gabriela, hija mia, murmuró don Jacinto tratando de dominar la situacion. Siéntate ahí, cerca de tu madre, pues tenemos que comunicarte un proyecto.

La sonrisa habia huido de los lábios de Gabriela, i una leve palidez invadia ^{sus} ~~sus~~ un momento ántes ~~rosadas~~ rosadas mejillas.

—Antes que tú nacieras, hija mia, agregó el acon-

gojado padre, tu madre i yo hicimos un voto;... un voto que ahora nos destroza el corazon, pero que será necesario... digo mal, es necesario cumplir aun cuando sea a costa de nuestra vida.....

Se interrumpió un momento porque la emocion lo ahogaba, i luego agregó:

—Nuestra promesa i el cumplirla, debia ser dulce para nosotros; pero no podemos... se nos oprime el corazon,... apesar de que vemos que es tu felicidad, tu eterna felicidad, hija mia.

Gabriela miraba a su padre sin poder adivinar qué seria aquello que de tal modo aflijia a los autores de su existencia, i doña Margarita enjugaba sus lágrimas sin atreverse a levantar la vista del suelo.

Don Jacinto se resolvió al fin a salir pronto de aquella angustiosa situacion, i acercándose a la jóven le dijo:

—Nuestro voto, hija mia, fué de que tú serias monja.

—¡Yo! exclamó la jóven mirando estupefacta a su padre i palideciendo hasta la lividez.

—Sí, tú, hija mia, contestó don Jacinto del modo mas suave posible.

Gabriela bajó los ojos con humildad.

—¿No nos contestas nada? interrogó él con su mas cariñosa voz i tomándola de una mano.

Algunas palabras temblaron en los lábios de la jóven, pero no pudo pronunciarlas, tan viva era su emocion.

—Esa vida, Gabriela, la dijo él, es la mas dichosa que puede tener la criatura. Encerrada en los claus-

tros, léjos del mundo i de sus tentaciones, rodeada de multitud de compañeras que solo se ocupan en alabar a Dios, tú podrás vivir enteramente feliz, i rogar por nosotros a Dios... ¿No te gustaría esa vida, Gabriela?

La jóven levantó sus pupilas, empañadas por las lágrimas, hasta encontrar la mirada de su padre.

Vió éste que no se atrevia a contestar, i le dijo:

—Comprendo, hija mia, que una cosa tan inesperada te ha de causar una viva impresion; pero medítalo bien i prepárate para que dentro de un mes partámos para Santiago, donde estan los mejores conventos, i tú podrás elejir el que mas te agrade... Ahora, vete a tu jardinito i riégalo i cúidalo miéntras estés con nosotros, que yo seré despues tu jardinero.....

Gabriela salió del aposento reprimiendo sus sollozos, i se fué a su jardin, pero nó a regarlo con el agua que da vida a las flores, sino con las lágrimas de su dolor que debian marchitarlas.

—¡Jacinto! exclamó doña Margarita apénas salió la jóven de la pieza. Jacinto! ¿No seria posible conmutar este voto? ¡Yo no podré vivir sin mi hija!... Sin nuestra única hija, Jacinto!... Ya somos viejos: ¿qué haremos solos, enteramente solos?.....

—¡Margarita! dijo don Jacinto esforzándose por aparecer conforme. ¡Dios nos la dió i Dios nos la quita! Prometimos al Creador dedicarle su creatura, i no podemos volver atras sin cometer un sacrilejio, sin tener que dar estrechísima cuenta a Dios de nuestras falsas promesas!... Llenos están los libros santos de los castigos que han recibido los que han querido bur-

lar al Eterno, así como tambien está lleno el infierno de perjuros. ¡Ni pensarlo! Aunque se destroce nuestro corazon, aunque nos muramos de pena, debemos cumplir nuestro juramento!... Sufrirémos, es verdad; pero no perderémos nuestra alma!.....

—Pero ella, Jacinto! nuestra Gabriela, ¿podrá ir contenta? ella, tan joven, que podia tener un feliz porvenir?

—¿I qué porvenir mas dichoso que el que le preparamos? Ahí aseguramos su salvacion.

—¿I si ella no ha nacido para ser monja, no cometerémos mas bien un crimen en forzar su voluntad?

—¡No digas eso, Margarita, porque puede ser una blasfemia. ¡Crimen el cumplir una promesa hecha a Dios!... ¡No vuelvas ni a pensarlo, por Dios! Tu amor de madre te hace desconocer la razon, i ser impía.

—Talvez, dijo la señora; pero hai en mi corazon una voz que me dice que hacemos mal en sacrificar, talvez, a nuestra hija, así como hicimos mal en disponer de ella como habriamos podido disponer de un talego de dinero.

—¡Tambien esa es una impiedad! Recuerda cuántos en la lei antigua hacian iguales i peores votos, i los cumplan.

—¡Ah! exclamó doña Margarita; ahora me pesa tanto ese voto inconsiderado, que.....

—¡Calla! le dijo don Jacinto, no blasfemes i te castigue Dios!.....

La señora inclinó la cabeza i guardó silencio, resolviéndose a consumir el sacrificio.

Un mes despues, la pobre madre abrazaba a su hija por la última vez, i don Jacinto emprendia su marcha con ella para Santiago.

LA VIDA EN LOS MONASTERIOS.

El señor Torrealba cesó de hablar un instante para concluir el quinto mate,—pues durante la narracion lo habia desocupado i vuelto a llenar cuatro veces,—i cuandõ hubo absorbido hasta la última gota del agua impregnada con el sumo de la yerba del Paraguay, agregó:

—Para que conserveis algun interes en escuchar esta historia, guardaré hasta lo último el decirlos cómo he tenido conocimiento de ella. Por ahora vais a leer una correspondencia que os dará a conocer mejor que nada el verdadero carácter de esa jóven. Permitidme un instante: voi a traerla.

Cinco minutos despues, don Anjel volvió con un pequeño legajo de papeles.

—Parece increíble, dijo, que el estilo de estas cartas sea el de una muchacha creada en Valdivia, cuando aquí mismo, en la capital, no encontraríamos quien hiciera

un renglon parecido a estos. Yo no sé cómo esta niña ha podido adquirir tanta ilustracion. Vais a juzgar.

El señor Torrealba despabiló las velas, se acomodó en la silla, i leyó:

«GABRIELA A SUS PADRES.

Perdóneme, padre mio; perdóneme madre mia, si en vez de darles un consuelo, voi a martirizar sus corazones. Pero no puedo mas: me ahogaría si callara; me moriria si mintiera.

Hace ya seis meses a que lucho noche i dia; a que pido a Dios, a María i a los santos, que obren en mí el milagro de darme valor. I esto lo he pedido cien, mil veces cada dia, ya en el templo, ya en mi celda, ya cuando voi a respirar el aire del jardin para no ahogarme entre las cuatro paredes del cuarto que habito. He suplicado con fervor, con toda mi alma, regando mil veces el suelo con mis lágrimas. Pero todo ha sido inútil: cada dia se hace mi vida mas insoportable i he llegado a sentir odio por esta santa casa.

En mi cerebro hai una idea fija, dominante, que no se aparta un momento de mí. Creo que moriria tranquila i feliz, con tal de salir un instante, con tal de morir fuera de aquí.

Nada tengo que hablar a mi corazon, aquí donde todas solo hablan a Dios. Aunque rodeada de muchas personas, me creo, sin embargo, enteramente sola. Cada una vive para sí, así como cada una vive aislada en la celda que le han destinado.

A los sirvientes de esta casa, les he oído un sabio proverbio. «Aquí, dicen, entran sin conocerse, viven sin amarse, i mueren sin llorarse.»

¡Cuán cierto es esto!.....

Pocos días ha a que dejó de existir una de las mas respetables, una de las mas queridas i antiguas monjas.

¡Ni una lágrima en su tumba! ¡Ni un suspiro por su pérdida!.....

¡Se rezaba a Dios por ella, he ahí todo!

Aquí cada hora nos prepara a morir. El matutino toque de las campanas, los tristes rezos del coro, las monjas con sus vestidos talaes, el silencio de los claustros, el hablar en voz baja, el recojimiento, la austeridad, el no oír jamas una risa i ver siempre correr las lágrimas: todo esto, padres míos, tiene algo de lúgubre, algo de mui pavoroso para una jóven como yo que ha nacido para ser libre, que ha nacido para amar i ser amada!

¡Ah! ustedes no saben lo que es un monasterio!

En mi casa, al lado de ustedes, yo era despertada por el canto de las avecillas, i apénas abria los ojos me entregaba a ensalzar a Dios junto con ellas. En seguida salia al huerto i ahí continuaba alabándolo, junto con el sol que nacia, junto con las flores que embalsamaban el aire, i junto con el arroyuelo que serpenteaba por mi jardin.....

Hoi nó: me despiertan los lúgubres tañidos de una campana, i de mi lecho necesito pasar al coro. Al coro, salon oscuro i rodeado de cortinajes negros para interceptar esa luz que Dios ha hecho para que la go-

ce mos... Ahí dicen que vamos a alabar a Dios. Debe ser así, pero yo no comprendo que se adore a Dios, ahuecando la voz, párándose o hincándose cuando el libro de oficios lo indica, i sobre todo, que sea necesario adorarlo en latin, cuando nuestro idioma tiene tan hermosas palabras para decirle que lo amamos, i pedirle que él nos ame. Yo no entiendo de esa jerigonza ni una palabra, i en vez de alabar al Eterno como lo hacia en mi casa, no puedo ménos de ocuparme en murmurar.

Despues de los oficios vienen las misas, i despues de las misas nuevos cánticos i oraciones. ¡Pero qué cantos! Se teme que aparezcan los muertos, o que semue ran los vivos.

Talvez no sea esto así; talvez otras sean felices i dichosas; pero yo no he nacido para ser monja, i muchas veces aun me creo impía. Prefiero adorar al creador contemplando sus obras, mezclar mis súplicas a las de las avecillas, i no encerrarme en una pieza os curecida por el negro humo del incienso. En el campo, en la soledad, mis palabras salen naturalmente de mis labios, i aquí, turbada por el bullicio del órgano o por los cantos en latin, no atino con lo que digo ni con lo que quiero decir.

Aunque podria detenerme mucho mas en esto que puedo llamar cosas morales, no lo haré para decir a ustedes, padres mios, cuál es mi vida en la parte material.

Ustedes no habrán olvidado, por cierto, cuán agradable era para mí i para todos nosotros el acto de sen-

tarnos a la mesa. Usted, padre mio, bendecia nuestros alimentos i desde ese instante comíamos i hablabamos alegremente hasta que concluíamos por dar gracias a Dios con una sencilla pero hermosa oracion.

¡Cuán distinto es aquí!

Se toca una campana, i todas las monjas deben acudir pronto, pero sin hacer ruido, al refectorio. Se llega a él i al asiento que desde el primer dia se ha destinado a cada una, i nadie puede sentarse mientras no dé una señal la superiora.

Entónces todas se sientan; todas con la vista fija en el suelo; todas reprimiendo hasta su respiracion. Se diria que son estátuas.

Principia el servicio de la mesa, i una monja de las mas caracterizadas toma un libro, sube a un púlpito preparado al efecto, i con voz clamorosa, destemplada, principia a leer.....

¿Sabeis qué, padres míos?

¡Las postrimerías del hombre!!

A veces entre plato i plato se crée oír el ronco son de la trompeta que llama a juicio a los mortales; a veces tambien se crée ver al demonio con su gran cola enroscada, i no pocas veces, cuando la lectura es de la muerte, vienen a mezclarse a nuestro alimento los gusanos roedores de la carne i la pestilencia de las tumbas.

En mil ocasiones me he quedado sin comer dias enteros, porque con ideas tan repugnantes, con pensamientos tan tenebrosos, es imposible comer.

Yo no dudo, padres míos, que si permanezco aquí,

moriré bien pronto.....

Esta vida es insoportable para mí..... Yo creo que el voto de ustedes podría conmutarse en algo que fuera mas agradable a Dios i provechoso a los hombres. ¿Qué saca ÉL con mi sacrificio? ¿No seria mas meritorio que el dinero de mi dote se repartiera entre los pobres? ¡Cuántas alabanzas al Señor! ¡Cuántos necesitados que bendecirian a ustedes!....

En fin, si ustedes lo quieren, consumaré mi sacrificio aunque sea a costa de mi vida.

Vuestra desgraciada hija.

Gabriela."

Don Anjel cesó de leer al sentir que tocaban horas en el reloj de las Cajas.

—¡Caballeros, exclamó, hemos trasnochado! son las dos de la mañana!

—¿Ya? interrogó Vera. ¡Cómo ha pasado la noche!.... Será conveniente, entónces, que suspendamos la lectura.

—Yo estoi a la disposicion de ustedes, dijo don Anjel; mañana, o cuando ustedes gusten, podemos continuar.

Vera i el doctor Rózas se despidieron del dueño de casa, i salieron a la calle con pasos precipitados.

UN NUEVO COMPROMISO CONTRAÍDO POR EL DOCTOR.

Recojerse a las dos de la mañana en aquella época, era una empresa que rarísima vez i mui pocos acometian.

La lobreguez de las calles, los salteos que de cuando en cuando llenaban de pavor a los habitantes de la capital, i mas que todo, la casi absoluta carencia de policía, eran motivos mas que suficientes para que los santiaguinos no salieran de sus casas despues de las diez de noche.

Nuestros dos personajes, marcharon pues, apresuradamente i sin hablar una palabra, embebido cada cual en sus meditaciones.

La escena que habian presenciado era tan orijinal, la belleza de Gabriela tan peregrina, que no podian apartar un momento de su imaginacion, el triste cuadro de los sufrimientos de que ella era víctima.

El doctor Rózas, sobre todo, no habia olvidado nada de lo que habia oído. El nombre de Camilo Henríquez, aquellas palabras vagas que encerraban un mundo de misterios, esas memorias que ella buscaba en su seno, todo en fin, era para el doctor motivo de un estudio detenido i de la mas gran curiosidad.

Enteramente entregado a estas ideas, marchó al lado de su amigo hasta llegar a la plaza.

—Hasta aquí no mas te acompaño, le dijo Vera.

—¡Ah! exclamó Rózas. Venia tan preocupado con lo que hemos visto, que no tenia conciencia de mí.

—Igual cosa me ha pasado, dijo Vera. Daría no se qué de mui precioso, por estar en posesion de la verdad.

—La descubriremos, dijo Rózas. Ven mañana, o mas bien ahora a las once a verme, i hablaremos de todo. Tengo aun mil cosas que decirte.

—¿En qué parte te alojas?

—En palacio. Dá mi nombre a la guardia, i te dejarán libre paso.

—Está bien: hasta luego, entónces.

—Hasta las once, mi gran poeta, le dijo Rózas.

El doctor se dirigió al palacio, única parte en que aun quedaba una luz en la puerta.

Golpeó, acudió la guardia, dió su nombre, le abrieron, i entró.

Hácia la derecha, en el ángulo del patio, estaban las piezas que habian sido destinadas al doctor.

Dirigióse a ellas, se proveyó de luz, i despues de juntar la puerta que daba al patio, comenzó a pasearse, preocupado siempre con la endemoniada.

Al cabo de un cuarto de hora, tomó la luz i se dirigió con ella a la pieza en que estaba su cama, con el ánimo de recojerse.

Pero no bien habia dejado la lámpara sobre una mesa, cuando sintió un ruido cercano, como el que produce un hierro que cae en el pavimento.

Siguiendo la direccion de aquel ruido, se acercó a una puerta que daba, al parecer, a otra pieza.

La puerta estaba junta, pero Rózas vió la llave en la cerradura.

El doctor aplicó el oído.

Durante un momento, no oyó el menor ruido; pero un instante despues, sintió unos golpecitos, i el pequeño roce de un cuerpo duro en una hoja de madera.

—¿Qué será esto? se preguntó el doctor. ¿Quién podrá permanecer en pié a estas horas? Segun creo, en este cuerpo de edificio no debe haber mas que otra pieza, que no sé a que esté destinada; pues por lo que hace a las habitaciones del Presidente, están en el otro costado..... Pero el ruido que se siente es lejano..... No debe ser en esta puerta.

Escuchó nuevamente i dijo:

—¡Bah! serán algunos ratones que roen un trozo de madera..... Nos acostaremos.

Se dirijia ya a su cama, cuando oyó distintamente el chirrido de los goznes de una puerta; pero casi al instante cesó, como si el ruido hubiera atemorizado al que se ocupaba de abrirla o cerrarla.

El doctor volvió a escuchar i percibió que seguian en su tarea; pero tan lentamente, que esto solo hacia

calcular cuánto interes tenían en no ser sentidos.

—Yo puedo abrir esta puerta, se dijo el doctor, desde que está aquí la llave. Me han señalado solo dos piezas, es verdad, para mi habitacion; pero el hecho de colocar la llave por este lado, me indica que esta salida o entrada es de mi dominio.... Pero escuchemos un momento mas: pueda que se explique el misterio....

Al cabo de algunos minutos, le pareció oír el roce de un vestido i luego unos pasos levísimos, que solo el silencio de la noche podía hacer perceptibles.

Entónces ya no dudó mas tiempo. De improviso torció la llave, abrió la puerta i se lanzó sobre un bulto que habia como a tres pasos, i que no pudo reprimir un ahogado grito de terror.

—¿Quién es usted? preguntó el doctor asiendo a tientas a la persona que habia arrojado el grito.

Pero' apénas la habia tocado, cuando retiró la mano, i cambiando de tono, agregó:

—Perdone usted, señorita; yo no sabia.....

El doctor habia conocido que era una mujer, i al conocerlo, adivinó i previó varias cosas.

Entre las que habia adivinado, figuraba en primer término el que aquella mujer era jóven, pues el brazo que habia estrechado tenia toda la dureza, morbidez i frescura de la juventud. I de esto se convenció tanto mas, cuanto que aquel brazo estaba desnudo i tenia un cútis tan suave como la seda. Lo que tambien adivinó el doctor, fué que aquella jóven no era *una cualquiera*, a juzgar por los encajes que habia rozado su mano al caer sobre ella; i como en aquellos tiem-

pos como en los de ahora se juzgaba por el hábito al monje, la creencia del doctor era en extremo fundada.

Ahora si hemos de decir lo que él pensó en aquel instante cortísimo, con la velocidad de la imaginación, añadiremos que se dijo lo siguiente:

—He hecho mal en ceder a mi curiosidad. Todavía no conozco las interioridades de esta casa, ni aun sé las personas que viven en ella.... Talvez esta niña vaya a una cita con su amante—algun oficial de la misma guardia—i yo he venido a sorprender su secreto... ¡Diablo! He hecho mal, mui mal!

Todo esto, concebido en un instante cortísimo, hizo dar al doctor las excusas que hemos consignado.

Pero la jóven se hallaba tan turbada, que solo al cabo de un rato, i cuando el doctor se iba a volver a su pieza para no tomar mas parte en aquel asunto, ella pudo decirle con voz sijilosa pero suplicante:

—¡No os vayais, caballero! escuchadme, por Dios, aunque sea un momento!....

El lugar en que se hallaban era un pasadizo, que comunicaba al patio principal con otros interiores.

Rózas comprendió, por el modo sijiloso con que hablaba la jóven, que deseaba ocultarse i no ser apercibida.

—Pase usted, señorita, para mis piezas, le dijo. En ellas podemos hablar, si usted no tiene algun obtáculo para que yo la conozca.

—Ninguno, señor, contestó ella con voz trémula, pues creo que hablo con un caballero.

—Pase usted, señorita; pase usted: aquí podría ver-
nos la guardia.

La jóven entró sin vacilar, i el doctor, por mas pre-
venido que estaba para ver ante sí una jóven i elegan-
te mujer, no pudo ménos de lanzár una pequeña escla-
macion de asombro al contemplarla.

La persona que tenia ante sí, vestia con esplendi-
dez. Una fina mantilla con que trataba de cubrirse,
dejaba ver no obstante un rico faldellin de lama de pla-
ta, i un atavío en todo conforme a esta costosa pieza.
El doctor abarcó de una ojeada, no solo el traje de su
desconocida, sino su incomparable belleza.

Ojos centellantes i poderosos, formas correctas, re-
dondas, voluptuosas; un lujo, en fin, de juventud, de
belleza, de atracciones.

Parecia, con su turbante de gaza i cinta de plata
pendiente a la cabeza, con su vestido corto que dejaba
admirar las líneas fuertes i ondulantes de sus panto-
rillas, una de esas ardientes i voluptuosas sultanas,
que encerradas en un retréte del harem, esperan ata-
viadas i adormecidas por la pasion, al esposo que ha de
apurar en sus lábios la copa del placer.

Aquella jóven era Virginia Acosta.

Virginia con su gala de novia, tal como se habia pre-
sentado al amante que debia pasar a esposo.

Estaba un tanto pálida, pero esa misma palidez real-
zaba su hermosura.

Era la blanca azucena, entristecida pero nó muerta
por una noche de tempestad.

Aunque atemorizada, aparecia en su frente la reso-

lucion. Aunque abatida un tanto por el dolor i la incertidumbre, en su mirada profunda i poderosa aparecia el valor.

Aquella cabeza de niño, orlada con una profusa cabellera, parece que habria aparecido mejor coronada con el brillante cazco de un guerrero.

Era en fin, su espresion, la que habria buscado un artista para pintar en un solo todo, la hermosura i el valor.

Animada por las pasiones, Virginia aparecia irresistible; herida por el dolor, su belleza se habia poetizado.

—Siéntese usted, le dijo el doctor al cabo de un instante, i cuando pudo reponerse de su admiracion. Siéntese usted, señorita, agregó, i créame que estoi verdaderamente apesarado de mi indiscrecion.

Aquella voz franca, llena de sinceridad, así como la fisonomía severa i simpática a la vez, del doctor dió ánimos a Virginia para decirle:

—Talvez sea una felicidad para mí, señor, el que usted me haya sorprendido en mi evasion.....

—¡En su evasion!..... ¿Está usted presa, por acaso?

—Sí, señor; desde esta noche.

—Permítame usted cerrar las puertas. Aun no sé yo lo que podemos temer en este palacio.

El doctor se paró a poner llave a la puerta que habia abierta, i volvió trayendo una silla que colocó frente a la jóven.

—Antes de que usted me diga una palabra mas, dijo a Virginia, creo un deber decir a usted que, aunque tendria una verdadera satisfaccion en conocer lo que

a usted aflije para ofrecerle mis servicios, sin embargo renunciaré a ella si a usted por cualquier motivo le es mas conveniente callar. Esto no obstará, sin embargo, para que usted me ocupe si cree que puedo servirle.

—Gracias, señor, replicó Virginia enteramente complacida. Bastaria su jenerosidad para que yo lo impusiese en todo, aun cuando me fuese sensible hacerlo. Pero felizmente no sucede esto. Mi historia, mas desgraciada que criminal, creo que será escuchada por usted con compasion; i ojalá ella sea causa, señor, de que usted se conduela de mi infortunio, i trate de aliviarlo.

—Doi a usted mi palabra de caballero, replicó Rózas, de hacer por usted cuanto esté en mi mano.

—¡Oh! gracias, señor, gracias; Dios pagará a usted... Yo soi Virginia Acosta.....

—¡Virginia Acosta! exclamó el doctor. ¿Es usted hija de don Tomas Acosta?

—¡Sí, señor!

—¿Es usted, entónces, a quién yo he visto pequeñita, ahora años, en una ocasion que vine a Santiago i fui a visitar a don Tomas?

—Talvez, señor, porque yo soi su única hija.

—¡Dios mio! ¿i qué sucede a usted? Ahora sí que le pido no omita nada... La escucharé con tanta atencion como si usted fuera mi hija.....



EL ASILO DE VIRGINIA.

Virginia, animada por la esperanza, narró al doctor Rózas la historia de sus amores sin omitir el menor detalle. La salida del monasterio, su permanencia en el sur, la jenerosa proteccion de Ciriaco, su rara conducta, todo, en fin, lo que le pareció que debia inspirar interes a su nuevo protector.

Lo único que no esplicó debidamente, fué su amistad con Gabriela, creyendo que a nada conducia el hacerlo.

— En el convento, dijo, sin duda para que yo me resolviera a profesar, se empeñaban en hacerme tener miedo con mil ridículos mánejos; pero yo no he creído en la existencia de las ánimas, ni creo que el demonio venga al mundo, así es que desprecié tales supercherías.

En seguida continuó su historia hasta el momento en que habia sido hecha prisionera.

Ya en este punto, la luz que iluminaba la pieza del doctor habia palidecido, i por las ventanas penetraba la de la aurora.

Virginia estaba un tanto fatigada con el insomnio i su largo relato, i el secretario creyó conveniente decirle:

—Uted está fatigada, hija mia, i convendria que tomara algun descanso. ¿Quiere usted hacerlo?

—¡Oh! nó, señor. Ha llegado el dia i aun no sé qué hacer.

—Pues bien, entónces, le dijo el doctor; para tomar algunas medidas, dígame usted lo que desea.

—¡Ai! salir de mi prision, i correr a indagar el paradero de Paulino!

—¿No sabe usted dónde está?

—Nó, señor; pero andaria todo el mundo si fuera preciso para encontrarlo.

—Eso talvez no serviria a usted de nada. Vale mas que ántes de dar ningun paso, lo acordémos i meditémos con detencion.

—Pero en una hora mas, señor, se descubrirá mi evasion, me encontrarán aquí, i seré llevada a casa de mi padre..... I luego el mismo señor Gobernador....

Virginia se detuvo sin atreverse a continuar.

—Hable usted, hija mia, le dijo Rózas con voz paternal; no tema usted comunicarme cuanto piense o desee....

—Temo tanto, señor, al Gobernador, como a mi padre.

—¿El señor Carrasco se ha puesto de parte de don Tomas?

—No del todo, señor: mas bien de la mia; pero.....

—¡Ah! comprendo! dijo Rózas fruciendo lijeramente las cejas al notar el vivo rubor que teñia las mejillas de la jóven.

Meditó un instante, i luego dijo a Virginia:

—Usted pasará el dia aquí, en mis piezas, i nadie penetrará en ellas. Creerán que usted se ha evadido sobornando la guardia, o de otra manera, i nosotros tendremos tiempo para meditar lo que debemos hacer. He prometido a usted proteccion, i se la daré cueste lo que cueste.....

Virginia se acercó al doctor, i con los ojos preñados en lágrimas i la voz trémula por la gratitud, le dijo:

—¡Gracias, señor!.....! Dios premiará a usted!

El doctor apartó suavemente a la jóven, i sintiéndose conmovido, se levantó i se dirigió a las puertas con el pretesto de ver si estaban aseguradas con llave.

En seguida abrió un baul de los que constituian su equipaje, i sacó de él una botella con licor del cual puso en un vaso i pasó a Virginia diciéndole:

—Tome usted un poco de vino: esto reanimará sus fuerzas.

Virginia bebió sin vacilar.

El doctor se sirvió a su vez, i volvió a sentarse cerca de la jóven.

—Tenemos todo el dia a nuestra disposicion, le dijo. Convendria mas que usted tomara algun descanso. Ahí tiene una cama, en la cual puede dormir tranquilamente, i con la seguridad de que nadie, ni aun el mismo gobernador, vendrá a turbar su sueño.

—Pero, señor, esa es su cama, i usted tambien ha velado toda la noche..... De ningun modo.....

—¡Bah! hizo el doctor sonriéndose. Yo estoí acostumbrado a no dormir, i a mas, tengo donde hacerlo en la otra pieza. Descance usted, que yo la despertaré cuando sea necesario.

Virginia iba a replicar, pero él no la dió tiempo.

—Si usted quiere mi apoyo, le dijo sonriendo con benignidad, es necesario que me obedezca.

Virginia contestó con una mirada i una sonrisa de gratitud, i el doctor pasó a la otra pieza cerrando la puerta que comunicaba las dos habitaciones.

—¡Pobre jóven! se dijo el doctor al encontrarse solo. Estos viejos creen que las hijas han de sacrificar hasta su corazon por obedecerles i sujetarse a sus ridículos caprichos. ¡No será así, vive Dios! ya que ha llegado a mis manos el impedirlo!

El doctor se recostó en un sofá de alto respaldo i tapizado con tela de crin, a fin de dormir i recuperar sus fuerzas para acometer las muchas empresas que meditaba.

Pero el dia i la noche habian sido demasiado fecundos en acontecimientos, para que el doctor pudiera olvidarlos i entregarse a un sueño reparador, por mas necesario que le fuera despues de su viaje i de la trashedada.

Durante media hora, luchó en vano por dormir, hasta que cansado de apartar de su imaginacion las mil ideas que lo asaltaban, se entregó de lleno a ellas.

Una de las cosas que mas lo preocupaban, era el

convinar sus planes de independenciam.

La idea era grande i demasiado atrevida, i el doctor con su clara intelijencia conocia a mas que era sumamente costosa.

Arrancar de todo un pueblo ideas que ha mamado junto con la leche de su infancia; quitarle sus costumbres para darle otras mui diversas; mostrar el bien a quienes no lo conciben talvez, se comprenderá que era una tarea ingrata i trabajosa.

Don Juan Martínez, sin embargo, se hallaba con fuerzas para emprenderla. En su imaginacion habia calculado paso a paso el camino lleno de punzantes espinas que tenia que recorrer, i no se habia aminorado.

—Sembraré el grano, aunque sea, se habia dicho, i mis hijos o mis nietos recojerán el fruto.

El sembrar aquel grano, no obstante, necesitaba de mucha reflexion. Podia perderse al arrojarlo al terreno i entónces de nada serviria el surco profundo labrado con su paciencia.

Era, pues necesario rodearlo de mil cuidados i hacer con él lo que el jardinero con una débil planta. Cuidar que el viento no la destroce, que la helada no la seque, que un insecto no la roa; despues, cuando ya la planta se ha robustecido, cuando ha hechado raices, se la deja sola i ella marcha por si misma.

El niño dá sus primeros pasos apoyado en la firme mano del padre i despues corre solo.

Don Juan Martínez necesitaba asegurar el triunfo venidero mas bien que el éxito presente. Su patrio-

tismo lo impulsaba a salvar de un salto la barrera que lo separaba de su sueño dorado, pero su prudencia le aconsejaba marchar con lentitud si no queria caer a la mitad del camino.

Fácil le habria sido seguir los consejos de Vera. Su prestigio le abriria muchas puertas, su talento le atraería muchos adeptos; pero una revolucion es casi siempre una revolucion. Un poco de humo, un poco de sangre, i un millar de lágrimas.

El no queria eso, nó. Siempre es doloroso ver una mancha roja donde solo debia lucir el blanco de la paz.

La risa nunca es del todo alegre cuando ha sido precedida por las lágrimas.

El doctor Rózas queria llevar a término su idea, si era posible sin derramar una gota de sangre, pues de ese único modo concebía él la felicidad para la patria.

Una madre no está contenta si faltan algunos de sus hijos el dia en que se celebra un festin.

—¡El porvenir es mui oscuro, se dijo el doctor abandonando el sofá i comenzando a pasearse en la pieza; pero no importa; yo leo en él cual si estuviera impreso en grandes caractéres ante mi vista. Tendremos patria, me lo dice el corazon. ¿Qué debo hacer? Aun no lo sé, es verdad; pero Dios iluminará mi camino. Por ahora cimentemos el gobierno de don Francisco Antonio Carrasco, que nos conviene por ser de un carácter débil i condecendiente, i ya veremos despues lo que conviene hacer. Redactaré la súplica que el cabildo debe elevar al rei, i de este modo, ellos no

tendrán mas que firmarla i quedará a medida de mis deseos.

I el doctor al decir esto, se acercó a una mesa en que habia recado de escribir, i sin acordarse para nada de las fatigas de su viaje ni de la mala noche, comenzó a escribir.

Las ideas salian fáciles i sin esfuerzos de su imajinacion, i durante una hora llenó carilla tras carilla de papel sin soltar un momento la pluma, ni detenerse a meditar lo que iba a decir.

Cuando concluyó, no habria podido quitar nada al estenso escrito sin desperfeccionarlo, ni habria podido agregarle una sola palabra sin descomponerlo. Hai talentos así. Obran como una máquina; pero como una máquina perfecta, en que nada hai despues que pulir o enmendar.

Llenado aquel deber,—porque tal lo creia el doctor Rózas—pasó a ocuparse de Gabriela i Virginia.

Aquellas dos jóvenes le habian interesado sobre manera, i por efecto de su misma bondad, pensaba que tenia obligacion de protegerlas.

Por lo que hace a Gabriela, ya el doctor se habia formado el plan que debia seguir. Pero como de Virginia aun no sabia ni lo que necesitaba, resolvió aguardar que la joven concluyera de contarle su historia.

INOCENTES POR PECADORES.

Miéntras tanto, el dia avanzaba, i en el patio del palacio se oian los pasos de la jente que traficaba por ellos.

El doctor meditó por primera vez en el compromiso en que Virginia lo ponía con el presidente i don Tomas. Por lo que ella habia dado a entender, el Gobernador habia sido indulgente, demasiado indulgente, talvez, con ella; así es que no habria perdonado a su secretario el que se viniese a interponer entre ella i las bondades con que él trataba de protegerla.

—Es necesario que salga pronto de aquí, se dijo; a mas tardar, esta noche. No podria permanecer mucho tiempo sin ser descubierta... ¿Dónde la coloco?... Ya veremos; por ahora escuchemos: parece que se ocupan de buscarla.

El doctor se acercó a la puerta i oyó que una voz decia:

—En el interior no hai la mas mínima señal de que

haya huido por ahí. Debe, pues, haber salido por la puerta.

—Por la puerta no ha salido, eso yo lo aseguro, decía otra persona.

—¿I dónde está, entónce?

—Eso seria necesario adivinarlo.

—Pues toda la guardia quedará arrestada, mientras el señor presidente se levanta... ¡Ah!... ahora recuerdo! ¿Para qué se abrió la puerta anoche, despues de las dos?

—Para que entrara el señor secretario.....

—Está bien: haga usted relevar la guardia, i que permanezca arrestada.

—¡Pobres diablos! se dijo el doctor; ellos van a *pagar el pato*.

I sin dar mas importancia a este asunto, se entregó por completo a sus meditaciones.

Media hora despues, sintió unos golpecitos a la puerta del patio.

Fué a abrir, i vió que era un oficial.

—El señor presidente, dijo éste, suplica a usted, que si no tiene algun inconveniente, se sirva pasar a su despacho.

—Voi en seguida, contestó el doctor.

El oficial se alejó, i Rózas se dirijió sin hacer ruido a la pieza en que estaba Virginia.

En extremo delicado, no quiso entrar donde la jóven sin anunciarse primero. Mas como su llamado no obtuviese contestacion, fué a la mesa en que habia es-

tado escribiendo, i trazó en un papel las líneas siguientes:

«Señorita Virginia:

No tenga usted cuidado al encontrarse sola. Voi a hablar con el presidente i no sé el tiempo que pueda demorarme.

Besa a usted las manos.

Juan Martínez de Rózas.»

Concluido esto, abrió la puerta con gran cuidado i se acercó al lecho de Virginia en la punta de los pies.

La jóven se habia acostado ^{ya}vestida, i dormía profundamente.

Uno de sus desnudos brazos seguia las graciosas ondulaciones de su cuerpo, miéntras el otro, rodeando su cabeza, parecia servir de aureola a su frente.

Su pecho, rodeado de transparentes encajes, se levantaba a tiempos iguales para dejar salir una respiracion un tanto ajitada por entre sus lábios rojos como un coral.

Una de sus piernas, graciosamente recojida sobre la otra, permitia admirar el contorno de sus caderas, así como las atrevidas ondulaciones de sus pantorrillas, estrechamente aprisionadas en sus medias de seda.

El conjunto era en extremo bello, demasiado seductor i atrayente para contemplarlo con detencion.

Don Juan Martínez se quedó por un instante embelesado, i cualquiera que no fuera él habria permanecido como en éxtasis, ante esa jóven cuya hermosura

cautivaba el corazón. Pero él, habituado a ser dueño de sí mismo, dejó el papel sobre la almohada de la joven, i se alejó sin vacilar, aunque confesándose que le habria sido mui grato permanecer cerca de ese lecho que sostenia tan bello tesoro.

Al salir, cerró la puerta que daba al patio, le puso llave, i se guardó ésta en el bolsillo.

LOS CONFLICTOS DEL PRESIDENTE.

El señor gobernador se hallaba a la sazón en su despacho, i conversaba con un militar que ostentaba los grados de capitán.

—¿Dice usted que ha registrado escrupulosamente todo el palacio?

—Sí, S. E; i no solo no la he hallado, sino que no he encontrado ni vestijios....

—Entónces no hai que dudarlo: la guardia tiene parte en la evasión.

—Lo mismo creo yo, E. S., por mas que no haya sentido abrir la puerta mas que una sola vez.

—¿Para qué se abrió?

—Para dar paso al señor Secretario de S. E.

—¡Ah! ¡A propósito! aquí está él... Doctor, ¿cómo ha amanecido usted? ¿qué tal noche?

—Mui mala, señor, replicó don Juan Martínez.

—¿I por qué? interrogó el presidente.

—Porque me recojí mui tarde, i en seguida me desvelé..... ¿No ha oido hablar S. S. de LA MONJA ENDEMONIADA?

—Ni una palabra. ¿Hai alguna monja espirituada?

—Así lo cree la jeneralidad de las jentes.

—¿I usted no participa de esa creencia?

—Estoi mui léjos de ella por mas marivilloso que sea lo que he visto.

—¡Oh! ya hablarémos de eso! Por ahora tenemos otra cosa mas importante. Siéntese usted, doctor. ¿Sabe que me hallo en un gravísimo conflicto?

—¿Cómo así, señor presidente?

—Se ha evadido una prisionera, una jóven que se habia confiado a mi custodia.

El doctor finjió la mas grande sorpresa.

—¿I cuándo ha sido eso? preguntó.

—Anoche, no se sabe a qué hora. El señor capitan ha visitado todo el palacio i dice que no hai el menor vestijio.

—¡Es incomprendible, entónces, dijo el doctor.

—Para mí no hai duda, agregó el presidente, que algun soldado de la guardia la ha dejado salir.

El capitan vió que se dirijian a él aquellas palabras i con tono respetuoso dijo:

—Como en mí recae la responsabilidad moral de esta evasion, me permito insinuar a S. E. la conveniencia de azotar a los soldados uno a uno hasta descubrir la verdad.

—Tiene usted razon, replicó el señor Carrasco, que siempre estaba dispuesto a seguir las ideas de los

otros. Tiene usted razon, capitan; es necesario descubrir al traidor.....

El doctor Rózas creyó prudente mezclarse en el asunto e impedir aquella flajelacion que iba a caer sobre tantos inocentes.

--Antes de apelar a una providencia tan estrema, dijo al presidente, desearia que S. E. me oyera a solas.

—Con el mayor gusto, doctor. Capitan, agregó, volviéndose a él, sírvase usted pasar a la antesala i esperar ahí mis órdenes.

—Señor: dijo don Juan Martínez apénas hubo salido el capitan. Señor presidente: solo ayer ha principiado su gobierno, i ya que S. S. me ha hecho el honor de confiarme el cargo de secretario o consejero, creo de mi deber manifestar a S. E. que seria mui triste i de mui mal efecto para sus súbditos, el saber que se ha azotado a quince o veintê hombres, que a buen seguro, catorce o diez i nueve son inocentes, suponiendo que entre ellos esté el culpable. Yo ignoro aun la importancia que tenga para S. E. la evasion de esa jóven; pero creo que cualquiera que sea, no se debia apelar a un medio tan rigoroso.

—¡Tiene usted razon! exclamó el Gobernador quedándose un momento pensativo. Pero es el caso, agregó, que me afecta una gran responsabilidad. Oiga usted. La prófuga, es hija de un señor Acosta, que segun creo es uno de los hombres mas influyentes de esta capital. La jóven hacia algunos años que habia abandonado la casa paterna para seguir a un bandido

del sur i anoche fueron sorprendidos en la calle de las Cenizas, pero él se escapó. Don Tomas me pedia que le entregara a su hija para llevarla a su casa i castigarla ahí; pero ella se echó a mis pies i llorando me pidió que no lo hiciera. Confieso a usted que no pude resistir a esas lágrimas porque la jóven es hermosísima i la prometí que quedaria en palacio miéntras se resolviera lo mas conveniente. El señor Acosta me advirtió que esta jóven estaba acostumbrada a huirse de los monasterios, pero yo le aseguré que no sucederia tal cosa en palacio. Sobre todo, yo no he temido por un momento que tal hiciera, vista la paternal solicitud que despues la he manifestado, prometiéndole que permanecería cerca de mí i que gozaria de mi particular estimacion.

El doctor comprendió cuánto valia aquella particular estimacion del presidente, i no pudo ménos de felicitarse en su interior de impedir que tuviera lugar a manifestársela.

El gobernador continuó:

—Usted vé, doctor, que el caso es grave i sensible. La jóven es bellísima, como usted no puede tener una idea; i por otra parte, ¿qué podré decir al padre, ahora cuando me la reclame?

—No hai mas que decirle la verdad. ¿Cómo iba a suponer S. E. que esa niña fuera a huir en la misma noche?

—Tiene usted razon, doctor, dijo el presidente como a su pesar. Ha hecho mal en huir, agregó como hablando consigo mismo, pues yo no la habria hecho

ningun mal... ¡Era tan hermosa!....

Pero como si en aquel momento comprendiera que hacia demasiado hincapié en la hermosura de la jóven, se detuvo i agregó para justificarse a la vista del doctor:

—A mas, yo la he creído mui poco culpable. Las jóvenes sin esperiencia no saben otra cosa que amar a la persona que mejor les parece... ¿No lo crée usted así, doctor?

—Sí, señor; soi enteramente de su opinion.

—Aunque yo no trato de castigarla, como he dicho a usted, desearía, sin embargo, que se la buscara. La impondríamos una especie de reclusion, que podia cumplir en este mismo palacio, por ejemplo, i así quedaria satisfecho don Tomas, la vindicta pública, i ella no tendria mucho que sufrir. ¿No le parece a usted, doctor?

—Yo creo lo contrario, señor.

—¿Cómo así? piensa usted que don Tomas no quedaria satisfecho?

—El sí, señor; pero nó el pueblo.

—¿No le agradaría que se castigase a esa niña?

—No es eso, señor; por el contrario creería que se la *proteja demasiado*.....

—¡Pues no comprendo por qué! exclamó el gobernador.

Rózas se dijo: «no hai peor sordo que el que no quiere oír» i este viene a probarlo con su finjida inocencia.

Luego agregó en voz alta:

—Como el pueblo, señor, es tan lijero para juzgar, creeria al ver en palacio a esa niña, que era alguna protegida de su señoría.

—¡De veras! tiene usted razon! exclamó el presidente sonriéndose. I sobre todo, agregó con cierto tonillo malicioso, cuando ella bien merece la proteccion de un Gobernador.

Rózas se sonrió por urbanidad, pero si leyéramos en su interior, veríamos cuán compasiva era aquella sonrisa.

En aquel momento golpearon suavemente a la puerta que daba a la antesala.

—Adelante, dijo el gobernador.

Se presentó el capitan que poco ha habia salido.

—¿Trae usted algunas noticias? le preguntó Carrasco.

—Sí, E. S. aunque mui vagas, o mas bien, es solo una presuncion.....

Rózas sintió que se le helaba la sangre.

—A ver, diga usted, dijo el gobernador con gran interes.

—Talvez no sea mas que una presuncion, E. S; pero yo he creído que debia ponerlo en su conocimiento, tanto mas, cuanto que el señor Secretario está aquí...

Rózas se clavó la uñas en los brazos para dominar su emocion.

—Bien, diga usted, dijo Carrasco.

—Hace un instante, dijo el capitan, el sarjento de la guardia se ocupaba en observar la puerta que abrió

la prisionera, i creyó sentir ruido en las piezas que dan al frente i que son las ocupadas por el señor Secretario.

—Bien, ¿i qué mas? interrogó el presidente que estaba ávido por saberlo todo.

—Como el sarjento habia visto al señor Rózas venir para acá, le llamó la atencion el que hubiera ruido en sus piezas, i se acercó a escuchar. Entónces oyó distintamente algunos leves pasos, segun lo asegura, i luego como el ruido que hace una persona al sentarse en una silla.

Don Juan Martínez habia logrado dominarse esteriormente, aunque en su interior la inquietud lo ahogaba.

Apénas concluyó de hablar el capitan, Carrasco se volvió al doctor, que se sonreia con aire de incredulidad, i le dijo:

—¿Qué dice usted, doctor?

—Que ese sarjento ve visiones, o hai duendes en palacio.

—¿I no podrá haberse ocultado ahí, en sus piezas, doctor, dijo Carrasco, miéntras usted ha estado fuera?

—No creo que haya podido entrar por el ojo de la llave, replicó Rózas, que siendo enemigo de la mentira, buscaba contestaciones que sin negar, tampoco fueran una respuesta lójica.

—¿Usted ha tenido todas las puertas con llave, entónces?

—Sí, señor; enteramente todas.

—Será alguna alusinacion del sarjento, capitan, di-

jo Carrasco. Ya usted oye lo que dice el doctor.

—Talvez sea así, señor: yo creí conveniente poner esto en su conocimiento por si el señor Secretario deseaba inquirir la causa de esos ruidos.

—Serán algunos ratones, dijo el doctor, como dando poca importancia al asunto.

—¿Por qué no va usted a serciorarse? le preguntó el presidente.

—Bien, iré, aunque estoi convencido de que nada debo encontrar.

I deseando atraer la atencion del presidente a otro asunto, le dijo:

—Si S. E. no tiene nada que hacer, pienso ocuparme pronto de trabajar en lo que ayer dije a US.

El capitan se alejó viendo que ahí estaba de mas, i Carrasco preguntó:

—¿En qué, doctor? No recuerdo lo que usted me dijo ayer.

—Sobre obtener que S. M. el Rei lo nombre propietario.

--¡Ah! de veras! ¿I se podrá obtener eso, doctor? le preguntó él con marcado aire de complacencia.

—Sí, señor; yo creo obtenerlo bien pronto.

El doctor se alejó despues de cambiar con el presidente algunas otras palabras i marchó apresuradamente a sus piezas.

UN GOBERNADOR CONSTITUIDO EN GUARDIAN.

Esta vez, don Juan Martínez de Rózas entró directamente a la pieza de Virginia.

La jóven estaba sentada en uno de los sillones, i se oprimia la cabeza entre las manos.

Estaba triste, abstraída en profundas meditaciones; pero al sentir al doctor, un rayo de alegría iluminó su semblante.

Se levantó i se acercó a él ahelante preguntándole:

—¿Han descubierto mi evasion?

—Sí, hija mia, i la buscan a usted con empeño.

—¡Dios mio! ¡Entónces me van a encontrar!... Pero usted me ocultará, usted impedirá que lleguen hasta aquí.....

—Sí, yo lo impediré, le dijo el doctor sonriendo con benignidad. Siéntese usted: necesitamos hablar.

La jóven i el doctor se sentaron en un mismo sofá.

—¿Sabe usted que han pensado, o mas bien, que han sentido que usted está aquí?

—¿Es posible? interrogó Virginia palideciendo de terror.

—Sí, pero no se le dé a usted nada. No vendrá nadie aquí. Hablarémos en voz baja a fin de no ser sentidos por los que trafiquen por el pasadizo. Deseo que usted concluya su narracion, para que acordémos lo que se ha de hacer.

—Bien, señor, replicó Virginia. Lo que me queda que contar a usted es la historia de esta última noche; todo lo demas lo sabe usted.

A trueque de no ser ultrajada por los soldados, dijo Virginia, consentí en marchar prisionera i no oponer ninguna resistencia. Sin embargo, habria preferido hacer esto último. Deseaba morir; pero morir pisoteada, herida por el plomo i las bayonetas. Mi sangre ardia de despecho i experimentaba cierto placer al pensar en que podia derramarla i sentir en mí el hielo del acero que dividia mis venas i magullaba mis carnes. Tenia fiebre, esa fiebre con delirio que deben sentir los guerreros: delirio que tiene por objeto, por punto de mira, la destruccion, i que nose detiene a mirar las consecuencias. No me tomeis, señor, por una mala mujer. Conozco que tengo un poco de mas valor que algunas, pero no me gusta la sangre ni tengo mal corazon. Si yo deseaba hacer algun mal a esos hombres, si me habria gustado matarlos, es porque ellos, los soldados, habian sido siempre nuestros perseguidores, la causa de nuestra larga separacion, i sobre todo, los

que habian maltratado, pisoteado i escarnecido a Paulino, cuando lo tenian en su poder. Yo sentí odio por ellos aun cuando los disculpaba, pues no eran mas que unas máquinas que obedecian a un superior. Felizmente para ellos i para mí, me respetaron, i ninguno osó tocarme: su contacto en el grado de exaltacion en que me hallaba, me habria hecho dispararles un balazo con las armas que hasta el último momento retuve en mis manos.

Llegamos aquí, i me hicieron pasar a la sala del gobernador.

Mi padre estaba a su lado.

Por un movimiento instintivo, corrí hácia él al verlo.

—¡Padre mio!... le dije cayendo de rodillas a sus pies.

Mi padre se alzó rojo de indignacion, terrible con su mirada.

Ni una chispa de amor, de ternura, de compasion, ví yo en aquella mirada hiriente como la hoja de un puñal, fria i amenazante como la mirada de un verdugo.

No era mi padre el que estaba ahí.

Era el hombre que ve pisoteado su honor i quiere levantarlo castigando terriblemente al que osó mancillarlo.

¡Ah! señor!... Si mi padre me hubiese recibido de otro modo!... Ahora mismo, si me llamara a su lado i me dijese: «hija mia: olvida ese amor porque a mí me haces sufrir» yo lo sacrificaría todo: mi corazon,

mi alma, mi vida entera, i hallaria dulce mi sacrificio, fecundo mi martirio. Pero él, equivocado sin duda, ha querido llevar su mano hasta mi corazon, nó para atraerlo, sino para despedazarlo. Yo me he revelado, he sido una hija impía, talvez, pero no ha estado en mí el obrar de otro modo. He rechazado la opresion injusta porque la he creído perniciosa, así como he sido dócil para ceder cuando he visto que mi sacrificio puede servir de algo, aunque sea de dar una pequeña satisfaccion al que lo solicita.

Me he detenido en esto, señor, para justificarme de lo que hice cuando me ví acojida, no como una hija que ha delinquido, sino como un enemigo a quien se ódia.

—¡Levántate! me dijo él con voz reconcentrada.

Obedecí, herida en el corazon.

Mis mejillas debieron ponerse rojas i mis pupilas llenarse de lágrimas, porque durante algunos momentos no ví nada de lo que me rodeaba.

Al fin oí la voz del gobernador que me decia:

—¡Señorita! el señor Acosta desea que usted olvide ese infortunado amor que la ha hecho a usted olvidar sus deberes de hija, así como despreciar su posicion social. Segun lo que el señor Acosta me ha dicho, usted ha estado bastante tiempo con ese hombre que la deshonra.....

—¿Por qué puede deshonrame Paulino, señor? le pregunté no pudiendo soportar el que se le ultrajara.

—Porque es un hombre de baja estirpe, i segun el señor Acosta, casi un bandido.

Una palabra tembló en mis lábios. Una sola pala-

bra; pero tan atrevida, que habria sido una grave ofensa para mi padre i un eterno remordimiento para mí.

—Nó, señor, le contesté dominándome; Paulino no es un bandido. Es el mejor de los hombres.

Mi padre quiso hablar, pero conocí que el respeto al gobernador lo hizo callarse.

—De cualquier modo que sea, hija mia, dijo este último, usted debe obedecer a su padre. Ya el escándalo está dado, ya su nombre ha corrido de boca en boca en la sociedad, ya no queda a usted mas que volver sobre sus pasos, i dando un a Dios al mundo, tratar de complacer a los que le dieron la existencia. Yo podría castigar a usted: como a hija que ha olvidado la obediencia a sus padres, i como a mujer que no ha respetado las leyes cristianas.

Por vergonzoso que me fuera contestar, ví que debia hacerlo.

—Nadie puede ser juez en mi conciencia, señor, dije al gobernador; tanto mas, cuando yo misma no tengo nada que echarme en cara. Si he vivido al lado del hombre a quien amo, he sabido respetar lo que me debo a mí misma. Solo esta noche iba a ser la esposa de Paulino; esta noche que un sacerdote debia bendecir nuestro amor.

Mi padre se sonrió con incredulidad i el gobernador hizo un jesto que no pudo ménos de ofenderme.

—Está bien, dijo el gobernador; concedo a usted que no tenga nada que echarse en cara; pero no sucede así con el mundo: juzga por lo que vé, i como usted lo ha escandalizado, necesitaríamos reparar ese escándalo. Yo

debía castigar a usted; pero no lo haré. Es usted muy jóven, muy hermosa, para que fuera a perder esa juventud, esa hermosura, entre cuatro lóbregas paredes. Todavía un bello porvenir puede presentarse a usted: no tendrá mas que esperarlo i poner de su parte un poco de condescendencia i de buena voluntad.

—Señor Presidente, dijo mi padre; esta muchacha debe ir a un claustro; pero a un claustro donde no pueda volver a salir. Creer que ésta acepte consejos, que se doblegue por el bien, es como creerlo de Sata-nas.

—Gracias, señor, le dije, por el favor que me hace. Talvez sea duro mi carácter; pero me permitiré preguntarle: ¿Cuándo una palabra de afecto ha salido de sus labios para mí? cuándo esa solicitud, esa ternura que tiene el padre mas desnaturalizado, la ha empleado usted conmigo? ¿cuándo me ha dicho usted “hija mia”? En la infancia, cuando es tan dulce el regazo de los padres, ¿fui alguna vez llamada al suyo? “¡Eh, chiquilla!” me decía usted para llamarme. “¡Esa muchacha!” exclamaba Ud. para indicarme. Jamas mis párpados se cerraron al arrullo de su voz, así como jamas se abrieron al ruido de sus caricias. Siempre he oido en sus labios que le cuestan muchos sacrificios, i jamas me ha dicho siquiera con una mirada que le he proporcionado una satisfaccion. En fin, hai palabras que usted me ha repetido muchas veces, i que las aves en sus nidos, las fieras en sus cuevas, no habran dicho jamas a sus hijuelos. Esas palabras me han recordado que a usted debo la vida i despues de la vida el alimento. El tigre

no ha echado jamas en cara a sus cachorros el trozo de carne que ha arrebatado para sustentarlos.....

—Pero tú has sido una ingrata, dijo mi padre que no has merecido jamas el plato de comida que tenias en mi mesa. Mas yo te enseñaré ahora debidamente. El señor gobernador me va a permitir que te lleve a mi casa, i veremos si de ella te huyes.

Yo me arrojé a los pies del presidente diciéndole:

--No permitais, señor, tal cosa. Prefiero que vos me castigueis, a tener por verdugo a mi mismo padre.

—Levántese usted, me dijo el gobernador, i se cumplirán sus deseos.

Mi padre me miró fieramente, i volviéndose en seguida al gobernador, le dijo:

—Yo quedaré mui contento, señor, con lo que S. E. determine respecto a esta muchacha. Me permito, sí, advertirle, que está acostumbrada a huir de sus prisiones, i que ahora mas que nunca necesita ser castigada con severidad, pues su mismo traje nos indica cuánta es su desvergüenza i liviandad.

Yo no hallé que contestar. Mas de una vez este traje, en las pocas horas que lo cargo, me ha hecho ruborizar, i en aquel momento mismo, la mirada persistente que el gobernador fijaba en mí, me decia bien claro, que si por una parte censuraba verme ataviada de esta manera, por otra le complacia.

Como el presidente vió mi rubor, dijo en mi defensa:

—Eso no es mas que un capricho de niña hermosa. La que es bella como la señorita, es bueno que se engalane de ese modo.

Y volviéndose a mi padre, pues lo anterior lo habia dicho mirándome de un modo que aumentaba mi rubor, le dijo:

—Mi señor Acosta: creo conveniente que por esta noche deje usted confiada a mi guarda su hijita. Mañana vendrá usted i acordarémos lo que mas conven-ga.

—Usted es dueño, señor, de tomar las providencias que guste; por mi parte le diré que miéntas mas severas sean éstas, mayor será mi satisfaccion.

Mi padre no tuvo inconveniente en aceptar las indicaciones del gobernador, i se alejó lanzándome terribles miradas.

EL PRESIDENTE EN CAMPAÑA.

Virginia se detuvo un momento como para buscar el medio de narrar sin rubor lo que quedaba de su historia; pero no hallándolo, sin duda, pareció determinarse a continuar.

El gobernador, dijo, me colmó de atenciones; pero como yo las recibiese con frialdad, me mandó colocar en la pieza de que usted me ha visto salir.

No quise acostarme. Tenia un vago recelo, que poco ántes de las doce de la noche, se vió confirmado.

Sentí que abrian la puerta de mi pieza, i un instante despues se presentaba a mí el gobernador.

Lo recibí con sequedad, i cuando él se hubo sentado, yo permanecí de pié como a cuatro pasos de distancia.

—Pero siéntese usted, me dijo, pues de otro modo me obligará a que yo me ponga de pié.

—Usted está como debe, señor, i yo del mismo modo.

—Yo no podré consentir en que usted permanezca de pié. No hai motivo para hacerlo. A mas, yo querria que me tratase con mas llaneza, que tuviera confianza en mí.

—Yo no puedo desconfiar de S. E., pues comprendo que nadie debe conocer mejor las obligaciones de un caballero, que el que casi lo es mas que todos.

El presidente se mordió los lábios, i por un momento pareció desconcertado.

—Tiene usted razon, dijo al cabo de un instante; de mí nada puede temer, si no es que la colme de bondades.

—Lo agradezco a su Excelencia.

—¡Pero no me dé usted ese tratamiento! ya le he dicho que desearia que usted me mirara como un amigo, como un hermano.....

—Será imposible que olvide, señor, le dije, que soi su prisionera.

—¿Mi prisionera dice usted? Bastaría una palabra suya, para que usted fuera libre i pasara yo a ser su esclavo. ¿No ha comprendido usted cuánta impresion han hecho en mí sus atractivos?

—Lo que yo he comprendido, señor, es que usted, talvez, me ha juzgado mui lijeramente, es decir, mui mal.

—¿Por qué, señorita?

—Porque a una mujer que es desgraciada, se la debe respeto.

—¡Dios mio! ¿Acaso yo lo he olvidado ante usted? No desearía otra cosa que probarle cuanto es mi rendimiento i mi veneracion.

Yo no quise contestar.

—Usted ha visto, agregó él, que yo me he puesto abiertamente de su parte, aun a riesgo de disgustar al señor Acosta.

--Yo agradezco a usted en el alma, E. S., la compasion que le ha inspirado mi desgracia, le contesté. Ningun título he tenido para obtenerla, ni nada tendré para premiarla, así es que S. E. solo debe esperar que Dios premie su bondad.

—¡Oh! su agradecimiento seria una gran cosa para mí!

--Eso lo tiene su Excelencia desde el instante en que se dignó acceder a mi súplica.

—Pues yo probaré a usted, señorita, que no hai sacrificio que no esté dispuesto a acometer por usted. Pero para esto, usted debia principiari por no manifestarme tanto horror, por acojer mas benignamente mis palabras i mis visitas.

—¿Debo permanecer mucho tiempo prisionera?

—Nó, señorita; mañana mismo puede usted salir. Yo la haré acomodar una casa a su satisfaccion, yo atenderé desde hoi a todos sus gastos, i de tal modo podrá usted vivir libre i dichosa, que le aseguro que causará la envidia de todas las mujeres del reino.

—Yo no viviré jamas contenta, señor, sino con mi esposo. Una cabaña miserable, me bastará para ser feliz con él.

—Pero, señorita, ya usted vé que eso es imposible. En estos momentos, él estará quien sabe donde, i es muy posible que no vuelva jamas a Chile. Todo se opone a que usted consagre su vida a ese hombre que es indigno de usted.

—Paulino es digno de ser el esposo de una reina, señor presidente.

—Usted lo créese así porque la ciega el amor. Pero para la sociedad es un miserable, un bandido, un prófugo de la cárcel, un hombre condenado a muerte, i que apénas sea habido por la justicia, será ahorcado en medio de la plaza.

—¡I bien! yo lo acompañaré al patíbulo! No me importa nada lo que diga la sociedad!

—Pero ese es un absurdo, señorita. Usted podría ser muy feliz, yo la rodearía de riquezas, de atenciones, i quien sabe si en mi amor.....

—¡Basta, señor! le dije no pudiendo reprimir mi indignacion. No continúe usted hablándome así, o creeré que usted quiere abusar de mi posicion.

—Usted es muy orgullosa, me dijo.

—Tengo dignidad, le contesté.

—Dignidad que usted ha sacrificado a un miserable.

—¡Señor presidente! le dije. Reconozco en usted el derecho de castigar, pero nó el de insultar a una mujer. Usted puede decir lo que quiera. Yo no le contestaré una palabra mas.

—¿Es decir que usted me desprecia?

Dí vuelta la cara a un lado i no le respondí.

—¡Oh! exclamó él parándose. Usted tiene razon para incomodarse; pero cuando hayan pasado algunos dias, será otra cosa; sobre todo, si logramos asegurar pronto al tal Paulino.

Confieso a usted, dijo Virginia dirijiéndose al doctor Rózas, que si hubiera sido hombre, habria muerto al que así se mofaba de mi dolor.

El presidente se retiró, i cerró con llave la puerta tras de sí.

Usted comprenderá cómo quedé yo. La débil esperanza que habia concebido, se desbarató de un golpe, i en la situacion en que me hallaba, habria preferido la casa de mi padre.

La misma desesperacion que se apoderó de mí, me hizo buscar el medio de evadirme.

La puerta era sólida, pero la chapa estaba por el lado de adentro, i ví que era fácil sacarla.

No tenia herramienta alguna que emplear, i por un momento me desanimé; mas, al fijarme en una imájen de María que colgaba en la pared, ví un gran clavo i me apoderé de él.

Trabajé largo rato, ya con una leve esperanza, ya con la mas profunda desesperacion, i al fin ví coronados mis esfuerzos. La chapa cedió a mi empeño i pude abrir la puerta.

Cuando salí, no tenia idea fija, ningun plan conuinado. Pensaba saltar algunas paredes, volar por sobre los tejados, seducir a la guardia dándole el oro i las piedras que adornan mi traje; pensaba, en fin, hacer mil

disparates, matar, herir, en una palabra, ser libre a cualquier costa.

Aunque me hallaba sola i sin tener nadie que me ayudara, yo creia poder vencerlo todo.

Era tal la tenacidad con que mi imaginacion perseguia la idea de hacerme libre pronto, que en toda la noche no me habia acordado una sola vez de Ursula, esa pobre vieja que habia sido mi mas fiel amiga, i que junto conmigo, fué hecha prisionera, pero trasladada a la cárcel por órden del gobernador.

Tal han sido, señor, las escenas que tuvieron lugar anoche. Yo no sé si me conduje mal con el presidente; pero la espresion que daba a las frases, sus miradas, el tono de su voz, todo me dió a conocer bien claro cuales eran sus intenciones.

—Usted ha hecho mui bien, hija mia. Celebraria que usted lo hubiese tratado con mas dureza aun. El hombre que olvida el respeto que debemos a la mujer, por seguir sus pasiones mal reprimidas; que hace del amor, —sentimiento divino que viene del alma,—un cálculo mezquino i miserable, no merece mas que el desprecio. Usted ha hecho bien. Hai miserables que porque tienen oro o poder se creen autorizados para insultar lo mas sagrado, para mancillar lo mas puro, i ofender lo mas divino. Hombres de corazon corrompido que no han encontrado a su paso mas que heno i miseria, i se figuran que todo es lodo, que todo es un reflejo de sus innobles pasiones. Descanse usted en mí, hija mia. No sé lo que pueda hacer por usted; pero por poco que sea yo trataré de hacerla feliz. Paulino será perdonado,

sus padres olvidarán sus sentimientos, i aun cuando esto último no suceda, usted al ménos podrá dar su mano sin rubor, al hombre a quien ya le ha dado el corazón.

—¡Ah! gracias, señor!... Usted me llena de esperanzas!... le dijo Virginia.

—Esperanzas que en breve serán realidades, hija mia; confíe usted en Dios.

En aquel momento dieron algunos golpes en la puerta del patio, i el doctor dijo apresuradamente a Virginia:

—Trate usted de no hacer ruido, pues no sé quién sea. Hasta la noche no podrá salir usted de aquí.

Cerró la puerta que comunicaba las dos piezas i fué a abrir la que golpeaban.

UNA ESCOLTA DESARMADA.

La persona que llegó a interrumpir al doctor, entró sin ceremonia a la pieza, i apénas hubo franqueado el umbral, dió un abrazo a Rózas diciéndole:

—¡Déjame felicitarte i felicitarme!... tu gran idea es acogida con entusiasmo, i heme aquí dispuesto a trabajar noche i dia por ella!

—¿Es posible? interrogó el doctor con alegría. ¿Contamos con adeptos?

—Sí, a millares, contestó Vera, pues no era otro. Todos quieren entrar desde luego en accion, i opinan porque se comience a cortar desde hoi mismo la cabeza a los godos. Yo me encargo, si quieres, de la del presidente.

—Calla, atolondrado, i hablemos sériamente. ¿Qué has hecho?

—He conquistado a Pedro, Juan i Diego, i todos

están dispuestos, no solo a servir personalmente la causa, sino a proporcionar dinero para una revolucion.

—Aun no es tiempo de eso. Ya te he dicho que necesitamos conquistar primero a nuestros mismos ciudadanos i hacerles ver la luz poco a poco. Presentársela de improviso, la rehuirían o se cegarian. Por ahora vamos a que copien este escrito i a recojer las firmas de los cabildantes.

—Bien, vamos, dijo Vera, aunque de este modo vamos a marchar a paso de tortuga.

—No se puede de otro modo, replicó el doctor.

I pasándole las carillas que habia llenado esa misma mañana, agregó:

—Lée miéntras me preparo para salir.

Fué a la otra pieza, recomendó a Virginia que estuviere sin cuidado, i le prometió volver lo mas pronto posible.

En seguida arregló un poco su traje, se puso el sombrero, i dijo a su amigo:

—Vamos pronto: tenemos mucho que hacer i que hablar.

En seguida puso llave a la puerta, i tomándose del brazo de Vera, salieron ambos a la calle.

El hacer copiar la solicitud que debian elevar al Rei los cabildantes i recojer las firmas, fué materia de dos horas.

Hecho esto, que tanta importancia tenia para el doctor, dijo éste a su amigo:

—Ahora, convídame a almorzar. Pero te advierto que soi aficionadísimo a los fiambres.

—No faltarán, i entre ellos algunas perdices que he traído del campo.

Cuando el doctor i su amigo se hubieron instalado a una mesa, éste último despidió a los criados a fin de tener mas libertad.

—Has hecho bien, le dijo Rózas; así podremos hablar sin testigos.

—Para llevar a cabo nuestra empresa, agregó mientras se servia el almuerzo, es necesario que obremos con cautela al elejir los amigos a fin de que no vamos a introducir un traidor en nuestros cálculos de accion. Tú que sabrás mejor que yo quienes ocupan los puestos públicos, i quienes podrán aceptar o nó nuestras ideas, me vas a decir sus nombres para tratar desde luego de separarlos.

—¡Oh! de esos hai muchos! Por ahora, los que mas podrian incomodarnos, son el asesor don Pedro Diaz Valdez, hombre que no sesga jamas en sus ideas i que es decidido partidario de la monarquía.....

—Bien, dijo Rózas; pondremos en su lugar al doctor Campos.

—Algun trabajo va a costarte. El segundo empleo que debe ocupar uno de los nuestros, es el de Escribano de Cámara.

—Colocarémos en él a don Juan Francisco Méndez.

—Sí, seria bueno. El principal enemigo que vas a encontrar en tu camino, es el Secretario don Judas Tadeo Reyes.

—¡Bah! ese no me importa! Si él es el Secretario,

yo soi el consejero, i ya me daré yo mis trazas para que nada se haga sin mi aprobacion. Dime ¿en qué estado se haya el cabildo?

—Como siempre: casi sin ninguna representacion. Está compuesto, como puedes verlo por los muchos que conoces, de hombres tan poco activos, que apenas sirven para acompañar las procesiones i dar solemnidad a las fiestas de las iglesias.

—Es necesario trabajar, entónces, para darle influjo i poder. Haré que don Francisco Antonio nombre rejidores suplentes, i de esta manera podremos llevar a esa corporacion personas que nos sean del todo adictas. A mas, trataremos de que trabaje, que dicte sus leyes, que quite al gobernador tantas facultades como tiene ahora, i que en cierto modo sea el cabildo el que gobierne. De este modo prepararemos el terreno para el gran resultado.

Cuando llegaron a este punto de la conversacion, las viandas servidas en la mesa estaban ya agotadas, i el doctor interpeló a su huésped diciéndole:

—¿Dónde están los fiambres? Eso es ^{para} para mí lo mas importante.

Vera fué a un armario i sacó de él un azafate con perdices, lenguas, gallinas i otros fiambres.

—Aquí tienes, gloton, le dijo; sacia tu voraz apetito.

—¡Qué lástima que me hayas presentado esto tan tarde! exclamó el doctor sonriéndose. Pero como no me gusta despreciar lo que se me obsequia, dame algunos papeles i llevaré lo que no pueda comer.

Vera miró a su amigo creyendo que trataba de embromarlo.

—Formalmente, le dijo éste. Voi a llevarme una parte de lo que contiene este azafate. ¿Crées que yo no deseo tener en mi pieza algo qué comer?

—¿Es cierto, entónces, que te has hecho un gran gastrónomo?

—¡Qué quieres! todas estas cosas las trae la edad. Vera fué a una pieza inmediata i trajo algunos papeles.

—Aquí tienes, le dijo sonriéndose aun con aire de incredulidad.

Rózas tomó los papeles, los estendió en la mesa con gran cuidado, i comenzó a colocar en ellos, una per-diz, la mitad de una lengua, un cuarto de gallina, amen de un par de panes que arregló de manera que no se juntaran con los fiambres.

Practicado esto con todo el cuidado i delicadeza que requeria, lió los papeles con un hilo i se preparó a salir.

—¿I efectivamente piensas llevar tú, eso?

—¡Yo mismo! ¿A quién quieres que lo confíe?

—Déjalo a mi cuidado, i te lo haré llevar por un sirviente. De este modo te mandaré algunas otras cosas, como ser algunos dulces i galletas.

—No vendrian mal los dulces i galletas, pero es el caso que yo no quiero que sepa nadie que soi tan gloton. Como el bultito este no ocupa mucho lugar, tu oferta me ha hecho ver que bien puedo agregarle algunos dulces. Vamos, vé a traerlos, pero que sean secos.

Vera lanzó una carcajada al ver la formalidad con que hablaba el doctor.

—¿Quiéres jugar a la comedia conmigo? le dijo riéndose.

—Te hablo formalmente. Voi a llevar fiambres i dulces para mis piezas; así, trae pronto estos últimos.

Vera fué nuevamente al armario i sacó de él naranjas azucaradas, tortitas rellenas con manjar blanco i algunas galletas.

—¡Toma! le dijo. Cumple tu cápricho!

El doctor acomodó estas cosas en otros papeles con el mismo cuidado que las otras.

—Ahora, dijo, nos veremos esta noche, en casa del doctor Campos.

—Pero deja, hombre de Dios, que un sirviente te lleve ese atado. ¿Cómo vas a entrar con él en palacio?

—Como entraría no llevándolo.

—¿Pero qué dirán los que vean que todo un privado del presidente anda con atados por la calle? Eso es hacer mui poco caso de tu aristocracia.

—Es precisamente lo que quiero. El hombre que tiene la idea de fundar la República, debe ser demócrata.

—Tienes razon. Vamos, entónces; yo te acompañaré hasta la plaza.

Vera i el doctor tomaron sus sombreros, i éste último arregló lo mejor que pudo sus comestibles para trasladarlos a palacio.

Los dos amigos salieron a la calle hablando con en-

tusiasmo de sus planes, i ^{amb}conviniendo los primeros pasos que debian dar.

De repente, sintieron tras de sí una gran bulla. Se volvieron i Vera lanzó una alegre carcajada.

—¡Diablo! exclamó: no es mala la escolta que llevamos!

—¡Esto no habia previsto yo! dijo Rózas entre avergonzado i risueño. Estos malditos perros han sentido el olor de lo que llevo, i por eso nos siguen! ¿Qué hacemos? no me agrada mucho llegar con este cortejo a palacio.

Vera calmó un tanto su hilaridad, i viendo a un pilluelo que pasaba por ahí en ese instante, lo tomó de un brazo, i pasándole una moneda de plata, le dijo:

—Toma ese real, porque alejes a pedradas a esa porcion de perros que nos siguen. Dales duro, sobre todo a esos grandes que se han permitido ponerse a pelear tras de nosotros.

El pilluelo no necesitó de mas, i se espidió con tal donaire, que al minuto los perros habian desaparecido.

—Ahora, apresurémonos, dijo Vera a su amigo, si no quieres tener bien pronto otra vez una guardia de honor.

Felizmente solo se hallaban a una cuadra de palacio, i el doctor pudo llegar a él libre de su escolta, aunque no pudo ménos de mirar tres veces hácia atras, para ver si era seguido.

EMPEÑO QUE DÁ LA ESPERANZA DE UN GRADO.

Por mas que creyera el doctor Rózas que don Francisco Antonio García Carrasco hacia en él una confianza absoluta, estaba equivocado.

El presidente tenia como todo hombre, i talvez mas que otros, sus pasiones, que él cuidaba de ocultar del mejor modo posible a fin de mantener su buen nombre.

La hermosa Virginia le habia interesado de tal modo, que el buen señor no queria convencerse de que la habia perdido.

Fijo en la idea de encontrarla, apénas salió el doctor Rózas de sus piezas hizo llamar al capitan que ya hemos presentado.

—Oiga usted, capitan, le dijo. No creo conveniente azotar a los soldados; pero sí podemos emplear otro medio que producirá el mismo resultado. Ofrezca us-

ted seis onzas de oro al que dé noticia de esa jóven, i a mas del perdon de toda pena, un ascenso si es militar. De este modo, aun el mismo que la haya dejado evadirse, confesará, i los demas tendrán un estímulo para buscarla. Ordene usted en mi nombre que pongan en libertad a esa vieja [que trajeron con la jóven, pero que no la pierdan de vista, pues talvez sepa donde puede reunirse con ella.

—Bien, señor, contestó el oficial. Todo se hará como S. E. lo ordena.

—Vea, capitan, agregó Carrasco cuando ya el jóven se alejaba: creo que a usted no le vendrian mal las insignias de sarjento mayor. Usted hará por ganarlas.....

El capitan salió con la cabeza trastornada.

—¿Qué hago? qué pasos doi? se preguntaba paseándose en el corredor que dá frente a la plaza.

I al decir esto, torturaba su imaginacion combinando uno i otro proyecto que luego desechaba por creerlos irrealizables. Los grados de mayor saltaban en su cerebro mezclándose a las ideas que concebía para obtenerlos. Otra de las cosas que no podia apartar de sí, era lo que habia dicho el sarjento, i cada vez que en sus paseos llegaba cerca de las habitaciones del doctor Rózas, no podia ménos de fijar una persistente mirada en la puerta que daba al pasadizo.

—¡Si estuviera ahí! se decía.

No pudiendo resistir al fin el deseo de convencerse por sí mismo de que nada podia esperar de ahí, fué al pasadizo marchando en puntillas, i buscó algun resqui-

cio en la puerta para observar.

Felizmente para Virginia, la puerta estaba recién pintada i no tenía el menor agujero. El capitán trató entónces de mirar por la cerradura; pero también en esto salieron fallidas sus esperanzas, pues estaba puesta la llave.

No se desanimó por esto: al contrario, esos obstáculos parecieron irritarlo.

—Ya que no puedo ver, escucharé, se dijo.

I resuelto a no separarse de ahí hasta quedar enteramente satisfecho, aplicó el oído.

Desde el primer momento le pareció oír una voz leve i recatada. Pero aquel rumor era tan vago, tan incierto, que el capitán pensó que mas bien sería efecto de una alusina de sus sentidos. A mas, él se decía:—“Si este murmullo fuera producido por dos personas que hablan, oiría distintas voces i algunas interrupciones o espacios de tiempo en que nada sentiría; pero sucede lo contrario: lo que oigo es mas bien una lectura que una conversacion. ¿Será que el señor Rózas está leyendo?»

El capitán tenía razón para confundirse, no pudiendo adivinar lo que pasaba en el interior de las piezas.

La voz que tan vagamente oía, era la de Virginia, cuando contaba al doctor la última parte de su historia.

No se desanimó el capitán por esto, i durante un cuarto de hora, permaneció pegado, si así podemos decir, al agujero de la cerradura.

Al fin de este tiempo, oyó mas distintamente otra voz.

Esta vez no podía engañarse: era el doctor quién hablaba con sijilo.

No quiso permanecer mas tiempo ahí para evitar que álguien lo viese, i se volvió al corredor.

De ahí a un rato, vió cuándo llegaba don Bernardo Vera, i luego que éste salia acompañado del doctor.

—Virginia está ahí, apostaria mi cabeza, murmuró el capitan.

Meditó un momento, i se dirijió nuevamente al pasadizo.

—¡Señorita Virginia! dijo con voz recatada i apomando los labios en la cerradura.

La jóven, al sentir que la llamaban, se paró vivamente del sofá en que se hallaba, i permaneció indecisa sin hallar qué hacer.

Iba a dirigirse a la puerta, pero se contuvo recordando que el doctor le habia dicho que crecian que estaba ahí.

El capitan no quiso llamar otra vez: para convenirse le habia bastado sentir el ruido que hicieron los vestidos de la jóven al levantarse.

Sin perder un momento, se dirijió a las salas del presidente.

Hallábase éste ocupado con su Escribano de Cámara, quien lo imponia de las cosas del reino.

Al ver al capitan, abandonó unos papeles que tenia en las manos i sin cuidarse mucho de la política, dijo al escribano:

—¡Permítame usted un momento para hablar con el señor capitan; en cinco minutos haré llamar a usted!

El escribano vió que se le despedía, i salió a la antesala no sin preguntarse qué asunto de tanta importancia podría tener el gobernador con el capitán, apenas había llegado.

—¿Me trae usted algunas noticias? preguntó Carrasco al capitán con el mayor interés.

—Sí, E. S. Estoy seguro que la señorita está en palacio.

—¿Es posible? ¿Dónde cree usted?

—En las piezas del señor secretario de S. E.

—¿Del doctor Rózas?

—Sí, E. S.

—¡Imposible, capitán! Ya usted oyó lo que él dijo.

—Pues yo mismo la he oído hablar, E. S.

—¿Ahora poco?

—Hace un instante.

—¡Oh! eso es imposible!..... El doctor es hombre muy serio.

—Pues yo respondería con mi cabeza, a S. E.

—¡Oh oh! murmuró el presidente sin hallar qué partido tomar.

—Hágame usted llamar al doctor, dijo al fin, con aire disgustado, i como si se preparase a tomar una enérgica determinación.

—Ha salido, E. S. replicó el capitán.

—¡Ah! ha salido!... ¿I qué hacer entónces?

—Se pueden descerrajar las puertas.....

—¡Nó! eso nó!... Qué diría el doctor? Si efectivamente estuviera ella ahí, vaya con Dios! pero si no está, ¿qué diría el doctor? De ningún modo!.....

—Sin embargo, yo tengo completa seguridad, insistió el capitán que veía tardar demasiado sus charreteras de mayor.

—¡Nó, no es posible!... Esté usted a la expectativa, i venga a avisarme cuando llegue el doctor.

El oficial saludó e iba a retirarse, cuando Carrasco agregó:

—¡Ah! diga usted al escribano que puede entrar!...

ATENSIONES DEL DOCTOR ROZAS.

Lo narrado en el capítulo anterior, habia tenido lugar mientras Rózas estaba con su amigo Bernardo Vera; así es que, apénas el doctor entró a sus piezas provisto de algunos comestibles, (que el lector habrá calculado para quién eran) el listo capitan corrió a las habitaciones de Carrasco.

Miéntas tanto, veamos lo que hizo Rózas.

Mui léjos de pensar que su llegada llamaría la atencion, pasó a la pieza en que estaba Virginia cuidando solo de entornar la puerta.

La jóven lo recibió con una sonrisa de afecto, e inmediatamente le hizo saber que apénas él se habia alejado creia haber oido que la llamaban.

—Es mui posible, contestó el doctor, que aun crean que usted está aquí; pero no importa: nadie se atreverá a averiguarlo. Por ahora, usted tendrá que resignar-

se a permanecer aquí todo el día; pero llegada la noche, ya veremos como hacerla salir.

—¿Crée usted que sea fácil, señor? preguntó la jóven.

—Fácil nó, hija mia; pero lo creo hacedero. El palacio tiene una puerta que dá a la calle del puente, pero se haya en las habitaciones del presidente, así es que seria espuesto tratar de salir por ahí. En fin, ya veremos de aquí a la noche lo que mas convenga hacer. Por ahora, trate usted de tomar algun alimento.

Al decir esto, el doctor se acercó a una mesa i depositó en ella los comestibles.

—Usted no va a tener mas que cosas secas, por hoi, le dijo, pues no me era posible proporcionarme otras. Pero ya mañana podrá usted vengarse.

—¡Ah! señor! ¿Para qué se ha tomado usted este trabajo? le preguntó Virginia.

—¿Para qué? interrogó el doctor con benignidad. Para que usted coma, hija mia. ¿O pensaba usted pasarse sin comer?

—Me será imposible probar un bocado, señor.

—Bah! es necesario que usted haga un esfuerzo. Talvez necesite de toda su salud, de toda su enejía, para lo que puede sobrevenirle, i usted se hallaría débil i estenuada por la fatiga. Vamos, acérquese usted, miéntras yo voi a traerle un cubierto. Felizmente hai de todo en mi baul de viaje.

El doctor fué a la otra pieza, sacó un cubierto del mismo baul de que habia sacado en la mañana el vino,

i llevando tambien una botella de este último, volvió al lado de la jóven.

—¡Vamos! venga usted, hija mia. No desprecie mi regalo, le dijo sonriéndose i desatando el lio. ¡Yo me sentiría con usted si no me obedeciese!

Virginia se acercó a la mesa diciéndole:

—Solo por complacer a usted tomaré algo.

—¡Cómo por complacerme! si es así, usted tendrá que tomar por lo ménos la mitad. Para que usted vea que no es posible despreciar esta perdiz, ni esta lengua, ni estos pocos dulces, sepa usted que los he traído yo mismo, i que no poco trabajo me costó deshacerme de una bandada de bandidos que querian arrebatármelos.

Todo esto lo dijo el doctor con voz jocosa a fin de alegrar a la jóven i obligarla a comer.

Cuando hubo arreglado lo mejor posible los fiambres en la mesa, tomó la botella i puso un medio vaso de vino.

—Este viene de Concepcion, le dijo, i tambien es necesario que usted lo honre. Vamos, acérquese usted. Yo la dejo sola para que tenga mas confianza; pero ¡cuidado con hacerme trampa!

Aquella cariñosa franqueza con que el doctor trataba a la jóven, no pudo ménos de hacer su efecto.

Virginia, dispuesta a querer a todo el que le manifestara un cariño desinteresado, sintió por el doctor una de aquellas simpatías profundas i respetuosas que tienen algo de la amistad i del amor filial.

Por otra parte, la fisonomía del doctor se hacia

agradable desde el primer momento. Sus ojos tenían el poder del magnetismo, i su frente espaciosa era un anuncio de su talento.

Aunque no podia llamarse jóven, la vida tenía aun en él toda la riqueza de la juventud. Enérgico, activo, su pensamiento jamas estaba ocioso ni ocupado en puerilidades.

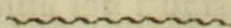
Acostumbrado a vencer todos los obstáculos con su talento i su voluntad de hierro, tenía en la mirada i en la espresion ese sello de dominio, que en él era agradable i simpático por hallarse dulcificado con la fraqueza i bondad que revestia todo su semblante.

A fuer de verídicos historiadores, debemos decir que don Juan Martínez, en el momento que salió de la pieza de Virginia para pasar a la suya, sintió una inmensa alegría. Por uno de esos incomprensibles caprichos del corazon, el doctor encontraba un secreto encanto en servir a la jóven. La veia desgraciada, i él era compasivo. La veia desvalida, i él se enorgullecia de servirla de apollo.

—Sí, se dijo, paseándose en su pieza con aire pensativo. La favoreceré, i a él, a ese Paulino tambien, hasta que llegue el dia en que pueda poner las manos de ella entre las de él.

Fué interrumpido en sus meditaciones a ese tiempo, por el ruido de unos pasos que atravesaban el patio.

Don Juan Martínez corrió a la puerta que comunicaba las dos piezas, i la cerró con cuidado.



EL PRESIDENTE INVESTIGA LA VERDAD

Apénas el doctor habia cerrado la puerta, cuando se presentó en la que daba al patio, don Francisco Antonio García Carrasco.

El doctor se quedó inmóvil.

La escudriñadora mirada con que el presidente recorrió toda la sala, le habia revelado todo.

Sin embargo, medio minuto le bastó para dominarse i ser dueño de sí.

—¡S. E. por acá! exclamó con una sonrisa. ¿A qué debó este inmerecido favor?

El gobernador venia ajitado, como si hubiera hecho un largo camino.

—Se me habia dicho,..... yo creia,..... murmuró mirando bajo todos los muebles i con una voz tan sofocada que más bien parecia ser él el reo que el juez.

El doctor comprendió lo que pasaba en el ánimo de S. E.

Hombre de carácter débil i apocado, aquel paso era para él una empresa, i Rózas conoció que se veia apesarado de haber llegado hasta ahí.

Por otra parte, el dominio que el doctor ejercia sobre él a pesar de ser su inferior, lo colocaba en una situacion difícil por demas.

Don Juan Martínez no se lisonjeó por esto. Sabia que pasada la exitacion del momento, el gobernador abandonaria su timidez e iria mas léjos de lo que habia podido ir cualesquiera otro dotado de un carácter resuelto.

El presidente tenia esa debilidad que consiste en la falta de valor para resolverse a ejecutar una accion; pero que, dado el primer paso, no hai nada que lo detenga.

Rózas conocia demasiado al gobernador, i comprendió que aquello iba a tener un desenlace funesto.

No lo temió por él; lo temió por ella.

Nada le importaba a él salir de palacio, chocar con el presidente; pero sí le importaba abandonar la causa de la independenciam de Chile que era el sueño dorado de su corazon.

—A Roma por todo! se dijo resuelto a abordar la cuestion de frente.

I deseando prevenir a Virginia del peligro que los amenazaba, dijo al presidente en voz alta:

—Tome asiento, E. S.: parece que viene ajitado.

Don Francisco Antonio trató de ganar una silla que

se hallaba cerca a la puerta de la pieza de Virginia, pero el doctor se anticipó a colocarle una al centro de la pieza i a ganar él disimuladamente aquel lugar.

—Deseo hablar con usted, doctor, dijo al fin el presidente con voz austera.

—S. E. me tiene a su disposicion, replicó Rózas compadeciendo interiormente la pobre introduccion empleada por Carrasco.

—He venido,..... agregó éste.

—¡Pobre hombre! murmuró el doctor. No halla como principiar, que cree necesario decirme que ha venido, cuando yo lo veo aquí.

—He venido, continuó Carrasco, porque he recibido aviso con carácter de verídico, de que esa niña..... esa jóven.....

Al decir esto se interrumpió, pues vió que iba demasiado lijero al fin, i agregó:

—¡Usted comprenderá, doctor, que es bien estraño que haya huido!

—¿Quién, señor? interrogó Rózas con un aplomo que hacia contraste con la agitacion del presidente.

—¡Ella, pues; la señorita Virginia Acosta!

—¡Ah! ¿es de ella de quién se trata todavia?

Este adverbio pareció desconcertar aun mas al gobernador.

—Sí, contestó un poco confundido; todavia se trata de ella. Usted comprenderá que sobre mí pesa una gran responsabilidad, i que necesito no omitir pasos ni diligencias.....

—Yo creo que su Señoría dá demasiada importancia a ese asunto, dijo Rózas cada vez con mas calma i sangre fria.

—Creo un deber hacerlo así, replicó Carrasco enfurruñándose; i por penoso que me sea dar los pasos que considero indispensables, será necesario que los dé.

—Ese celo hace alto honor a S. E., replicó Rózas.

El gobernador se sentia desarmado cada vez que hablaba Rózas, i mas de una vez estuvo tentado por decirle de un modo amigable el objeto de su venida i suplicarle como amigo lo desengañase mostrándole la otra pieza; pero su misma debilidad de carácter lo hizo renunciar a esta idea que habria sido la mas propia i favorable i acudir a las medidas estremas i por lo tanto inadecuadas.

El gobernador era como esos soldados que, para tener valor, necesitan de todo el estrépito i de toda la bulla de un combate.

—Parece que usted no aceptara mi modo de pensar, dijo volviendo a la carga como para buscar un motivo de rompimiento.

—Por el contrario, E. S., replicó Rózas con la mayor naturalidad. Yo en el caso de S. E. haria, talvez, otro tanto.

—¡Talvez! repitió Carrasco. ¡Luego no sabe usted si lo haria!

—Eso no es fácil de preveer. El hombre en muchas ocasiones cree obrar impulsado por un motivo público o jeneral, i obedece, sin comprenderlo, a un sentimiento particular.

La sátira era demasiado directa i Carrasco la comprendió.

--¿ Cree usted, entónces, que yo obedezca a un sentimiento particular?

--De ningun modo: digo eso por lo que podria sentir yo en un caso análogo. I como S. E. se ha dignado pedirme mi opinion, creí que debia darla con la franqueza que acostumbro.

El presidente se ajitó en la silla que habia ocupado, visiblemente incómodo.

--A este hombre, se dijo, no es posible hacerlo salir de sus casillas. Tiene la sangre de un pescado.

Aunque el doctor veia la imposibilidad de salvar a Virginia, pues Carrasco trataria a toda costa de pasar a la otra pieza, le agradaba el ganar tiempo por si algun caso de esos que no es posible ni imajinar, llegaba a salvarla.

En este sentido, trató de mantener toda su serenidad, i esperar que el presidente se viera obligado a romper.

Esto no debia tardar.

—Pues bien, doctor, dijo el presidente tras un momento de vacilacion; para que mi conciencia se tranquilice, i en ningun tiempo pueda tener remordimientos por no haber hecho lo que debiera, he resuelto llevar mis indagaciones hasta el último extremo, i....

Rózas vió que el presidente iba demasiado directamente al objeto, i trató de alejar el golpe diciéndole:

—Hace bien, S. E. ¿ Pero ha tenido ya algun indicio que le señale el culpable? Porque en esta evasion

debe haber un culpable; no se concibe que esa niña, tan jóven como dice S. E. que es, haya podido huir sola. ¿No cree S. E. lo mismo?

—No solo lo creo, sino que estoi convencido de que es así. Las razones que tengo para ello son mui poderosas i en este sentido usted me hará justicia para ver que lo que hago es obligado por las circunstancias.

El doctor veia llegado el golpe i trató aun de pararlo.

—¿S. E. va a tomar alguna providencia ruidosa? le preguntó.

—Nó, precisamente; lo que trato es investigar primero... convencerme, pues aun pueda ser que sea falso...

Rózas comprendió que Carrasco volvía a su embarazo por lo mismo que él con su sangre fria lo habia hecho abandonar el mal humor.

Pero el presidente vió tambien a su vez que marchando por aquel terreno él no llegaría nunca al fin que se proponia, i trató de avanzar el camino que lo habia hecho perder la calma de Rózas.

—¿Qué haría usted, doctor, le preguntó de improviso, si un prisionero que ha sido recomendado a usted se le escapara?

—Buscarlo, E. S. respondió el doctor sin poder disimular una leve sonrisa.

—¿I qué haría usted si le dijeran que el prisionero escapado estaba ahí, en su misma casa, en las piezas de uno de sus empleados, o mas bien, de un amigo?

—Le preguntaría al amigo si era verdad, contestó

el doctor sin abandonar su calmado lenguaje.

—¿I si el amigo le negara a usted que estaba ahí? preguntó Carrasco alzando poco a poco el tono de su voz para llegar al desenlace que tanto rato perseguía.

—Le creería, E. S. contestó Rózas. I si tenía algun motivo para dudar, trataría de convencerme.

—¡Es a eso dónde voi yo! exclamó el presidente felicitándose del jiro tan favorable que habia tomado la cuestion.

—Hace bien S. E., le dijo el doctor sin desconcertarse; si tiene razon para dudar de ese amigo, obsérvelo i descubrirá la verdad.

Aquel consejo tendia a separar al gobernador de la accion mediata; pero éste envalentonado por el gran paso que acababa de dar, vió que ya no era posible perder aquella magnífica oportunidad.

—Yo he creido que debo hacer otra cosa, dijo al doctor, i es cerciorarme de la verdad inmediatamente.

—Lo que se hace cediendo a las primeras impresiones, suele pesar mas tarde. ¿Qué ha meditado hacer S. E.?

—Ya lo he dicho: indagar, convencerme, tratar de ver quién tiene la razon. En fin, doctor, exclamó Carrasco resuelto a salir de una vez de tan embarazosa situacion; en fin, doctor; por mas duro que me sea creerlo i decirlo, es necesario que lo haga. ¡Se me ha dicho que Virginia está aquí!

—¿En este mismo palacio? interrogó Rózas no queriendo darse aun por notificado.

—¡Sí, en este mismo palacio!... En estas mismas piezas!

—¡Aquí!... en las mias!.....

—¡Sí, en estas!.....

—¡Vaya con Dios! ¿I S. E. lo cree?

—Me lo han asegurado porque la han oído, i yo necesito convencerme.

—¿Luego no se ha convencido aun S. E.?

—Nó, dijo éste, dulcificando un tanto el tono de su voz al ver la sangre fria con que seguia hablando el doctor.

—¿I qué desea S. E. para convencerse de que la señorita Virginia no está aquí?

—Querria entrar a la otra pieza.

—¡Cómo! exclamó el doctor en voz bastante alta para que Virginia oyera. ¡Cómo! ¿necesita S. E. ver por sus propios ojos para creer?

—Sí, doctor; perdóneme usted; pero se me ha asegurado tanto, que no sé qué hacer.

—¿I si yo suplicara a S. E. que no continuara en esas investigaciones porque me ofenden?

—Mis dudas se aumentarían mucho mas aun, i talvez, doctor, se concluiría mi confianza en usted.

—¿Es decir que S. E. necesita entrar a esta otra pieza para seguir dispensándome su confianza?

—Usted me encontrará razon, yo he sabido... me han dicho... yo lo dudo.....

Rózas meditó un momento mirando fijamente a Carrasco que no pudo soportar aquella mirada que iba a escudriñar hasta el fondo de su alma.

—Virginia, se dijo el doctor, debe haberse colocado bajo el catre; pero este imbécil, una vez que entre a la pieza, irá también a buscarla ahí... Pero yo se lo impediré, ¡vive Dios! i suceda lo que suceda!.....

Permaneció aun un instante callado, i de improvise se iluminó su semblante con una viva alegría.

—¡I bien, señor presidente! exclamó como si tomase una determinacion que lo contrariaba sobremanera. ¡I bien, señor presidente! puede usted satisfacer sus dudas! La puerta está franca!

Al decir esto, abrió la puerta con estrépito i arrojó una temerosa mirada al interior de la pieza.

El gobenador se paró inmediatamente, i saltó—esta es la palabra— a la pieza que ocupaba Virginia.

De una sola mirada la recorrió toda i sus ojos se fijaron, primero en la mesa en que estaban los fiambres, i despues en el catre cuyos cobertores llegaban al suelo.

—¡No hai duda, se dijo el presidente con una inmensa alegría; Virginia está aquí: el doctor es quien la oculta.....

Rózas entró tras él i se colocó cerca a la cama.

—¡I bien, E. S.,! le dijo: ¿aun cree S. E. que está aquí?

Carrasco fijó los ojos en el lecho, i dijo:

—Ahí bien puede ocultarse una persona!

¡Cómo! ¿aquí? interrogó Rózas señalando el lecho.

—Sí, ahí, doctor, contestó el presidente con aire de convencimiento.

El doctor corrió a la cama, tomó los cobertores, los

arrancó con violencia, i tirándolos al medio de la pieza exclamó:

—¡Ahí la tiene usted!.....

El presidente se puso pálido como una cera.

EL REVERSO DE LA MEDALLA.

El capitán que había tenido noticias desde el día anterior de que el doctor Rózas era gran privado de S. E., temió caer en el desagrado del secretario, i se dijo:

— Aunque el señor presidente quedará mui contento conmigo, no me conviene tener a este hombre por contrario. Ellos son grandes i se entienden, i pronto se pondrán bien aun cuando ahora se disgusten. S. E. me ha prometido no divulgar el secreto; pero el señor Rózas puede convencerse o pensar que soi yo el que lo he descubierto... Procuremos aparentar la mayor ignorancia, i huir el bulto lo mas posible. Mis grados de mayor me harán olvidar esta pequeña inquietud.

Estas reflexiones, que se hizo el capitán inmediatamente de haber puesto en conocimiento del presidente que Rózas había llegado, lo hicieron salir de

palacio i dirigirse a la cárcel para transmitir ahí la órden de poner en libertad a Ursula.

En seguida, i a fin de «matar el tiempo» convidó a uno de sus compañeros de armas para ir a un café que poco ha se habia situado en la calle del Comercio.

Ahí, despues de saborear algunos vasos del ya en esa época afamado mosto de Concepcion, nuestro capitán no pudo resistir al deseo de contar a su amigo su próximo ascenso, i de formar castillos en el aire con el aumento de rango i de sueldo que iba a tener.

Sabido es que dando un paso en el terreno de las confiancias, i cuando en la cabeza hai un poco de entusiasmo, se vá mui lijeramente al fin, que es el de no ocultar nada.

Nuestro capitán contó punto por punto su feliz descubrimiento, i lo contó en voz alta, como que nada tenia de particular.

En una mesa inmediata a la que ocupaban los dos oficiales, estaba un jóven de chaqueta i pantalon de lana, sombrero de pita i camisa sin encajes ni otro adorno. Tanto por su fisonomía, de la que solo podia verse una parte por tenerla casi en su totalidad cubierta con un pañuelo de algodón a grandes cuadros lacres, como por su traje, se conocia que era un hombre del pueblo o poco mas.

Este individuo, ocupado en comer un pedazo de charqui asado que remojaba de cuando en cuando con algunos sorbos de vino, espermentó un verdadero terror al ver entrar a los oficiales; pero como éstos, i en particular el capitán de quien nos hemos ocupado, es-

taban tan entretenidos con la idea del ascenso, no tuvieron lugar a notarlo.

El desconocido, cuando vió que no hacian ningun caso de él, emprendió nuevamente su tarea, aunque no sin lanzar a hurtadillas, algunas miradas a los oficiales.

Pero cuando verdaderamente fijó su atencion en ellos, fué cuando el capitan comenzó a contar la prision de Virginia.

Dejó de comer, olvidó el beber, i se quedó de hito en hito mirándolos como para no perder una sola sílaba de lo que decian.

Por fin el capitan i su compañero desocuparon un último vaso i salieron, i el de la cara amarrada hizo otro tanto.

Los oficiales volvieron a la plaza i el desconocido tomó casi a la carrera la calle del Comercio hácia abajo.

Siguiremos a los primeros.

Hablando con toda la alegría que el próximo ascenso i el vino daban al capitan, llegó con su compañero al portal de la cárcel, i ahí se quedó charlando con él.

No harian diez minutos que estaba entregado a esta alegre ocupacion, cuando llegó un soldado de su compañía a llamarlo de órden del presidente.

—Luego voi, dijo el presunto mayor dándose ya mas importancia que la que hasta entónces se habia dado como capitan.

El soldado se retiró, i el capitan se volvió a su amigo para decirle:

—Ya lo ves: me ha mandado llamar, i es seguro que será para darme mis despachos de mayor.

—Te felicito con anticipacion, le dijo su amigo.

—No digas con anticipacion, porque la cosa es hecha. Mañana ostentaré ya mis insignias, i estaré en actitud de servir a mis amigos. Ya trabajaré por tí, pues creo quedar mui bien parado con el presidente. Voi á ver para qué me quiere. Hasta luego, confía en mí!.....

—Gracias, le contestó el otro oficial viéndolo alejarse con envidia.

El capitan llegó a palacio i entró a las salas del presidente, el cual se paseaba cabizbajo i con un seño de dureza en su fisonomía.

Parado cerca de la puerta i en actitud respetuosa, vió el capitan al comandante de su cuerpo.

—Bueno, se dijo con inmensa satisfaccion; ha venido mi comandante para estender los despachos. Mañana soi mayor.

El presidente, al entrar el capitan, se volvió a él, i con voz lenta, grave, reposada, le dijo:

—Capitan: ¿con qué me aseguró usted que la señorita Virginia estaba en las piezas del doctor Rózas?

El capitan sintió que un sudor frio brotaba de su cuerpo, i miró al presidente sin atreverse a contestar.

—¿Recuerda usted, capitan, con qué me aseguró eso? volvió a preguntarle Carrasco sin dejar de mirarlo.

El capitan miró al comandante, como buscando un defensor; pero al ver la espresion de su jefe que parecia decirle: ¡“Desdichado! ¿qué has hecho?” se anonadó hasta el último extremo.

—¡Oh! murmuró el presidente con voz reconcentrada. Usted se calla ahora, capitan! Usted se calla!.... Pues bien: yo le diré qué me ofreció usted si era falso lo que me decia: me ofreció su cabeza! ¿No es así?

—Sí, E. S., balbuceó el capitan cambiando de color.

—Ya usted lo oye, comandante, dijo el presidente. El señor ha querido burlarse de mí.....

—¡Excelentísimo Señor! exclamó el capitan.

—¡No me interrumpa usted! gritó Carrasco acercándose a él con aire amenazante. ¡Usted ha querido burlarse de mí e indisponerme con mi secretario, con mi mas íntimo amigo!..... Usted, un mendrugo, a quien puedo yo hacer cortar la cabeza mañana, ha querido jugar conmigo!..... ¿Dónde está esa jóven que usted me ha anunciado?..... Ahora lo comprendo todo!... Es usted, solamente usted, quien la ha hecho evadirse!....

El presidente cesó de hablar porque la cólera lo ahogaba, i despues de dar un corto paseo, se volvió al comandante diciéndole:

—Haga usted poner al señor en un calabozo, i hágale ver que lo único que puede mitigar mi rigor, es que confiese donde ha trasladado a la prisionera.

El capitan iba a hablar, pero el presidente se lo impidió diciéndole:

—¡Silencio! no me diga usted una sola palabra!

El comandante hizo salir al capitan con un jesto, i saludando al gobernador con profundo respeto, siguió al desventurado oficial.

El presidente continuó paseándose en la sala visiblemente contrariado.

Jamas el bueno del señor Carrasco se habia visto en situacion tan crítica i desesperada.

Para que el lector comprenda lo que pasaba en el interior de don Francisco Antonio, lo instruiremos en lo que habia sucedido.

Hemos visto que el doctor Rózas, cediendo talvez a un impulso de cólera, o resuelto a chocar abiertamente con el Capitan Jeneral, fué a la cama, arrancó los cobertores, i tirándolos al medio de la pieza, exclamó:

—¡«Ahí la tiene usted!»

El presidente, confundido, sin poderse explicar lo que veia, o mas bien, lo que no veia, se puso tan pálido como la cera, como ya lo hemos dicho.

Bajo el lecho no habia nadie.

Virjinia no estaba en las piezas de su secretario:

Habia sido el objeto de una burla: el paso que tanto le habia costado dar, lo dejaba en una situacion ridícula ante el doctor. ¿Cómo justificarse? ¿Cómo disculparse de haber dudado del señor Rózas, aun despues de entrar a su dormitorio?

Carrasco sintió que se le venia el mundo encima, i al levantar la vista para dirijirse al doctor, las palabras espiraron en sus labios al ver la mirada triunfante, un si es no es indignada que Rózas fijaba en él.

—¡Perdóneme, doctor, murmuró al fin rojo de vergüenza; yo castigaré severamente al que me ha engañado!

—Era por eso, le dijo el doctor mostrándole con un jesto desdeñoso los fiambres i el vino que habia en la mesa; era por eso, señor presidente, que yo no hice entrar

a usted aquí desde el primer momento. No queria que S. E. viera esas bagatelas que suelo usar cuando he almorzado poco.

—¡Oh! perdóneme usted!... Yo voi a castigar al que me ha engañado!.....

Diciendo esto, se escapó por la misma puerta que habia entrado, ántes de pasar a mayores esplicaciones con el doctor.

—¡Que me llamen al capitan de guardia! gritó desde el patio sin cuidarse mucho de su preponderancia de Capitan Jeneral del Reino, i dirijiéndose a sus piezas resuelto a vengar en el pobre capitan todos los disgustos i humillaciones porque habia pasado.

Cuando se le anunció que el capitan no estaba en el cuerpo de guardia, mandó llamar inmediatamente al comandante del batallon a que pertenecia el oficial, a fin de darle las órdenes mas severas para él.

Ocupábase el Capitan Jeneral en narrar al comandante lo sucedido, cuando se le dió aviso de que el capitan estaba en el pórtico de la cárcel.

—¡Qué se le llame inmediatamente! dijo el gobernador.

Ya el lector conoce lo que sucedió ahí, i cuán presto se desvanecieron en la mente del capitan los "castillos en el aire" que habia formado creyéndose ya mayor.

Veamos ahora lo que hizo el doctor.

Apénas salió el presidente, abrió la puerta que caia al pasadizo, i se dirijió por él a los patios interiores.

Estos patios estaban destinados a la servidumbre

i a las caballerizas del gobernador. El primero era pequeño, con piezas hácia el poniente i una alta muralla, que hasta hoi existe, hácia el occidente, i que servia para separar el palacio del gobernador del edificio de las Cajas. El segundo era solo un corral, rodeado de corredores, i a cuyo fin estaban las pesebreras. Los corredores, en su mayor parte, estaban ocupados por multitud de trastones viejos i mil aparatos de los que solia ocupar el cabildo en adornar las calles o la plaza cuando se daban corridas de toros u otras fiestas públicas.

Este segundo patio, por lo mismo de no tener edificio, era un poco mas ancho que el primero, i sus murallas no pasarian de tres metros de altura, sobre todo al norte i al oriente, pues al poniente eran un tanto mas elevadas, porque sostenian las habitaciones que rodeaban el patio destinado a las familias de los gobernadores.

El doctor Rozas atravesó el pequeño patio mirando a las piezas, casi todas desocupadas, pues el presidente aun no organizaba su servidumbre, i pasó al segundo patio.

Como en el primero, no habia nadie en él, i Rózas pudo entregarse sin cuidado alguno, a buscar a Virginia.

Desde el primer momento, creyó encontrarla tras de alguno de los muebles o grandes aparatos que habia en los corredores; pero cuando los hubo inspeccionado todos, cuando hubo dado vuelta una i otra vez por los corredores, ora llamándola en voz baja, ora registrando

la menor localidad, el doctor comenzó a confundirse.

—Se habrá ocultado en el primer patio, pensó.

I corrió allá resuelto a no omitir diligencias para encontrarla.

Rejistró las piezas que estaban abiertas, abrió las que estaban cerradas, i al cabo de un cuarto de hora de pesquisas inútiles, volvió al segundo patio i rejistró una a una las pesebreras i hasta el último rincón.

Cuando ya no le quedaba nada por revolver, ni nada por escudriñar, se dirigió a sus piezas cabizbajo i meditando.

—¡Esto es incomprensible! se decia. ¿Dónde puede estar esta jóven?

Iba ya a llegar a sus piezas, cuando asaltó su mente un pensamiento que lo hizo estremecer.

—¡Quiensabe si ha sido sorprendida por algun soldado, por algun sirviente, se dijo, i a esta hora se halla en presencia de Carrasco!..... ¿Qué hago para ir donde él? qué pretesto invento?

Meditó solo un instante i su fisonomía se iluminó, si así es permitido decir, con un rayo de alegría.

—¡Eso es! se dijo. De este modo en lo sucesivo se guardará bien de dudar de mi palabra, i conquistaré sobre él un nuevo ascendiente. Si Virginia está ahí, lo sabré i podré tratar de libertarla; si no está, ni la han sorprendido, de todos modos conviene que me presente a él.

PRESIDENTE I PRIVADO.

Sin meditar mas, el doctor se dirigió a las piezas de Carrasco, i aunque él gozaba del privilejio de entrar sin preámbulo alguno, quiso dar mas importancia a su visita haciéndose anunciar por el ujier.

—¡Qué pase! que pase inmediatamente! dijo Carrasco, deseoso de quitar a Rózas el resentimiento que podría abrigar contra él.

El doctor avanzó con paso lento i entró a la sala.

—Tome usted asiento, le dijo Carrasco con la mayor obsequiosidad.

—Gracias, señor presidente, contestó Rózas con un acento lleno de dignidad.

—¡Pero qué va a hacer usted parado! exclamó el presidente. Tome usted esta silla, aquí, la que está a mi lado

—Mil gracias, señor presidente, replicó Rózas. El objeto que me trae puede despacharse en un minuto.

Vengo a que S. E. me permita volver a Concepcion.

—¡Volver a Concepcion! exclamó Carrasco en estremo admirado. ¿I por qué doctor?

—Porque ya no debo permanecer al lado de S. E. habiendo perdido su confianza.

—¡Ah! doctor! no diga usted eso! Es ahora, precisamente ahora, cuando tengo mas confianza en usted!

—No lo dudo, E. S., aun cuando acabo de recibir una prueba de lo contrario.

—¡Pero qué quiere usted, doctor! Usted en mi lugar habria hecho otro tanto! Vea usted, lo que ha sucedido, es admirable. Porque es imposible admitir que hayan querido burlarse de mí. Pero siéntese usted, doctor; hágame ese favor.

Rózas aceptó al fin la silla que le presentaba el presidente, el cual, tomando una cigarrera de sobre la mesa, la presentó a su privado diciéndole:

--Sírvasse un cigarrillo, doctor.

—Gracias, dijo éste tomando uno.

El presidente hizo fuego en un yesquero de oro, i pasándolo a Rózas, dijo sentenciosamente:

—Del hombre es errar, mi estimado amigo, i de la buena educacion el reparar ese yerro. Yo confieso a usted mi pecado: obré con descortesía; pero ese malvado capitan ha tenido la culpa de todo esto. Luego que usted se fué, vino a decirme que por sus propios oídos habia sentido moverse i hablar a la señorita Virginia. Ante una aseveracion de esta naturaleza, creí que usted, interesado en proteger a esa jóven, movido por su desgracia i por las simpatías que inspira, la ha-

bria ocultado. Aunque me pesa haber sido descortez con usted, por otra parte me alegro de haber llevado hasta ese punto mis investigaciones. Porque usted me hará justicia, doctor: despues de asegurarme el capitán con su cabeza, pues a ese extremo ha llegado, despues de asegurarme con su cabeza que ella estaba ahí, yo no habria podido convencerme que mentia, sino escudriñando por mis propios ojos.

—Celebro que S. E. esté conforme, dijo Rózas sin abandonar su aire reservado i resentido.

—¡Oh! yo me alegro, tambien, doctor, porque esto me servirá de una leccion, del mismo modo que servirá para que escarmienten los que traten de engañarme en lo sucesivo.

—¿Pienza S. E. castigar al capitán?

—Mui severamente; porque estoi persuadido, que él, i nó otro, ha favorecido la evasion de esa jóven, i que para desorientarme, ha tratado de echar sobre usted una falta que es suya, o por lo ménos, ha querido con sus embustes indisponerme con usted.

Rózas, que poseia un buen corazon, trató de interceder por el capitán.

—Talvez el capitán sea inocente, señor, dijo. Se me ocurre que es mui posible que él haya oído algunos ruidos en mi dormitorio.....

—Pero él me ha dicho que los ha oído cuando usted no estaba ahí.

—Eso viene en apoyo de mi idea; preocupado el capitán con los ruidos, es mui fácil que haya creido percibir voces, que en resumidas cuentas, solo serian un

capricho de su imaginacion.

—¿Pero i esos ruidos, doctor? qué créé usted que hayan sido?

—S. E. pudo ver, replicó el doctor, esos comestibles que yo tenia en la mesa. Es casi seguro que algunas ratas han venido durante mi ausencia a regalarse con ellos. S. E. sabe cuánta bulla forman en algunas ocaciones esos animalitos, i cuán fácil es tomar sus movimientos por los de una persona racional.

—¡Tiene usted razon! exclamó Caarasco, que como hemos dicho, estaba siempre dispuesto á seguir la opinion ajena.

—Admitido esto, agregó el doctor, se ve que el capitán ha obrado de buena fé, i que solo puede acusarse de precipitacion o de mucho celo por servir a S. E.

—¡Cierto! repitió Carrasco quedándose pensativo.

Al cabo de un instante agregó:

—¿I qué le parece a usted que debo hacer? Ya el padre de esa jóven no tardará en venir, i francamente, no sé qué decirle. Como en todo, doctor, en este asunto necesito de su consejo i de su apoyo; i ya que le digo esto, es necesario que usted sepa que el dia en que usted me falte, ese dia hago renuncia de la administracion del Reino. En este sentido, usted verá que su vuelta a Concepcion es imposible, i que no merecia la pena de haber trabajado como lo hemos hecho, para obtener la silla, si debiamos dejarla a las veinticuatro horas.

—Yo agradezco a S. E., contestó Rózas, el alto caso que hace de mis pobres acuerdos; i si habia pensa-

do dejar a S. E., era solo porque creia haber perdido su confianza. Mientras esto no suceda, i por deseos que tenga de volver al seno de mi familia, yo no dejaré a S. E. un instante. Cuando ya mis servicios i escaso influjo hayan colocado a S. E., no interinamente como está ahora, sino de firme en la silla presidencial, entónces talvez habrá llegado el tiempo en que yo me retire a mi hogar.

—Nos retiraremos los dos, doctor, i usted será el que fije el dia.

—Si es así, dijo el doctor, ese dia será cuando Chile ya no necesite de sus hijos, cuando ya nada haya que hacer, i cuando lo hayamos hecho avanzar mucho, muchísimo, en la senda del progreso i de su bienestar. Por ahora es pobre i débil, señor presidente, pero pronto, si se le impulsa, puede ser rico i poderoso. Si S. E. quiere seguir este camino i dejar una huella luminosa tras de su gobierno, rodéese de hombres inteligentes i laboriosos, de ciudadanos activos i amantes de su pueblo. Trabajar: he aquí lo que se necesita para que el Chile despreciado i despreciable de hoi, sea envidiado i envidiable mañana!

Carrasco movió la cabeza en señal de asentimiento. No habia comprendido ni poco ni mucho las entusiasmadas palabras del doctor, por mas que éstas, si él hubiera sido mas avisado, le habrian dicho claramente el fin que Rózas se proponia.

Sacar a Chile del estado de miseria i postracion en que se hallaba sin contar para nada con la aquiescencia i los auxilios de la España, era una cosa nueva e

inusitada, i que los partidarios del rei habrian de tomar como una ofensa a la monarquía.

Carasco no vió nada de esto. Lo único que pensó, fué en que podia hacer grandes cosas (no sabia cuales) aprovechando el innegable talento del doctor. En este sentido, al cabo de un instante le dijo:

—Bien, doctor; usted me guiará: haremos todo lo bueno posible. Miétras tanto, ¿qué debo hacer con ese señor Acosta cuando venga a pedirme su hija.

—Decirle que ha huido. S. E. no tiene por qué dar mas esplicaciones.

Como esto halagaba la vanidad de Carrasco, exclamó:

—Tiene usted razon: no debo preocuparme mas del asunto. Aunque bien desearía, créalo usted, encontrar a esa jóven. Me ha inspirado una vivísima simpatía. ¡Si la viera usted! qué ojos! qué mirada! qué boca!.....

El presidente se interrumpió al ver dibujarse en los lábios de su secretario una sonrisa, un sí es no es maliciosa.

—No crea usted, le dijo, que esas gracias me hayan seducido; nó; es mas bien la desgracia de esa jóven. Pues bien, dejemos esto que ya no teneremedio i hablemos del reino. ¿De qué le parece a usted que debo ocuparme?

—Antes de todo, de ver los fondos que hai en caja, i luego en nombrar los empleados que faltaren o de remover a aquellos que no convengan.

—¿Pero cómo podré hacer esto último, cuando no conozco casi a ninguno?

—Si S. E. quiere depositar en mí su confianza, yo le indicaré los que será bueno ocupar i los que con- vendria remover.

—Bien, doctor; hágalo usted. Acomode una lista de personas honorables i activas, como dice usted, i procederemos a nombrarlas.

El doctor se apartó un momento despues del presi- dente dejándolo sumamente complacido, i él se fué a sus piezas a pensar en donde podria hallar a Virginia.

Pero por mas fecunda que fuese la imaginacion del doctor Rózas, esta vez encontró cosas inesplicables.

Creer que Virginia con un traje de fantasía como el que tenia, hubiera podido salir por las puertas del palacio, era pensar en un absurdo. I sin embargo, esto era lo único mas admisible, desde el instante que no se hallaba en los patios que él habia registrado.

Sin poder apartar de su imaginacion estas ideas, el doctor pasó todo el resto del dia en sus piezas espe- rando de un momento a otro tener algunas noticias de la jóven, o verla aparecer de repente.

Pera llegó la tarde, i tras ésta la noche i nada supo ni nadie apareció.

Rózas tomó su sombrero, se embozó en una capa e iba a salir, cuando se le ocurrió una idea.

—Pueda ser que miéntras yo ande fuera, ella vuel- va, se dijo. Dejaré abierta la puerta que dá al pasa- dizo, i ella verá en esto que yo la espero.

Hecho lo que habia pensado, salió a la calle para ir a casa del doctor Campos donde iban a tratar de los futuros destinos de Chile.

UN MÉDICO IMPROVISADO

Don Juan Martínez de Rózas no pudo gozar un momento de tranquilidad en casa de su amigo, el doctor Cámos, i a las nueve de la noche volvió a palacio.

Sin darse cuenta él mismo de su impaciencia, abrió rápidamente la puerta i entró a sus piezas con la vaga esperanza de encontrar en ellas a Virginia.

Pero cuando hubo encendido una vela; cuando se cercioró de que la jóven no estaba ahí, probó una amarga decepcion.

—¿Dónde se habrá ido esta desventurada jóven? pensó. Mas valdria que hubiera permanecido aquí, i yo la habria salvado a toda costa. ¿Qué hará sola, sin apoyo alguno, vagando talvez por las calles, transida por el frio con su lijero i elegante traje, débil i exhausta de fuerzas, pues no alcanzó a tomar alimento alguno?

I miéntras el doctor se decia esto, se paseaba en

sus piezas lentamente, arrojando a derecha e izquierda miradas investigadoras creyendo que de un momento a otro podia tener una feliz aparicion.

De este modo pasaron dos horas: dos horas que Rózas empleó en tratar de adivinar lo que le era imposible, i en forjar en su imaginacion lo que diria i haria por Virginia caso de que pareciese.

Dieron las diez en el reloj de las Cajas, i el doctor abrió la puerta que daba al pasadizo.

Maquinalmente, i obedeciendo siempre a una vaguísima esperanza, marchó por el oscuro pasadizo, i un momento despues se hallaba en los patios interiores.

El mas absoluto silencio reinaba ahí. Solo se oia allá, al fin del último patio, los pasos de las mulas del presidente.

Rózas se detuvo un instante para habituarse a la oscuridad. Las estrellas titilaban en el cielo; i al incierto resplandor que arrojaban sobre la tierra, Rózas comenzó a recorrer el patio.

El menor ruido, una rata que corriera de un punto a otro, una tabla que crujiera, lo hacian detenerse i escuchar.

Pero el ruido pasaba i volvía el silencio.

La Noche impulsaba su negro carro, i éste corria, corria sin detenerse un instante.

La metálica voz de las campanas de la cárcel i de la Compañía dieron un cuarto, luego la media, i por fin los tres cuartos.

¡Nada! nada mas que esas inciertas i caprichosas

notas que resuenan en medio de la grandiosa armonía de un infinito silencio!

El doctor arrojó un suspiro i se volvió a sus piezas.

Aun dejó un tantico entreabierta la puerta que caía al pasadizo.

En lugar de irse a la cama, se sentó en el sofá en que habia estado Virginia durante el dia.

No deseaba dormir: el sueño habia huido de sus ojos.

Sin embargo, apoyó la cabeza en una de sus manos, cerró los párpados i se entregó a meditar.

Blandamente sus ideas fueron trocándose en un sueño apasible, lleno de misteriosos encantos.

Soñaba que tenia a Virginia a su lado, que iba con ella en un coche, que la llevaba a ocultarla en el campo, en una casita perdida entre las flores. “Ahí, hija mia, le decia con toda la ternura de un padre, ahí vivirás feliz con tu esposo. Yo te visitaré a menudo, i las decepciones i amarguras que tendré que pasar en mis asuntos políticos, tú las endulzarás con tu cariño”! —“Vive conmigo i con mi Paulino, le decia ella, no vayas a esponer tu vida en esa terrible empresa”— “Nó, replicaba él, con entusiasmo i resolucion; nó, Chile será libre, i tus hijos, hija mia, gozarán de esa libertad i me bendecirán; yo trabajaré para ellos i para mi patria.”

Virginia callaba i miraba al cielo como sometiendo-se a su voluntad.

¡Cuán feliz se sentia el doctor!

De repente se incorporó de un salto.

—¡Señor!... habia exclamado una voz débil i aflijida en la puerta que daba al pasadizo.

¡Qué dulce fué el despertar del doctor!

¡Virginia estaba ahí!

Pálida, con el cabello en gracioso desórden, su bello semblante se destacaba noble i hermoso en el fondo oscuro del pasadizo.

Rózas arrojó un débil grito de placer i corrió hácia ella para tomarla en sus brazos.

Mas al llegar se detuvo. Virginia trataba de sonreirle; pero entre las perlas de sus dientes, medio entrea-biertos por la sonrisa, se derramaba, si así podemos decirlo, un raudal de amargura i de dolor.

Sus ojos, sus bellísimos ojos estaban preñados de lágrimas; i su brazo derecho colgaba con abandono siguiendo las ondulaciones de su cuerpo. Su traje se hallaba completamente destrozado i algunas manchas de tierra i de lodo salpicaban la blancura de su fustan.

¡Cosa terrible i que hizo estremecer al doctor al notarla!

Por una de las mejillas de la jóven corria un surco de sangre, i los encajes de su camisa i de su corpiño estaban rojos con ella.

—¡Dios mio! ¿qué tiene usted? la dijo el doctor.

Virginia quiso hablar, pero en aquel momento le faltaron las fuerzas i trató de opoyarse con la mano izquierda en el marco de la puerta.

Rózas se apresuró a sostenerla i la recibió en sus brazos.

Virginia habia cerrado los párpados i estaba desma-

yada: una intensa palidez cubria sus mejillas i sus labios, i algunas gotas de sudor brillaban como pequeños diamantes en el aterciopelado cútis de su frente.

Don Juan Martínez la tomó en brazos i la trasladó a su lecho. Examinó su respiracion, i comprendió que aquel desvanecimiento seria lijero i sin consecuencias.

Sin atolondrarse, sin perder su sangre fria, corrió a la puerta i la cerró con llave; en seguida se apoderó de la luz i la acercó a la jóven.

La sangre habia cesado de correr, pero quedaba la huella roja en las pálidas mejillas de la jóven.

Rózas siguió aquella huella i vió que nacia de una ancha, aunque no peligrosa herida que Virginia tenia en la cabeza.

Sin perder un instante, fué a sus baules, sacó de ellos una sábana que desgarró en pedazos, i proveyéndose de una palangana de plata, puso en ella un poco de agua i volvió al lado de la jóven.

Con un tiento admirable, lavó cuidadosamente la herida de Virginia i despues de juntar los bordes con la habilidad de un consumado cirujano, le vendó la cabeza con cintas de lienzo. En seguida, valiéndose de un pedazo de la sábana que humedecia en la palangana, limpió toda la sangre que manchaba sus mejillas i una parte de su cuello.

Hizo todo esto el doctor con tal tino, que la jóven no volvió en sí.

Cuando se preparaba ya a rociarle el semblante con agua, notó que el brazo derecho de Virginia estaba en

una posicion demasiado irregular.

Asustado con este descubrimiento, tomó la mano que correspondia a dicho brazo i la meneó blandamente.

—¡Dios mio! murmuró el doctor. ¡Tiene un brazo dislocado en el codo!.....

Esta vez, como ántes, Rózas no perdió su serenidad.

Rasgó algunas vendas de la sábana, i cuando yá las hubo preparado, tomó el brazo de Virginia de mas arriba de la muñeca con una mano i del lagarto con la otra, i tiró con violencia i rapidez haciendo entrar las coyunturas en su lugar.

Virginia volvió en sí i arrojó un grito de dolor.

—¡Pobrecita! la dijo el doctor con ternura. ¡Mucho la he hecho sufrir, pero era necesario!..... No se mueva usted!.....

Virginia cerró los párpados tratando de sonreir, i el doctor comenzó a fajarle el brazo con las anchas i largas vendas que habia hecho de la sábana.

La jóven, agoviada por la debilidad i el dolor, se quedó dormida.

Rózas la miró un instante envolviéndola en una cariñosa i tierna mirada.

—¡Pobre ánjel! murmuró acariciándola, si así se nos permite decir, con sus lábios.

Tocó en seguida las manos de la jóven, i sintió que estaban frias.

Fué a su pieza, sacó de sus baules uno de esos grandes ponchos de lana hechos en el país, i cubrió con él a Virginia.

Cuando hubo hecho todo esto, apartó la luz i la colocó en lugar donde no incomodara a la enferma.

En la noche anterior no habia dormido, pero el doctor no era hombre que hiciera caso de tan poco.

—Velaré aquí, se dijo, para cuidarla.

Desde el sofá, contemplándola de hito en hito con tanta ternura como un padre, con tal afecto como el de un cariñoso hermano, Rózas pasó a meditar de cómo Virginia habria aparecido ahí despues de las minusias pesquizas que él habia efectuado para encontrarla.

Hai en ciertas meditaciones mudas i prolongadas tanta diversidad de ideas, tanta variedad de materias que se tocan como de paso con el tacto de la imaginacion, que nos seria imposible trasladar al papel los pensamientos del doctor.

Materias que se tocan sin formularlas en ideas, que se ven, que se palpan en el cerebro, i qué, por decirlo así, nos extasian en una continuada contemplacion.

El doctor recorria, pues, con su memoria, todas las incidencias de su encuentro con Virginia, i repetia todos los diálogos i creia asistir aun a todas las escenas.

Halagado su corazon con todas las emociones de una dulce amistad, llegó por un momento a olvidarse de sus primeros pensamientos: el saber dónde habia estado Virginia, i cómo aparecia ante él, herida, medio moribunda.

Pensando en esto, el doctor sintió que dieron las tres.

A esa hora, Virginia se ajitó un instante en el lecho i murmuró algunas frases ininteligibles.

El doctor corrió a su lado.

—¡Tengo sed! murmuró ella con labio entorpecido por el sopor.

Rózas tomó un vaso con agua, levantó con cuidado paternal la cabeza de la jóven; i miéntras la sostenia con su mano derecha rodeando con el brazo su espalda, con la otra mano le dió de beber.

—Gracias, murmuró ella sin abrir los párpados.

El doctor volvió a colocarla con exquisito cuidado en la almohada, i murmuró al alejarse:

—¡Ha principiado la fiebre!... ¿Qué haré si ésta es mui violenta?

ALGUNAS ESPLICACIONES.

Ocuparíamos muchas páginas si nos detuviéramos a narrar una a una las diversas escenas que tuvieron lugar en las piezas de Rózas. Bástele saber al lector que Virginia pasó tres dias en cama, i que durante este tiempo, el doctor dijo que estaba enfermo a fin de que se le sirviera ahí la comida, i se le trajeran algunas sencillas medicinas, que él creía conveniente dar a la jóven para hacer disminuir la fiebre que desde la primera noche principió a molestarla.

Una dulce confianza se habia establecido entre ámbos con motivo de la constancia i abnegacion con que el doctor servia a Virginia. Los únicos momentos en que él la dejaba sola, era cuando Carrasco, el doctor Céspedes o alguno de sus otros amigos, venian a visitarlo. Entónces, cerraba la puerta que unia las dos habitaciones, i finjía una lijera indisposicion.

Aquello no podia continuar así: el mas leve descuido podia perderlos. Virginia, por otra parte, deseaba

con ardor salir, pues le parecia que hallándose libre, le seria mui fácil encontrar a Paulino.

El doctor, aunque deseaba esto mismo, no podia resolverse, sin embargo, a dejarla partir. ¿Dónde iba sola como la hoja que arrebatara el viento, como la ave-cilla perdida en el bosque? A mas, él encontraba un secreto encanto en retenerla cerca de sí. Se habia acostumbrado tanto a ver aquellos ojos de mirar dulce i atrevido, a ver aquella boca en que tan graciosa era la sonrisa, a sentir aquella voz que poseia ecos que le recordaban su juventud, que le era imposible renunciar a esa aunque grande, pero inocente dicha.

Rózas, llegado a la edad en que el corazon principia a vivir de los recuerdos, sentia al lado de la jóven renacer intactas sus emociones. A pesar de sus cuarenta i ocho años, la sangre circulaba ardiente i precipitada en sus venas; su corazon latia con violencia, i su alma era aun capaz de apreciar todas las poesías.

Para él, sóbrio desde su juventud, dedicado a los libros i al estudio, la vida habia principiado mui tarde, i mui tarde tambien, habia de concluir.

El doctor no se habia alarmado al sondear su corazon: acostumbrado a gobernarlo, sabia tambien conocerlo.

La espléndida belleza de Virginia, aquellas formas en que no se sabia qué admirar mas, si la rica pureza de los contornos, o la frescura que les daba la juventud, habian mas de una vez hecho llegar hasta él, algo como un estremecimiento de voluptuosidad, o como una voz de tentacion.

En la vida íntima en que la enfermedad de Virginia los habia hecho vivir, ni una sola vez admitió el doctor en su mente la idea de que podia hacer suyo aquel precioso tesoro; i aunque se confesaba a sí mismo de que seria mui feliz con él, su hidalguía se lo presentaba como imposible de obtener.

Para él, Virginia era como la hermosa i fragante flor que vemos en un ajeno jardin. Podemos contemplar su belleza, acaso alcanzar a percibir su fragancia, pero no podemos llevar nuestra mano hasta ella sin compromisos para el honor.

Don Juan Martínez comprendia, pues, cuál era el estado de su corazon, i no temia que éste rompiera el círculo de acero en que él, desde mui temprano, lo habia aprisionado.

Veamos ahora algo de lo que Virginia habia contado a Rózas:

—Cuando yo oí, le dijo, apénas éste le permitió que hablara, que el gobernador queria entrar a esta pieza, me consideré perdida i ví que tambien lo perdía a usted. Desesperada, quise arriesgar el todo por el todo, i abrí la puerta para salir al pasadizo i ahí entregarme si era necesario. Por mas cuidado que puse, la puerta crujió, i yo me quedé yerta de terror.

—Yo alcancé a oír ese ruido, la dijo el doctor, i por eso me resolví a hacer entrar al gobernador.

—I él ¿no lo oiría? preguntó la jóven.

—Nó, estaba mas distante de la puerta.

—Pues bien: mi felicidad quiso que no hubiera nadie en el pasadizo, ni en el patio, ni en las caballerizas.

Cuando llegué a esos corredores que hai ocupados por una multitud de trastos, pensé ocultarme entre ellos; pero comprendí que mui pronto me descubrirían, si como era mui posible, venian a buscarme. Sin hallar qué hacer, miraba en torno mio, cuando divisé un *encatrado* o *soberado* construido sobre las mismas vigas del corredor. Los trastos que habia ahí podian servirme para subir, pero calculé que ninguno de ellos era lo bastante alto para permitirme llegar. Yo he sido siempre ágil, i en el peligro tengo valor. Me apoderé de un grueso madero que hallé a la mano, apoyé su parte inferior en una gran mesa que hai en el corredor, i la otra parte en una viga, i subí con resolucion. Despues, para tener los medios de bajar, icé mi improvisada escalera i la oculté en el pajal, porque tal era en el que me hallaba.

Cuando sentí las doce de la noche, me resolví a bajar para ver modo de salir. Habia resuelto subirme a los tejados i despues dejarme caer a cualquiera casa, a la que estuviese mas léjos de aquí. Pero con la oscuridad, apoyé el palo, sin duda en un borde de la mesa, i apénas me tomé de él, se resbaló conmigo i caí causándome las heridas que usted tan bondadosamente me ha curado.

Durante un cuarto de hora, permanecí tendida en la tierra, incapaz para moverme. Luché un momento procurando recuperar mi perdida enerjía, pero mis dolores eran acerbos, i mas bien tuve deseos de morir.

Pero aquí mi corazon de mujer habló mas alto que mi valor. Morir ahí, como un perro, enteramente sola,

sin tener una mano que estrechase la mia, me hizo estremecer. Tuve miedo: un miedo que por un instante ahuyentó mis dolores i me hizo crear fuerzas para levantarme.

Deslizándome por la orilla de la pared, marché hasta aquí, resuelta a llamar, a pedir auxilio, si usted no estaba en sus piezas. Ya no me importaba que me prendieran, que me llevaran a casa de mis padres o el tener por carcelero al gobernador: lo que deseaba era no morir sola.....

Otro dia, haciendo algunas alusiones a su pasada historia, la jóven nombró a Gabriela.

—¡Gabriela! exclamó el doctor tratando de recordar aquel nombre.

—Gabriela es una pobre jóven que tuve por compañera en el convento.

—¿En qué convento? le preguntó el doctor.

—En el de las Claras.

—¿Es una jóven rubia, bella como un querubin?

--Sí, señor; ¿la conoce usted?

—Talvez, hija mia; cuénteme usted todo lo que con ella se relacione.

—¡Ah! es una historia corta pero bien triste. Esa jóven era de Valdivia, i sus padres la habian mandado al convento para que fuera monja, pero ella no queria obedecerles. Yo no sé qué interes tendrían en el convento en hacerla profesar, que al ver que no lo conseguían, apelaron a causarle terror i hacerle consen-

tir que las ánimas o los demonios venian a su celda todas las noches.

—No omita usted el menor detalle, le dijo el doctor: tengo un vivísimo interes en saber todo lo que concierne a esa jóven.

Virginia narró punto por punto cuanto ya conoce el lector, i concluyó diciendo:

—Desde la noche en que Ciriaco me sacó del monasterio, no he vuelto a saber de ella. Talvez haya muerto, pues con la vida que pasaba ahí, era imposible que viviera.

—Nó, le dijo Rózas; no ha muerto. Vive aun; pero talvez le valdria mas el haber dejado de existir. La llaman la MONJA ENDEMONIADA a causa de que padece de una enfermedad mui estraña. Está demente, i cada ocho dias, los viérnes en la noche, segun dicen, es cuando tiene esos ataques que han dado en llamar endemoniamiento.

Como esta conversacion tenia lugar en dia juéves, el doctor prometió a la jóven que al dia siguiente iria a ver a Gabriela para traerle noticias de ella.

Virginia le dió las gracias; pero se quedó pensativa.

—¿En qué piensa usted? le dijo el doctor con voz cariñosa.

Lo jóven se ruborizó, lo miró un instante i no se atrevió a responder.

—¿Es en algo que yo no pueda saber? volvió a interrogarla él. Si es así, retiro inmediatamente mi pregunta.

—Nó, señor, le contestó ella; usted puede saber

mis mayores secretos... Pensaba en Paulino, i en que pasan los dias sin que yo nada haga por él.....

—Tiene usted razon, replicó el doctor palideciendo levemente.

Ocupaba un asiento al lado de la jóven, i se paró comenzando a pasearse con aire pensativo.

—Virginia, la dijo al fin con voz cariñosa: yo no puedo retener mas tiempo a usted aquí sin que para mí mismo, a pesar de lo grato que me seria, dejase de ser un remordimiento. Ya usted está sana i puede buscar a su esposo... Pero usted es mujer, i una mujer por valerosa que sea, está espuesta a mil peligros. ¿Qué puede hacer usted? usted tan jóven i tan hermosa, rodeada de amenazas por todas partes? dónde va que no sea descubierta: qué pasos da que no la hagan caer en manos de su padre o del presidente?

—Sin embargo, dijo Virginia con esa obstinacion de los enamorados, es necesario que lo busque.

—Sí, hija mia, es necesario; pero ¿cómo hacerlo? Solo una idea se me ocurre para que usted pueda salir de aquí i tener libertad. He meditado mucho, muchísimo en esto, i no he encontrado otra cosa mejor. Talvez a usted repugne lo que voi a proponerla; pero no hai otro medio, i creo que será necesario adoptarlo. A mas, yo no puedo consentir en que usted no tenga una persona que vele por usted, i creo que de este modo se conciliará i se obtendrá todo.

El doctor guardó silencio como si aun necesitase meditar.

—Yo estoi resuelta a todo, señor, le dijo ella para

animarlo a hablar; a todo, con tal de encontrar a Paulino.

—Bien, hija mia; si es así, esta noche podrá usted salir de aquí, le dijo el doctor con triste voz.

I al decir esto, Rózas pasó a su pieza donde permaneció largo rato.

Al cabo de una hora, volvió al lado de la jóven para decirle:

—Voi a salir para hacer algunos preparativos para la noche.

—¿No me dice usted cómo saldré? le preguntó Virginia.

—Todavía nó, le dijo él sonriéndose tristemente: esta noche lo sabrá. Miétras yo vuelvo, procure distraerse leyendo. Ahí tiene mi pequeña biblioteca.

Despues de esto, el doctor se arrebujó en su capa, tomó el sombrero, i al salir cerró con llave la puerta.

LAS VÍCTIMAS DE LA INQUISICION.

Es ya tiempo de que demos una mirada a un personaje de nuestra historia; i para esto, el lector nos acompañará al convento de San Francisco.

Fraí Melchor Martínez, el sacerdote que ya a la ligera hemos presentado, ocupaba una celda en el primer claustro del convento de S. Francisco.

Nada mas modesto que el ajuar de aquella celda. Seis sillas de vaqueta, tres mesas de álamo que sostenian: la primera, unos treinta o cuarenta libros con tapas de pergamino; la segunda, un crucifijo, una dolorosa i dos candeleros de cobre; i finalmente la tercera, colocada al centro de la pieza i cubierta con una carpeta de paño verde, una gran cantidad de papeles manuscritos, algunos periódicos españoles i distintas novenas, breviarios i libritos de oraciones. Esta última mesa era la que servia al padre Martínez de escritorio, que como hombre aficionado a las letras i teni-

do por literato, la mantenía siempre ocupada.

Como ya lo hemos dicho, el día en que el doctor Rózas se resolvió a dejar salir a Virginia del palacio, era juéves.

En este mismo día, i casi a la misma hora, frai Melchor se hallaba en su celda leyendo tranquilamente un tratado de Teología moral, cuando oyó unos golpecitos a su puerta i una voz que decía:

—*Deo gratias.*

—Por siempre, contestó frai Melchor cerrando apresuradamente el libro i parándose para salir al encuentro de un fraile alto, gordo, i de mejillas rubicundas a pesar de su avanzada edad.

—Pase V. P., exclamó frai Melchor con marcadas muestras de deferencia i presentándole la silla que él acababa de dejar.

El sacerdote que recibía estas atenciones, era el guardian de la órden; i como superior, tomó el asiento de preferencia sin discutir con frai Melchor.

Cuando se hubo sentado, se quitó el sombrero i lo colocó sobre la mesa; dejó su baston al lado del sombrero, i con todo reposo, sacó un pañuelo de seda pintado de lacre i azul, i se enjugó con él el copioso sudor que brillaba en su frente.

Frai Melchor había acercado otra silla a la mesa i esperaba pacienzudamente que su prelado concluyera aquella operacion. I si decimos, pacienzudamente, es porque el buen fraile se demoró mas de cinco minutos en recorrer con el pañuelo, no solo la frente, sino tam-

bién su afeitada corona, su robusto cuello, i todo su semblante.

—Vengo de casa del señor Arzobispo, dijo al fin guardando el pañuelo i sacando ocupada su mano con una caja de rapé.

—¿Es posible? interrogó frai Melchor. ¿I cómo le va a Su Señoría Ilustrísima?

—A Dios gracias, mui bien, contestó el guardian interrumpiéndose para llevar a sus narices una hermosa narigada de rapé.

—Me mandó llamar, agregó, para interrogarme sobre esa que llaman la MONJA ENDEMONIADA.

El padre Martínez aproximó su silla con conocido interes miéntras el guardian hacia uso de su pañuelo, con mas estrépito que el que podia emplear para engujarse el sudor.

—¿I pudo V. P. darle estensos datos? preguntó frai Melchor viendo que el gordo padre gastaba demasiado tiempo en volver a plegar su pañuelo siguiendo los mismos dobleces que tenia al sacarlo.

—¡Oh! casi ningunos! dijo él, abriendo nuevamente su caja de rapé. Como la conversacion que tuve con usted sobre esto fué tan corta, no pude darle esplicaciones.

—¡Yo habria podido dárselas completas! exclamó frai Melchor sintiendo en su interior haber perdido aquella oportunidad de lucir su talento oratorio, i su poder como exorcista.

—Pues bien, dijo el guardian dejando la cajita en

la mesa para volver a recobrar el pañuelo; yo no he querido asegurar a S. S. I. que existe el endemoniamento, porque usted comprenderá, frai Melchor, que esta es una cosa delicada.

—Sí, mui delicada, agregó poniendo el pañuelo donde tenia la caja i sacando de ésta una tercera dosis de rapé.

I entre sorbo i sorbo, continuó:

—Usted sabe que el ritual nos ordena no dar crédito de buenas a primeras a estas cosas, i que es necesario que se reunan muchas circunstancias para dar por sentado que existe el endemo.....

Aquí un sonoro estornudo cortó la frase del guardian.

—¡Salud! le dijo frai Melchor.

—Gracias, contestó el reverendo tomando precipitadamente el pañuelo; i miéntras lo usaba, agregó:

—Esto alivia la cabeza, frai Melchor.

—Así es, R. P. contestó éste.

—Pues bien, volvió a decir el guardian ocupándose miéntras hablaba de doblar el pañuelo. Como decia a usted, es necesario que no nos alucinemos. Si no hai tal demonio, los exorcismos no servirian mas que para dejar burlada a la iglesia i hacer que los fieles perdieran la fe en su poder.

—Eso es imposible que suceda, dijo frai Melchor, viendo que el guardian se interrumpia para seguir absorbiendo rapé.

—¿Imposible dice usted? preguntó éste preparándose a estornudar.

—¡Ya se me fué! agregó, sintiendo que cesaba de cosquillearle la nariz i administrándose una mas grande narigada de rapé.

—Si, V. P.: imposible, decia al mismo tiempo el padre Martínez, porque yo tengo la seguridad de haber arrojado al diablo, pronunciando el nombre de Dios. Para un sacerdote jóven e inesperto, agregó con cierto orgullo, eso puede ser motivo de dudas; pero para mí que he estudiado tanto, que he leído las obras de tantos autores, i que no es la primera vez que me bato en decidida lucha con Lucifer, no tiene nada de extraño ni de escepcional. V.P. puede convencerse mañana mismo, si como lo espero, esa jóven vuelve a ser ocupada por los demonios.

El guardian no habia perdido el tiempo intertanto. La cajita i el pañuelo habian funcionado sin interrupcion, miéntras hablaba frai Melchor.

—Pues bien, mañana lo veremos, dijo al fin guardando la caja i el pañuelo; pero para sacar una tabaquera, un royo de hojas, un yesquero i un eslabon. ¿I sabe usted, preguntó, torciendo cuidadosamente un cigarro, sabe usted, que este asuntillo lo ha hecho crear a usted una inmensa reputacion?

—Todos nuestros méritos nos vienen de Dios, dijo frai Melchor con humilde i fervorosa voz.

—Así es, dijo el padre guardian hablando por un extremo de los labios, a causa de haber colocado en medio de la boca el cigarro que acababa de torcer.

I miéntras con las manos hacia fuego en el yesquero, agregó:

—Para nuestra órden será un gran beneficio el que se sepa que de aquí ha salido el sacerdote que ha conjurado al demonio. En estos últimos dias, se han recibido mas misas que en todo el año, i yo no dudo que sea efecto de la buena fama que circula. ¿No ha tenido usted muchas misas, tambien?

—Bastantes, V. P. He recibido mas de quinientas en ocho dias, i entre ellas, misas de San Gregorio que me las han pagado mui bien. (1)

(1) Esto que a los lectores parecerá una exajeracion, no es sino una sombra de lo que ántes sucedia. Un venerable i digno sacerdote nos ha dicho que nuestro actual Arzobispo, segun nos parece, se vió obligado a ordenar que no pasáran de treinta, bajo pena de pecado mortal, las misas que cada sacerdote pudiera deber, en vista de que muchos al morir, quedaban debiendo mil o dos mil misas. El mismo sacerdote aludido nos ha dicho, que cuando él era novicio, acompañaba a un venerable sacerdote que siempre que salia a la calle, se ocupaba en rezar responsos; i preguntándole él por qué lo hacia con tanta constancia, le dijo mas o ménos lo siguiente: «En una ocasion fui a dar unas misiones, i fueron tantos los responsos que me encomendaron, que para descargar mi conciencia me he propuesto rezar toda mi vida i cada vez que esté desocupado, a fin de alcanzar a pagarlos.»

Debemos confesar que hoi el sacerdocio es mas delicado i que creemos cumpla las órdenes de nuestro ilustrado i celoso pastor. La vida comun en los cláustros, ha venido, por otra parte, a elevar al sacerdote a la altura que le corresponde; i si llega el dia en que el clero siga ese noble ejemplo, acaso la religion reconquiste el terreno que pierde cada dia. Pero mientras haya sacerdotes que dividan su tiempo entre el culto i la vanidad, entre el altar i la política, entre Dios i los hombres i entre el cielo i la tierra, la religion seguirá decayendo i las creencias debilitándose.

Poco a poco las grandes aulas que ayer se veian repletas de aspirantes al altar, se han ido desahogando; i de esas grandes comunidades que no há mucho llenaban las calles, en las procesiones, solo quedan unos pocos para atestiguar que la religion está aun de pié.—Pero alerta...! Si un cuarto de siglo ha bastado para diezmar vuestras filas, ¿qué debeis esperar del cuarto que queda? Advertid, ministros de Dios, que vuestras cenizas no serán las del fénix, i que si moris, talvez no volvais a renacer.

171

ÚLTIMAS CARTAS DE GABRIELA.

Como bastarian unas cuantas líneas para dar a conocer los medios de que se valió Rózas para hacer salir a Virginia del palacio, el lector nos permitirá dejar para mas tarde esta esplicacion, i trasladarnos a la casa en que se hallaba Gabriela, escojiendo para hacerlo las cinco de la tarde del dia viénes, hora en que llegaba el doctor Rózas acompañado de Vera.

El señor Torrealba salió a recibirlos con gran cariño, i haciéndolos tomar asiento en la antesala, les dijo:

—He esperado a ustedes todos estos dias.

—No hemos podido venir, contestó Vera, por varias circunstancias, a pesar del deseo que tenemos de que usted nos concluyera de narrar la historia de esa desgraciada jóven. ¿I cómo marcha desde el viénes acá?

—Siempre lo mismo. Es una pobre idiota que canta, que reza, que hace mil cosas sin darse cuenta de nada. En raras ocasiones tiene algunos momentos en

que parece recobrar un poco de lucidez; pero aun entónces, todo su anhelo es buscar un libro que dice pertenecía a ese tal Camilo Henríquez que ustedes la oyeron nombrar. Por ahora voi a mostrarles otras cartas de dicha jóven. Son cortas, pero mas espresivas que la primera.

Don Anjel fué a una pieza inmediata i volvió un momento despues trayendo unos papeles que desdobló i acomodó con cuidado.

Miéntras hacia esto, dijo:

—La carta que leí a ustedes el otro dia, fué contestada por don Jacinto, el padre de Gabriela, aconsejándola a su hija para que tuviera valor i resignacion, i se resolviera a tomar el hábito. Pero la jóven no ha nacido, sin duda, para monja, pues al mes escribió la carta siguiente:

GABRIELA A SUS PADRES.

Padres mios:

Son inútiles sus consejos, son inútiles mis resoluciones, i parece que Dios no tiene oídos para mí.

Estoi desesperada: estoi a punto de volverme loca. No tengo un momento de tranquilidad ni reposo, ni otra aspiracion que salir de aquí. ¡Por Dios, por el amor que me tienen, no me hagan morir aquí!.....

Me he consultado con mi confesor,—el capellan del monasterio,—para ver si tenia obligacion de cumplir yo el voto que ustedes han hecho; pero este sacerdote, o es mui débil o mui ignorante porque no me ha dicho ni sí ni nó. «La hija debe obedecer a sus padres»

me dijo; pero cuando yo le hice presente que no tenia vocacion para ser monja, cuando le manifesté el horror que me causaba esclavizar mi vida, replicó: "Los votos deben ser nacidos del corazon, hija mia". I tanto estas palabras como las anteriores, me las repitió mil veces sin poder yo obtener nada mas de él.

Ya ustedes ven, padres míos, que ni los mismos sacerdotes se atreven a afirmar que debo tomar el hábito; i creo que si se consulta a uno que sea ilustrado, favorecerá abiertamente mi opinion.

Yo no pienso desobedecerles, padres míos; pero mi desesperacion es tal, que no sé qué debo hacer.

Adios, ojalá el Todopoderoso mandara la muerte a vuestra desgraciada hija

Gabriela.»

Don Anjel dejó a un lado la carta que habia leído i tomó otra diciendo:

—Esta fué escrita tres meses despues:

GABRIELA A SUS PADRES.

Señores:

Me es imposible profesar: lo rechaza abiertamente mi corazon, i prefiero desobedecer a mis padres, ántes que cometer el sacrilejio de decir a Dios con los labios lo que estoi mui léjos de sentir en el corazon.

Está dispuesta a cometer un desatino,

Gabriela.»

—Cuando el padre de la jóven recibió esta carta,

dijo don Jacinto poniéndola junto con la otra, partió inmeditamente para Santiago despues de haber sostenido un gran altercado con la señora, que con su corazon de madre, opinaba por que debian sacar a Gabriela del convento aun cuando fuera mereciendo la cólera de Dios. Pero don Jacinto era hombre mui timorato i religioso, i dijo que preferia perder la vida ántes que faltar a la promesa hecha a Dios.

Doña Margarita, ya he dicho a ustedes que este era el nombre de la señora, cayó a la cama miéntras don Jacinto corria a Santiago. La buena i amante madre, herida en el corazon, no pudo soportar mas tiempo sus años, cargados con el hondo pesar de los sufrimientos de su hija, i murió precisamente en el mismo dia en que su esposo llegaba a la capital.

Don Jacinto comenzó a ir diariamente al monasterio con la esperanza de obtener de su hija que profesara; pero ésta, que temia tanto un sacrilejio, como su padre el no cumplir lo prometido a Dios, se negó hasta el último. Por fin, don Jacinto recibió la noticia de la muerte de su esposa i corrió al monasterio a participarla a su hija.

—Tú eres la causa, le dijo, i me harás maldecirte al morir. Yo no podré sobrevivir mucho tiempo a tu madre, i ántes que llegue ese dia es necesario que profeses si no quieres que te maldiga. Adios, no me verás nunca mas, si no profesas.

Gabriela quedó largo rato sin conocimiento i sin saber lo que debia hacer.

Don Jacinto, que habia hecho amistad conmigo, con

motivo de ser yo síndico del convento en que estaba su hija, vino a comunicarme sus pesares, i me dijo que la madre abadesa le habia prometido que ella obtendría de Gabriela, en pocos dias, que tomara el hábito; i que para obtenerlo, contaba con un medio eficazísimo.

Esta promesa, sin embargo, no tuvo efecto alguno, pues la jóven permaneció firme en su propósito.

En estas circunstancias, fué puesta en el monasterio una hija de un señor Acosta, i la abadesa creyó prudente ponerlas juntas. Pero esta niña desapareció del convento de la noche a la mañana, i desde entónces Gabriela parece que comenzó a sentir algo de lo que ahora experimenta.

La última carta que escribió a su padre lo da claramente a conocer.

Voi a leerla a ustedes:

GABRIELA A SU PADRE.

Señor i padre mio:

Me tienen encerrada, i no me permiten hablar con nadie. A costa de muchas súplicas he conseguido con una sirvienta que le lleve esta carta. Yo creo que al fin me llevarán las ánimas o el demonio, pues andan a toda hora tras de mí.

¡Ah! tengo tantas cosas que decirle! sufro tanto! Pero usted creo que no me quiere... Perdóneme, tengo la cabeza mui mala. Son ellas, padre mio; nada mas que ellas las que tienen la culpa. Me martirizan mucho

para que profese; pero él, el buen amigo... ¡Ah! perdóneme; usted no sabe nada de esto!... Yo quisiera morir, sí, seria mejor: así usted no me maldeciría; pero vivir aquí, como una criminal, sola, horriblemente sola, entre el diablo i las ánimas.....

Se ha ido mi compañera; ella al fin me consolaba i me acompañaba. Virginia era su nombre.

¡Oh! qué mala tengo la cabeza! tenia muchas cosas que decirle; muchas, pero ahora no recuerdo ninguna... Yo pensaba que usted al leer ésta iba a tener lástima de mí; pero ahora, ¡ah! no encuentro ninguna palabra que sea capaz de llegar a su corazon. Sí, debe haber sido una ilusion cuanto yo creia; ilusion mi vida de niña, ilusion mis aspiraciones. ¡Ah! tan contenta que vivia yo con ustedes, con mi jardinito, con Camilo, que me enseñó a amar a Dios, casi a comprenderlo!... Pero todo eso debe haber sido sueño, ilusion, mentira.....

¡Ya no hai nada de todo eso!

¡Ah! quién pudiera recordar lo que deseaba decirle! Solo sé que era algo que talvez habria ablandado su corazon! Pero nada se me ocurre: trato de pensar, i lo que únicamente viene a mi imaginacion, es lo que veo i lo que oigo todas las noches. Las ánimas, duendes o demonios..... ¡Ah! qué terribles, qué terribles son, padre mio.....

¡Oh! ya me acuerdo de algo de lo que queria decir a Usted!... Oigame, por Dios; no se vaya, no me deje sola, no me maldiga!

¡No me maldiga por Dios!.....

No le escribo mas: la pieza en que estoi, da vueltas al rededor de mí, i luego vendrán las ánimas...; Por Dios, sáqueme usted de aquí!.....

—Como ustedes lo habrán notado, dijo don Jacinto despues de leer lo que antecede, la pobre jóven principiaba ya a perder la cabeza; i dos meses despues, estaba completamente loca; pero con una locura tranquila, que consistia siempre en andar huyendo de los sitios solitarios i en figurarse todas las noches que oía ruidos, voces, i que tenia visiones.

El padre de esta desgraciada jóven, cuando vió el resultado de su capricho, se apenó tanto, que en pocos dias murió aquí, en esta misma casa, dejándome esas cartas i suplicándome que velara por su hija.

Yo la habria retirado del monasterio; pero ví que era inútil, i que en ninguna parte estaba mejor que ahí miéntras su locura fuese tranquila. Mas no ha sucedido así de dos o tres meses a esta parte.

La locura o demencia de Gabriela tomó proporciones tan alarmantes, que las monjas comenzaron a creer que seria obra del demonio. El capellan trató de exorsidarla, pero no obtuvo nada: los médicos por su parte han ocurrido a su ciencia, i nada tampoco han conseguido. Se crée, i talvez con fundamento, que sea Satanas quien la tiene en este estado; i todos los sacerdotes están acordes en decir que Gabriela ha recibido de Dios este castigo por desobedecer a sus padres.

El doctor Rózas al oír esto último se ajitó en su silla, deseoso de replicar, pero hizo un esfuerzo i se contuvo.

—Por mi parte, continuó el dueño de casa, confieso a ustedes que me hallo perplejo. Lo que sucede, lo que hace i dice esta niña, es maravilloso. Mil veces ha adivinado lo que está pensando alguna de las personas que hai a su lado en el momento que le da el ataque: mil veces, tambien, ve lo que hace una persona que está en otra pieza enteramente incomunicada; i sobre todo lo que mas admira, es el odio que manifiesta a los sacerdotes i a lo que se relaciona con el culto de Dios. I segun me dijo el padre de Gabriela, esta jóven era en extremo virtuosa, i no sabia cómo manifestaba tal aversion a la vida monástica. Para mí, caballeros, esto tambien es inesplicable, i solo creo que pueda suceder en un corazon malo por naturaleza.

—Nó, señor, dijo Rózas; yo veo mas claro en este asunto. Por una casualidad he recojido algunas noticias i veo que esta jóven ha sido una víctima del fanatismo. Por puro que sea un corazon, por nobles que sean las ideas, por enérgica que sea una orgonizacion, sucumbe al fin cuando es atacada vigorosa i desapiadadamente por quienes tienen interes en aniquilarla. La historia que usted nos ha narrado, está llena de luces para mí, i sin temor de equivocarme, podria decir a usted que esta jóven, si no ha profesado, es por su misma virtud. Una persona mas débil de carácter, ménos virtuosa que ella, habria pasado por todo, aun por sobre su propio corazon, a trueque de librarse de la situacion desesperada en que ella se ha visto. Por-

que usted no sabe, caballero, cuánto ha sufrido esa desgraciada jóven en el convento: usted no sabe, cuál era el medio que la abadesa tenia para hacerla profesar. I bien, si no lo consiguió, es porque encontró una alma elevada, un espíritu digno, en todo semejante al de los mártires que llenan nuestros templos. Almas que no sesgan jamas de sus convicciones, i que prefieren los mayores tormentos ántes que ir en contra de sus arraigadas ideas. Gabriela ha sido una de ellas, no lo dude usted. La abadesa le ha roto el cerebro; pero no ha conseguido romperle el corazon. Quedará loca o demente toda la vida; pero si ella vuelve un dia en sí, talvez pueda darnos a saber mucho de lo que ignoramos. Yo no puedo creer tampoco, que esté endemoniada. Eso, a mas de ser un absurdo que está en pugna con la razon, es bueno tan solo para verlo escrito en el libro de las mil maravillas.....

Vera dió lijeramente con el codo al doctor Rózas, i le hizo un rápido jesto para indicarle que callara.

Felizmente a ese tiempo llegaron algunas señoras de visita, i el dueño de casa se paró a recibirlas.

—No conviene, dijo Vera al oido del doctor, que hables así a este caballero: es un creyente ciego, o un ciego creyente, como tú quieras, i te tomaría por un hereje.

Rózas hizo un movimiento con los hombros que equivalia a esta frase:

—¡Qué importa!...

FRAI MELCHOR SE ENFURECE.

A eso de las nueve de la noche, la casa de don Anjel se hallaba nuevamente ocupada por una multitud de personas de todas edades i condiciones que venian a ver a Gabriela.

Frai Melchor Martínez, acompañado del prior de su convento i de algunos sacerdotes, don Juan Martínez Rózas, don Bernardo Vera, el dueño de casa i varios otros caballeros, estaban en el salon formando un solo círculo.

El doctor Rózas habia preguntado a frai Melchor si él creia que Gabriela estuviese endemoniada; i a la respuesta afirmativa del sacerdote, Rózas le habia dicho:

—Eso es imposible, frai Melchor. Lo que tiene esa jóven no es mas que una demencia nacida de mil causas que estoi en via de conocer, i que usted, mas bien que nadie, debia tratar de investigar. Si vemos el efec-

to, busquemos la causa i este es el medio de ilustrar e ilustrarnos; pero decir *es arte diabólico* por lo que aparece a nuestra vista un poco maravilloso: llamar milagro un fenómeno que no conocemos, es no avanzar un paso en el camino de la ciencia i dejar en sus perniciosos engaños a los ignorantes. Yo creo que lo que debemos hacer es estudiar lo que sucede con imparcialidad, i buscar en seguida, en el pasado de esta jóven, algo que nos sirva de luz. Lo demas, será embaucar i embaucarnos.

—Cuanto se haga seria inútil, dijo frai Melchor con hozca voz. La incredulidad no se deja convencer.

—¿I qué ha hecho usted para convencerla? le preguntó Rózas. El rezar unos salmos i rociar a la jóven con agua bendita, creo que no es un gran experimento, ni mucho menos una investigacion. Lo principal que hai en esto, es que esa desgraciada jóven continúa enferma, i que con esa enfermedad se engaña al público.

—¿I que mal le resulta a ese público, le preguntó frai Melchor, con creer que esa jóven está endemoniada? ¿Acaso usted teme que se haga mas malo con esta creencia? Pensar tal cosa, seria decir que la religion no es un freno, o que apoya la inmoralidad.

—Usted lleva a mui distinto terreno la cuestion, le dijo Rózas; yo no quiero hacer de esto una disputa teológica, i mucho menos entrar a indagar si la religion es o nó un freno. Yo miro la educacion del pueblo como uno de los principales móviles para el adelanto de las naciones; i siempre que veo que en lugar de instruirlo se trata de aumentar su ignorancia, no puedo menos

de alzar mi voz para hablar por él. Usted ha recibido la mision de enseñar la verdad, i ántes de publicar ésta, si es que lo sea, creo que bien merece que usted trate de escudriñarla.

A ese tiempo, llegó una sirviente al salon diciendo que la jóven endemoniada estaba como una loca i no la podian contener.

—Vamos, señores, dijo don Anjel; vamos pronto.

—Voi a probar a usted hasta la evidencia, dijo frai Melchor a Rózas, que esa niña está endemoniada.

—Vamos a ver esa prueba, dijo el doctor siguiendo a los demas al salon.

Ya este lugar se hallaba ocupado por unas cuantas señoras i algunos clérigos que trataban de sostener a Gabriela sobre una silla. Pero la jóven, con una fuerza que nadie podia suponerle, los arrollaba con solo mover los brazos, i los pobres clérigos, enredándose en sus sotanas, se veian en amarillos afanes para no caer.

—No la contrarien mas, dijo frai Melchor entrando a la pieza despues de haberse ataviado con algunos paramentos sacerdotales. ¡Déjenla sola!..... Ya el demonio conoce mi voz!.....

Los clérigos dejaron a Gabriela, que al verse libre, se irguió de un salto i recorrió todo el salon con mirada fiera.

—¡Gabriela! le dijo frai Melchor con voz imponente i acercándose a ella con paso mesurado. ¡Gabriela!..... ¿qué es lo que tienes?

El doctor, que se hallaba a pocos pasos mirando de hito en hito a la jóven para estudiar su fisonomía, sin-

tió un vivo deseo de que Gabriela no contestara a frai Melchor.

Pasó un minuto, luego otro i otro, i Gabriela continuó callada, inmóvil, con la vista fija en un punto indeterminado de la pared.

—¡Habla!.....¡Contéstame, Gabriela! repitió el fraile en voz mas alta e imperativa.

El doctor concibió con mas vehemencia su deseo, i a fin de no perder un solo jesto de Gabriela, fijó con mayor insistencia su poderosa mirada en ella.

Al cabo de un momento en que los labios de la jóven no se habian desplegado para dejar salir una sola palabra, ni el doctor habia cesado de mirarla, comenzó ella a tornar lentamente sus ojos hácia él.

—¡Satanas! exclamó el padre Melchor acercándose mas a la jóven. ¡Satanas! ¿por qué no me contestas?

Gabriela se llevó las manos a los párpados como si tratara de librarse de un sopor.

El padre Martinez, viendo el ningun caso que Gabriela o Lucifer hacia de sus órdenes, apeló al ritual para rezar algunos salmos o envanjelijos que en otras ocaciones habian producido un magnífico e inmediato resultado.

Don Juan Martínez continuaba asistiendo a esta escena sin proferir una sola palabra, aunque interesadísimo en ver el resultado. Por una especie de atracción incomprendible para él, no apartaba un solo instante sus ojos de la jóven, i cada vez que frai Melchor la interrogaba, él hacia un voto porque no le respondiera. Deseaba probar que la jóven no estaba endemo-

niada, i para conseguirlo, veia que lo mas conveniente era desterrar la supersticion de cuantos lo rodeaban. Si frai Melchor salia victorioso en aquella noche, seria para todos un artículo de fé el creer que Gabriela se hallaba poseida por el demonio; si por el contrario, la enferma se presentaba revelde a los exorcismos, ninguna ocasion mas oportuna para convencer a la multitud de fanáticos de que aquello, si bien era una enfermedad estraña, nada tenia de infernal.

Estas i otras consideraciones interesaban fuertemente la imajinacion de Rózas i lo hacian prestar una gran atencion al menor movimiento, al menor jesto de la jóven.

El padre Martínez rezó un salmo, luego otro i otro, i Gabriela no prestó a ellos la menor atencion. Ningun grito, ningun movimiento de terror, i por el contrario, de momento en momento, las lineas de su fisonomía se endulzaban a medida que miraba al doctor. En otras ocaciones, la jóven habia temblado, huído, gritado, al sentir la ronca voz del fraile; pero ahora parecia no prestar a ella la menor atencion.

El franciscano comenzó a perder la fé al ver el ningun fruto que sacaba de sus rezos, i se volvió al prior de su convento para decirle:

—¿No créee conveniente V. P. que apelemos a un conjuro?

El prior a ese tiempo iba a llevar a sus narices una gran narigada de rapè; pero al verse interpelado, lo devolvió a la cajita contestando:

—Nó, frai Melchor. Los cánones nos encargan pró-

cedamos con mucha circunspeccion en esta materia, i yo veo aquí mui poco de los síntomas. Veamos el ritual: hàgame usted el favor de ver la enfermedad demoniaca.

Mièntas frai Melchor buscaba la hoja en que debia hallar la enfermedad demoniaca, el prior de San Francisco absorvia rapé en gran cantidad como para preparar sus narices para una larga abstinencia.

Ya que nos ocupamos por segunda vez del prior de San Francisco, i como talvez sea la última, el lector nos permitirá decirle que este personaje ocupa unas cuantas líneas de nuestra historia nacional por haber sido el primero que hizo plantar el àlamo en Chile en el año 1809.

Frai Javier Guzman, que tal era su nombre, fué efectivamente, quien prendado de la hermosura de esa planta que hoi desdeñamos por su abundancia, la hizo traer con gran trabajo desde Mendoza i la plantó en uno de los claustros de su convento. De ahí nacieron los àlamos que mas tarde adornaron nuestra *alameda*.

Dada esta noticia, volvamos a nuestra narracion.

Frai Melchor, habiendo encontrado la página que buscaba, pasó el ritual a frai Javier.

—Veamos, dijo éste, guardando su pañuelo despues de haberlo necesitado. Veamos lo que dice:

«1.º Eficacia de los exorcismos para la curacion.»

—Esto no existe, dijo a frai Melchor.

—Como nó, Venerable Padre; en los otros vièrnes ha debido su curacion a los salmos o evanjelios: ahora mismo, V. P. ha visto que ha quedado tranquila

desde el momento en que la he hablado.

—Bueno; sigamos, dijo el prior leyendo lo siguiente:

«2.º Eficacia de las medallas i relicarios en la curacion de estos males.»

—¿Ha sido curada por el contacto de algunas reliquias o cosas santas?

Frai Melchor titubeò un poco àntes de responder.

—Creo que nó, dijo al fin.

—Lo que ha sucedido, advirtió don Anjel que estaba ahí inmediato, es que mas se ha enfurecido cuando se ha apelado à ese medio.

—Entonces en esto hai contradiccion, dijo frai Javier bajando la vista para leer:

«3.º Súbita aparicion de convulsiones en personas perfectamente sanas.»

«4.º Desarrollo de fuerzas superiores a las del comun de los hombres.»

—Esto último existe, dijo el prior i lo tercero tambien, aunque con la diverjencia de que esta niña está habitualmente enferma. Pero sigamos:

«5.º Hablar idiomas estraños.»

—¿Ha hecho usted esta prueba, frai Melchór?

—Nó, Reverendo Padre, aunque estoi convencido de que entiende el latin.

—Será necesario verlo nuevamente.

«6.º Visiones.»

—¿Las ha tenido? preguntó el prior.

—Sí: crèe ver seres imajinarios, ánimas, duendes, etc.

«7.º Vaticinios» leyó el prior.

—¿Ha vaticinado alguna vez?

—Tambien lo ha hecho: ha dicho que sanará cuando venga un sacerdote, llamado Camilo Henríquez.

—¡Camilo Henríquez! exclamó frai Javier como tratando de recordar, i llevando maquinalmente al bolsillo, en que guardaba el rapé, la mano que tenia desocupada. ¡Camilo Henríquez! ¡Ah! ya sè quien es: un sabio fraile de la buena muerte. ¿I no ha dicho cuando vendrá?

—Sí, lo ha dicho, contestó frai Melchor; pero solo el señor, (e indicó a Rozas,) puede decir qué habrá de verdad en esto, pues dijo que se le preparaba un campo de accion.

Todos los circunstantes se volvieron al doctor, el cual no habia prestado ninguna atencion a lo que decian, profundamente admirado de ver a Gabriela, que en aquel momento, con los párpados cerrados i el semblante risueño, se acercaba a él lentamente.

—¡Señorita! la dijo Rózas al verla tan cerca de sí. ¿Qué siente usted?

—¡Un dulce bienestar! contestó ella con voz armoniosa i llena de suavidad.

—¿Quiére usted sentarse?

—Bien, si usted me lo ordena.

—¡Si yo se lo ordeno! Yo no tengo derecho para ordenar a usted nada. Yo la suplicaria que lo hiciese si usted lo desea.

—Su súplica para mí es un mandato.

—¿I por qué?

—Porque usted tiene un gran poder sobre mí.

El prior, frai Melchor, i cuantos habia en la pieza, rodearon al doctor i a Gabriela para no perder una sílaba de lo que se decian.

—¿I a qué debo ese poder? le preguntó Rózas a cada momento mas admirado.

—A su organizacion, a la naturaleza, es decir, a Dios.

—¡A Dios! exclamó el doctor. ¿I por qué usted no pronunció ese nombre en dias pasados cuando la interrogaba frai Melchor?

—Porque entónces estaba bajo la dominacion de él; porque en cierto modo obedecia a sus pensamientos, a sus deseos, i por mas que yo queria apartarme i luchaba por conseguirlo, no podia. El, el padre frai Melchor, me es enteramente antipático, i solo obedeciendo al poder que ejerce sobre mí, es por lo que puedo obedecerle.....

—Ese poder es el que me dá Dios, dijo frai Melchor, terciando en el diálogo. Yo, Gabriela, te hablo en el nombre de Dios!

La jóven permaneció como si nada hubiera oido.

—¿Qué contesta usted a lo que ha dicho frai Melchor? preguntó Rózas a la jóven.

—No sé lo que haya dicho, dijo ella; solo puedo oir lo que usted me diga i conocer lo que usted piense. Me hayo en este instante bajo la influencia de usted solo, i miéntras usted no quiera que oiga a otros, no podré hacerlo.

—¡Ahora no está endemoniada! exclamó el padre Martínez sintiendo poco a poco apoderarse de él la ira,

Estoi seguro que se está finjiendo la endemoniada!

El doctor lanzó al fraile una mirada de desprecio i compasion: el prior sorbió una narigada de rapé, i alzó los hombros como para significar que no comprendia *jota*, i los circunstantes miraron con curiosidad a Rózas, el cual dijo a Gabriela:

—¿No es pensionoso a usted contestar a cuanto yo quiera preguntarle?

—Por el contrario, tengo una inmensa satisfaccion en que usted me interrogue. Si deja de hacerlo, si aparta de mí su voluntad, caeré en ese estado terrible de convulsiones, de espasmos, de delirio i de insomnio que ya usted ha presenciado. El padre Melchor, si estuviera animado de sentimientos nobles, el de curarme, por ejemplo, por medios racionales, podria tambien hacerme un inmenso beneficio; pero él tiene la idea de que estoi endemoniada, i el arrojar de mí los demonios, no es para él una obra de caridad sino una obra que puede darle gloria. . . .

El padre Martínez iba a replicar; pero el prior, que a ese tiempo usaba con bastante precipitacion de su pañuelo, se lo impidió diciéndole:

—Déjela, frai Melchor; déjela usted que hable: así veremos a donde va a parar.

—A desacreditar la relijion i desacreditarme a mí, replicó el padre sofocado por la ira.

—¡Bien! déjela usted! . . . déjela usted! exclamó el prior entre narigada i narigada de rapé.

Gabriela continuó:

—En usted, caballero, hai otros móviles que me son

simpáticos, i por esto no resisto a su imperio, a su dominacion.

—¿De manera, le preguntó Rózas cada vez mas admirado; de manera que en este instante usted está sostenida por mi voluntad, por algo que dimana de mí?

—Eso es, replicó Gabriela; usted ha formulado interiormente un deseo i yo he obedecido a él a despacho de frai Melchor. La causa es que, en primer lugar, usted tiene mas poder; i en segundo, que a usted obedezco con alegría, con reconocimiento, miéntas que al padre lo hago con repugnancia.

—¿De qué nace esa repugnancia?

—Primero, del fin absurdo que frai Melchor tiene en vista: segundo, de que por ellos, es decir, por los sacerdotes i las monjas, me encuentro yo en este estado; i tercero, porque entre su espíritu i el mio hai una antipatía invencible.

—¿Podria usted darme una idea de lo que sufre?

—Sí, aunque imperfecta. Mi cerebro es el centro de mis males. De ordinario estoi demente, i en ese estado, soi, si no feliz, al ménos no soi desgraciada. Nada sufro porque nada siento. Pero cada ocho dias se opera en mí una reaccion. Mi cerebro parece que se dilata, una luz inmensa hiere mi vista, i mis ojos los creo convertidos en dos soles que tienen el poder de transmitir hasta lo mas recóndito del corazon de las personas que me rodean. Cuando esto se opera en mí, comienzo a darme cuenta de mi vida; veo el pasado, me acuerdo de muchas cosas aisladas, i todo esto,

aunque de un modo vago e indefinible, lo siento como clavado, como esculpido en mi cerebro. De tal modo se aumentan las facultades de mis sentidos corporales, que el ruido mas ligero lo oigo como un cañonazo, i que veo aun cuando esté con los ojos cerrados. Como he dicho, en esos instantes poseo una media razon: una razon que se parece mucho a la que tienen los locos: razon informe, absurda, llena de caprichos, de fantasmas, de quimeras, de cosas que me mortifican, que me hieren, que me hacen gritar. Pues bien, cuando frai Melchor me exorcisa, esa media razon que tengo para comprender es la que me hace tratar de huir de su influjo; pero como mi misma enfermedad me pone mui susceptible i predispuesta a obedecer a una voluntad enérgica, tengo que sucumbir a pesar de mi resistencia.

—¿I por qué usted, en dias pasados, contestó a frai Melchor como si otra persona hablase por los labios de usted?

—Porque tal era lo que pensaba frai Melchor; i como yo no podia decir otra cosa, decia lo que él pensaba.

—¿I cómo pudo usted acusarlo de vanidad cuando él le ordenó que leyera en su corazon?

—Porque él mismo, al ordenarlo, lo que primero temió fué que le hablase de sus ambiciones, que son tan desmedidas, que él mismo ha llegado a conocerlas. I aunque como he dicho ántes, yo no podia hablar sino lo que él quisiera, hai momentos, sin embargo, en que su fé se debilita, i entónces yo me sobrepongo conservando siempre esa especie de facultad de adivi-

nacion que es propia al desarrollo que adquieren mis sentidos.

—¿I por qué usted dijo, el viérnes pasado, varias cosas en que parecia pronosticar?

—Eso es efecto de la claridad con que mi espíritu vé en algunas ocasiones el presente, i de él deduce el porvenir. Puedo equivocarme, pero mas bien puedo acertar.

—Por fin, le dijo el doctor, ¿qué es lo que tiene usted? qué debemos hacer para curarla?

—Dejarme tranquila: el tiempo será mi mejor remedio.

—Usted habló de un Camilo Henríquez que debia sanarla, i a mas, anunció que el demonio o su enfermedad desaparecerian en un tiempo dado.

—Es verdad: lo primero fué una de esas deducciones que he dicho a usted que suelo tener; lo segundo, fué un pensamiento concebido por frai Melchor.

—¿Usted sostiene, entónces, que puede saber lo que piensa la persona que se ha puesto en relacion con usted?

—Sí, lo afirmo.

—¿Podria usted decirme lo que yo pienso en este instante?

—Sí; pero como al mismo tiempo usted teme que lo diga delante de tantas personas, espero que usted me ordene para hablar.

El doctor guardó silencio profundamente admirado. Lo que le decia la jóven era la verdad. Sin embargo, quiso convencerse mas aun i le preguntó:

—¿Qué pienso ahora?

—En lo mismo: en ese gran proyecto que lo ha hecho venir a usted del sur.

Rózas dió una mirada a Vera, i lleno de fé en la adivinacion de la jóven, volvió a preguntarle:

—¿Cómo saldré en mi empresa?

—Ya he dicho a usted que no conozco el porvenir; pero atendiendo al presente, a la acogida que tiene la idea, yo le pronostico que bien. ¡Cuidado con los amigos!

Rózas palideció levemente.

—¿Deberé desconfiar de alguno?

—Aun no, pero mas tarde sí. Hai alguna confusion en lo que veo i no puedo contestarle con claridad. Mi crisis va a terminar: en pocos momentos mas no seré mas que una idiota. Si tiene algo de importante que preguntarme, hágalo pronto.

Rózas guardó un instante de silencio.

—¡Ah! eso es! exclamó Gabriela aun ántes que el doctor hablara. ¡La persona en quien piensa lo necesita en este instante! Corra donde ella!.....

—¡Cómo! ¿Lo adivina usted? preguntó el doctor.

—Sí, la veo... ¡Oh!... dígame usted que me recuerde!... que recuerde a Gabriela!.....

Al decir esto, la jóven se llevó las manos a la frente, se la oprimió un momento, i abriendo los párpados dió una mirada estraviada a su alrededor murmurando:

—¡Cuánto he dormido!... Tengo sed!.....

—¡Ha vuelto en sí! dijo don Anjel.

—No veo aquí cosas del demonio, dijo el prior de San Francisco guardando la caja de rapé para sacar su tabaquera.

—¡Esta ha sido una verdadera superchería! exclamó el padre Martínez indignado al ver que no había tenido ocasion de lucir su poder como exorcista.

—¡Vamos, vamos pronto! dijo Rózas a su amigo Vera. Yo debo ser útil en otra parte!

—¿Crées en eso? le preguntó Vera miétras salian al patio.

—Como en un artículo de fé. Apüremos el paso!

—¿I cómo esplicas tú este fenómeno?

—No lo esplico i talvez me seria imposible esplicarlo: por ahora, al ménos, no podria pensar en nada. Voi donde me necesitan.

—¿Crées de tanto interes tu presencia?

—Para mí tiene un interes inmenso.

—¡Acabáramos! No te pregunto mas.

—Ni yo podria decirte mas, tampoco. Hai un secreto que no me pertenece del todo.

—Entónces, dijo Vera con voz festiva, i como para justificar su nombre de poeta: entónces,... Bien podemos hablar de las estrellas, i de lo hermosas que aparecen ellas.....

Rózas no contestó i siguió marchando en silencio.

DON ENRIQUE PÉREZ.

El doctor Rózas se despidió en la plaza de su amigo Vera i se dirigió con pasos rápidos a la calle de Santo Domingo.

Anduvo por esta calle hácia abajo, hasta tres cuerdas mas allá de la iglesia indicada, i se detuvo frente a una casa de modesta apariencia situada al lado norte de la calle.

Sea por la marcha precipitada que habia hecho, sea por la emocion que probaba desde el momento en que Gabriela le dijo que lo necesitaban, el doctor se detuvo a la puerta ántes de golpear. Sin darse cuenta del porqué, su corazón latia con violencia.

—Vamos, se dijo, entremos.

Iba a golpear la puerta, cuando ésta se abrió.

—¿Quién está ahí? preguntó una voz ronca en el interior.

—Busco a don Enrique Pérez, contestó el doctor.

—¡Ah! el señor Rózas! exclamó la voz de Virginia.

—Sí, hija mia; yo soi, replicó el doctor. He venido porque supe que usted me necesitaba.

—¡Lo ha subido usted! ¿I cómo?

—Por Gabriela; pero no hai tiempo para esplicarle esto: otro dia lo haré. Miéntras tanto, dígame usted lo que le sucede.

—¡Ah! una gran desgracia, señor! Pero entre, entremos; pensaba ir a buscar a usted.

El doctor pasó al patio i luego despues a una pieza pobremente amueblada.

Antes de continuar, instruiremos al lector en lo que habia sucedido.

Ya hemos visto que en la tarde del juéves, el doctor se apartó de Virginia prometiéndole que en la noche de ese dia saldria de palacio.

Unas dos horas despues, don Juan Martínez volvió trayendo un atado bajo los anchos pliegues de su capa, i dirijiéndose a la pieza de Virginia, la dijo:

—Antes de permitir a usted que salga de aquí, creo un deber recordarle nuevamente los peligros a que se va a esponer. Por mi parte, no sé hasta qué punto pueda serle útil; pero veo que todo lo que he hecho i ha estado en mi mano hacer hasta hoi, no ha producido resultado alguno. No hemos tenido la menor noticia de ese jóven Paulino, ni sabemos siquiera si vive o muere. ¿Qué piensa usted hacer al salir de aquí?

— Buscarlo, dijo la jóven.

—¿Pero buscarlo donde? Yo he ofrecido un premio de seis onzas al que me traiga alguna noticia; i no

crea usted que este premio lo he ofrecido a una o dos personas: nó, lo he hecho proponer a todo un batallón. I si tantas personas, hija mia, tantas personas que pueden entrar a todas partes i andar libremente no han podido obtener nada, ¿cómo cree usted alcanzar lo que ellos no han alcanzado?

Virginia inclinó la cabeza con desaliento i una lágrima saltó a sus ojos.

—No se abata usted, la dijo el doctor inmediatamente; aun hacen mui pocos dias que trabajamos para tener un favorable resultado. Si yo hago a usted estas reflexiones, no es para desanimarla, sino para que obre con prudencia i siga mis consejos.

—¡Ah! sus consejos serán leyes para mí, señor. Usted sabe que no tengo mas que a usted en el mundo i que de usted lo espero todo!

—Gracias, hija mia, por la confianza que deposita usted en mí. ¡Ojalá esté en mi mano darle la felicidad que tanto merece! Como ya esta noche saldrá usted de aquí, me he ocupado de hacer algunos preparativos. El único medio para vencer las dificultades que presenta su salida, es que usted se vista con un traje de hombre que he traído.....

—¡No hai otro recurso! le dijo el doctor viendo que la jóven iba a manifestar su desagrado.

—Si es así, lo haré, exclamó ella. Ya he dicho a usted que estoi resuelta a todo.

—Bien, la dijo el doctor; vestida usted de ese modo, saldrá en mi compañía i nos dirigiremos a la calle de

Santo Domingo en donde he arreglado una pieza para que usted viva bajo el nombre de Enrique Pérez.

—¡Cómo! exclamó Virginia con las mejillas teñidas de rubor: ¡Cómo! tendré que continuar con el traje de hombre?

—Es lo que creo mas conveniente, le contestó el doctor. Una jóven no puede dar un solo paso sin traerse la atencion; miéntras que un jóven pasa con mucha facilidad desapercibido. Así tendrá usted libertad i estará ménos espuesta. En fin, usted verá desde mañana lo que debe hacer. En la casa no hai mas que una señora anciana que le será a usted enteramente fiel, i a quien le he comunicado en parte su situacion. Por ahora, vístase usted para ver si el traje que he traído le queda bueno, i si no, pará cambiarlo ántes que avance mas la noche.

Rózas pasó a su pieza para que Virginia se ataviara con el nuevo traje, i una hora despues, ésta se presentaba a sus ojos radiante de hermosura.

Parecia un jovencito de quince años. Un sombrero, negro como el resto del traje, cubria su profusa cabellera, i un cuello de encajes, mui usado en aquella época, rodeaba su hermosa garganta. El corto pantalon dejaba ver sus diminutos piés i parte de sus torneadas pantorrillas, i la chaqueta, aunque le quedaba un poco holgada, no era bastante para disimular lo fino i flexible de su talle, ni el gracioso desarrollo de sus senos.

Ruborizada, risueña, recojiéndose en sí misma como para disimular los contornos de aquel cuerpo que hasta entónces las largas sayas habian encubierto, Virji-

nia se presentó al doctor sin atreverse a hablar ni aun a mirarlo.

Rózas la miró también sonriéndose, i admirando interiormente cuanta frescura, cuanta lozanía dejaban entreveer aquellas líneas ondulosas, aquellos contornos que a pesar del esmero que la jóven habia puesto en ocultarlos, se mostraban, sin embargo, en toda su esplendidez.

—¡Señor Enrique Pérez, le dijo Rózas jocosamente para disimular la impresión que le causaba la jóven. Señor Enrique Pérez: confieso a usted que es mas hermoso que la señorita Virginia Acosta, i que las santiaguinas se van a volver locas por usted.....

La jóven se ruborizó mas de lo que estaba i alzó tímidamente sus ojos hasta encontrar los del doctor que la contemplaban con satisfaccion.

—Vamos, le dijo él sonriéndose; un jóven como usted debe tener mas soltura, mas aplomo, i debe abandonar un poco ese aire de candor i timidez.

Al decir esto, el doctor se acercó a uno de sus baulles i sacó de él una capa que pasó a Virginia diciéndole:

—Aquí tiene usted el complemento de su disfraz.

Un observador, habria notado que Rózas se daba demasiada prisa en que Virginia ocultase bajo una capa, la parte de su cuerpo que mas acusaba su sexo.

I a la verdad, esta observacion no habria carecido de fundamento. Por mucho imperio que el secretario de S. E. tuviese sobre su corazon, no le habia sido posible, esta vez, impedirle que latiera con mas violencia que de ordinario.

Los encantos que Virginia poseia, eran para hacer latir un corazon de roca.

Pero como la prudencia era una de las virtudes del doctor, se dijo: «Quitemos la causa i cesará el efecto;» i apeló para esto a la capa que debia impedir a sus ojos el llevar inusitados latidos a su corazon.

La jóven aceptó con placer aquella nueva prenda de vestuario, i cuando se hubo arrebuñado con ella, se sintió mas libre i satisfecha porque así al ménos ocultaba del todo las formas de su cuerpo.

—Bien, le dijo el doctor dándole una última mirada; ahora podemos marchar. La noche está bastante oscura i nadie hará alto en usted.

—¿Vamos a salir por la puerta en que está la guardia? le preguntó la jóven con inquietud.

—Sí, hija mia; pero nada tema usted. Como la guardia se releva cada hora, el soldado que esté de faccion a nuestra salida no sabrá si yo he entrado ántes con alguna persona. I aun cuando sea el mismo que me ha visto entrar, no hai nada que temer. Nadie se atreveria a impedirnos la salida. Suba usted bastante el embozo de la capa.... eso es: ahora, baje un poco el sombrero en la parte de adelante... Bien: eso lo hago porque en el zaguan hai un farol i podia álguien fijarse demasiado en usted. Ahora, salgamos: haga usted resonar bastante el tacon de los zapatos i marche a mi lado naturalmente, sin apresurarse.

Dados estos consejos, el doctor salió al patio, juntó la puerta sin ponerle llave pues ya no habia para qué, i marchó hácia el pasadizo.

Virjiniá se oprimió con las dos manos el corazón: temia que los fuertes latidos que daba en su pecho la fueran a traicionar.

Cuando llegaron al pasadizo, el doctor comenzó a hablar en voz alta, con toda naturalidad, como si continuase una conversacion.

—Los pueblos del sur, decia, progresan con mucha rapidez. La agricultura, descuidada hasta hoi por la preferencia que se han llevado las minas, comienza a despertar el gusto de los hacendados, i en poco tiempo mas, Chile tendrá un inmenso porvenir.

Cuando llegaba a este punto, pasaban frente al centinela, el cual, al conocer al secretario del Gobernador, echó su fusil al hombro en señal de respeto.

¡Habian salido!

No bien se hallaban a cuatro pasos de la puerta, cuando Virginia, enajenada por el aire de la libertad, cojió una mano del doctor i le dijo con efusion:

—¡Gracias, señor!... Ya estoy libre!.....

—¡Silencio! le dijo Rózas con voz conmovida i sin detenerse. Aun pueden oirnos!

Desde aquel momento, marcharon en silencio hasta llegar a la casita de la calle de Santo Domingo donde quedó instalada la jóven hasta el siguiente dia en que el doctor prometió que volveria para acordar lo que debia hacerse.

NUEVAS DESGRACIAS.

A fuer de verídicos historiadores, debemos decir que el doctor se retiró aquella noche demasiado triste, i que sus piezas las encontró mucho mas tristes aun.

A la mañana siguiente, se levantó mui temprano, i su primera dilijencia fué ir a la casa de Virginia, a quien encontró vestida con un traje de mujer que la misma dueño de casa le habia proporcionado.

Entre las muchas cosas que hablaron, convinieron al fin en que Virginia esperaria el resultado de las dilijencias que hacia el doctor, i que si llegaba a salir lo haria con su traje de hombre i a horas en que la abertura de sus orejas i la esbeltez de su talle no llamarian la atencion.

Rózas prometió visitarla dos o tres veces al dia para comunicarle algunas noticias i que no pasase tan sola.

Explicado por qué Virginia estaba en la calle de San-

to Domingo, continuaremos nuestra narracion en el punto en que la hemos cortado.

—¿Iba a salir usted? preguntó el doctor a Virginia apénas entraron a la pieza, i al verla con el traje que él le habia proporcionado.

—Sí, señor, le dijo ella: iba a buscar a usted. He tenido algunas noticias de Paulino; pero noticias terribles... ¡Ah! aquí tiene usted a quien me las ha comunicado: le presento a mi segundo padre, al hombre que tantas veces me ha salvado la vida; en una palabra, a Ciriaco, a quien ya usted conoce de nombre.

Al decir esto Virginia, Ciriaco, pues no era otro el que habia contestado a Rózas cuando éste golpeó la puerta, Ciriaco, decimos, que se habia quedado en la puerta, se sacó el sombrero i se inclinó profunda i humildemente ante el doctor.

—Venga usted acá, buen hombre, le dijo Rózas tendiéndole la mano; desde hoi cuénteme usted por su mejor amigo, pues sé cuanto vale su corazon.

—Señor, dijo Ciriaco, un tanto enternecido; yo no he hecho otra cosa que cumplir con un deber.

—Sí, dice usted bien, le dijo Rózas; pero son muy pocos, amigo mio, los que cumplen esos deberes. Ahora, veamos lo que ha sucedido: díganme ustedes qué es de ese jóven Paulino.

Virginia se habia sentado i enjugaba algunas lágrimas que tranquilamente se deslizaban por sus mejillas.

El doctor se colocó a su lado, i con tierna solicitud le dijo:

—Vamos, tenga usted valor, hija mia: si sus tra-

bajos son irremediables, haga un esfuerzo para sobreponerse a ellos; si por el contrario tienen algún remedio, que la esperanza consuele su corazón.

—¡Ah! exclamó ella con amargura; principio a sentirme cobarde para el sufrimiento. ¡Hace ya tanto tiempo a que sufro!.....

—¡I bien! luche usted, hija mia! un corazón enérgico, una voluntad decidida, triunfan al fin de los mayores obstáculos. Las lágrimas, hija mia, de nada sirven ahora: lo que se necesita es valor. Vamos, cuénteme usted lo que haya sucedido!

—¡Ah! imposible!... Tengo la cabeza trastornada!... Ciriaco, hágalo usted!

El buen viejo se acercó al doctor i le dijo:

—Para que usted sepa todo, señor, principiaremos por contarle lo que ha sucedido desde el momento en que yo salí de la casa en que iba a efectuarse la unión de estos desgraciados jóvenes.

Salí con el objeto de hacer algunas compras para que fuera mas ameno el paseo que iba a tener lugar al día siguiente; i cuando regresaba, oí una descarga de fusilería. Sin saber porqué, sentí que se me oprimía el corazón, i puse mi caballo a toda carrera. A poco trecho, ví una persona que apoyándose en la pared, mas bien que andaba, se arrastraba. Detuve mi caballo, i conocí a Paulino. Lo tomé sobre mi montura i huí con él. “Estoi herido, me dijo, i sufro horriblemente.”

Como ví que no me habían seguido, hice que mi caballo anduviera al paso, i de este modo continué hasta después de la media noche. Me hallaba a esa hora en el

camino de Melipilla, i pedí hospitalidad en casa de un antiguo conocido, que por deberme algunos favores, nos recibió con mucho cariño.

Paulino estaba herido en una pierna, pero su herida no era peligrosa; así es que desde el primer día, quiso a toda costa que volviéramos a la capital.

Por no contrariarlo i aumentar la fiebre que le había causado la herida, lo trasladé en una carreta, de noche i tomando infinitas precauciones. Todo su pensar, todo su delirio, era el saber qué le habría sucedido a la señorita Virginia.

Apénas lo dejé instalado en una casita de la calle del Mapocho, situada por Yungai, me vine a la plaza disfrazado de campesino.

No había aun llegado frente a la cárcel, cuando me encontré con un *roto* que al verme, hizo un movimiento de sorpresa. Aquel movimiento, llamó mi atención, i fijándome en el que manifestaba sorpresa al verme, reconocí a Matías, el compañero que tanto nos había servido.

—¡Usted por aquí! le dije echándole los brazos al cuello.

—¡Sí! me dijo: pero no llamemos la atención; si nos descubren, todo es perdido. Vámonos para el medio de la plaza!... ¿I sabe usted algo de don Paulino? me preguntó mientras nos alejábamos.

—Sí, está herido.

—¡Herido! ¿de gravedad?

—Felizmente nó; pero su herida es peligrosa, i te-

mo que si no hai algunas noticias de la señorita Virginia, se empeore. ¿Sabe usted algo de ella?

—Todo lo que sé es que fué traída al palacio del presidente, i que de ahí no la he visto salir.

—¿I cómo sabe usted eso?

—Usted recordará que yo habia ido a traer al cura: cuando venia con él, encontré a unos soldados que llevaban presa a la señorita Virginia i a mi madre. Estuve al lanzarme sobre ellos pero me contuve i traté de ocultarme tras del mismo cura, el cual se habia parado a contemplar a las prisioneras. Cuando éstas hubieron pasado, dije al cura que era inútil que continuáramos, i dejándolo sin darle mas esplicaciones, seguí tras de los soldados. Ví que entraron a la señorita Virginia i a mi madre al palacio del gobernador, i que despues llevaban a la última a la cárcel.

Por fin, agregó Ciriaco; para no alargar mas la historia, Matías me dijo que desde ese momento él no habia querido moverse de la plaza, i que en los únicos instantes que no habia estado ahí, cuando iba a comer, por ejemplo, habia pagado a un niño para que vijilara el palacio. Por este motivo, tenia seguridad de que la señorita Virginia estaba aun en él.

—Bien, le dije; desde ahora, entónces, seremos dos. Nos alternaremos.

Le dí las señas de la casa en que estaba el herido, i mientras él iba, yo me quedé haciendo la guardia. De este modo nos hemos alternado hasta anoche.

Al segundo o tercero dia de la prision, vimos que ponian en libertad a la señora Ursula Matías iba a

correr donde ella, pero nos pareció que la observaban, así es que solo dos días despues, i cuando la señora fué a un despacho a efectuar algunas compras, pudo Matías hablarla i darse a conocer de ella.

¡Ah! se me olvidaba decirle, señor, que al día siguiente de la prision, Matías se hallaba comiendo en un café de la calle del Comercio, cuando llegaron a él dos oficiales, que por la conversacion que sostuvieron, Matías se convenció de que la señorita Virginia estaba en palacio.

La señora Ursula, cuando supo que Paulino estaba herido, quiso a toda costa ir a verlo; i aunque se tomaron mil precauciones para que lo hiciera, yo creo que esta es la principal causa de nuestra desgracia.

Anoche debia yo hacer la guardia desde las seis hasta la una de la mañana, a cuya hora debia relevarme Matías.

Cuando usted, señor, continuó Ciriaco dirijiéndose al doctor: cuando usted salió anoche acompañado de una persona que yo no habia visto entrar, me fijé muchísimo en ella; i su modo de andar, el no saber manejar la capa, i sobre todo, el tamaño, me llamaron la atencion.

—Ella es, me dije; ese caballero la salva.

I seguí a ustedes paso a paso hasta verlos entrar aquí.

Sin embargo, como podia equivocarme, volví a ocupar mi puesto de observacion.

Pero los relojes dieron la una, las dos, las tres de la mañana, i Matías no llegaba. Lleno de inquietud, me dirijí a la casa. No habia nadie en ella, i por los veci-

nos supe que una partida de soldados la habia invadido a las once de la noche.

Paulino principiaba apénas a sanar, i ayer fué el primer dia que le habiamos permitido levantarse.

Por fin, señor; recojiendo noticias aquí i allá, preguntando a los soldados, he venido a saber que Paulino se les habia escapado nuevamente, pero nó sin herir a uno i matar a otro de los que lo habian ido a prender.

Ciriaco calló un instante como fatigado por la narracion.

—¡Ah! Dios mio! Lo he perdido para siempre! exclamó Virginia.

—¡Sí!... lo hemos perdido! repitió Ciriaco conteniendo a duras penas dos gruesas lágrimas que saltaron a sus ojos.

—¡Confíen ustedes! les dijo el doctor. ¿Por qué perder aun la esperanza? En vez de dos, seremos tres los que lo busquemos!

—¿I de qué nos servirá hallarlo? preguntó Ciriaco con amargura. Esta nueva sangre que ha vertido, es su última condenacion.

—¡Dios mio!... ahorcado!... muerto él en el patíbulo!... exclamó Virginia estremeciéndose de horror.

—¡Virginia! exclamó el doctor levantándose de su asiento i estendiendo su mano derecha con actitud solemne. ¡Virginia!... Juro a usted por mi honor, que miéntras yo viva, ese jóven Paulino no morirá en el patíbulo!.....

—¡Gracias, gracias!... murmuró la jóven sollozando.

—¡Sí, haceis bien, señor, de prometernos eso!... exclamó Ciriaco con voz trémula. Este pobre viejo, no se cansará de bendeciros!.....

Rózas miró enternecido a quel hombre cuya vida i acciones eran un misterio, i tendiéndole la mano, le dijo:

—¡Confíe usted en mí! Desde hoi yo me encargo de buscar a Paulino! Pero para esto, es necesario que ustedes no se desconsuelen i tengan alguna fé en el porvenir—Usted, amigo mio, consuele a esa jóven i procuren no salir ni esponerse a ser hallados. Yo vendré todas las noches a comunicarles lo que avance en mis investigaciones.

El doctor se despidió de sus protegidos despues de reiterar sus consejos, i exhortarlos a la conformidad.

MÉRITOS QUE POSEÍA EL GOBERNADOR CARRASCO.

Desde aquella noche, Virginia i Ciriaco siguieron los consejos del doctor, i esperaron el resultado que producirian las diligencias que él hacia practicar.

El gobernador, mui ajeno de presumir que a su secretario interesaba grandemente el tener algunas noticias de Paulino, le habia contado que, como se vijilaba de cerca a Ursula, por medio de ésta se habia venido en cuenta de que el jóven se hallaria en Yungai, i se habia tratado de darle caza; pero fuese porque la operacion habia sido mal dirijida, fuese porque Paulino poseia una sangre fria i un valor admirables, nada se habia alcanzado.

Rózas supo tambien que se perseguia al jóven con encargo de traerlo muerto o vivo a la presencia del gobernador; i a fin de distraer al presidente de aquella idea, trató desde luego de hacerlo emprender algunos trabajos.

Pero no era Carrasco hombre que pudiera concebir

i mucho ménos emprender algo de utilidad.“ Queriendo ser justiciero, hacia él mismo de juez, oyendo demandas de ninguna entidad i sentenciando como lo acostumbraba un alcalde ordinario de aquel tiempo. Visitaba por la tarde las escuelas fiscales, mas no porque proyectase mejorar el cultivo de las luces, sino solo por presentarse como el abogado de la instruccion pública. Envanecido con su posicion, hacia mui poco caso de los consejos de los hombres de esperiencia i tino que lo rodeaban; a todos oia i no respetaba la opinion de ninguno, a no ser la del doctor Martínez de Rózas.”

Tal conducta, léjos de atraerle partidarios como él lo presumia, sembraba el descontento, i todos aquellos que habian sido escuchados i obtenido una aprobacion, se resentian al ver que no se ponian en práctica sus indicaciones.

Como ya el lector puede haberlo notado, el Presidente de Chile era un hombre de intelijencia mui poco cultivada.

Enteramente desprovisto de antecedentes favorables, se citaba de él, como única cosa de mérito, el levantamiento de «un plano de fortificaciones para el puerto de Valparaiso, que no fué de utilidad alguna, por no haber comprendido los altos fines del gobierno.»

Por lo demas, su política, desde los primeros dias de su gobierno, fué azas censurable. Desprovito “de todas las cualidades que pueden hacer recomendable a un gobernante, tenia por el contrario, una multitud de pequeños defectos que lo hacian, sino odioso al ménos despreciable. Sin enerjía alguna, adoptaba por fir-

meza de carácter, una rigurosa perfidia o por mesurada circunspeccion un fútil propósito de oír todas las opiniones i pareceres hasta en los asuntos mas insignificantes. Su conversacion familiar era sobre los ehismes mas pueriles, i sus relaciones mas íntimas las de hombres casi siempre desacreditados i de escasísimos alcances.”

I no era esto solo.

Carrasco, a mas de su insuficiencia, tenia pasiones vergonzosas. Amaba con delirio las riñas de gallos, i con no ménos delirio, a una mulata despreciable.

Tales dotes, como se comprenderá, no eran para hacerse simpático a un país que, en la persona del señor Muñoz de Guzman, acababa de perder uno de sus mejores gobernantes.

Don Juan Martínez de Rózas i sus adeptos, sabian, empero, aprovechar la ignorancia i debilidades del presidente.

Desde los primeros dias, aquel habia presentado en palacio al “doctor don Juan José Cámpo, abogado distinguido i uno de los hombres mas ilustrados de la colonia.” Carrasco tuvo por él gran aprecio al conocer su aventajada ilustracion, i en cierto modo ocupó despues de Rózas el inmediato lugar.

De este modo las frecuentes reuniones que tenian en casa del doctor Cámpo estaban en cierta manera justificadas, i Carrasco era el primero en creer que no tenian otro objeto que tratar del adelanto i mejora del reino.

El presidente no se equivocaba. ¡Pero cuán distinto

lo que él creía era el adelanto que deseaban para Chile aquellos adnegados patriotas!

Carrasco vino pronto a dar un testimonio de lo que era capaz de hacer en favor del protegido de Rózas.

«Cumplíase a mediados de 1808, el término por el cual fué Cámos elegido rector de la Universidad, i quiso prorogar sus funciones por cuatro años mas, pisoteando los reglamentos de la corporacion.»

Los doctores se opusieron tenazmente a tal medida, i se suscitó por esto una ruidosa cuestion.

Ya en esta fecha el gobernador se habia indispuerto con la real audiencia i la junta de minería, así es que en pocos meses contaba por enemigos a tres de los mas influyentes poderes de la nacion. Quedábale adpto el cabildo, cuerpo que como hemos dicho, solo se conocia su existencia el dia de las procesiones.

El mismo Rózas llegó a alarmarse cuando vió la rapidez con que el gobernador se habia enajenado todas las simpatías, i a fin de sostenerlo por algun tiempo mas en la silla, i tambien para sembrar el grano que debia dar el anhelado fruto, se propuso sacar de una vez al cabildo de su postracion.

Al efecto, una mañana entró al despacho de S. E., quien lo recibió con la sonrisa en los labios, alegre como estaba por haber ganado el dia anterior en la *rueda* uno de sus gallos favoritos.

—¡Triunfamos, amigo mio! exclamó frotándose las manos con alegría.

—¿En qué, señor? preguntó el doctor, creyendo que se trataba de alguna alta cuestion de estado.

—En mi famosa pelea, pues. *El pico de oro* —nombre del gallo—es una ave soberbia. ¡Si usted hubiera visto! qué *tiros*, qué agilidad, qué vista para parar los golpes de su adversario: qué arte para ocultar la cabeza! I advierta usted, doctor, que tenia un contrario formidable: tres onzas mas de peso i como tres dedos de altura. ¡Oh! hubo momento en que dieron ocho a cuatro contra mi pobre *pico de oro*. Pero como si él hubiera querido probar que su sangre era pura, en dos por tres abatió a su enemigo. ¡Qué golpes! qué cuchilladas, amigo mio!....

—¿Ganó alguna cosa considerable su excelencia? le preguntó Rózas para concluir de una vez la conversacion.

—Poca cosa: unas trescientas onzas mal contadas. Pero no es ese solo mi triunfo, doctor. Casi todo lo que he ganado, es dinero de mis enemigos.

—¿Cómo así? interrogó el doctor viendo que por aquella senda llegarían pronto a hablar de política.

—¡Oh! esos señores de la real audiencia, de la junta de minería i aun algunos doctores de la Universidad, cuando supieron que era mio el gallo, comenzaron a apostar en contra, i yo i mis amigos les copábamos. Si no hubiese sido por ese momento de indecision que hubo en la pelea, les gano mil onzas; pero tuve un poco de miedo i *cubrí* la mayor parte de mis apuestas. Si no es esto, los señores habrían sabido que es mui espuesto ponerse en pugna conmigo, no solo en política sino en gallos. ¡A propósito! ¿Sabe usted, doctor, que ayer me contaron en la rueda una cosa seria? Me

dicen que una hija del doctor N. N. ha tenido una desgracia.... ¡Ya me entiende usted! I la cosa debe ser cierta, porque la familia se ha ido al campo, i dicen que es con el objeto de que la niña dé a luz por allá el fruto de sus amores con un criollo, con un mulatito despreciable que no vale tres nueces vanas. ¿Ha oido usted algo de esto?

—Ni una palabra, señor, contestó Rózas con tono serio. Ocupado en los trascendentales destinos del país, no tengo tiempo para escuchar esas hablillas.

Cualquiera otro que Carrasco habria comprendido la dura i punzante leccion que le daba Rózas; pero él no lo apercibió, i acostumbrado a la chismografía i a los chismes i calumnias de beatas, prosiguió con la mayor flema.

—Pues así lo he sabido, doctor. Tambien me han dicho que don B. D. trata de casar a su hija con un rico español; pero ella, que tiene sus amorcitos ocultos, se niega a obedecerle. ¿Sabe usted que las hijas de hoy se están poniendo mui sobre sí?

—La civilizacion desterrará con el tiempo los abusos de los padres, dijo el doctor por toda contestacion.

—¡Dice usted bien! exclamó Carrasco dispuesto a encontrar siempre bueno lo que decia Rózas.

—I ya que hemos llegado a este punto, dijo el doctor ántes que Carrasco tuviera tiempo de volver a sus habituales chismes, ya que hemos llegado a este punto, voi a permitirme hablar a S. E. de una mejora que conviene llevar a cabo cuanto ántes.

—¿La de establecer un nuevo reñidero de gallos? preguntó Carrasco deseoso por su parte de volver a su conversacion favorita.

—¡Nó, señor! le dijo Rózas sin poder disimular del todo un jesto de disgusto. Lo que vengo a proponer a S. E. es que tratemos de dar vida i representacion al cabildo.

—Pero ya hemos hablado de eso en otras ocasiones, doctor, i nos hemos convencido de que es mui difícil. Usted sabe que el empleo de cabildante es inamovible, así es que no podemos cambiar a esos señores como ya lo hemos hecho con otros.

—Es cierto, dijo Rózas; pero he encontrado el medio. S. E. necesita tener un cuerpo como el cabildo que le sea adicto; i aun cuando el actual lo es, S. E. sabe de cuán poco le sirve. Es necesario, pues, hacerlo salir de su apatía, hacerlo ser grande para que grandes sean tambien los frutos que dé, i grande sea su apoyo para su excelencia.

—¿Tiene usted razon! exclamó Carrasco. ¿I qué debemos hacer, doctor?

—Nombrar doce nuevos rejidores.

—¿En reemplazo de los que existen?

—Nó; S. E. no puede quitarles su vara; pero sí puede aumentar su número.

—¿Tiene usted razon! No habia pensado en ello! ¿I quiénes podrian ocupar este puesto, doctor?

—Aquí me he permitido formar una listita de personas activas i caracterizadas para someterlas a la aprobacion de S. E.

--¡Oh! ya usted sabe, doctor, que lo que usted hace está bien hecho. A ver, veamos quiénes son.

Rózas pasó a Carrasco un papel en que habia escrito doce nombres de sus mas íntimos amigos.

—¡Magnífico! Usted ha elegido la flor i nata de Santiago! exclamó Carrasco a pesar de que ni aun conocia a varias de las personas que designaba el papel. Haga usted estender la órden i la firmaremos.

Efectivamente, aquel mismo dia, 12 de julio de 1808, i cuando aun no tenia tres meses de gobierno, el presidente firmó los despachos de los nuevos doce rejidores que le aconsejaba el doctor.

Iba éste a salir para comunicar a sus amigos el buen éxito obtenido, cuando Carrasco recibió un oficio de manos de un ujier.

—Sírvase leerlo, doctor, dijo a Rózas.

Tomó éste el oficio i leyó:

M. I. S. P.

(Mui ilustre soberano poder.)

Me hago una obligacion el comunicar a esa Superioridad el lamentable estado a que (por la osadía de un hombre alevoso i que ya la justicia ha sentenciado con el buen acuerdo i alta ilustracion que le es propia), digo que me hago una obligacion el comunicar a esa Superioridad el lamentable estado a que nos viene reduciendo el famoso i nunca bien ponderado bandido Paulino Salas, *por sobrenombre, el cenizo*.

—Hola! exclamó Carrasco. Mucho tiempo a que no

teníamos noticias de ese pícaro. A ver, doctor, continúe Ud.

El doctor, disimulando su emocion, continuó:

Todos los habitantes de este barrio, en extremo accngojados i temerosos, no saben ya como vivir i se me han acercado para pedirme, como de hecho lo pidieron, que elevase hasta los oidos de V. E. la queja en forma de respetuosa súplica para que se les salve i defienda, i defendiéndolos se castigue al culpable para que sirva de saludable i benéfico escarmiento en lo sucesivo a los malos instintos que desarrollan algunos desapiadados hombres contra las vidas i las haciendas de sus hermanos.

Hace ya tiempo que se me vienen denunciando hechos terribles e imposibles de creer de un cristiano que teme a Dios i sabe que hai un infierno para los pecadores; pero aunque yo he visto los cuerpos muertos de las personas que alevosa i cruelmente habian sido asesinados, no he podido haber al desconocido autor, por mas que algunos muertos, ántes de morir, hayan declarado con la conciencia de que iban a comparecer ante el justiciero tribunal de Dios, que quien los ha muerto les ha dicho que es Paulino Salas el que se huyó de la calle de las Cenizas en que iba a ser aprehendido para gloria de la buena justicia i provecho i escarmiento de los demas que siguen tan torcido camino.

Para que ese Soberano Poder se penetre de lo raro de los hechos que denunció, diré que se me ha dicho con carácter de verídico, que este cruel asesino es sin embar-

go mui humano con las personas pobres, dándoles grandes limosnas i diciéndoles: "Este oro fué quitado al rico con la mano derecha, i ahora lo doi al pobre con la izquierda. Decid por ahí que el *Cenizo* no es tan malo como lo creen." Diciéndoles esto, como de hecho lo afirman que les dice i les da, se aleja i talvez un rato mas tarde quita, roba i mata. Las personas que tan malos conceptos pregonan, son contestes en afirmar, como lo rectifican i lo afirman, que el tal *Cenizo* es cojo de una pierna i de mui larga i negra barba por lo que les infunde pavor con solo su aterrante aspecto.

V. E. que tiene el soberano poder i soberana inteligencia para ver lo mas acertado que convenga a los humildes súbditos, creo que pondrá pronto i eficaz remedio a los graves males que suceden i han sucedido con terrible frecuencia, dictando acertadas órdenes para que de una vez sea aprehendido, juzgado, sentenciado i ajusticiado quien de tal modo nos turba i contrista.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Juan Márquez.

RESOLUCION DE UNA ALMA AFLIJIDA.

—¿Qué dice usted a esto, doctor? preguntó Carrasco apénas concluyó aquel la lectura.

—Que talvez se engañen, contestó Rózas. Ese Paulino es imposible que permanezca en Santiago con las sentencias que hai en su contra.

—¿I quién puede ser, entónces?

—Alguno que toma su nombre.

—De todas maneras será necesario ocurrir a sérias medidas para aprisionar a ese bandido. El reino se halla ajitado, demasiado ajitado con lo que sucede en Buenos Aires i en España, i es preciso que no tenga motivos por que estarlo en lo que respecta a su bienestar. ¿Qué cree usted, doctor, que seria conveniente hacer?

—Por ahora investigar los hechos, i en vista de ellos, resolver. Si S.E. quiere depositar en mis manos este asunto, yo me haré cargo de él.

—Con mucho gusto, doctor; yo tengo que ocuparme en vijilar las curaciones que es necesario hacer a mi pobre gallo, i no tendria tiempo para otra cosa.

—¡Imbécil! dijo Rózas en su interior.

I tomando los despachos para los nuevos rejidores, saludó al presidente i se alejó murmurando:

—¡Yo te haré ocuparte de otra cosa que de gallos ántes de poco! Aquí llevo la semilla que ha de producir el fruto de nuestra libertad!

Sin detenerse un instante en palacio, el doctor se dirijió con pasos rápidos al arenal, lugar en que se hallaba el juez que habia oficiado al gobernador.

—¡Pobre Virginia! murmuraba; está condenada a ser infeliz ¡Quien me diera, aun a costa de un sacrificio hacerla dichosa!

Los datos que Rózas obtuvo del alcalde, no podian ser mas desconsoladores. Comprovaban de una manera evidente, que no era otro que Paulino el que tenia en completa alarma al barrio. El centro de sus fechorias, de sus robos, de sus asesinatos, parecía ser el puente de cal i canto. Ahí casi no habia noche en que no fuera despojado un transeunte, i cuando éste se defendia, cuando oponia alguna resistencia, era asesinado o arrojado al rio sin remision. Mil casos habia en que a los despojados se les habia dicho por sus mismos despojadores, estas o parecidas palabras: «anda, i denúncianos a la justicia, i dile que los que tal han hecho contigo, tienen por capitan a Paulino Salas, al que llaman *el cenizo*. Decida esos señores jueces que nuestro capitan los desafía, que vengan a prenderlo, etc, etc.»

Aquello era llevar el crimen hasta el cinismo, i Rózas no podia creer que Paulino, a quien tenia por un hombre de magníficos sentimientos, pudiera ser el que de ese modo queria atraer sobre sí el escarnio de todos, i la indignacion de la justicia.

Contristado el doctor con tan desagradables noticias, tomó nuevamente el camino de la plaza, i sin darse cuenta él mismo de lo que hacia, se dirijió a la casa en que estaba Virginia.

La pobre jóven salió a recibirlo, preguntándole como de costumbre:

—¿Ha tenido usted algunas noticias?

Rózas era enemigo de la mentira i titubeó un momento antes de contestar:

—Aun nó, dijo al fin, sentándose al lado de la jóven.

Bajó ésta la cabeza como el lirio que, arrancado de improviso por la hoz del segador, inclina su corola a la tierra que le habia dado el ser.

—¡Animo! la dijo Rózas, sin poder él mismo por entónces disponer de su enerjía. Es necesario que usted tenga valor para sobrellevar sus pesares. ¿No le sería posible tratar de olvidar poco a poco i sustituir en su corazon ese recuerdo vivo, violento, por el recuerdo dulce, tranquilo, que se siente por una persona que hemos perdido, por ejemplo? Usted habria ganado dos cosas con esto; primero, el que su sentimiento no fuera tan amargo si llegaba a perder la esperanza, i segundo, no destruir su vida con el dolor.

—¿I para qué quiero la vida sin él, señor? pregun-

tó Virginia con amargura.

—En eso hai mucho egoismo, hija mia. ¿No cuenta usted para nada, entónes, el sentimiento que causará a los que la estiman? No es justo que usted, que tan valerosamente ha combatido con el infortunio hasta hoi; continúe oponiendo su entereza a los males que aun puedan sobrevenirle? Vamos, tenga usted mas valor i prepárese a recibir cualquier golpe por terrible que sea. I si usted quisiera guiarse por mi opinion, yo la aconsejaria para que desde luego hiciese cuenta que todo, absolutamente todo lo ha perdido.

Virginia, que jamas habia oido del doctor consejos que tendieran a quitarle toda esperanza, presintió algo de la verdad, i con voz auhelante le dijo:

—Ud. sabe, señor, algo de mui fatal: no me lo oculte, por Dios!

Rózas creyó prudente no descubrir la verdad; pero enemigo, por otra parte, de faltar a ella, respondió con esta frase evasiva:

—Yo no hago otra cosa, hija mia, que preparar a Ud. para lo que puede sobrevenir. Es en este sentido que me atrevo a aconsejarla; i si en algo estima usted mi súplica, yo le pido que haga esfuerzos para olvidar...

—¡Jamás lo podré, señor!... Pero juro a usted por mi amor, que tendré ánimo, i que el dia que pierda toda esperanza, iré a concluir mi vida a un monasterio!

—¡Ojalá no llegue jamás ese dia! exclamó el doctor. Algunos momentos despues, se despidió de Virginia

pára ir a meditar el cómo se apoderaria de Paulino sin que tuviera que intervenir en ello la justicia.

Veamos por nuestra parte la serie de acontecimientos que habian llevado a Paulino a ser un criminal.

HEROISMO.

Como ya lo hemos oído de boca de Ciriaco, Paulino se hallaba de convaleciente el día en que se le había ido a tomar preso en su escondite de yungai.

El jóven platicaba alegremente con Matías de su próxima mejoría, i se ocupaba en formar planes para encontrar el paradero de Virginia, cuando oyeron rícos golpes a la puerta de calle, i un ruido de armas que les reveló desde el primer instante quienes golpeaban.

—¡Estamos perdidos! exclamó Matías. Se ha descubierto que estamos aquí!

Paulino se paró pálido de coraje i de indignacion:

—¿Porqué me persiguen? exclamó. ¿Aun no es bastante lo que me han hecho padecer?

Los golpes se repetían con mas violencia.

—¡Huye tú, Matías! le dijo Paulino. Mi pierna no me lo permitiría a mí.

—¡Nos quedaremos los dos! dijo el hijo de Ursula con ánimo resuelto.

—¡Pero eso no puede ser! exclamó Paulino. Te sacrificarías inútilmente.

—Tarde o temprano he de caer, i lo mismo tiene hoi que mañana.

En aquel momento sintieron unos golpes tan recios, que conocieron que derrivaban la puerta.

—Si usted quiere huir, dijo Matías, huiremos: las paredes del huerto son bajas i creo que usted podrá subir a ellas.

—¡Huye tú, Matías: yo te lo mando! déjame solo!

—Perdóneme que no le obedezca: o huimos, o nos quedamos los dos.

—¡Huyamos si aun es tiempo! dijo Paulino oyendo que la puerta cedía.

Tomó un par de pistolas que tenia frente a su cama, un poco de dinero que habia en el cajon de la mesa, i reprimiendo los dolores que sentia en la pierna al andar, salió a un patio interior seguido del fiel Matías.

—Por aquí, dijo éste indicando el lado derecho: por aquí hai una parte de la barda que se ha caido.

Paulino, ayudado por Matías, subió sobre la pared, i cuando estuvo sobre ella, ayudó a su vez a Matías a subir.

—Estamos en salvo si andamos lijero, dijo Matías un instante despues i cuando ya estaba en la calle.

—Aun nó, amigos míos, dijo una voz.

I al mismo tiempo que se sintió el roce que hacían

unos sables al sacarlos de la vaina, una voz imperiosa gritó:

—¡Ríndanse en el nombre de la lei!

—¡Atras! gritó Paulino sintiendo hervir su sangre con la contrariedad, i amartillando una pistola.

—¡Aquí tengo uno! dijo la voz de un soldado que habia asido a Paulino del lagarto del brazo izquierdo.

—¡Bien! tú lo quieres! exclamó Paulino disparándole la pistola en el pecho.

—¡Agárrelo, mi sarjento! gritó el soldado cayendo de espaldas.

Pero el sarjento no respondió porque en aquel instante luchaba a brazo partido con Matías.

Paulino oyó el ruido i se precipitó al grupo asiendo al que primero se le presentó.

—¿Eres Matías? preguntó.

—Sí, déjeme usted solo no mas; huya miéntras yo despacho a éste, contestó Matías con voz sofocada por el esfuerzo de la lucha.

Paulino lo soltó, i a tientas buscó la cabeza del que llamaban sarjento. Cuando la hubo encontrado, empuñó la pistola i la dejó caer con fuerza sobre la cabeza del sarjento.

—¡Socorro! gritó éste cayendo desatentado por el golpe.

—¡Huyamos ahora! dijo Paulino: con el ruido no tardarán en venir.

La álteracion de la lucha lo habia hecho olvidarse de que estaba herido, i acompañándose de Matías, se alejaron a buen paso dirijiéndose hácia el rio.

El Mapocho en aquellos años en ningun tiempo se veia completamente seco como sucede ahora en el verano; por el contrario, traia un caudal de aguas no del todo despreciable.

—Marchemos hácia abajo, dijo Matías cuando llegaron al rio.

—Por el contrario: pasemos al otro lado, dijo Paulino. Nunca creeran que a esta hora i a pié nos hemos atrevido a pasar el rio.

—Tiene usted razon; pero ¿i su herida?

—Estoi sano, contestó Paulino entrando resueltamente al agua.

—Vamos allá, entónces, dijo Matías imitándolo.

Sin ningun contratiempo, i solo mojándose hasta cerca de la cintura, pasaron el rio i continuaron marchando por callejones desiertos i extraviados hasta eso de la una de la mañana, hora en que Paulino, dejándose caer al suelo, exclamó:

—¡Ya no puedo mas!

Matías dió una mirada de angustia a su alrededor, i no vió ninguna habitacion. Pero en aquel momento percibió el ladrido de un perro.

—El perro está siempre donde está el hombre, dijo. Voi a pedir que nos den alojamiento.

—Yo te esperaré aquí intertanto, le dijo Paulino; me seria imposible dar un paso mas: la pierna me duele horriblemente.

Matías, siguiendo la direccion del ladrido, avanzó hasta llegar a una choza en que dormia un pobre viejo.

—Nos hemos extraviado, le dijo, un amigo i yo, i vengo a que usted nos permita pasar aquí lo que queda de noche.

—Con mucho gusto, señor, contestó el viejo. Nada tengo que ofrecerles porque solo soi un pobre pastor.

—Entónces, si usted me lo permite, voi a traer a mi compañero que ha quedado en el camino. Está enfermo i no ha podido alcanzar hasta aquí.

—¿Enfermo, señor? ¡Qué desgracia! Vaya usted, vaya pronto, miéntras yo *encandilo* un poco de fuego para que se calienten.

Matías ayudó a llegar hasta la choza a Paulino, a quien el dueño de casa le cedió su cama que consistia en unas tres pieles de cordero i en una destrozada *manta* de corbertor.

El viejo llamábase Juan Miranda i parecia contar unos ochenta años. Su semblante decia lo que era su corazon. «Un hombre sin hiel,» como caracteriza nuestro pueblo a una persona bondadosa. En aquella noche curó por sus mismas manos a Paulino cuando supo que estaba herido, lavándole cuidadosamente con una agua de tabaco la herida para evitar un pasmo.

Reconocido Paulino con aquella accion, a la mañana siguiente quiso irse diciendo a Miranda:

—La bondad con que usted nos ha servido, me obliga a decirle a usted la verdad. Nosotros huimos de la justicia, i si nos sorprenden aquí, usted podria comprometerse.

—¿I por qué, señor? ¿qué hai de malo en que yo les proporcione mi *rancho*?

—Nada de malo i por el contrario mucho de bueno; pero, qué quiere usted! La justicia no solo persigue al criminal sino tambien al que lo protege.

—Nó, señor; no tenga usted cuidado: si viniese aquí, verán que ningun mal les ha hecho Juan Miranda i se irán como han venido. Conque así, señor, usted no se irá de aquí hasta que sane de esa herida que bastante irritada está. Yo me voi a cuidar mi ganado, i aquí les dejo galleta i un poco de harina que es todo lo que tengo por ahora; a la noche veré de traer unas perdicitas que me ocuparé de cazar en el dia.

Sin decir mas, el buen viejo arrió su ganado i se alejó cantando.

Paulino trató de levantarse, pero tenia la pierna mui hinchada, i le fué imposible efectuarlo.

—¡Nos quedaremos! dijo.

Desde aquel momento el pastor compartia diariamente con ellos el pan i harina que le deban en la hacienda para su alimento; i con el poco de dinero que Paulino i Matías poseian, compraban tabaco i algunas otras cosas que reunidas a tres o cuatro perdices que Juan Miranda cazaba todos los dias, les servian para alimentarse.

El pastor siguió curando a Paulino con tal suerte, que al mes se hallaba éste casi del todo restablecido; pero eso sí que habia quedado cojo a causa de habersele encojido algunos tendones de la pierna derecha.

Hasta entónces, ninguna persecucion les habia he-

cho temer que pudieran ser hallados ahí; i la amistad se habia estrechado de tal modo entre ellos i Miranda, que nada habrian tenido que desear si Paulino tuviera a su lado a Virginia, i Matías a Ursula.

SITUACION DESESPERADA.

Este estado favorable de cosas no debia durar largo tiempo.

Lo que primero vino a turbar un poco su tranquilidad, fué que se les concluyó el dinero i quedaron reducidos esclusivamente al pobre salario del pastor.

Reunidos los tres en sesion, acordaron: 1.º que de los catorce reales mensuales que ganaba Miranda, se dedicarian ocho para tabaco i uno para hojas: 2.º que de los cinco restantes, se destinaria una parte para sal, otra para ají, i una tercera para fondos de reserva, i cuyo capital no podria ser tocado sin acuerdo tácito de los tres. Las perdices que con maestría admirable cazaba Miranda, les serviria de sabrosa comida mientras Dios proporcionaba otra cosa mejor.

Matías habia hecho algunos viajes a la ciudad para pesquisar noticias de Virginia, pero todas sus diligencias habian sido infructuosas.

Aunque en una suma pobreza, Paulino i Matías vivían, si no contentos, al ménos tranquilos.

El que es perseguido por la justicia: el que teme perder a cada momento su libertad, vive dichoso cuando se le deja tranquilo, aun cuando tenga otros sinsabores que soportar.

De este modo vivían, pues, nuestros tres personajes, cuando un golpe inesperado vino a destrozár su bienestar.

Era el día en que Juan Miranda iba a recibir su jornal, para lo cual fué a las casas de la hacienda. Todos los meses, el patron pasaba una revista al ganado, anotaba lo que habia aumentado, daba los catorce reales a su servidor, i cuando el aumento *de cabezas* sobrepujaba a sus esperanzas, obsequiaba al viejo algunos panes fuera de su diaria racion.

En el día a que nos referimos, el hacendado estaba del mas mal humor posible.

Pasó revista en silencio al ganado, i cuando concluyó, dijo con reconcentrada cólera:

—¿Por qué ha aumentado tan poco el ganado en estos meses?

—Yo no sé, señor; casi todos los años sucede lo mismo en estos meses.

—¡Tú me robas! exclamó el hacendado.

—¡Yo! exclamó el honrado Miranda, que ni con el pensamiento, siquiera, en toda su vida, habia cometido tan feo delito.

—¡Sí!...Tú me robas! Tienes en tu rancho dos

ociosos i los mantienes con mis corderos! Desde hoy mismo, ya no serás mi ovejero. Vete!....

—¡Señor! exclamó el pobre viejo anonadado con la idea de no tener qué darles a sus huéspedes.

—¡Te digo que te vayas! exclamó el patron crispando los puños i acercándose a Miranda en actitud amenazadora.

—Pero, señor, dijo éste. Un antiguo servidor como yo; un criado que ha servido desde niño a su *merced*, no es posible que salga ahora por ladron.... Así viejo como estoi, sin tener con qué comer....

—¡Come lo que me has robado!

—Juro a usted que jamas.... balbuceó Juan queriendo a toda costa sincerarse.

—¡Te he dicho que no me calientes la sangre, gritó el dueño de casa, i que te alejes ántes que te quiebre cuatro costillas!

—Pero al ménos, señor, exclamó Juan con acento quejumbroso; al ménos deme usted los catorce reales. No tengo mas para comer!

—¡Pícaro! catorce palos te voi a dar! dijo el hacendado corriendo a tomar una tranca.

Juan Miranda se alejó sintiendo saltar a sus ojos una lágrima de infinita amargura.

Aquella lágrima, era el reproche mudo que la miseria lanza a la opulencia.

¿No es verdad que indigna que haya hombres que sean capaces de arrancar lágrimas de dolor de los ojos de un pobre anciano para quien ya la vida no puede

tener mas goces que el proporcionarse un mediano bienestar?

Juan Miranda, lleno de angustia el corazon, llena de ideas desconsoladoras su cabeza, marchaba a su choza presa de la mas honda desesperacion.

—¿Qué dirán mis amigos? qué les daré? se decia.

I aquel pobre viejo, que estaba en estado de ser servido, se desconsolaba de no poder servir.

Toda alma grande siente mas los ajenos que los propios dolores.

Abstraídos en sus amargas ideas, combinando mil proyectos para su porvenir, Juan marchaba como ya lo hemos dicho, a su pobre habitacion.

La tarde tocaba a su fin: el crepúsculo desaparecia poco a poco en el horizonte, i el corazon de Miranda se llenaba tambien poco a poco de mas i mas amargura.

—¡Dios lo quiere! se dijo al fin sintiendo que una nube de lágrima empañaba su vista i como para darse ánimos él mismo para sobrellevar su desgracia.

En aquel momento, rodeado por las sombras de la noche que principiaban a desparramarse en la tierra, i cegado por las lágrimas que empañaban sus ojos, llegó a la orilla de una acequia bastante caudalosa i cayó en ella.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! murmuró levantándose lleno de lodo i empapado desde la cabeza hasta los piés.

Se enjugó lo mejor que pudo, i con paso incierto, tiritando de frio, continuó marchando hácia donde lo

esperaban sus amigos con un buen fuego para preparar las perdices que el pastor debia llevarles.

Pero éste, aquel dia, no trajo nada. Las perdices que habia cojido, las habia dejado en un pequeño matorral ántes de ir a la casa de su patrón, con el pensamiento de tomarlas a su vuelta. Su desesperacion lo habia hecho olvidarse hasta de ese pequeño recurso, i llegó por fin a la presencia de sus amigos, lleno de lodo i reprimiendo las lágrimas que pugnaban por escaparse de sus ojos.

Les contó con la voz trémula lo que le sucedia, i cómo quedaban desde ese momento sin el menor recurso.

—¡Pícaro! exclamó Matías crispando los puños con furor. ¡Dios ha de tener en cuenta su crueldad!

Paulino habia escuchado en silencio, mordiéndose las uñas con rabia reconcentrada.

—¡Brrrrr! hizo el pobre viejo tiritando.

I acercándose a la lumbre para secar sus ropas empapadas, agregó:

—¡Qué frio tan grande! ¡Me duele horriblemente la cabeza!

—¡Acuéstese usted! le dijo Paulino parándose para arreglar la única i pobre cama de que podian disponer. Es necesario que usted se dé un sudor, que coma algo. La debilidad lo enfermaría. Matías, agregó dirigiéndose al jóven. Prepara tú un poco de agua caliente, i ve si hai alguna cosa que podamos darle para que coma.

—No hai azúcar, ni siquiera un pan, dijo Matías.

Como hoy debía traer su jornal, se ha gastado hasta el último centavo.

—¡Bien! yo iré a buscar! exclamó Paulino con voz sombría i concluyendo de arreglar el lecho en que debían acostar al enfermo.

El pobre Juan no oyó nada de esto: su cabeza ardía, sus sienas parecía que iban a estallar.

Paulino i Matías lo trasportaron al lecho.

—Ten agua hirviendo para mi vuelta, dijo Paulino.

—¿Qué va a hacer usted? le preguntó Matías al ver la palidez i la espresion del semblante de su compañero.

—Voi a pedir una limosna, replicó éste con voz breve.

—¡Una limosna! exclamó Matías lleno de admiracion.

—¡Sí, una limosna! ¿Crees que voi a permitir que este pobre viejo se muera de hambre?

—¿I si lo sorprenden a usted? I si lo toman prisionero?

—Harás tú, cuando yo no no esté, lo mismo que hago yo. Pedirás una limosna para mantener a ese pobre viejo mientras puedas proporcionarte dinero por tu trabajo.

—Tiene usted razon, [dijo Matías recapacitando; le debemos muchos beneficios.

—I aunque no se los debiéramos, Matías: es un anciano i por esto solo debemos protegerlo. Ahora, dame ese machete que nos ha servido para cortar leña; pueda que me sirva para defenderme.

Matías le dió un largo i pesado machete que Paulino colocó en una correa con que ataba a la cintura sus pantalones, i despues de cubrirse con un poncho de lana, se dirijió a la ciudad.

—Con un real, se decia; con un solo real que alguien me dé, tendremos para esta noche. Mañana buscaré trabajo en alguna hacienda inmediata. Pueda ser que nadie me conozca. Ganaré un real i un cuartillo al dia: con esto, al fin no nos moriremos de hambre. ¿Podrán negarme el trabajo? Nó, a una persona que quiere ganar su vida no se le puede negar. A mas, yo les diré que necesito mantener a un pobre viejo enfermo i a otro jóven que debe estar a su lado para cuidarlo. Así pasaremos una o dos semanas miétras Miranda se mejora; i cuando esto suceda, volveremos a buscar a mi pobre Virginia. Por fortuna ya estoi sano; i aunque he quedado cojo, me siento fuerte i robusto como cuando tenia veinticinco años.

Ocupado en éstas i otras reflexiones, Paulino llegó a la parte que en esa época se llamaba el camino de San Felipe, i en que hoi tenemos una hermosa avenida que se llama la Cañadilla.

Una que otra choza, plantada de distancia en distancia, eran las únicas habitaciones que existian en aquel lugar.

—¡Qué solo está esto! se dijo Paulino. Llegaré hasta el puente de cal i canto.

EL MENDIGO.

Serian como las nueve de la noche cuando Paulino llegó al puente.

Por aquel sitio, envuelto en profundas tinieblas, traficaban muchas personas; pero la mayor parte de ellas parecian pobres, a juzgar por su aspecto i el traje que cargaban.

Paulino estuvo largo rato sin atreverse a dirijir su peticion a ninguno de los transeuntes.

Le era mui duro mendigar.

El recuerdo de Juan Miranda, enfermo, presa del hambre i de la fiebre, le dió valor:

Pasaba a ese tiempo un caballero.

—¡Señor! le dijo Paulino con voz trémula: Tenga usted la bondad de darme un real!

El transeunte lanzó un bufido i pasó despues de arrojar una mirada de desprecio a Paulino.

—¡Ah! exclamó éste oprimiéndose el corazon cuyos

violentos latidos amenazaban destrozarle el pecho. ¡Ah! qué poca caridad parece tener ese caballero! ¿Tendrá un carácter igual al del patron de Juan? Pero, aquí viene otro: veamos si éste me da.

—Caballero, dijo Paulino al que pasaba: ¿podria usted hacerme el favor de darme un real?

—No doi mi plata a los ociosos, contestó el interpelado alejándose.

—¡A los ociosos! exclamó Paulino rechinando los dientes. ¡Es verdad! agregó con amargura i hablando consigo mismo: es verdad! pero no soi ocioso porque yo lo quiera, sino porque no se me deja trabajar, porque se me persigue!... Talvez tienen razon en negarme lo que pido: no saben la necesidad que tengo. Al primero a quien me dirija, le diré todo lo que me sea posible, le diré que es para darle de comer a un pobre viejo enfermo... Vamos, aquí viene uno, Valor!... Pero nó, camina con mucha rapidez, se enfadaria si lo detuviera. Esperemos otro.

Trascurrieron como cinco minutos sin que pasara ninguno que le pareciera bueno para dirigirse a él.

Paulino sostenia una lucha terrible consigo mismo: con su orgullo, con las preocupaciones del pasado, con su carácter que no admitia las humillaciones.

Lo que habia de grande, casi de sublime, es que Paulino Salas sostenia aquella lucha solo por proteger a un pobre viejo que se moria.

Paulino habria muerto mil veces de hambre ántes que pedir limosna. Pero en aquella noche no pedia para él. "Juan Miranda puede morirse por falta de

un real" se decia. I ante esta reflexion, el sacrificio de su orgullo era bien poco.

Todas estas ideas i mil otras pasaban por la imajinacion de nuestro desgraciado enamorado, cuando divisó que venia hácia él una persona a quien podria pedirle el anhelado dinero.

Marchaba lentamente i fumaba un grueso cigarro.

—Caballero: le dijo Paulino cuando llegó cerca de él. ¿Podría usted, señor, oirme un momento?

—Con mucho gusto, amigo mio, contestó el desconocido deteniéndose i chupando su cigarro con voluptuosidad.

A la luz que arrojó el cigarro, Paulino pudo ver que con quien tenia que habérselas, era con un caballero colorado, mofletudo, de gran abdómen, que vestia bien i parecia de un magnífico corazon.

—Este es mi hombre, se dijo Paulino con alegría.

I luego agregó en voz alta:

—He detenido a usted, caballero, para decirle que hai un pobre viejo.....

—Para ya voi yo tambien, amigo mio, dijo el de la gran barriga cargando el enorme peso de su cuerpo en el pié izquierdo.

—Un pobre viejo, señor, agregó Paulino sin desconsertarse, que está enfermo i sin el menor recurso...

—¡Hum! así hai muchos, amigo mio! Eso no es raro....

—¡A éste, señor, se le puede talvez salvar la vida con solo un real.

—¡Bien poco es! exclamó el caballero gordo incli-
nándose del lado derecho.

—Usted haria una gran obra de caridad, señor, con
dar esa limosna.

—Cierto! dice usted bien! dijo el desconocido.

—Por fin encontré una persona compasiva! escla-
mó Paulino en su interior.

—Pero es el caso, agregó el de las coloradas mejil-
llas, que aunque yo quisiera por ahora hacer esa gran
obra de caridad, no puedo hacerla, amigo mio. Ocurra
usted a otro. ¡Que pase usted mui buena noche, ami-
go mio!

La mole se puso en movimiento, i Paulino se que-
dó helado, sin saber lo que pasaba en su interior.

Para aumentar mas su desesperacion, oyó que en
los bolsillos de aquel hombre sonaban algunas onzas
al chocar entre sí.

—¡Infames! desapiadados! [murmuró Paulino lleno
de rabia. ¡Aun haré otra tentativa! se dijo al cabo de
un momento. Si despues de ésta, salgo mal, ¿qué ha-
ré? dejaré que muera talvez ese infeliz por no po-
derle dar ni un poco de agua caliente?

Los transeuntes, intertanto, se hacian a cada mo-
mento mas raros, i solo al cabo de media hora vió Pau-
lino venir uno.

—¡Este será el último! se dijo.

Se paró en la direccion que venia el desconocido, i
cerrándole el paso, le dijo con voz, breve, casi impe-
riosa:

—¡Caballero! hágame usted el favor de darme un real!

El desconocido retrocedió dos pasos.

—¿Eres algun salteador? le preguntó.

—Soy un hombre que necesito siquiera un real para salvar a otro hombre que se muere de hambre! contestó Paulino con voz firme i llena de dignidad.

—¡A otro perro con ese hueso! dijo el desconocido. Hazte a un lado, canalla, si no quieres que te raje el alma con mi baston!.....

Una nube de sangre pasó por la vista de Paulino, pero se contuvo.

—¡No me insulte usted! le dijo con voz temblorosa.

—¡Insultarte a tí, bandido!... Toma ese real por la cabeza!.....

Al decir esto, el desconocido se habia acercado a Paulino i le tiró un bastonazo con toda su fuerza.

Paulino lanzó una exclamacion, que mas tenia del rujido de un leon que del grito de un hombre, al sentir sobre sus hombros el golpe que le habia dado el desconocido.

—¡Miserable! le dijo sacando su machete i precipitándose a él. Vas a pagar mui cara tu miseria!

I blandiendo su machete, atacó al del baston con tal furia, que un minuto despues caia éste lanzando una horrible blasfemia.

—¡El diablo se lleve tu alma! exclamó Paulino alejándose medio loco i sin saber lo que hacia.

EN QUIENES SUELE ANIDARSE LA CARIDAD.

Hai situaciones del espíritu que es imposible pintar. Paulino sentia que los oídos le zumbaban: veia que la calle jiraba, que el universo entero se conmovia.

Marchaba, a veces con paso firme i resuelto como el que corre a una cita en que es esperado, i a veces con paso tardo e incierto como el que siente la cabeza trastornada por el licor. De repente se sorprendia pensando en algo de su niñez, i de repente, tambien, le parecia estar viendo algo de su porvenir.

Placeres, dolores, esperanzas, amor, momentos de odio, momentos de venganza, pasaban i volvian a pasar por su mente, como ve pasar ante su vista las frenéticas comparsas de enmascarados el que asiste desde un elevado palco a un baile de fantasía

I Paulino al ver desfilar aquellas figuras ante sí, las execraba, las maldecia, hasta que llegaba el momento en que, envuelta en una blanca nube, llegaba Virginia sonriéndole, brindándole en una copa de cristal el néctar de su amor. Pero aquella figura divina pasa-

ba, pasaba tambien como las otras, i tras ella venian los esbirros, los soldados, los miserables que le negaban un real para socorrer a un necesitado. I tras de todo su pasado que tomaba forma i cuerpo para presentársele en aquel instante, veia tambien a Juan Miranda, mañchado de lodo, tiritando de frio, i arrojado de la casa del opulento como se arroja un reptil venenoso.....

—¡Dios mio! exclamó Paulino elevando la vista al cielo con amarga desesperacion. ¿Dónde está tu justicia, gran Dios?.....

Pero el firmamento permanecia mudo.

Las estrellas siguieron impasible su camino.

La luna asomó un instante su frente de plata tras de los Andes i empezó a iluminar la tierra!.....

—¡No hai Dios! dijo Paulino con ronca voz. El hombre es un monstruo como cualquiera otro!.....

En aquel momento unã carjada inmensa resonó a pocos pasos de él.

Paulino se estremeció i volvió en sí.

Miró a su alrededor i vió a unos cuantos hombres que comian i bebian en una enramada que daba al camino.

—¡Esos hombres son felices! se dijo. Ríen!....

Se quedó largo rato contemplándolos.

Contigua a la enramada, habia una pequeña venta, i un labriego acariciaba sobre el meson a un robusto niño como de dos años.

—¡Ese hombre es feliz! murmuró Paulino. ¡Tiene un hijo i qué comer!.....

Atraído por aquel espectáculo tan sencillo, fué acercándose poco a poco hasta llegar a apoyarse en uno de los horcones que sostenian la ramada.

No tardó en verlo el labriego del meson.

—Acérquese, amigo, le dijo con faz risueña; si usted quiere un trago i no tiene plata por ahora, otro dia me lo pagará. Venga no mas, que yo doi a los que no tienen para comprar.

Paulino sintió que le palpitaba con violencia el corazon. Se aproximó al dueño de la venta, i como si temiesé que aquello fuera solo una ilusion de sus sentidos, le dijo rápidamente:

—Quiero un pan: no quiero licor.

—¡Diablo! i como lo dice usted! le dijo el mesonero formalizándose i mirándolo con interes.

I al ver el semblante pálido, la mirada brillante de Paulino, agregó:

—¡Sí, que se lo daré, amigo; i no uno ni dos, sino un poco de todo lo que haya en este pobre rancho!... Mi padre me decía siempre: «el hombre honrado pide un pan: el hombre vicioso pide licor.» Aguarde usted un poco, amigo: déjeme entregar esta criatura a su madre!

Paulino sentia desvanecerse su cabezã de emocion. El labriego volvió a los pocos instantes.

—Vamos, con franqueza, le dijo: ¿qué necesita usted?

—¡Un pan, un pedazo de pan, i un poco de azúcar! exclamó Paulino con voz enmudecida i anhelante.

—¡Felizmente hai de las dos cosas! dijo el labriego

con la mayor naturalidad. I no siempre tengo, amigo: a veces se acaba i no hai plata con que comprar, agregó, miéntras envolvía en un pedazo de papel un poco de azúcar prieta. Pero no falta, gracias a Dios, continuó. Veamos, aquí tambien hai un pedazo de charque: llévelo usted. Nosotros tenemos por ahora otras cosas.

El dueño de la venta colocó al lado de la azúcar un trozo de charque, i junto a éste dos hermosos panes.

Paulino sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¡Gracias, murmuró con voz enternecida. Algun día pagaré a usted!

—¡Bah! eso no se dice!... Cuando usted.....

El labriego se interrumpió al ver que una de las manos de Paulino estaba toda salpicada de sangre.

Paulino tomó lo que tan jenerosamente se le habia dado, i ántes de salir dijo al posadero:

—¡Juro que algun dia le he de pagar con usura el bien que me ha hecho usted!

—¡Si será un hombre malo! se dijo el ventero viéndolo alejarse. ¡Oh! esa sangre da mucho en qué pensar! De todos modos, sea malo o sea bueno, yo no le habia de negar un pan. ¡Qué diablos!... No a todos se lo da Dios!

I el buen ventero se fué a sentar al lado de sus amigos que estaban bajo la enramada, sin pensar mas en Paulino.

REVELACIONES.

El buen Paulino, mas degraado que criminal, se alejó de la venta con pasos precipitados pareciéndole mucho cada minuto que tardaba en llegar a la pobre choza de sus amigos.

Pero por mas que se apresurara, no pudo llegar ántes de las diez.

Juan Miranda estaba peor. Tenia fiebre i una tos que daba mui malas esperanzas.

El aposento, débilmente alumbrado por un candil, presentaba un aspecto que oprimia el corazon.

—Aquí hai azúcar i pan, dijo Paulino a Matías con voz opaca.

Se acercó éste a tomar ambas cosas, i retrocedió horrorizado.

—¡Por Dios! le dijo: ¿qué le ha pasado a usted?

—¡Nada! exclamó Paulino con voz cada vez mas sombría.

—¡Pero, i esa sangre que tiene usted en las manos!... Esa palidez... ¿Está usted herido?

—¡Nó, Matías!... No tengo nada!.....

I como viese que Matías se quedaba mirándolo con aire de duda, agregó con acento resuelto:

—¡Esta sangre es de uno a quien yo maté!

—¡A quien usted mató! murmuró Matías poniéndose lívido.

—Sí, le dijo Paulino con voz indignada pero al mismo tiempo sijilosa: sí, a quien yo maté, porque en lugar de darme una limosna, me insultó i me atacó!... Ya no hai remedio! Veamos modo de curar a este pobre viejo!

—¡Yo no sé qué hacerle! exclamó Matías. Creo que tiene un gran constipado!

—¡Quiera Dios que no sea una terrible pulmonía! dijo Paulino acercándose al enfermo.

Despues de examinar un instante su respiracion fatigosa, de contemplar su semblante cadavérico, se dirigió a un ángulo de la pieza, i ocultando la cabeza entre sus manos, se entregó a meditar.

—Trate de hacerlo beber un poco de agua caliente, habia dicho a Matías ántes de acurrucarse en el ángulo de la pieza.

Pero los esfuerzos que éste hizo, fueron inútiles. Juan Miranda no pudo pasar ni un solo sorbo de agua, ni aun levantar la cabeza de su pobre lecho.

Matías se desesperaba, iba i venia de un punto a otro sin saber ni hallar qué hacer.

Paulino permanecia inmóvil en su puesto. Con la mirada fija en el enfermo, con las cejas contraidas, los

labios secos i oprimidos, tenia algo de fatídico en su inmovilidad i en su mirada.

A medida que avanzaba la noche, el rostro del enfermo se cubria de esa lividez cenicienta, anuncio cierto de una muerte cercana, i Paulino, por su parte, aparecia cada vez mas impresionado, cada vez mas terrible.

¿Qué sentia aquel hombre en su alma al ver próximo a expirar a un pobre i desvalido viejo, él, que un momento ántes empapara sus manos en la sangre de un hombre lleno de vida i de juventud?

Todo cuanto pudiéramos decir, seria pálido para pintar lo que sentia en su alma. La hiel destilaba gota a gota en su corazon, i todo su pasado, cubierto de sangre i de lágrimas pasaba a su vista con exacta pero abrumadora lentitud.

¡Era que hasta entónces, i aun en el medio de sus mayores infortunios, Paulino abrigaba aun algunas esperanzas, i solo en aquel momento las perdia ya por completo!

Cuando los pajarillos comenzaron a trinar: cuando el matutino gallo batió sus alas e hirió el aire con su alegre canto: cuando el buei en el establo, la oveja en el cercado, i la paloma en su nido comenzaron a saludar la aurora, el uno mujiendo, la otra balando, i la tercera arrullando, Juan Miranda pareció tener un rato de mejoría.

Se incorporó en el lecho i llamó a sus amigos cerca de sí.

—Esto se acaba, les dijo, i parece que Dios me con-

cede este rato de mejoría para que les cuente mi corta historia. Desde niño me crié en esta hacienda, i cuando murió su dueña, me dejó, segun me dijo, algo con qué pasar mi vida. El que hasta ayer ha sido mi patron, es el hijo de la señora, i yo cuidé de su infancia i fuí, aunque en calidad de sirviente, una especie de segundo padre para él. Como la señora lo dejase de albacea i de único heredero, quedé yo encargado a él. No sé cómo calificar su conducta. Lo cierto es que en una ocasion que me atreví a hablarle de lo que me habia dejado mi buena señora al morir, me amenazó con que me echaria de la casa si le volvia a hablar de tal cosa. Yo lo he querido a él como a un hijo, i he preferido quedarme sin ese dinero, que no sé por otra parte cuánto sea, ántes que perder la casa en que me he creado. Yo conozco, amigos míos, que mi pobre patroncito hace mui mal en lo que hace conmigo, porque mi señora, que era una santa, le decia estas palabras casi siempre delante de mí: "todo lo que tenemos, hijo mio, lo hemos adquirido en compañía de Juan. Ha sido un sirviente fiel, honrado i laborioso. cuando murió tu padre, él se hizo cargo de todo, i gracias a esto hemos podido, no solo conservar sino aumentar nuestra fortuna."

Porque yo, amigos, continuó Juan con voz que se iba debilitando poco a poco, porque yo no he sido siempre un pobre pastor. Yo trabajaba mucho, muchísimo, cuando era jóven, con la idea de que cuando llegara al estado en que me veo ahora, tendria siquiera un monton de paja para morir tranquilo... Pero ¡cúm-

plase la voluntad de Dios!... él no lo ha querido!.....

Un acceso de tos cortó la palabra de Juan.

Un sudor frio corrió por su frente.

—¡Encomien... denme... a Dios! exclamó, cayendo ríjido en el lecho.

—¡Murió! dijo Matías con voz desolada i pricipitándose al lecho para ver si aun palpitaba su corazon.

Paulino permaneció impasible.

Tenia la frente i las mejillas mas pálidas que el cadáver de Juan.

Toda su vida, toda su enerjía parece que se habia reconcentrado en sus ojos.

Quemaba con su mirada.

De repente se arrodilló a los pies de su muerto amigo i tendió la mano derecha, con la palma hácia abajo, sobre el cadáver.

Sus labios se movieron un instante, no sabemos si para dejar salir una oracion.

Lo que hai de cierto es, que al cabo de un instante se levantó al parecer mas tranquilo.

—Matías, dijo al jóven; es necesario que tratemos de sepultarlo. Anda tú a ver al cura miéntras yo me quedo cuidando a nuestro amigo.

Matías se vistió con la pobre ropa de Juan para llamar lo ménos posible la atencion, i salió a practicar la diligencia que se le encōmendaba..

EL CUARTILLO EN PESO.

Ya el sol habia asomado tras de los Andes, cuando Matías salió de la choza.

Paulino cubrió con una *manta* el semblante del cadáver, i se dirigió a un extremo de la habitacion con paso tranquilo, como si nada hubiera sucedido.

Cuando estuvo ahí, tomó un atadito i sacó de él un par de pistolas, algunas balas i pólvora.

Despues de examinar minuciosamente los cañones, procedió a cargarlos sin apresurarse i como si se tratara de un tiro al blanco que debia tener lugar una hora mas tarde.

Hecho todo esto, colgó a su cintura las pistolas, i luego despues el machete que aun permanecia rojo con la sangre de su víctima de la noche anterior; i armado de esta manera, se cubrió con un poncho i salió a buen paso de la choza en que dejaba el cadáver del pobre pastor.

Sin detenerse un instante, sin cambiar una sola vez

de paso, marchó durante media hora hasta llegar a las casas del patron de Juan.

Era la hora en que todos los peones habian salido a sus trabajos, i en que el señor de Olivares, (tal era el apellido del hacendado) tomaba su desayuno servido por un muchacho i la cocinera.

Paulino hizo pasar recado al señor Olivares de que necesitaba hablar a solas con él, i éste despidió a la mujer a la cocina, i al muchacho junto con ella.

El señor de Olivares tendria treinta años, i en su mirada brillante, en su frente deprimida, revelaba la sórdida avaricia de su corazon.

Paulino entró i marchó sin ceremonia alguna hasta llegar a una mesa en que Olivares apoyaba los codos.

—¿En qué puedo servir a usted? le preguntó Olivares con esa hablita melosa del que trata de atraerse las simpatías de todos por si hai en ello alguna utilidad.

—¿Servirme a mí? En nada, le dijo Paulino con una sonrisa helada i desdeñosa. Por el contrario, caballero, soi yo quien vengo a prestar a usted un gran servicio.

—¿Es posible? Tome usted asiento.....

—Estoi así perfectamente. ¿No sabe usted que cuando se va a cazar a un leon es necesario no quitar la vista un instante de él?

Olivares principió a sentir frio.

—No comprendo lo que usted quiere decir, dijo, ensayando una sonrisa.

—¿No lo comprende usted? Pues voi a esplicárselo.

Supongamos que usted sea el leon i yo el cazador. Usted está ya acorralado por mí, i no puede escaparse sino aprovechando algun descuido mio i pasando por sobre mí, pero como yo sói un cazador precavido, me armo siempre de un parsito de pistolas... Véalas usted.....

Paulino levantó su poncho, i los aterrorizados ojos de Olivares vieron las funestas armas. Sin darse cuenta del porqué, sintió éste que la lengua se le pegaba al paladar.

Paulino, con toda calma, sacó una de las pistolas de su cinto, la amartilló, i con voz lenta continuó:

—I yo, señor Olivares, soi tanto mas buen cazador, cuanto que jamas yerro un tiro. Si usted fuera el leon a quien debia cazar, le aseguro que ese boton de su chaqueta que se ve ahí, frente a su corazon, lo haria entrar a su pecho enredado en la bala que tiene este cañon.

—¡Oh! exclamó Olivares, llevando precipitadamente la mano derecha al punto que habia indicado Paulino. ¡Oh! caballero, agregó, tratando de chancearse; por fortuna ni yo soi leon ni usted cazador... Creo que haria usted mejor en guardar ese *chismecito*... Soi mui nervioso i siempre temo que arranque el tiro i ¡adios!...

—¡I hace usted mui bien en temer! le dijo Paulino, sin quitar la pistola de frente de Olivares, porque cuando este *chismecito* es bien manejado, lleva siempre la muerte cuando habla.....

—¡Oh! sí, sí, lo conozco! dijo Olivares pálido como una cera.

—I quériendo captarse la voluntad de Paulino, agregó:

—I usted parece mui valiente, mui honrado, amigo mio: si yo pudiera servirlo en algo.....

—Ya veremos, señor Olivares. Por ahora, solo quisiera que usted me oyese con calma, sin incomodarse ni llamar; porque ha de saber usted, que yo tambien padezco de los nervios, i si usted me contrariara; si usted, formándose una idea mala de mí, quisiera pedir socorro, yo podia tener una crispacion de nervios, i ya usted ve cuán fácil seria oprimir este fierrecito que haria caer el gatillo.

—¡Ah!... ¡oh!... exclamó Olivares, con los ojos fijos en la boca del cañon i tratando de desviar el cuerpo por si salia el tiro.

—¡Pero no tiemble usted así! le dijo Paulino con zorna. Se diria que usted ¡se ha propuesto quebrarse unos con otros los dientes.

—Es que... es que... hace frio, amigo... I luego ese cañon... ¡oh! si usted me hiciera el favor de bajarlo... ya ve que puede... como usted dice... I despues de salido el tiro... usted comprende, yo no podria... contestarle.

—Pierda usted cuidado, le dijo Paulino; que mientras usted no haga por donde se ataquen mis nervios, el gatillo permanecerá donde está. I puesto que ya hemos convenido en que usted no irritará mi sistema nervioso, entremos en materia. ¿Cuánto dejó la madre de usted a Juan Miranda?

—¡Mi madre!... ¡A Juan Miranda!.....

—¡Cuidado, señor Olivares!... Mis nervios son tan susceptibles, que cuando hai una persona que miente, ellos se crispan i.....

El jesto con que Paulino concluyó la frase, hizo decir a Olivares:

—¡Doscientas treinta i dos onzas!.....

—Cuatro mil dos pesos, dijo Paulino. Bien; i ¿qué tiempo há que murió la madre de usted?

Olivares se habia quedado mudo; pero al ver que la boca de la pistola buscaba la direccion de su corazon, contestó:

--Unos ocho años, mas o ménos.....

—Bueno: pongamos ocho años i cuatro mil pesos: me gustan los números redondos. Usted, segun he sabido, señor Olivares, usted es mui compasivo con sus inquilinos; i cuando tienen necesidad de dinero, usted les presta con un módico interes: un mediesito semanal en peso cuando es poca cantidad, i un cuartillo cuando es mucha. Bien: pongamos al número redondo de cuatro mil pesos, un cuartillito de interes! Ya usted ve que no hago otra cosa que lo mismo que ha hecho usted! Hágame el favor de sacar la cuenta, señor Olivares. Usted debe tener mucho ejercicio en esto; i yo, por tener esta pistola, no puedo hacer uso de mis manos.....

—¡Pero, señor!.... exclamó Olivares sudando a mares.

—¡Cuidado, caballero, con mis nervios!... Recuerde usted que hemos convenido en que no me contrariará... Sírvase usted sacar la cuenta; pero mui bien,

porque un error en las sumas o en las multiplicaciones, ¡zas! mi sistema nervioso lo comprometería a usted. Veamos: yo ayudaré a usted!—El año tiene cincuenta i dos semanas, i por lo tanto, son cincuenta i dos cuartillos, que hacen veintiseis medios, que a su vez forman trece reales. Tenemos, pues, que cada peso da de intereses al año, trece reales. Multiplique 13 por 4,000 pesos. Ya hemos convenido en que tomaremos los números redondos.

Olivares, con mano trémula, tomó una pluma de avestruz e hizo la multiplicacion.

—Bien: son 52,000 reales, dijo Paulino. Ahora; multiplíquelos por ocho, que son los años trascurridos; pero nó, déjelo usted así, pues esa misma cantidad habria que dividirla por ocho para reducir los reales a pesos. Tenemos, pues, que los intereses de 4,000 pesos con un cuartillito semanal, dan cincuenta i dos mil, que agregados a los cuatro de capital, dan la pequeña suma de 56,000 pesos. ¿No es exacta la cuenta, caballero?

—Sí, señor.

—Bien: el señor Juan Miranda me ha comisionado para cobrar a usted esa pequeña sumita; i como yo soi mui ocupado, deseo que terminemos pronto.

La pluma rodó de los dedos de Olivares.

—¡No tengo esa suma! dijo con voz desfallecida.

—¿No la tiene usted? pues yo me avengo a todo. Mire usted: me dará todo lo que tiene, i lo demas, no lo dará usted hasta despues de muerto.

—¡Hasta despues de muerto! exclamó Olivares sin-

tiendo que se le erizaban los cabellos. ¿Piensa usted matarme, entónces?

—De ningun modo. Ya usted verá que soi mas bueno de lo que usted me considera. ¿Dónde guarda usted su dinero?

Olivares dudó un poco.

—Aquí, dijo al fin, señalando un cajon de la mesa.

—A ver, ábralo usted, le dijo Paulino. ¡Bah! exclamó cuando Olivares hubo obedecido. Usted éstima en mui poco su vida, caballero. Dejarémos a un lado las chanzas. Si usted no me dice dónde guarda todo su dinero, le levanto la tapa de los cesos. ¡Pronto!

—¡Ahí, enterrado bajo mi cama! exclamó Olivares.

—Bien: tome usted la pluma i escriba lo que voi a dictarle.

Olivares obedeció:

Es mi voluntad, dictó Paulino, que toda mi fortuna pase al hospital de San Juan de Dios, el dia en que el Omnipotente se sirva mandarme la muerte.

—Nada mas, le dijo Paulino; ahora firme usted al pié i ponga una fecha atrazada de dos o tres meses a esta parte... Bien. Lo que resta hacer ahora, i para que usted se reconcilie con Juan Miranda, es que tome esas ochenta o cien onzas que tiene en el cajon, i acompañado por mí, vaya usted mismo a dejárselas a su *rancho*. ¡No me contradiga usted! le dijo Paulino con voz encolerizada, viendo que Olivares queria poner algunas excusas.

Obedeció éste como un manso cordero i se preparó a seguir a Paulino.

—Un momento aun, dijo éste tomando esa especie de testamento que habia escrito Olivares.

I despues de guardarlo en su bolsillo, dijo al patron de Juan:

—Juro a usted por la salvacion de mi alma, que aun cuando se halle rodeado por mil personas que puedan defenderlo, si usted hace el menor intento para escaparse, le atravieso el corazon con una bala. ¡En marcha!.....

CON LA VARA QUE MIDES SERÁS MEDIDO.

La travesía desde las casas de Olivares hasta la choza de Juan, la hicieron nuestros dos personajes sin cambiar una sola palabra.

Cuando llegaron a la puerta, el hacendado se detuvo como indeciso si entraria o nó.

—¿Por qué te detienes? le preguntó Paulino con agria voz.

Vaciló un poco Olivares ántes de contestar.

—¿I si este es un lazo que se me tiende? preguntó.

—¡Un lazo! esclamó Paulino lanzando una estridente carcajada. ¡Un lazo, a tí!...—Vamos, entra!.....

I al decir esto, lo tomó de un brazo i lo arrastró hasta el centro del cuarto endonde, tapado con una *manta*, estaba el cuerpo de Juan.

Paulino tiró el cobertor, e indicando el cadáver, dijo a Olivares con acento cavernoso:

—¡Hé ahí tu obra!.....

—¡Mi obra! murmuró el hacendado retrocediendo con horror. ¡Mi obra! repitió, sintiendo que se le erizaban los cabellos.

—¡Sí, infame!... Tu obra! le dijo Paulino con acento pausado.

—¡Falso! yo no lo he muerto! dijo el hacendado retrocediendo hasta la pared.

—¡Miserable! exclamó Paulino precipitándose a él i tomándolo del cuello con furor. ¿Tienes osadía para decir que tú no lo has muerto?... ¡Ven!... ponte de rodillas ante ese cadáver, i yo te probaré que eres su asesino!

Olivares, temblando, cayó de rodillas a los piés del cadáver de Juan.

—¡Con que no eres tú quien lo ha muerto! agregó Paulino con voz solemne. Oye, monstruo: ese anciano infeliz prometia, ayer aun, vivir algunos años. Para que así hubiera sucedido, no necesitaba mas que las miserables migajas que tú le proporcionabas en cambio del sudor de su frente. Pero tú, impío, le robaste primero el corto premio que tu misma madre le habia ocordado, i ayer quisiste aun arrebatarle su escaso salario. ¿Por qué has hecho esto? ¿De qué te servian a tí, hombre que ocultas tus tesoros bajo la tierra para que no te los roben, que tienes una fortuna inmensa en comparacion de lo que tenia este pobre, de qué te servian, repito, los catorce reales que quitaste a este infeliz?... El ladron que aprovecha el sueño de su víctima para apropiarse de sus bienes, i el salteador

que en la mitad de la noche sale al camino, puñal en mano, no son tan dignos de castigo como tú. Ellos tal vez roban por necesidad; tú, solo lo haces por codicia. Has formado una fortuna con el hambre de tus siervos; ¡ al guardar tus monedas, nada te ha importado que ellas estuviéran regadas con las lágrimas de una viuda! Dime, hombre rico: hombre que no has tenido jamas compasión: ¿Qué mereces tú?... ¡Habla!... quiero oír esa voz que ha sido tan imponente para ultrajar al desvalido, si tiene ahora el mismo eco para disculparse!... ¿No hayas qué contestar?

—Yo he prestado, balbuceó Olivares, a todos... a todos los que me han pedido...

—¡Has prestado! eso es! Has prestado a tus inquilinos cobrándoles un medio por peso a la semana! ¡No me habia acordado de eso! Eres usureo ¡ladron, es decir, dos veces ladron!... Pero eres un ladron a quien la justicia tolera. El amo que roba hoy un real a su peon; mañana dos a su inquilino, no tiene castigo por la lei. Al monstruo que arrebatata a uno un cuartillo, a otro un medio so pretesto de hacer el bien, la justicia lo ampara aun cuando la opinion pública lo maldiga. ¿Qué es un medio, habrás dicho tú? Sabe que un medio para un pobre, es pan para sus hijos, luz para su oscura habitacion, lumbre para sus miembros ateridos por el frio! ¡Un medio! ¡Por no tener un medio, hai mil familias que no comen! Por falta de un centavo, hai muchas personas que no tienen luz!... Pero ¿a qué decirte a tí esto?... ¿A qué decirle al que nada en la abundancia que ahí, a un paso de él, ruedan las lágri-

mas de la miseria?... ¡Olivares!... tus dias van a concluir!... Anoche, cuando ese infeliz moria de hambre i de frio, juré por mi alma i por mi honor, que tú, su matador, habias de morir aquí, regando con tu sangre esos piés que no eres digno ni aun de besar!... Si has creido en Dios, acuérdate de él!... Si no quieres perder tu alma, implora el perdon!...

Olivares, trémulo i lívido, quiso levantarse; pero Paulino se lo impidió diciéndole:

—¡No te muevas! ¡Es ahí, de rodillas como estás, como has de morir!...

—¡Perdóneme usted! le dijo juntando las manos.

El tono con que Paulino dijo esto, hizo estremecer hasta la médula de los huesos de Olivares.

—¡Perdonarte a tí! exclamó Paulino con sonrisa amarga; a tí que nunca has tenido compasion!... Tu alma ha sido de acero, tu corazon de hierro, i quieres ahora encontrar un alma de nieve que se deshaga, un corazon de cera que se ablande!... Nó; Jesucristo dijo: «con la vara que mides serás medido» i en tí se va a cumplir al pié de la letra su sentencia!...

—¡Ah! si quereis oro, señor, dijo Olivares, os daré cuanto tengo!... Pero, ... pero, salvadme la vida!... no me la quiteis!...

—I tú, ¿has tenido compasion de Juan Miranda?

—¡Pero yo no lo he muerto, señor!...

—Pero lo mató tu crueldad. Si hubieras empleado el puñal te entregaria a la justicia; pero como la justicia no castiga a los que han sido crueles en este sentido, te castigaré yo!...

—¡Tengo mucho oro! exclamó Olivares: os lo daré todo. En los cuatro rincones de mi cuarto hai un *entierro* igual al que os dije que habia bajo de mi cama. Id i sacadlo para vos. Dejadme aquí atado, amordazado, como vos querais, miéntras vais a ver que es cierto; pero no me mateis!... Prometo ser otro!... mas humano, mas bueno!...

—¡Es inútil! le dijo Paulino. Tú has llenado la medida, i quanto tiempo gastes será otro tanto tiempo que pierdes para arrepentirte. Ese oro que me ofreces, oro que ha costado el sudor i las lágrimas del pobre, servirá tambien al pobre para que se vista i se cure!... Terminemos: encomienda tu alma a Dios porque te juro que vas a morir!...

—¡Piedad!... balbuceó Olivares arrastrándose hasta los piés de Paulino.

—Al feroz tigre es necesario matarlo donde se encuentre, le replicó éste, porque de lo contrario seguirá siendo cruel i sanguinario. Tú seguirias siendo avaro impío i malvado!...

—¡Nó, nó, señor! Se lo juro por mi alma! exclamó Olivares concibiendo alguna esperanza.

—¡Seguirias quedándote con el trabajo del pobre!

—¡Nó, nó, señor!... Yo los socorreré...

--¡Seguirias burlándote de los pobres!

—¡Ah! nó, señor!...

—¡Seguirias escarneciendo a los ancianos!

--¡Ah!... nó!...

—Seguirias, en fin, robando al huérfano i a la viu-

da, i querrias volver a edificar tu fortuna sobre los suspiros i las angustias de tus hermanos!...

—¡Nó, nó, señor!... Juro que seré compasivo. .

—¡Nó, nó! te digo yo tambien, exclamó Paulino, i te juro que ahora mismo vas a morir!

—¡Vamos! agregó, sacando el machete, rojo aun con la sangre del que habia muerto en la noche próxima. ¡Vamos, prepárate a morir!...

—¡Piedad!... ¡Piedad en nombre de Jesucristo i de María! exclamó Olivares.

—¡En nombre de Jesucristo i de María, le dijo Paulino, te habrán pedido a tí mil veces un centavo, i tú lo habrás negado!... Te he dicho que te prepares, porque te juro que morirás!...

Olivares perdió la esperanza, i volvió su corazón a Dios. Toda su vida pasó a su vista en un instante, i al recordar sus mil fraudes, sus mil crueldades, tuvo horror de morir.

—¡Dejadme la vida, exclamó, i me iré a un claustro!...

Pero Paulino no lo oyó: a su vez recorría su vida i una nube de sangre empañó su vista.

El leon habia sentido el olor a la carne, i preparaba sus mandíbulas para gustarla.

—¡Sí! que mueran todos estos impíos! exclamó. Tienen corazón de fiera, i como a fieras es necesario matarlas!...

I diciendo esto, tomó a Olivares de la cabellera; i mientras levantaba el machete en el aire, le dijo:

—¡Muere, reptil!... Ve a dar cuenta a Dios de tus crímenes!...

Al decir lo último, ya el machete habia bajado ve-
loz como el rayo a sepultarse en la garganta del usu-
rero.

—¡Perdon!... alcanzó a murmurar éste, i cayó de
espaldas arrojando un raudal de sangre...

Paulino votó el machete, i cruzó los brazos quedán-
dose contemplando aquel horripilante cuadro.

LA CARIDAD DE UN CURA.

Apénas Paulino habia arrojado el puñal, cuando Matías se presentó en la puerta del aposento.

—¡El cura es un pícaro! exclamó al entrar. ¡No ha querido!...

Se interrumpió, porque en aquel instante oyó el ronco estertor de la agonía de Olivares.

—¿Qué es esto? exclamó horrorizado i retrocediendo algunos pasos al ver aquel cuerpo que se ajitaba en un charco de sangre.

—¡Esta es la justicia de Dios! le dijo Paulino con voz sombría.

—Pero, ¿i quién es ese hombre? interrogó Matías.

—¡Ese hombre era el patron de Juan Miranda!

—¡El dueño de la hacienda!...

—¡Sí, el avaro que ha tenido la culpa que muera este infeliz!

Matías se estremeció como si le hubiera dado un calofríos, i trató de ganar la puerta.

—¿Qué te ha sucedido con el cura? le preguntó Paulino.

—¡Ah!... es un hombre sin corazon!... Pero, hablemos aquí afuera!... Yo no puedo ver las agonías de ese hombre!...

—Tendrás mejor corazon que el cura i que el que tenia este miserable, le dijo Paulino siguiéndolo fuera de la choza.

—¿Qué te ha sucedido? le preguntó cuando ya estuvieron ahí.

—Se ha negado a dar sepultura de balde, porque dice que es necesario probar ante el alcalde, que ese desgraciado no tenia ningun recurso.

—¡Hé ahí un cura que debia acompañar al usurero! exclamó Paulino.

Guardó un momento de silencio i preguntó:

—¿I qué podemos hacer, al fin?

—No hai mas que llevar el dinero o un certificado de la justicia, contestó Matías.

—Dinero hai, dijo Paulino, pero preferiria arrojarlo al mar ántes que dárselo a ese cura que lo ha de emplear, estoi seguro, en satisfacer sus pasiones. Lo sepultaremos entre los dos, Matías: aquí, en el campo, en cualquiera parte. Un cadáver no es nada: un poco de inmunda tierra dentro de poco, i nada mas. Los que llaman campos santos, no son mas que unos corrales que sirven para dar plata a los curas... Vamos, en el

rancho hai una pala i un azadon i con ellos podemos hacer un hoyo...

Cuando entraron a la choza, ya el cadáver de Olivares estaba ríjido.

Matías tomó el azadon i salió con pasos precipitados. Paulino tomó la pala i lo siguió, cerrando la puerta al salir.

A unos cincuenta pasos de la habitacion de Juan Miranda, habia dos grandes olivos cuyas ramas se entrelazaban entre sí, formando una especie de arco de paz.

—¡Aquí! dijo Paulino enterrando su pala entre los dos olivos.

Matías, sin hablar una palabra, comenzó a trabajar.

Mudos los dos, sin tomar un instante de descanso, herian la tierra con ardor.

Unas cuantas tortolillas picoteaban el fruto de los olivos, miéntras una gallarda tenca, subiéndose a la rama mas elevada, llenaba el aire con suaves armonías.

Bajo los árboles, solo se oia el tis, tas!... tis, tas!... de la pala i el azadon.

—¡Basta! dijo al fin Paulino cuando ya la fosa tenia como una vara de profundidad.

Saltaron fuera del hoyo, dejaron sus instrumentos en el borde; i sin hablar una palabra, se dirijieron nuevamente a la choza.

Las tortolillas volaron, i la tenca dejó de cantar.

Se diria que aquellas inocentes aves habian querido hacer mas liviana su tarea a Paulino i a Matías.

Llegaron éstos a la choza, i el primero apartó el cadáver de Olivares a un rincon.

—¡Amortajémoslo! dijo a Matías hincándose al lado del cadáver de Juan.

Al cabo de unos diez minutos, los restos del anciano estaban cubiertos con la gruesa manta que le habia servido de cobertor.

—¡Llevémoslo! dijo Paulino tomando el cadáver de los piés.

Matías enjugó una lágrima, que el recuerdo de las bondades del anciano hizo saltar a sus ojos, i lo tomó de debajo de los brazos dirigiéndose a los olivos.

Depositaron el cadáver en el hoyo, i espontáneamente, sin invitarse uno a otro, cayeron de rodillas al borde de aquella pobre tumba.

En aquel momento la tenca principió a trinar.

¿Seria ese canto la orquesta con que iba a llegar al cielo aquella muda oracion?

¿Oiria Dios la plegaria del asesino porque iba unida a la alabanza de un pajarillo?

¡Sola o acompañada, nuestras plegarias las oye siempre Dios!

—¡Vamos! dijo Paulino empuñando la pala i tirando el primero la tierra al hoyo.

Matías lo imitó, i diez minutos despues, el cadáver de Juan Miranda habia desaparecido.

Paulino cortó una rama de olivo, hizo con ella una tosca cruz i la plantó en la removida tierra.

Se alejaron despues de esto en silencio, miéntras la tenca seguia cantando en la copa de los olivos.

—¿I dónde sepultamos a éste? preguntó Matías a Paulino indicando el cadáver de Olivares.

—Este se arroja al campo, dijo Paulino por toda contestacion

I acercándose al cadáver, comenzó a sacar el oro que Olivares se habia guardado en los bolsillos al salir.

—Toma, dijo Paulino pasándole a Matías un puñado de onzas: guarda ese dinero.

Matías hizo un jesto de repugnancia.

—Tómalo sin escrúpulo, agregó Paulino, porque está purificado por el fin a que lo vamos a destinar.

Matías tomó el dinero que aquel le pasaba, i cuando ya Paulino hubo concluido, asió el cadáver de los brazos i salió con él arrastrándolo.

—¿Le ayudo a llevarlo? le preguntó Matías aunque sin vencer su horror.

—Nó, contestó secamente Paulino.

Siguiendo una direccion enteramente contraria al lugar en que habian sepultado a Miranda, Paulino se alejó hasta doscientos pasos de la choza i arrojó el cadáver a un pequeño barranco.

—Ahora, dijo a Matías cuando se reunió a él, hablemos. ¿Qué piensas hacer?

—Lo que usted haga.

—¿Lo que yo haga!... ¡Ah! no sabes tú lo que yo pueda hacer!... Tengo hiel, mucha hiel, Matías, en el corazon!... Vale mas que me dejes solo! Tú puedes ser

aun un hombre honrado i es necesario que te apartes de mí!

—¡Imposible! le dijo Matías. La suerte que usted corra, correré yo tambien.

—¡Matías, mi buen amigo, le dijo Paulino enternecido: ¿Dices eso con todo tu corazon?

—¡Sí! con todo mi corazon! contestó el hijo de Ursula.

—¡Recuerda que yo he de ir a parar al patíbulo! le pijo Paulino.

—¡Usted recuerde, replicó él, que yo tambien estoi sentenciado a él!

—¡Tienes razon!... ¡Qué se cumpla, entónces, nuestro destino!... Tomemos lo que nos sea útil, i alejémonos de este sitio en que vivimos tranquilos i casi felices!

Cuando salieron de la choza, i ántes de tomar el camino, miraron hácia la tumba de Juan Miranda.

Una multitud de aves, atraidas por el canto de la tenca, gorjeaban saltando de rama en rama.

—Las avecillas, hermanas de los ánjeles, velarán cerca de él, dijo Paulino.

I volviéndose al punto opuesto, exclamó:

—¡Ah! mira allá; los cuervos, hermanos del demonio, vienen por el avaro!... Pronto le sacarán los ojos i la lengua i le comerán las entrañas!

Matías se estremeció al ver efectivamente una bandada de cuervos que, meciéndose en el aire, frente al lugar en que habia sido votado el cadáver de Oliva-

res, describían círculos que iban poco a poco estrechando.

—¡Alejémonos! exclamó Matías.

Paulino marchó seguido de su amigo, i al cabo de una hora se hallaban a la puerta de la posada en que habian dado pan i azúcar a Paulino.

El ventero conoció inmediatamente a su protegido i lo recibió con una afable sonrisa.

—¿Tendria usted la bondad de proporcionarme una hoja de papel, pluma i tinta? le dijo Paulino despues de cambiar con él un afectuoso saludo.

--Sí, señor; tengo de esas cosas porque, gracias a Dios, me enseñaron a hacer unos garabatos en mi niñez.

I el complaciente posadero proporcionó a Paulino cuanto necesitaba.

Escribió éste una carta al administrador del hospital en que le decía el nombre de la hacienda que Olivares donaba, i le indicaba la pieza en cuyos cuatro ángulos debia encontrarse el dinero.

Puso esta carta i la donacion bajo un mismo sobre, que pegó con una miga de pan, i llamando al ventero le dijo:

—Buen hombre: Dios premia su caridad dándole con qué vivir i hacer el bien en mas grande escala. Una persona que ha recibido de usted algunos favores, me ha encargado ponga en sus manos una pequeña suma de dinero para que usted trabaje.—Matías, agregó dirijiéndose al jóven: entrega al señor todo el dinero que traes.....

Comenzó éste á vaciar las onzas sobre una mesa, i el ventero, alorado, confundido, no sabia qué decir.

--Tenga usted la bondad, agregó Paulino poniendo la carta sobre la mesa, de hacer llegar ese papel a manos del administrador del hospital.

I ántes que el posadero volviese de su estupor, dijo a Matías:

—Vámonos pronto.

Los dos se alejaron a buen pasó sin que el ventero supiera darse cuenta aun de lo que veía.

SITUACION DESESPERADA.

Hai seres cuyo destino los arrastra al crimen de una manera fatal.

Digan lo que quieran los moralistas en pro de la idea de igualdad, los hechos se encargan diariamente de desmentirlos. Sin ser fatalistas ni partidarios de la predestinacion, debemos confesar que hai hombres que en vano luchan, que inútilmente pretenden apartarse de cierto sendero que les es forzoso seguir.

No todos los criminales lo son por su falta de buena educacion, ni todos tampoco porque sea innato en ellos el instinto del crimen. Hai muchos, muchísimos, que han obedecido a circunstancias imperiosas, i cuyo oríjen jamas investiga la sociedad ni la lei. Un hombre viola o asesina. ¿Se pregunta siquiera qué le ha inducido a hacerlo? ¿Se sabe qué clase de provocaciones recibió de la mujer, o bien, qué clase de delirio trastornó su cerebro? Si mata, ¿se sabe qué ofensa,

qué necesidad, qué trastorno mental puso en sus manos el arma homicida?

No se crea que apoyamos el crimen: nó; abogamos por el criminal. No se crea tampoco que negamos la ferocidad; lo que hacemos es dar una mirada a las mil escepciones.

Esos que matan por un vaso de aguardiente, por la sonrisa de una damisela, por la mala interpretación de una palabra; esos que matan ayudados por la noche, vomitados por una caverna, i que junto con el puñal del asesino cargan el naipe del jugador; esos que matan sin estremecerse, que recuerdan su crimen sin horrorizarse; esos i el que asalta al viajero: esos i el que mata a un niño indefenso, no son criminales: son ignorantes. La lei les da caza como a fieras, i como a fieras las encierra o las extermina. Con eso cree haberlo hecho todo. Pero no, decimos mal: cuando se limita a encerrarlos, les enseña a leer i a trabajar. ¡Gracias por esos infelices!

Pero la justicia está mui léjos de haber cumplido, medianamente siquiera, con su obligacion. Un presidio, una cárcel penitenciaria, al mismo tiempo que un taller, debia ser una escuela de moral.

El hombre necesita, ante todo, conocer sus deberes de hombre: lo demas lo adquirirá como un complemento de lo primero.

Pero, no moralicemos, cuando ya tan poco espacio nos queda para concluir, i volvamos a nuestra narracion.

Paulino i Matías se alejaron de la venta sin direc-

cion fija, i sin hablar el uno con el otro ni una palabra. No tenian qué decirse, porque hai momentos en la vida en que las palabras serian nada para espresar lo que siente el corazon. Siguiendo la ancha calle que une la cañadilla con el camino de San Felipe, nuestros dos personajes marcharon por ella hasta que el sol estaba próximo a ocultarse en su ocaso.

A esa hora, Paulino se dejó caer, mas bien que se sentó en una gran piedra, i exclamó:

—¡Estoi mui cansado!...

—¡I yo tengo hambre!... dijo Matías.

—¡Tienes razon! replicó Paulino; hace mas de veinticuatro horas que no comemos!

Calló un instante, i luego agregó:

—¿No te parece, Matías, que hemos hecho bien no reservándonos nada del dinero de Olivares?

—Sí, dijo Matías; pero miétras tanto, no tenemos qué comer.

—¡Cierto! dijo Paulino quedándose pensativo.

Pasó como un cuarto de hora sin que ninguno volviera a hablar.

En aquel momento asomaron en un extremo del camino unas cuantas carretas cargadas de cecinas, guiadas por otros tantos peones. Los carreteros, o entonaban una cancion, o devoraban con soberano apetito un gran pan.

—¡Oh! si tuviéramos siquiera uno de esos panes! dijo Matías.

—Si lo tuviéramos, no nos moriríamos de hambre! agregó Paulino.

—¿I es posible que un hombre se deje morir de hambre? preguntó Matías con amargura.

Paulino no contestó.

Los carreteros seguían avanzando, i llegaban en aquel momento frente a los jóvenes.

—Luego será la noche, i por aquí no tendremos ni donde comer, ni donde dormir, dijo Matías.

Paulino se levantó, i con paso resuelto se acercó a los carreteros.

—Amigos, les dijo. ¿Tienen ustedes un pedazo de pan que darnos? Tenemos hambre.

—De no darle *déste*, dijo uno, mostrando un trozo del que sacaba rebanadas para comer. Como ya vamos a llegar mañana a la *ciudáa*, nos hemos *comío toita* nuestra racion.

—Gracias, le dijo Paulino; usted tiene buen corazon, amigo, i aunque nada me dé, se lo agradezco. Si al ménos les fuera posible llevarnos en la carreta, nos harian un gran favor.....

—¡Psch! eso a quién le cuesta, dijo el carretero; monte *usté nomas* i su compañero tambien. Nosotros no llegamos hasta la *ciudáa* esta noche; pero vamos a dormir a la *posáa* del Traro para llegar mañana *dialvita* a Santiago.

—Bien, amigo: hasta esa posada los acompañaremos, replicó Paulino.

I llamando a Matías, le dijo:

—Volvámonos a la ciudad: aquí nos moriríamos de hambre i de frio esta noche.

—Volvámonos, pues, contestó Matías del mismo modo que habria dicho: matémonos.

El hombre que tiene hambre, mucho hambre, está dispuesto a todo.

Como si el infortunio hubiera querido burlarse de ellos, cuando llegaron a la posada, varias personas cenaban una apetitosa *cazuela*.

Paulino i Matías comenzaron a sentir que les dolía el estómago i que se les daba vuelta la cabeza.

—¿Nos dejaremos morir de hambre? preguntó el último al primero.

—¡Yo no volveré a pedir! dijo Paulino; me cuesta mucho el hacerlo.

Se habian sentado bajo una carreta, i desde ahí observaban a los felices que tenian qué comer.

Cuando éstos habian concluido, Paulino i Matías vieron que uno de los de la mesa sacó una bolsa de seda lacre, i de ella una moneda para pagar al posadero. Hasta los oidos de aquellos desgraciados, llegó el sonido de algunas onzas de oro que chocaron entre sí.

Paulino i Matías se miraron, i como si ambos hubieran tenido una misma i criminal idea, bajaron la vista avergonzados.

El de las onzas acomodó una cama con pellones debajo de una enramada, i se acostó.

Los carreteros i los demas de la posada, se acostaron tambien un instante despues.

—¡Quédate tú aquí, que yo me voi a dormir bajo esa otra carreta! dijo Paulino a su compañero.

Matías quedó solo.

EL PRIMER PASO.

Una media hora despues, reinaba un silencio absoluto, i una débil luz de la luna en menguante, alumbraba la posada.

Los bueyes, sujetos por un látigo al pértigo de las carretas, comian su racion de paja.

--¡Hasta los animales tienen qué comer! exclamó Matías.

Pasó aun como un cuarto de hora. El hambre seguia aumentando, i le era imposible dormir.

—¡Mañana tampoco tendremos qué comer!... volvió a decir Matías.

Hecha esta reflexion, se enderezó un poco i pareció meditar.

—¡Sí, se dijo; lo haré!...

I al, decir esto, comenzó a deslizarse fuera de la carreta.

Con la vista fija en el hombre que poseia las onzas, reprimiendo la respiracion, marchó a gatas hasta llegar cerca de él.

Pero en aquel instante se detuvo.

—¡Paulino! exclamó Matías, levantándose de un salto al ver a su compañero que llegaba al mismo tiempo i al mismo lugar que él.

—¡Chit! le dijo éste llevando vivamente el índice de su derecha a los labios.

El dueño del dinero habia lanzado un sonoro ronquido como si fuera a despertar, i ambos se quedaron inmóviles contemplándolo.

Pasado un momento, volvió a roncar.

Paulino se inclinó i metió una de sus manos bajo una enjalma que servia de almohada al dormido, i sacó un gran puñal que pasó a Matías.

Recibiólo éste temblando de emocion, mientras Paulino volvía a entrar la mano para sacarla esta vez con la bolsa de ceda lacre que contenía el dinero.

—¡Vámonos! dijo a Matías con voz recatada.

Se alejaron en silencio de la posada, i llegaron al amanecer a los suburbios de la ciudad.

¡Aquel día, comieron por la primera vez el pan del crimen.!

¡Tenian hambre!.....

.....

Seria inútil que siguiéramos paso a paso a estos desgraciados. Bástenos decir, que el primer paso es solo el que cuesta, i que desde aquel día Paulino i Matías se hicieron verdaderos salteadores de camino.

Lo único en que se diferenciaban de los muchos que en esa época seguían la misma carrera, era en que ellos solo robaban o salteaban cuando tenían necesidad, i que Paulino trataba de evitar siempre que se derramara sangre. A mas, si encontraba algunos pobres, los socorria.

Siguiendo su vida aventurera, escondiéndose hoy en un monte, mañana en un potrero, no tardaron en hallar hasta tres Vagabundos que se empeñaron en acompañarlos. En estas circunstancias, sus depredaciones fueron haciéndose notables, i la autoridad quiso tomar de su cuenta el perseguir a los criminales. Efectivamente, despues de un salteo que dió a Paulino i los suyos un buen botin, se armó una partida de diez hombres a las órdenes de un juez, i salieron en persecusion de los salteadores.

Pero Paulino tuvo aviso oportuno, i levantó su pequeña tropa i fué internándose poco a poco hácia la cordillera.

Una noche que marchaban con una luna espléndida, oyeron de improviso la voz de "alto," i siete hombres bien montados los rodearon en un instante.

—¿Qué quereis? les preguntó Paulino con entereza.

—Todo el dinero i todo lo bueno que lleveis, contestó el que parecia jefe de la nueva partida.

—¿Sois el capitan? le preguntó Paulino.

—Sí, ¿por qué?

—Porque yo tambien lo soi, i en lugar de que toda nuestra jente se mate una con otra, podiamos los dos

solos decidir la cuestion, i aquel que venciese tomaria el mando de todos.

—¡Sí! mui bien dicho! dijeron varios. No hai para qué nos matemos si somos hermanos de oficio.

—¡Aceptado! dijo el nuevo capitán sacando un gran puñal i arremetiendo a Paulino con valor.

Los hombres de una i otra partida se colocaron a derecha e izquierda del camino para presenciar la lucha, i los competidores clavaron las espuelas en los hijares de sus caballos.

Ambos eran valientes: ambos manejaban el caballo i el puñal con increíble maestría; pero desde un principio se notó que el contrario de Paulino necesitaba retroceder o desviar el cuerpo para evitar los golpes, mientras que a éste le bastaba su puñal que le servia de impenetrable escudo.

—Si quieres vivir, dijo Paulino, te doi mi mano i seremos amigos. Trabajaremos juntos i serás al teniente de toda la compañía.

El bandido no contestó, porque tenia esperanzas de aprovechar algun descuido de Paulino para atravesarlo con su puñal.

—Pues bien, le dijo éste; para que veas que no me gusta matar por matar, te desarmaré i te aturdiré de un golpe para que conozcas que no eres capaz de combatir conmigo.

Diciendo esto, a la primera puñalada que le dirigió el bandido, en vez de presentarle su puñal como escudo, le dió con él un golpe tan fuerte en la mano, que

lo hizo botar el arma. Incontinenti, le dió otro golpe en la cabeza que lo hizo caer desatentado.

—No es nada, dijo Paulino; le he dado de plan, tanto en la mano como en la cabeza, i volverá en sí ántes de una hora. Uno de ustedes atiéndalo i póngalo a la grupa de su caballo.

Dos de los contrarios se apresuraron a obedecer a Paulino.

—¿Me reconocéis por capitán? preguntó éste cuando se hubo restablecido el orden.

—¡Sí!... ¡Viva nuestro nuevo Capitán! exclamaron los vencidos.

—Pues bien, les dijo Paulino, hé aquí mi lei: «quitar al rico i dar al pobre». Tiene pena de la vida quien no la cumpla.

Ahora, en marcha, porque viene una compañía en nuestro perseguiamiento!

La carabana, compuesta ya de doce individuos se puso en marcha en el mejor orden.

UNO EN EL CLAVO I CIENTO EN LA HERRADURA.

Si no se tuviera conocimiento del carácter i de las costumbres de esa jente que se habitua a vivir de lo ajeno, podria dudarse de hechos como el que hemos presentado en el capítulo anterior.

Pero se sabe que entre los bandidos, el valor constituye el mérito, i que ellos están prontos a rendir homenaje al que se presenta mas valiente i mas audaz.

Seguiremos por un instante a Paulino, ántes de dar cuenta de otras escenas tal vez de mayor interes.

La partida, compuesta ya de un número respetable de individuos, siguió marchando toda la noche, i a la mañana siguiente, acampó en uno de los muchos bosques que en aquellos tiempos poblaban nuestro suelo.

El capitán vencido volvió en sí, i reconoció por su jefe a Paulino, aceptando el grado de teniente que és-

te le señaló. Como el dinero i las provisiones con que contaban apénas les habria alcanzado para unos pocos dias, se reunieron en consejo i acordaron volver a las inmediaciones de Santiago i *hacer frente* a la partida que los perseguia.

Paulino fué uno de los mas entusiastas en este proyecto, porque le halagaba la idea de batir a *esa justicia* a quien le debia todas sus desgracias.

Durante los dias de marcha, o mas bien, continuamente, llamaba la atencion de todos los bandidos el que su capitan pasase sumido en una melancolía profunda. No hablaba con nadie, sino cuando era absolutamente preciso; marchaba siempre solo, i cuando se detenian a descansar, elejia los sitios mas solitarios. Muchas veces sus súbditos notaron que, cuando regresaba, traia los ojos rodeados de un círculo lacre como si hubiese llorado.

No se engañaban los que tal creian. Paulino, el hombre que desafiaba la muerte con impavidez; el hombre que presenciaba las agonías de un moribundo sin estremecerse, sentia sin embargo, temblar su corazon al solo contacto de un recuerdo.

Virginia, aquella mujer a quien habia dedicado un templo en su alma: Virginia, la esposa inmaculada a quien acariciaba tantos años con su pensamiento; se presentaba noche i dia a su recuerdo, ora como la esperanza dulce que minorra los sinsabores del infeliz, ora como el bien imposible que aumenta la desesperacion del desgraciado.

Verla una vez mas, siquiera, se decia; ver aquellos

ojos que hacian la delicia de su alma, i morir: hé ahí todo lo que ambicionaba. Porque Virginia, murmuraba con labio trémulo i pupilas preñadas de lágrimas, porque Virginia, por miserable que yo sea, tendrá para mí una lágrima de compasion. Nó, ella no me despreciará, por criminal que yo sea. Llorará mi desventura, la desventura del esposo que ella habia elegido!

I cada vez que Paulino se decia estas u otras cosas, lloraba como el niño que ha perdido su mas amado juguete.

Pero el llanto en el niño es mui distinto. A veces puede compararse a una fuente que arroja las aguas que tiene de mas; otras a una música que suena porque la hiere el aire, i las mas, a una máquina que suena porque suena. Es llanto en que figuran siempre los ojos, i mui rara vez se interesa el corazon.

En el hombre es distinto: las lágrimas que suben hasta sus ojos, se han cristalizado en su pecho; i la bomba que los eleva hasta ellos, es el profundo dolor. Pocas veces llora el hombre; pero cuando llora, credlo, no llora lágrimas: llora pedazos del corazon.

No era otra cosa lo que sucedia a Paulino: sus sufrimientos no servian mas que para hacerle cada dia mas insoportable i amarga la vida, i para hacerlo sentir mayor aversion a la humanidad.

Impulsado por el deseo de la venganza, no esperé ser agredido por los que lo perseguian, sino que los buscó él, i de tal manera supo comunicar valor a su jente, que cuando llegaron a las manos los desbarataron por completo.

Desde ese dia Paulino quiso lanzar un reto a la justicia, i ordenó a sus súbditos que cuanto hiciesen lo hicieran en su nombre, diciendo que él era Paulino Salas el que habia arrollado a toda una compañía de hombres en la calle de las Cenizas.

Llevando su arrojo hasta la temeridad, i mas que todo, por ver si obtenia algunas noticias de Virginia, sentó sus reales a inmediaciones de la capital, i de ahí habia nacido la prodijiosa fama que su nombre principiaba a adquirir.

De este modo pasó el tiempo, sin que le fuera posible saber el paradero de Virginia, i mucho ménos que su nombre habia llegado ya hasta el palacio del presidente, i que el doctor Rózas se habia encargado de buscarlo.

Pero así como los esfuerzos de Paulino para hallar a Virginia habian de ser infructuosos por largo tiempo, así tambien los de Rózas habian de serlo para encontrar a Paulino.

Intertanto, los asuntos políticos ocupaban cada dia mas sériamente al doctor.

La semilla que él habia plantado, principiaba a dar robustos frutos, i las modestas sesiones en casa del doctor Cámos, producian ya una agitacion en toda la capital.

Todo parece que favorecia los proyectos de Rózas. Las noticias que llegaban de España, no podian ser mas favorables para trastornar los ánimos i desarraigat profundas creencias. La caida del desacreditado Cárlos IV, la elevacion de su hijo Fernando VII, i luego lá

prision i renuncia de este último, con todas las escandalosas escenas a que estos trastornos dieron lugar.

Estas noticias, por una parte, i por la otra el descontento con que se miraba el gobierno de Carrasco, hacia que la propaganda de Rózas tomase proporciones alarmantes. Relacionado el doctor con algunos partidarios de las mismas ideas que vivian en Buenos Aires, hacia traer de allá gran número de proclamas en que se hacia conocer los deberes de todo ciudadano i se hablaba casi abiertamente de la necesidad de la independencia.

Los partidarios del rei i de la monarquía, alarmados por el entusiasmo con que se acogia estas ideas, i por el calor con que se debatian, no ya en privado sino en las calles i plazas, comenzaron a poner en conocimiento de Carrasco lo que pensaba; pero éste que no veia ni oia sino por los ojos i los oidos del doctor Rózas, ni veia ni oia otra cosa que lo que éste queria dejarle ver i oír.

Pero tantas fueron las delaciones, tantos los denuncios, que al fin el bueno del presidente tuvo que prestar alguna atencion a lo que pasaba cerca de sí; mas si se resolvió a esto, fué porque un señor don Silvestre Ochagavía, contador de la casa de moneda, i un señor don N. Erigoyen, le presentaron ellos mismos algunas proclamas i pasquines llegados de Buenos Aires.

Carrasco, que en este momento no tenia al doctor Rózas a su lado para consultarse, quiso dar una prueba de su actividad i celo por el servicio del rei, i sin per-

der un instante escribió una nota al virei de Buenos Aires adjuntándole los pasquines para que él buscara allá a los autores.

Satisfecho i enorgullecido con haber dado un paso que debía a su solo talento, Carrasco creyó que con esto habia sofocado ya todo jérmen de insurreccion i volvió a su inercia, hasta un dia en que recibió una carta anónima que le produjo gran desasociago. Mandó llamar al doctor Rózas, i apénas éste se presentó en la sala, le dijo:

—Lea, doctor; esto ya pasa de marca.

Rózas tomó la carta i la leyó sin inmutarse.

—¿Qué le parece, doctor? le preguntó Carrasco.

—Que V. E. no debe dar crédito a cosas que se le denuncian bajo el anónimo.

—Bien está; pero ahí tiene usted mil cosas que son verdaderas, o al ménos, que si no lo son se aproximan mucho a la realidad. Ahí se dice que el Cabildo es una verdadera contienda; que las máximas que se sostienen i las ideas que se proponen, tienden a debilitar el poder del Rei nuestro Señor, i que si no fuese porque hai algunos buenos i leales, quién sabe a donde habríamos ido a parar. Ya esto se me habia dicho, doctor, i está confirmado con el empeño i el trabajo que se toman los Cabildantes. Usted sabe que no bastándoles las sesiones del dia, tienen sesion todas las noches. ¿De dónde les ha salido tal actividad, cuando ántes ese cuerpo solo se reunia cuando iba a haber alguna procesion?

—Eso no es una prueba, señor, le dijo Rózas. El

Cabildo no conocia ántes sus obligaciones, i notando esto mismo V. E. recordará que quiso darle vida i animacion, nombrando otros doce nuevos rejidores. Lo que sucede, pues, no es otra cosa que lo que ha querido S. E. que suceda. El Cabildo trabaja para el progreso del país, i el país deberá a V. E. los adelantos que obtenga, puesto que le debe el que haya rejidores entusiastas e ilustrados.

Carrasco se acomodó en la silla con gran satisfaccion, pues aunque recordaba que la idea de aumentar el Cabildo era de Rózas, creyó que éste lo habria olvidado, i por lo tanto que él merecia los honores.

—¡Tiene usted razon! dijo acentuando sus palabras con una vénia. ¿I qué piensa usted de esas reuniones en que esa carta dice que toma parte lo principal de Santiago?

—Que yo he asistido muchas veces a ellas i sé de lo que se trata.

—¿Es posible? interrogó Carrasco con gran interes.

—Sí, señor. Se habla de los sucesos de España, de lo que convendria hacer en estos reinos, i sobre todo, de la agitacion que se nota en Buenos Aires.

—¿I qué dicen que convendria hacer aquí, doctor? preguntó Carrasco deseando sorprender alguna idea buena para llevarla a cabo.

—¡Oh! cada uno habla lo que se le antoja, i muchos son de opinion que nada convendria mas que mantener a V. E. en la silla presidencial, cualquiera que sean las resultas i las órdenes que vengan de España.

—¡Oh! ¡Oh! exclamó Carrasco en extremo complacido; pero aquí se habla de independencía absoluta, de renegar del rei, i de la España.....

—Eso no puede ser sino una falsa interpretacion que se ha dado a lo que he dicho a V. E., pues cuando se dijo eso, álguien observó que seria desobedecer al rei, i otro dijo que se hablaba solo de autoridades que no fuesen debidamente constituidas i sancionadas por la voluntad de los pueblos.

—¡Sí, por la voluntad de los pueblos! repitió como un eco el presidente, sin advertir que aquellas palabras eran ya el grito de REPUBLICA.

Este diálogo se prolongó bastante tiempo aun, i el doctor, con su sagacidad, halló medio de desterrar por completo los temores de Carrasco sin negar nada i por el contrario, dándole casi claramente a conocer lo que se esperaba.

Conjurado el peligro, Rózas se guardó la carta porque creyó conocer la letra, i desde ese dia él i sus amigos continuaron la propaganda con tezon. Bien pronto un nuevo desacierto de Carrasco vino a cimentar las probabilidades de buen éxito que esperaban.

Como todo comercio que no fuese con España estaba prohibido por las leyes de indias, algunos buques ingleses solian traer a nuestras costas varios artículos para venderlos de contrabando. Uno de los buques mas conocidos, era el *Scorpion*, cuyo capitan, Mr Tristan Bunker, estaba acreditado en el comercio por su mucha integridad.

Algunos hombres de mala fe, apoyados por Carras-

co, contrataron con el capitán un fuerte cargamento, i cuando se iba a efectuar el desembarco, una partida de facinerosos, mandados de antemano por el presidente i sus satélites, degollaron al bueno i confiado capitán, apresaron a la tripulación, i saquearon el buque, declarándolo presa del reino.

Este horroroso crimen se supo bien pronto en todo Chile, i como por la lei de indias debia repartirse el botin, no solo entre los que habian tomado parte en la captura, sino tambien entre los empleados superiores del reino, se procedió a la tasacion que ascendió a quinientos ochenta mil pesos, de los cuales al doctor Rózas como a Asesor particular del Presidente, tocaron ochenta mil.

Aun los mismos beneficiados, no pudieron ménos de censurar este bárbaro crimen, i fué tal la repugnancia que manifestaron algunos chilenos, que no quisieron admitir ese dinero manchado por la ferocidad i la mala fe.

UMA PRUEBA BRUTAL.

Esta serie de acontecimientos habian tenido lugar en el estado político del reino, sin que ellos fueran bastante para distraer a Rózas de los que se relacionaban con Virginia i Gabriela.

Durante varios viérnes consecutivos, el doctor habia asistido a casa de don Anjel, i todas las veces frai Melchor habia quedado en ridículo i derrotado.

El fraile, rabioso al ver que Gabriela solo obedecia a la voz del doctor, declaró en el último viérnes que aquello era una farsa, i que en lo sucesivo no volveria a emplear sus conjuros, pues estaba probado que Gabriela i el doctor lo que deseaban era burlarse de la relijion.

Rózas habia tolerado ya muchas insolencias a frai Melchor, nada mas que por evitar un escándalo; pero esta vez no quiso, por amor a la verdad, desentenderse de aquello.

—Frai Melchor, le dijo cerrándole el paso porque el padre habia tomado su sombrero para irse; ¡Frai Melchor! quien ha querido sostener una farsa, es usted!...

—¡Yo! exclamó el reverendo tersiando su manteo. ¿De qué manera, caballero?

—Tratando de hacer consentir que lo que tiene esta jóven no es una enfermedad natural. ¡Usted dice ahora que es una farsa, ¡no lo decia ántes cuando Gabriela obedecia sus órdenes!... Siempre se ha hecho lo mismo. Ustedes aceptan todas las maravillas, con tal que el vulgo crea que son milagros; pero niegan toda cosa extraordinaria, cuando no está de por medio un santo o un jiron de sotana. Usted ha sostenido aquí, delante de muchos de los que me escuchan, que Gabriela estaba endemoniada i que usted la sanaba con solo ordenárselo en nombre de Dios. ¡bien: ¿qué se ha hecho ese poder? Todos son testigos de que yo no vengo aquí sino los viérnes en la noche; todos son testigos de que no ¡cambio con Gabriela una palabra ántes ni despues de su estado de lucidez. ¿Dónde está la farsa, reverendo padre?

—En que ella aparenta, estoi seguro, esa especie de síncope o sonambulismo.

—¿I ántes cree usted que no lo aparentaba? le preguntó el doctor.

—Eso no puedo saberlo yo. Pero para convencerme de que está insensible, i como ella lo ha dicho, ajena a todo lo que no dimane de usted, yo haria una prueba.

—¿Qué prueba? le preguntó el doctor.

—No puedo decirla, porque se prepararia a recibirla. Solo me acercaré un instante a ella.

—Si es así, hágala usted, le dijo Rózas.

—¡Oh! usted i todos van a ver la farsa! exclamó frai Melchor sonriendo con orgullo.

Dejó su sombrero, se acomodó la capa, i se acercó a Gabriela.

La jóven estaba sentada en el centro de la sala, con los ojos cerrados, la cabeza apoyada en el respaldo de la silla, i con los brazos en una actitud de gracioso abandono.

Frai Melchor se acercó a ella i pareció tocarle apenas el brazo con su mano derecha.

El doctor Rózas creyó adivinar lo que hacia el padre, i a tiempo que éste retrocedia admirado, él le dijo:

—¿Qué hace usted?

Pero como frai Melchor no le contestara, Rózas se precipitó al lado de Gabriela, la tomó del brazo que le habia tocado el padre, i se lo examinó con cuidado.

—¡Hombre cruel! exclamó el doctor dirijiéndose al padre: ¿qué has hecho?

I volviéndose a los circunstantes, les dijo con acento lleno de indignacion:

—¡Miren ustedes lo que hace un ministro de Dios! Ha clavado un alfiler en el brazo de esta infeliz!...

Un murmullo de reprobacion corrió por toda la sala miéntras el doctor, despues de algunos esfuerzos, logró arrancar del brazo de la jóven uno de esos grandes alfileres, que por primera vez habian llegado a Chile.

—Yo necesitaba convencerme de la verdad, dijo Frai Melchor para disculparse.

—¡I bien! ya se ha convencido usted! le dijo Ró-

zas. Usted ha visto que no ha hecho el menor movimiento, lo que prueba su absoluta insensibilidad. Ahora, por mi parte, yo voi a decir a ustedes, caballeros, lo que ha reducido a tal estado a esta pobre jóven. Se tenia un gran empeño en hacerla profesar; i como ella no quisiese, la abadesa pretendió hacerla obedecer por medio del terror. Para conseguirlo, la encerró en un claustro apartado, i ahí principió un juego que, si no causara indignacion, pareceria ridículo. Gabriela sentia golpes, pasos, voces; veia fantasmas apénas cerraba la noche, i jamas pudo descubrir de donde provenian. Creyó que eran ánimas o diablos, i de ahí vino que todas las noches, en fuerza del miedo, pasara desmayada. Pero como ni aun así consiguiera la monja su objeto, aumentaron sus intrigas de tal modo, que aun la persona mas valiente i despreocupada habria sentido pavor.

El doctor citó varias de las escenas que ya se conocen, i concluyó diciendo:

—Las letras de fuego que solo alumbraban en la oscuridad, eran hechas con una composicion azufrada: la bulla de fierros i otras cosas que caian en el mismo aposento de Gabriela, eran objetos que dejaban caer desde el techo atados con un cordel para recojerlos en seguida. Lo que la compañera de esta jóven vió que se arrastraba por el patio, no era otra cosa que un gran canasto atado tambien por cordeles que manejaban desde el tejado; i por fin, las fantasmas que huyeron i se ocultaron i desaparecieron en una pieza, no eran otros que el sacristan i un ayudante, los cua'es

habian venido por entre el techo i los cielos de la pieza, i sacando una tabla, se habian dejado caer. Cuando la valerosa jóven llegó a la pieza ya ellos habian tenido tiempo de subir, recoger la escala i colocar la tabla en su lugar.

Esto último que dijo el doctor no estrañó a ninguno de los circunstantes, pues en aquel tiempo el entablado de las piezas se hacia colocando la madera sobre las vigas, como aun puede verse en algunas construcciones antiguas.

—Ya veis, continuó Rózas, las pérfidas maquinaciones que han venido a trastornar la naturaleza débil i sensible de esta jóven; i para que no creais que lo que he dicho es una suposicion mia, os diré que quien me ha comunicado esto, a fuerza de pagarle mui bien, es el mismo sacristan de las monjas, a quien tengo, desde el dia en que me hizo esta revelacion, a mi servicio.

Frai Melchor, que estaba mordiéndose los labios miéntras hablaba Rózas, exclamó con aire de triunfo i sonrisa maliciosa:

—¡Ahora lo comprendo todo!

—¿I qué comprende usted? le dijo Rózas.

—¡Que el interes del premio, ha hecho decir al sacristan lo que no ha existido!

—¡No todos mienten, frai Melchor! exclamó el doctor conteniendo apénas su indignacion.

El fraile iba a replicar, sin duda exaltadamente, pero comprendió que mas ganaba haciéndose la víctima.

—Mi carácter sacerdotal, dijo, inclinando la cabeza con finjida humildad, me impide continuar esta discusion. I así, caballeros, me permitiréis que me retire.

Al decir esto, saludó a todos i se alejó oprimiéndose el corazon para sofocar la ira que lo ahogaba.

Miéntras tanto, Gabriela habia vuelto en sí, es decir, a su habitual i tranquila demencia.

El doctor se acercó a ella, la miró largo rato con ternura i le dijo al fin:

—¿Quiere usted continuar respondiendo a mis preguntas?

Gabriela no contestó ni hizo el menor movimiento que indicara que habia oido.

—¿Cómo puede creerse, dijo Rózas, que este ángel finja el estado en que la hemos visto? Observen ustedes como ahora siente la herida que con el alfiler la hizo frai Melchor.

Eféctivamente, Gabriela se miraba el brazo con atencion, pasaba los dedos por sobre la pequeña herida, i manifestaba en su semblante una sensacion de dolor.

Los circunstantes, en su mayor parte, no pudieron ménos de confesar que Rózas tenia razon, el cual, no teniendo ya otra cosa que hacer ahí, se retiró para ir a palacio a donde lo esperaban sucesos que estaba mui léjos de sospechar.

CONTRARIEDADES ALARMANTES.

Después del terrible hecho de la toma de la *Scorpion*, Carrasco había continuado despretijiándose con medidas arbitrarias que le alejaban mas i mas el afecto de sus gobernados. Estas medidas habían sido: primera el querer nombrar a viva fuerza al doctor Cármos asesor del gobierno, cuando aun tenia ese puesto el señor Pedro Diaz Valdez; i segunda, el proceder del mismo modo, atropellando los derechos del Cabildo eclesiástico, para nombrar vicario capitular del obispado de Santiago, al canónigo don José Santiago Rodríguez.

Este último nombramiento, sobre todo, debía ser mal mirado aun por Rózas i sus amigos, pues el canónigo era decidido partidario de la monarquía; i si el doctor no se opuso a él, fué porque vió que ello serviría para hacer mas odiosa la administracion de un gobierno que daba a cada paso muestras de su insuficiencia a la par que de su tenacidad, cosa mui comun a toda alma débil i mezquina cuando se ve elevada al poder.

El doctor, luego que salió de la casa de don Anjel,

en vez de irse a palacio se dirigió a casa de Virginia para consolarla i darle valor en sus desgracias.

En la vida azarosa que llevaba el doctor, nada mas dulce para él que los momentos que pasaba al lado de aquella jóven cuya alma era tan pura como la de los ángeles.

Distraerla, hacerla reir i olvidar por algunos instantes siquiera sus dolores, era para él lo mas satisfactorio que podia obtener.

Siempre lo conseguia: el hombre sério se hacia chistoso; el hombre que momentos ántes hablaba en una reunion política electrizando i haciendo brotar el fuego del amor a la patria en el corazon de sus oyentes, al lado de Virginia se hacia jocosos i jugueton.

Virginia sentia alejarse sus penas con la presencia de Rózas, así como él sentia disminuirse sus años con la presencia de Virginia.

El buen Ciriaco asistia casi siempre a estas visitas; i aunque sentia traspasado el corazon, reia para alegrar a Virginia, i estrechaba con reconocimiento la mano del doctor porque éste la consolaba.

En la noche a que nos referimos, Rózas contó a Virginia el estado en que se hallaba Gabriela; i como aquella le manifestase los ardientes deseos que tenia de verla, él le prometió que iba a ocuparse de ello a fin de que satisfaciese sus deseos.

A eso de las diez de la noche, el doctor se despidió de la jóven, i miéntras llegaba a palacio, se ocupó de pensar en ella.

Se dirijia ya a su pieza sin apartar su imaginacion

de tan grato recuerdo, cuando se le acercó uno de los soldados de la guardia diciéndole:

—El señor presidente encargó que a la hora que usted llegase, tuviera a bien pasar a su despacho.

Rózas pasó en el acto a las piezas de Carrasco, i lo encontró atariadísimo escribiendo.

—Doctor, le dijo éste apénas lo vió; tengo noticias de mucho interes que comunicarle. Ha llegado un correo de gabinete con pliegos de la señora princesa del Brasil en que nos recomienda el celo i la mayor actividad para que conservemos estos reinos a nuestro cautivo soberano. Lea usted: la digna señora conmueve el corazon, i sus palabras llegan mui a tiempo para calmar la efervescencia que hai en los ánimos, i dar aliento a los que están acobardados por lo que sucede.

El doctor tomó algunos pliegos que le pasaba Carrasco, i los leyó sin inmutarse.

—Aquí veo yo algo mas, dijo cuando hubo concluido. La princesa Carlota da claramente a conocer sus pretensiones de ser nombrada soberana de estos reinos, en caso que su hermano Fernando VII no reconquiste la corona.

—Sí, hai algo de eso, replicó Carrasco; pero ella no hace ver mas que sus derechos lejítimos, i creo que nosotros estamos en la obligacion de conservar a la familia real lo que a ella le pertenece por derecho divino. ¿No le parece a usted lójico, doctor? agregó mui complacido de haber dado a conocer de una manera tan clara su opinion.

—Yo creo, señor, le dijo Rózas, que a quien debe.

mos obediencia es solo a Fernando VII; i que si éste no se ciñe la corona, nosotros no debemos obedecer a quien sin título alguno demande nuestro vasallaje.

Carrasco alegó algunas otras razones que no quiso Rózas contradecir abiertamente, tanto porque creyó el mensaje de la princesa de ninguna importancia, como porque defendiendo sus ideas podia descubrir sus ambiciones.

Pero al cabo de algunos dias, el doctor se alarmó sériamente cuando supo que las personas mas influyentes de la capital habian recibido tambien cartas de la princesa, i cuando vió que se levantaba un nuevo partido que dieron en llamar *Carlotino*. A mas, Carrasco habia tomado tan a lo serio la recomendacion de la princesa, que ofició a todas las autoridades del reino manifestándoles la necesidad de conservar entre sus súbditos el amor al monarca; i no contento con esto, decretó novenas, procesiones i rogativas para que el cautivo rei saliera pronto en libertad.

Con este aparato, los sacerdotes partidarios de la monarquía, que eran los mas, comenzaron a predicar en contra de los herejes que negaban el poder divino de los reyes i trataban de comprometer al reino en una guerra terrible i funesta. El fanatismo no necesitaba de tanto para plegarse a la bandera de la ignorancia; i las ideas que con tanto éxito habian principiado a jerminalar, comenzaron de repente a desaparecer.

De aquí nació que el doctor Rózas i todos sus adeptos, al ver el terreno que perdian, redoblaron sus es-

fuerzos, que no sirvieron sino para aumentar mas i mas la exaltacion de los ánimos.

El doctor se entristecia al ver desmoronarse el edificio que tan cariñosa i entusiastamente habia construido; i a ser otro ménos animoso, habria abandonado aquella jigantezca empresa. A mas del desaliento que las procesiones i rogativas habia introducido en sus filas, Rózas sentia otros golpes que una mano hábil pero oculta dirijia a él i a sus pretensiones.

Carrasco recibia continuamente cartas anónimas en que le descubrian todos los planes que acordaban entre Rózas i los principales del partido. ¿Quién podia traicionarlos? Rózas estaba segurísimo de todos sus compañeros, i ni por un instante admitió la idea de que naciese de ellos la traicion. A mas, junto con esos denuncios, Carrasco recibia consejos mui hábiles i que manifestaban la intelijencia del que los daba. Entre otros muchos, recibió el de fortificar el cerrito de Santa Lucía, i preparar el ejército para una séria defensa en caso de que fuese atacado. Por fortuna, el influjo de Rózas ante el gobernador no habia decaido, i éste era el primero en mostrarle los anónimos i consultarle sobre lo que debia hacer.

No podia negarse que la situacion se complicaba dia por dia.

El virei del Perú i de Buenos Aires, la princesa del Brasil, i la Junta nombrada en España para gobernar durante el cautiverio de Fernando, todos a una aconsejaban al gobernador de Chile, proponiéndole cada cual las medidas que creian mas acertadas para la con-

servacion i pacificacion del reino. Al mismo tiempo que estos consejos, recibia otros de cada uno de sus amigos o enemigos, de tal suerte que, el bueno del presidente, olvidando por completo las riñas de gallos, los chismes de salon i aun sus cortos amores con Virginia, solo se ocupaba de consultarse con unos i con otros sobre lo que mas convendria hacer. Pero los consejos eran tan contradictorios, que ninguno seguia i de todos desconfiaba.

En estas circunstancias, el doctor Rózas recibió una carta de Concepcion en que se le decia que todo estaba perdido por allá; pues las prédicas habian apartado i sofocado toda idea de rebelion. A esta circunstancia se unió otra de no ménos fundamento para Rózas. Hacía tiempo que notaba frialdad entre algunos de sus amigos, miéntras que a otros los habia perdido por completo. Inquiriendo la causa, se le dijo que corria la voz de que él era un hereje, un escomulgado, i que por este motivo muchos temian de su amistad. Este golpe, así como alguna de las cartas anónimas que habia recibido Carrasco, i que Rózas habia tenido cuidado de guardar, despertaron en él una sospecha i lo decidieron a ir a Concepcion, tanto para reanimar los espíritus abatidos, como para hacerse de algunas pruebas que confirmasen su sospecha.

Pensar i ejecutar era consiguiente al carácter del doctor; pero cuando recordó a Virginia, cuando pensó que debia separarse de ella, casi renunció al viaje. Sin embargo, su deber lo llamaba; i venciendo su amor i su sentimiento, arregló en pocas horas su viaje, i con el permiso del presidente, se dispuso a marchar.

UNA NOTICIA INESPERADA.

Antes de partir, el doctor comprendió que no podría hacerlo sin dar un adios a Virginia, i se dirigió donde ella.

—Hija mia, la dijo; nos vamos a separar por algun tiempo. Mi deber me llama a Concepcion i quiero marchar mañana.....

—¡Dios mio! exclamó Virginia. ¿I qué haré yo sola en este tiempo?

—Será mui corto, hija mia; yo se lo prometo a usted. Tal vez unos quince dias a lo sumo.

—¡Quince dias! repitió Virginia. ¡Ah! para mí van a ser eternos!

—Para mí no lo serán ménos, replicó el doctor animándose un tanto, porque usted sabe, Virginia, cuánto gozo con verla cada dia. Si fuera motivado el viaje por algo que solo a mí concerniera, creame que renunciaria a él, pues nada vale tanto para mí como el minorar sus tristes recuerdos con mi sincera amistad; pero no sucede lo mismo con la causa que

sostengo, i a la cual no solo debo sacrificarle mi corazon, sino mi vida si es preciso.

—¡Quiera Dios premiar lo que hace! le dijo Virginia.

—¡Sí! no lo dude usted! exclamó el doctor. Pero no hablemos de esto ahora que necesitamos de nuestro tiempo para usted.

—La dejo sola, agregó el doctor, i rodeada de peligros: vasilaria si no conociese su valor; pero como éste de nada sirve en ciertos casos de la vida, quisiera que usted me hiciese una promesa ántes de alejarme.

—Usted sabe que sus deseos son órdenes para mí, le contestó Virginia.

—¡Ordenes! repitió Rózas con voz conmovida. ¿Acaso puedo yo dárselas, Virginia? acaso seria posible mandarla a usted? Yo podria decirle otro tanto; pero la palabra «orden» viene mui mal entre nosotros... Perdóneme, agregó el doctor un tanto conmovido i turbado; yo queria decirle algo que no he sabido expresar.....

Guardó silencio i se oprimió el corazon.

—¡Dios mio! ¿Qué tiene usted? le preguntó Virginia con tierna solicitud. Usted sufre, doctor; i jamas ha tenido confianza en mí, que le he confiado todo!... ¿Cree que una mujer, una jóven como yo, no podria guardar su secreto i ayudarle a sufrir?

—¡Ah! Tiene usted razon en quejarse, la dijo Rózas; pero hai secretos que uno mismo no se atreve a confesarse, i el mio es uno de ellos. ¡Sin embargo, crealo usted, agregó mas i mas animado; a pesar de que

comprendo que debo guardar un silencio eterno, encontraria un alivio comunicando a usted lo que pasá en mi corazon.....

—¿I por qué no lo hace usted, entónces? le preguntó Virginia con ternura.

—¡Ah! hai cosas que en unos parecen naturales, i en otros ridículas; i aunque en mí todavía no podria creerse esto, hai no obstante otras consideraciones que me obligan a callar... Pero, dejemos esto!... Hablemos de usted.....

—¡Nó, le interrumpió Virginia; usted va a partir, i si por desgracia esta fuera la última vez que nos vemos, yo no me perdonaria jamas el no haberlo instado a que tuviese confianza en mí. No quiero oir nada mientras no sepa lo que usted sufre.....

—¡Virginia! exclamó Rózas i se detuvo contemplándola arrobado.

La mirada tierna, inmensa, que Virginia fijaba en él, lo provocaba a una confesion. Como todo enamorado, su corazon ansiaba por decir al objeto querido la clase de afecciones que lo acercaba a él. Solo la idea de la situacion en que se hallaba Virginia, lo reprimia. ¿A qué confesarle un amor que habia de ser sin esperanzas? ¿No era él casado? no amaba ella con toda su alma a Paulino?—¡No importaba! El que ama, aunque crea que se va a rechazar su amor, siente la necesidad de decirlo para que en todo tiempo, aunque despreciado, haya algo que lo ligue al ser querido. Jamas se olvida, aunque la odiamos, a la persona que ha dicho que nos ama.

Esta última consideracion parece que animó al doctor, pues tras un instante de silencio, le dijo con voz conmovida:

—¡Virginia!... ¿No se burlaría usted de mí? Seria usted capaz de comprender lo que yo siento?

—¡El corazon me dice que sí! replicó ella.

—¡Ah! quien sabe! murmuró el doctor como hablando consigo mismo. Pero, agregó del mismo modo, mañana debo partir, i si llevo esto en el corazon, no tendré ánimos ni aliento para nada!... ¡Virginia! continuó dirijiéndose a ella. ¡Usted sabe que no soi libre! Usted sabe que habiendo jurado amor a una mujer, no debo por nada amar a otra... ¡Dígame, ¿soi culpable de alimentar otro cariño? Seré digno de risa o de compassion porque amo mucho, muchísimo, pero de una manera santa a otra mujer? ¡Hable usted!... ¡usted que ha recibido de Dios un corazon tan puro!.....

—¡Ah! doctor! ¿qué puedo decirle yo, yo que ignoro la opinion del mundo, i solo me he rejido siempre por los impulsos de mi corazon?

—¡I bien! exclamó Rózas. Dígame lo que usted siente: es eso lo que yo deseo!

—¡Yo no lo condenaria a usted si ha combatido ese amor, i despues de combatirlo, ha resuelto no faltar a su deber.....

—¡Oh! gracias! gracias!... exclamó Rózas conmovido. Pero sepa usted que yo no he podido combatir ese amor porque no lo conocí. Semejante al viajero que oye en el desierto una grata armonía, marché acercándome a ella sin ver el precipicio que habia a mis piés. Cuando lo

advertí, ya no era tiempo de retroceder: alejarme, habria sido arrancarme el alma a pedazos!... I hoi mismo, que quisiera tener la fuerza necesaria para no sucumbir, creame que es cuando me encuentro mas débil i sin valor!... Sin embargo, para ser feliz, para ser dichoso, no querria mas que saber, nó que soi amado como yo amo, nó que algun día lo seré porque eso es imposible, sino solamente que se acepta mi amor i no se le considera ridículo.....

—¿Quién podria creer eso? interrogó Virginia, enterrecida con la espresion que Rózas daba a sus palabras.

Paróse éste al oir a la jóven, i acercándose a ella lleno de emocion, le dijo:

—¿Usted no creeria ridículo mi amor, aun cuando fuera usted la persona amada?

—¡Yo! exclamó Virginia estupefacta.

—¡Sí, usted!... Ya está dicho! dijo Rózas con animacion. Usted es a quien amo!... Pero la amo, Virginia, con un amor tan puro i respetuoso, que yo seria el primero, aun cuando se destrozara mi corazon, en llevarla al altar para que usted diera su mano al feliz que ha merecido su amor!... Condéneme si quiere; pero yo no he sido dueño de evitarlo!.....

Virginia, repuesta de su admiracion, iba a responder, cuando sintió que abrian con violencia la puerta, i se presentó Ciriaco.

Ciriaco que, ajitado, con la respiracion cortada por el cansancio, saludó a Rózas con una vénia, i volviéndose a Virginia le dijo:

—Traigo una noticia.....

Rózas cambió de color creyendo que habria sabido la suerte de Paulino.

—¿Qué noticia? le preguntó la jóven sumamente alarmada.

—Una noticia que va a entristecer a usted, dijo Ciriaco preparando el ánimo de Virginia.

—¡Oh! hable usted! le dijo ella. Ya usted sabe que tengo valor!.....

—Bien, se lo diré; pero no se alarme usted; pueda que aun haya remedio.....

—Pero ¿qué es lo que sucede, por Dios?... Hable, Ciriaco!.

—He visto que llevaban el viático a casa de usted... i he preguntado... me han dicho....

—¡Ah! acabe usted! exclamó Virginia llena de angustia.....

—He sabido que la señora...

—¡Mi madre! gritó Virginia precipitándose a Ciriaco. ¿Ha muerto mi madre?

—Todavía nó, contestó Ciriaco.

Virginia cayó anonadada sobre una silla.

Pero luego, casi al instante, se paró, tomó una mantilla, i miéntras se la echaba a la cabeza, dijo a Ciriaco i al doctor:

—¡Es necesario que yo la vea!...

—¡Acompañaremos a usted hasta la puerta de la casa de sus padres! le dijo el doctor.

—Gracias, dijo ella saliendo precipitadamente a la calle, i sintiendo que perdia la cabeza.

ARREPENTIMIENTO I PERDON.

La casa de don Tomás, como lo recordará el lector, estaba en la calle de las Monjitas, así es que un cuarto de hora despues, Virginia decia "hasta luego" a Rózas i a Ciriaco, i entraba precipitadamente a la casa que algun tiempo ántes habia abandonado.

Un silencio sepulcral reinaba ahí.

La muerte principiaba a estender su manto en aquella morada, i en todos los aposentos parece que se palpaba el hielo de las tumbas.

¡Cosa rara! Don Tomás estaba medio loco! Aquel hombre, que habia sido siempre seco como un desierto, lloraba ahora como una Magdalena. Al ver bajar a la tierra a la dócil i humilde compañera que durante tantos años habia soportado silenciosa i resignada su indiferencia i mal humor, se arrepentia, aunque tarde, de no haber tenido para ella ni una palabra de afecto ni una caricia de amor.

Don Tomás en aquel tiempo habia visto desvanecerse su poder, habia perdido a su hija i parte de su fortuna; i a todos estos reveses habia opuesto siempre

su inquebrantable orgullo. En lugar de sentir pena, habia sentido rabia, i se habia hecho mas adusto, mas intratable, mas exigente con su pobre mujer.

Esta iba ya a partir; i partia sin lanzarle jamas un reproche, sin pedirle jamas cuenta de su felicidad que él habia desvanecido, de su amor que él no habia apreciado. Pobre mártir del deber! habia aceptado la corona de espinas sonriendo, cuando tenia desgarrado el corazon.

Virginia llegaba en aquel momento. Medio loca, se precipitó en la antesala i corrió a echarse a los piés de don Tomás que se paseaba cabizbajo i enjugando con un gran pañuelo algunas lágrimas que asomaban a sus ojos.

—¡Padre mio! exclamó la jóven arrodillándose.

—¡Mi hija! exclamó el viejo dándole aquel nombre que ella jamas habia oido de sus labios. ¡Mi hija! repitió, sintiendo por la vez primera i con toda su fuerza el amor de padre.

—¡Perdon!... murmuró ella; quiero ver a mi madre!

—¡La señorita Virginia! exclamó a ese tiempo Carrasco, que habiendo acompañado al Sacramento cuando pasaba por la plaza para dar un ejemplo de virtud, se habia quedado consolando a don Tomás para dar un ejemplo de caridad.

—¡Sí, haces bien, dijo don Tomas sin hacer caso de la admiracion del presidente; has hecho bien en venir... Ella te ha llamado muchas veces... (Aquí un

sollozo cortó su voz). Corre i háblala si aun es tiempo.....

Virginia sintió una desesperacion profunda. ¡Su madre la habia llamado, i ella, hija ingrata i desnaturalizada, no habia estado ahí!... ¿Tendria perdon su crimen?..

Trastornada por el mas grande remordimiento, loca de dolor i de angustia, se precipitó al dormitorio en que estaba su madre.

El aposento estaba alumbrado por dos velas de sebo, i lo que primero vió Virginia, fué a la mulatilla arrodillada al lado de la cama de la enferma.

—¡Mi amita Virginia! exclamó María, olvidando el estado de doña Candelaria para precipitarse al lado de la jóven.

—¡Mi hija! murmuró la enferma levantándose por un esfuerzo sobrenatural i dando una mirada a su alrededor. ¿Dónde está mi hija? preguntó con vehemencia.

—¡Madre mia!... ¡Perdon! exclamó Virginia, cayendo en los brazos de su madre.

Hubo un momento de silencio: memento en que solo se oyó el sollozar de dos corazones.

—¡Hija de mis entrañas! balbuceó doña Candelaria con voz que hacia mas cortada la emocion. ¡Dios te bendiga! agregó, estrechándola con sus brazos descarnados i mirándola con infinito amor.

—¡He sido una ingrata! dijo Virginia ocultando la cabeza en el pecho de su madre, i humedeciendo con

sus lágrimas aquel seno que apenas animaba ya un resto de vida.

—¡Nó, nó, le dijo ella; tú has seguido los impulsos de tu corazón, i tu madre te perdona... María, agregó, dirijiéndose a la mulatilla; acerca una luz... quiero ver a mi hija... ántes... ántes de morir!.....

—¡Morir! exclamó Virginia estremeciéndose. ¡Eso no es posible, madre mia!.....

La fiel María acercó una vela a la cama de la enferma, i ésta apartó un tanto el semblante de su hija i fijó en él una ávida mirada.

Por un momento, los rasgados i grandes ojos de Virginia se encontraron con los de su madre; i al choque de aquellas miradas, ambas sintieron que se estremecía su corazón.

—¡Qué hermosa estás!... exclamó doña Candelaria sintiendo arder en su pecho, helado ya por la cercanía del sepulcro, una chispa de orgullo maternal.

Virginia contestó con un sollozo, porque la muerte se retrataba ya en el semblante de su madre, la cual, sintiendo que sus fuerzas se debilitaban, hizo llamar a don Tomás.

—Ven, le dijo tomándolo de una mano i juntando ésta con la de Virginia; si para tí tiene algun valor mi súplica... en este instante,... yo te pido, esposo mio, que perdones i ames a tu hija... a nuestra hija, Tomás!.....

Don Tomás, no pudiendo contestar, se limitó a estrechar convulsivamente las manos de Virginia.

Media hora despues, doña Candelaria habia muerto.

Don Tomas, desesperado, se echó en los brazos de Virginia diciéndole:

—¡Consuélame tú, hija mia!.....

Por primera vez, aquel padre sentia el imperio del amor paternal.

DOS CARTAS.

Al dia siguiente, la casa de don Tomas estaba sumida en un silencio profundo.

Virginia, despues de hacer lo posible para consolar a su padre, se habia encerrado en una pieza para llorar allí, no solo la pérdida de una madre bondadosa, sino tambien la pérdida completa de sus mas queridas i gratas esperanzas.

No podríamos decir quién de los dos, si don Tomás o Virginia, sentia mas la muerte de doña Candelaria; pero sí podremos decir que para el pobre viejo aquel golpe vino a aniquilar por completo toda su enerjía.

Se dedicó al amor de su hija; pero en aquel amor encontró tal porcion de remordimientos, que amenu-do le servia mas bien de martirio el acariciarla.

Estos sinsabores, su edad, los sufrimientos que, callado i orgulloso habia devorado ántes, lo sumerjieron en una pena profunda que ocho dias despues lo precipitaron a la tumba.

Seria inútil que nos detuviéramos a pintar lo que Virginia sufrió en aquellas circunstancias. Quedar en

teramente sola en aquella casa donde habia pasado su infancia; no tener ni un amigo, ni un hermano, nada mas que la pobre María para acompañarla en aquella soledad, era mas de lo que una alma impresionable puede soportar.

Rózas, comprendiendo la situacion de su protegida, postergó su viaje, i al tercer dia fué a la casa de don Tomas para dar algunos consejos i comunicar algun valor a su tierna amiga; pero Virginia se hallaba tan abrumada con su dolor, que habia dado órden para que nadie la turbara en su solitario retiro.

El doctor se retiró herido en su ternura, i pensó arreglar su viaje para el siguiente día.

Pero ántes de hacerlo, quiso escribir a Virginia. Necesitaba disculparse i consolar. Porque él, aun cuando Virginia no lo hubiera esceptuado de esa órden comun, comprendia cuán inmenso debia ser su dolor i la disculpaba.

A las once de la noche, hora en que ya habia arreglado su equipaje, se sentó a la mesa i escribió tres o cuatro cartas que desgarró en seguida por parecerle, unas demasiado quejosas, otras demasiado sentimentales.

Al fin se decidió por la siguiente:

Virginia, le decia: habria sido mui grato para mí el poder de viva voz decirle mil cosas que creo habrian servido para suavizar su justo dolor; pero he hallado cerrada su puerta, i he creído que no debia tratar de hacer una escepcion para mí de la órden que usted habia dado.

Parto para el sur a llenar mi deber; i creame que lo único que siento al hacer esto, que para mí es uno de mis sueños de fantasía, es el dejarla a usted sumida en dolores profundos, i que mi tierna amistad no pueda mitigar.

Pero no seria yo enteramente franco si no le dijera ahora todo lo que siente mi corazón. Tuve la audacia de decirle lo que experimentaba; tuve un momento de debilidad en que creí era casi necesario para mi dicha, el confesarle la clase de simpatía que me une a usted; i aunque ahora mas que nunca querria saber si mi confesion es para usted ridícula o impertinente, creame que daria mi sangre por no haberlo hecho.

Hai amores, Virginia, que deben guardarse en nuestra alma, mudos i silenciosos como una tumba, o bien disimularlos aun cuando se desgarré nuestro corazón.

El amor que yo siento por usted es de esta clase. La ama, Virginia, aunque pura i santamente, un hombre que nada tiene para despertar en usted un sentimiento análogo. ¿Podrá llamarse ridículo mi amor? Podrá llamarse ridículo, Virginia, el amor que siente cualquier hombre, por miserable que sea, por un sér que como usted merece que se la ame con todo el corazón?

Pero, basta: no he querido, al tomar la pluma, ocuparme de mí. Quería dejarle un consejo, una advertencia, mientras yo no estoi a su lado para defenderla i protegerla.

Virginia: no dé un solo paso; no se precipite a tomar ninguna determinacion mientras yo esté ausente; nó porque yo crea que mi intelijencia sea capaz de salvar

i prever todas las dificultades, sino porque usted se comprometeria tal vez inútilmente en un peligro que pondria en peligro su existencia.

Me callo, mas bien, mi querida Virginia, ántes que alargar esta carta. Usted no está en estado de leer, ni yo en estado de escribir.

Hasta luego, mi querida Virginia. Cuando vuelva del sur de cumplir con mis deberes: cuando vuelva, ya lleno de ilusiones porque vea cercana la libertad de mi patria, ya desalentado porque la vea incierta i lejana, de todos modos, ya triste o alegre, usted puede contar, Virginia, con el afecto de

Juan Martinez de Rózas.

Esta carta la recibió Virginia al dia siguiente, junto con esta otra:

Señorita Virginia:

Desde el momento en que he tenido la gran dicha de volverla a ver, soi el mas feliz de los mortales i ansio probarle que es indestructible mi amor. Conozco que por las afflictivas pruebas que usted pasa, es estemporánea esta declaracion; pero como en la desgracia es cuando mas bien se puede probar al amigo, quiero manifestarle cuanto lo soi de usted, para lo cual pongo a sus piés, no solo mi humilde persona, sino tambien todo el valimiento de mi poder

Concluiré manifestándole la alta significacion i regocijo que seria para mí, el que usted se dignara acep-

tar el rendimiento con que tiene á honor suscribirse de usted como su mas humilde, atento i S. S. Q. B. S. P.

Francisco Antonio Garcia Carrasco, Capitan jeneral i Gobernador de este reino de Chile.

Virginia arrojó con desprecio esta disparatada carta, que el señor gobernador habia escrito despues de sérias meditaciones i muchos borradores, i leyó la de Rózas.

—¡Pobre i buen amigo! exclamó con los ojos preñados de lágrimas. ¡Dios sabe que daria una parte de mi vida por hacerlo feliz!....

Miéntas tanto, Ciriaco, que hasta entónces habia permanecido al lado de Virginia, solo por velar por ella, cuando vió que la jóven quedaba ya en seguridad, le dijo.

—Yo parto, hija mia, a buscar a Paulino. Conozco que no puedo vivir sin él, i quiero, sobre todo, conocer la suerte que haya corrido.

—¡Bien, parte!.... le dijo ella; pero cualquiera que sea la situacion en que se halle Paulino, júrame que no me la ocultarás.....

—¡Lo juro! exclamó Ciriaco estrechando las manos de la jóven.

Enjugó algunas lágrimas que rodaron por sus mejillas cubiertas de canas, i se alejó de la casa en que dejaba una parte de su corazon.

RESOLUCION VARONIL.

Pasó cerca de un mes sin que acaeciese otra cosa notable, que la exigencia que desplegó el presidente para obtener alguna contestacion de Virginia. Pero ésta, dia a dia, contestaba que hoi por un motivo, mañana por otro, le era imposible escribir.

Cansado al fin Carrasco de tanto aguardar, mandó un recado en que pedia licencia a Virginia para ir él en persona a recibir la contestacion. Al ver la jóven que ya no le era posible escusarse, tomó la misma carta de Carrasco i escribió al pié:

Señor:

Quedo mui agradecida a los ofrecimientos jenerosos que me hace; i aunque por ahora no tengo otra cosa que pedirle, sino que me permita continuar en mi aislamiento i soledad, mas tarde, si llega la ocasion, aprovechará su ofrecimiento esta su segura servidora.

Virginia Acosta.

Carrasco estrujó con furor entre sus manos esta carta, i murmuró:

—Ya sé porqué me desprecia esta muchacha!... Es que ama todavía a ese bandido! Pero yo abatiré su orgullo i destruiré su amor.

Al decir esto fué a una mesa i escribió:

Orgullosa niña:

Tu esquividad puede hacer cambiar en odio profundo mi intenso amor; pero como barrunto lo que es causa de tus desdenes, sabe que el que tanto amas se ha convertido en miserable bandido i se ocupa de asesinar i apoderarse de lo ajeno no mui léjos de esta ciudad.

Para que pronto veas lo que son mis celos, i él reciba el castigo que sus crímenes merecen, voi a publicar un edicto poniendo un premio por su cabeza.

Francisco Antonio.

Virginia se estremeció de terror al leer esta carta, i mucho mas cuando supo que se habia publicado un bando a tambor batiente en que se ofrecia treinta onzas españolas por la cabeza de Paulino Salas.

—¡I estoi sola, Dios mio! exclamó. ¡Ni un amigo a mi lado! ni una persona que me aconseje!....

Creyendo ver de un rato a otro, ya elevarse un patíbulo en medio de la plaza, ya que colocaban la cabeza de Paulino en algun lugar público para que sirvie-

ra de escarmiento, la jóven pasó seis dias sumida en una cruel ansiedad.

El bando publicaba que Paulino cometia sus deprecaciones en el lugar llamado el Algarrobal de Colina, sitio que por sus montes de espinos i algarrobos, ofrecia mejor que otro alguno un seguro escondite para los malhechorés.

Virginia tomó una valerosa determinacion.

—Iré a buscarlo, se dijo. No puedo permanecer mas tiempo en esta terrible incertidumbre.

Antes de llevar a cabo su pensamiento, recordó la promesa hecha al doctor i le escribió una carta diciéndole que no habia podido detenerse mas tiempo i partía para el Algarrobal. «Perdóneme, agregaba, si no he seguido sus consejos. Cada hora ha sido para mí un siglo; i aunque si se confirma la terrible noticia será para mí la muerte de todas mis esperanzas, prefiero esto a continuar en esta incertidumbre terrible.»

Escrito lo anterior, llamó a María i le dijo:

—Si viene el caballero a quien está dirigida esta carta, se la entregará diciéndole el dia i la hora en que he partido.

Despues de esto, se cubrió con un ropon, se armó de un par de pistolas i una bolsa con dinero, i acompañada de un antiguo mayordomo de su padre, partieron a eso de las dos de la tarde.

Solo tres dias despues llegó el doctor Rózas de Concepcion, i ántes de presentarse en palacio, ni de sacudir de sus vestidos el polvo del camino, se dirigió a casa de Virginia.

Un sudor frio bañó su frente cuando leyó la carta de la jóven.

—¡Tres dias! murmuró. ¿Qué le habrá sucedido, cuando aun no vuelve?

La idea de que podia haber muerto pasó por su mente haciéndolo estremecer. Asi es que apénas tomó algunos datos de María, subió a su caballo i sin perder un instante se dirijió al Algarrobal.

El doctor habia llegado aquel mismo dia a Valparaiso, i no queriendo perder una hora de tiempo en buscar algun corruaje, compró a peso de oro un magnífico caballo. Pero por bueno que éste fuese, lo apuró tanto el doctor, que solo pudo llegar en él hasta Melipilla, en cuyo punto habia camprado el en que llegaba a Santiago como a las cuatro de la tarde.

Durante su viaje a Concepcion, Rózas habia estado impaciente, i aunque encontraba alguna distracción ocupándose de los asuntos políticos, no podia apartar un instante de su memoria el recuerdo de Virginia.

Una de las cosas que mas lo atormentaba, era el no saber el efecto que habria dejado en el ánimo de la jóven la confesion que él le habia hecho de su amor. ¿Qué le iria a decir cuando tan a destiempo habia llegado Ciriaco? Esta pregunta se la habia hecho el doctor un millon de veces; i ya encontraba para ella una respuesta que satisfacía sus deseos, ya otra que atormentaba su corazon.

Sumido en estas i otras ideas, i temblando por la suerte que habia corrido Virginia, el doctor aceleraba la marcha de su caballo sin acordarse que al paso que

iba bien pronto no podría avanzar un solo paso mas.

No obstante, el jeneroso animal galopaba con ardor, i solo allá, cuando ya habia medido con sus cascos mas de la mitad del camino, se detuvo de repente al borde de un arroyo.

—¡Pobre animal! murmuró el doctor. Será necesario dejarlo descansar.

Se apeó, le sacó el freno i lo dejó cerca al arroyo mientras él se tendia un momento a la orilla del camino.

Era la hora en que principiaba a ponerse el sol. El camino estaba enteramente desierto i reinaba el silencio mas profundo. Solo se oia de cuando en cuando el triste piar de las avecillas que buscaban sus nidos para recojerse. Despues de aquellos ruidos, nada mas que esos ecos vagos que se sienten en el campo, i que se diria son las armonías de la soledad.

El doctor recordaba a Virginia: creia verla en las rosadas nubecillas que servian en aquel momento de aureola al sol, i creia escucharla oyendo los inciertos i dulces ruidos de la tarde al declinar.

Se hallaba en una estensa llanura sin mas límites que el infinito. La tierra, vírjen i vigorosa en aquellos tiempos, estaba tapizada de yerbas i de flores, que el caballo cegaba sin apartarse mucho del arroyo.

Cuando hubo pasado como un cuarto de hora, el doctor enfrenó i montó maquinalmente en su caballo, i maquinalmente tambien, lo azotó para que caminara.

El bruto partió al galope; pero sintiendo aun en

su paladar las dulzuras de la tierna yerbecilla que había devorado i de la cual continuaba bordado todo el camino, minoró la fuerza del galope, luego pasó al trote i por fin tomó la marcha.

El doctor no se apercibió de ello porque en aquel momento pensaba que si no tenía siempre a su lado a Virginia, no hallaría fuerzas ni valor para llevar a cabo la independenciam de sus hermanos.

El caballo, viendo que no se le había corregido la falta de marchar a un paso distinto del que se le había señalado, se atrevió a morder unas yerbecillas bastante lozanas, i sin dejar de caminar, las devoró. Tentado ya con el tierno sabor del pasto, creyó sin duda que bien podía marchar sobre él para tener mas facilidad de cojerlo, i dejando el camino, comenzó a internarse paulatinamente en la verde pradera.

El doctor entregado a sus pensamientos, i el caballo a su comida, ni uno ni otro se apercibieron que había entrado la noche i caminaban hácia la cordillera en vez de hacerlo para el norte. Pero sucedió que el caballo, al ver un trecho en que la yerba estaba mui crecida, volvió sobre sus pasos; i al hacerlo lo efectuó con tan poco cuidado, que la *manta* del doctor se enredó en la rama de un espino.

Sintiendo Rózas que lo detenian, miró sorprendido a su alrededor i pareció despertar de un profundo sueño.

—¿Dónde estoi? se preguntó mirando a todas partes i tratando de penetrar las tinieblas de la noche.

El caballo se había detenido a comer, i examinando

el doctor el curso de las estrellas i la direccion en que estaba el bruto, se dijo:

—Me he internado hácia el mar. El caballo ha abandonado el camino i debo hallarme a muchas cuabras de distancia; así es que dirijiéndome directamente ahora hácia la cordillera daré pronto con el camino.

Hecha esta reflexion que cualquiera otro habria hecho en su lugar, aplicó un par de azotes a su caballo por haberse desviado de la senda, i lo hizo tomar la direccion que ya ántes el bruto habia seguido.

Bien pronto el doctor notó que marchaba por un camino que de momento en momento se hacia mas dificultoso por los muchos árboles de que estaba plantado. Para salvarlos, dirijia siempre su caballo hácia el norte, i en seguida continuaba marchando al occidente. De este modo, aunque avanzaba un poco hácia el Algarrobal, se apartaba mas i mas del camino.

La noche era a cada rato mas oscura, i serian ya las diez cuando el doctor se vió completamente perdido. A esa hora, tenia los vestidos desgarrados i las manos i la cara rasguñadas con las espinas de los algarrobos.

—¡Me he extraviado! exclamó con despecho; i la noche es tan oscura, que en toda ella será imposible que encuentre el camino!... ¿Qué haré? lo mas prudente es que cese de caminar.

Iba a desmontarse para que su caballo paciera en la yerba miéntras él se ganaba bajo de algun árbol para preservarse del rocío, cuando divisó un fuego al lado del norte. Segun su cálculo, no podria estar a mas

de media legua del lugar en que él se hallaba, así es que se resolvió a dirigirse allá con el objeto de que le indicaran el camino, o de pasar la noche ahí.

Despues de vencer mil obstáculos, i a eso de la una de la mañana, llegó al sitio en que aun ardia un enorme tronco de espino. De pronto el doctor no vió a nadie, pero acercándose mas divisó a un hombre que cabeceaba cerca al fuego.

—¡Hola, amigo! le dijo.

—¿Quién me habla? exclamó levantándose de un salto.

—Un viajero que se ha estraviado i le pide a usted alojamiento o que le indique el camino, contestó Rózas.

El desconocido tomó un tizon i se acercó al doctor para examinarlo.

Al ver su traje de caballero, las espuelas de plata, i comprender que era una persona distinguida, le dijo al instante:

—Bájese usted caballero i le daremos todo lo que necesite:

Si la noche no hubiera sido tan oscura, el doctor habria visto una sonrisita maliciosa que entreabrió los labios del desconocido; pero mui ajeno de inspeccionar el semblante del que tan bondadosamente lo recibia, en aquel momento miraba con avidez el fuego en donde pensaba desentumir sus miembros agarrotados por el frio. Así es que sin esperar mas, se desmontó, ató su caballo a un espino i fué a sentarse cerca de la fogata.

Le pareció oír a lo léjos algunas voces; pero como aquel ruido se confundía con el chisporroteo de la madera que se quemaba inmediata a él, no hizo mas alto en ello.

Pasó como un minuto, i el doctor notó que el hombre que tan jenerosamente lo habia recibido no estaba ahí. Miró a su alrededor i hasta el punto en que la espesura del bosque se lo permitia, i no vió otra cosa que los gruesos algarrobos iluminados por las llamas. Una cierta inquietud lo asaltó por la primera vez, i viendo que el desconocido no parecia, se iba a levantar para ir a armarse con las pistolas que habia dejado en el arzon de su montura, cuando oyó un pequeño ruido a su espalda.

Se volvió, i apénas alcanzó a lanzar una exclamacion de sorpresa, cuando tres hombres cayeron sobre él sin dejarle tiempo ni para valerse de sus manos.

REVELACIONES DE UN MORIBUNDO.

Demos una mirada al buen Ciriaco, a quien hemos visto salir con la resolución de buscar a Paulino.

Después de correr de un lado para otro en las provincias del sur, i de agotar en pasos infructuosos su paciencia, volvíase ya a Santiago, cuando tuvo noticias del bando publicado por Carrasco. El animoso Alfaro se puso en marcha inmediatamente para el Algarrobal, i llegó a sus inmediaciones el día en que Virginia salía de Santiago.

Como a una legua ántes del bosque, habia una posada a la que entró Ciriaco con el objeto de tomar algunas noticias i dar un corto descanso a su caballo.

El posadero se hallaba rodeado de su mujer i de tres o cuatro robustos chiquillos; i al ver entrar a un forastero, se paró saludándolo con cariño.

—¿Tiene usted pasto para mi caballo i alguna comida para mí? le preguntó Ciriaco.

—¡Esa voz!... Yo conozco esta voz! exclamó el ventero acercándose a Ciriaco para examinarlo mejor.

—¡Sí! no me engaño! agregó. ¡Ud. es Ciriaco Alfaro!

—¡I tú Felipe! exclamó Ciriaco echándole los brazos al cuello con alegría.

Efectivamente, el posadero no era otro que el personaje que hemos visto prestar algunos servicios a Paulino en la noche que éste huyó con Virginia.

—Vamos, venga usted acá, le dijo Felipe. La noche se nos va a hacer corta, para conversar. Aquí tiene a mis hijos i a mi mujer, porque ha de saber usted que me he casado, i soi todo un hombre formal.

Ciriaco acarició a los niños, i un momento despues, se instalaba con Felipe en una mesa provista de fiambres i licor.

—Cuéntame tus aventuras, Felipe, le dijo aquel, porque tal vez no tengamos mucho tiempo de qué disponer.

—¡Bah! mi historia es de cuatro palabras. En la noche aquella en que buscamos, Ud. algunos penitentes, i yo algunos compañeros para que don Paulino se apoderara de esa linda señorita, yo fuí herido por el padre de la niña, a causa de quererle impedir que persiguiese al patron. Así herido, i no hallando qué partido tomar, me acordé de un amigo que tenia al otro lado del rio, i conteniéndome como mejor pude la sangre que se escapaba de mi cuerpo, pude llegar donde él. El buen hombre, en compañía de una hija, me cuidaron ocultamente, i al cabo de un tiempo, no mui largo, estaba completamente sano i me casé con la hija de mi amigo, el cual poseía estas tierrecitas donde he

trabajado honradamente hasta hoy. Esto es todo. ¿I usted? ¿Cómo se encuentra por acá?

—Yo he sufrido bastante, contestó Ciriaco, i creo que jamas se concluirán mis pesares.

—Así lo he sabido, dijo Felipe.

—¿Por quién? le preguntó Ciriaco.

—Por don Paulino, contestó él con misteriosa voz.

—¿Lo has visto? Dónde está?

—Viene amenudo.... Anteayer estuvo aquí.....

—¿Entonces es todo cierto! exclamó Ciriaco sintiendo que se le hacia pedazos el corazon.

—Ah! pobrecito! exclamó el ventero: él no tiene la culpa!

—¿Cuéntame todo, Felipe! no me ocultes nada! le dijo Ciriaco, pues yo vengo a buscarlo!

—Hace algunos meses que don Paulino estuvo aquí en la posada para proveerse de víveres, dijo Felipe, i en el acto nos conocimos. Me contó que las persecuciones de la justicia lo habian obligado a andar como el judío errante, i a tratar de vivir del único modo que le era posible. Pero don Paulino tiene un corazon de oro: no le quita una miga al pobre, i por el contrario, lo socorre siempre que puede. Si no fuera porque algunos de sus tenientes son un tanto crueles, no se derramaría jamas una gota de sangre.

—¿Luego manda una gran partida? preguntó Ciriaco, con voz indefinible.

—Ahora tiene como cincuenta hombres divididos en cinco compañías. La primera, al mando de un tal Matías, que dicen ha sido su compañero desde algun

tiempo atras: la segunda, a cargo del bravo José Miguel Neira, que era salteador desde ántes; pero que habiéndolo vencido don Paulino, ha quedado bajo sus órdenes: la tercera, es mandada por un tal Mateo Soto, por *sobrenombre* el *sin miedo*.....

—¡Pero ese es un enemigo de Paulino! exclamó Ciriaco, que como el lector debe recordarlo, el mismo Mateo le habia dicho cuando ambos estaban en el hospital, cuánto odiaba a Paulino.

—Éra su enemigo, le dijo Felipe; pero ahora lo respeta i lo quiere, segun él mismo me lo ha dicho. Lo persiguió durante algun tiempo porque deseaba vengarse; i si ahora es uno de sus mas adictos, es porque don Paulino fué mui jeneroso con él. Voi a contarle lo que sucedió. Mateo oyó decir que don Paulino se hallaba por estas tierras, i vino con el objeto de saber su escondite para ir en seguida a denunciarlo a Santiago. Pero fué sorprendido por la jente de don Paulino, i lo llevaron a presencia de él.—¿Todavía me odias? le preguntó éste. Si es así, agregó, estoi pronto a que satisfagas tus deseos de matarme. No quiero morir en manos de la justicia i por eso lucho con ella; no quiero morir tampoco en manos de un hombre que me asesine a traicion, i por esto te propongo tomes tú un puñal i yo otro, i juguemos ambos nuestra vida en buena i leal pelea. ¿Aceptas?

—Con todo mi corazon, dijo Mateo.—Cinco minutos despues, a la vista de todos los de la compañía, se cruzaron los puñales. Jamas se han encontrado mejores combatientes; pero como no hai en el mundo

manos como las de don Paulino, cuando ya hubo pasado un buen rato, desarmó a Mateo con un quite i un golpe que nadie se lo puede parar. «¡Soi dueño de tu vida!» le dijo poniéndole la punta del puñal en el pecho.—Mateo no pestañeó.—“Te perdono, porque eres un hombre bravo, le dijo don Paulino; i si quieres quedarte a mi lado, te haré teniente de mi tercera compañía” —“¡Acepto! exclamó Mateo, porque usted, al mismo tiempo que bravo, es jeneroso”.

Felipe, interrogado por Ciriaco, siguió dándole mil noticias de la compañía, concluyendo por decirle:

—Yo, en cierta manera, soi el abastecedor de todos, pues aquí me compran víveres cuando se les concluye en el campamento. Las compañías se hallan repartidas en todo el camino, desde Santiago hasta San Felipe, i don Paulino está en el cuartel jeneral, donde pasa mui triste i atribulado. Dicen que se lleva oculto en el bosque i que mas de una vez lo han visto llorar. ¡Pobre don Paulino! Mucha ha de ser su pena, cuando con un corazon tan grande llora como un niño!...

Felipe interrumpió su narracion, al oír un fuerte sollozo que se escapó del pecho de Ciriaco.

—¡Cómo, le dijo, estupefacto; ¿Usted tambien llora?

—¡Ai! exclamó el buen viejo oprimiéndose el pecho; tú no sabes cuánto amo yo a Paulino!...

I dominándose por un esfuerzo supremo de su voluntad, agregó:

—¿Qué debo hacer para llegar hasta el sitio en que se halla Paulino?

—Esperar que alguien venga de allá, porque yo no he querido que me digan dónde tienen su cuartel, a fin de no denunciarlos, aun cuando yo quisiera, el día en que la justicia me aprisione por haber sabido que yo estoi en relación con el

Ciriaco se apartó de Felipe, i salió a un huerto de la posada.

La noche estaba tranquila i silenciosa: era una de esas puras noches del mes de agosto en que brillan las estrellas como diamantes engastados en una lámina inmensa de azabache.

—¡Dios mio! exclamó Ciriaco, mirando al cielo con infinito fervor. ¡Si aun se necesita de mas para que mi alma se lave del crimen que cometí, dame valor, porque ya no lo tengo!...

Cayó de rodillas, al decir esto, e inclinó la frente hasta unirla con el polvo de la tierra.

El desgraciado oraba a Dios, pidiéndole, o que le mandara la muerte en el acto, o que le diera el valor suficiente para presentarse a su hijo por la última vez.

Pasaron muchos días sin que nadie viniera del campamento de Paulino; i aunque Ciriaco ansiaba tanto verlo, tuvo que resignarse a esperar. Al fin, llegó a la posada el teniente José Miguel Neira, i por recomendacion de Felipe, se puso en marcha con Ciriaco para llevarlo cerca de Paulino.

Era la tarde, i precisamente la del mismo día en que el doctor Rózas habia salido de Santiago en busca de Virginia.

Neira, desde el primer momento, trató de averiguar

de Ciriaco el motivo por qué queria ver a Paulino, i como éste no le contestase sino con monosílabos i no satisfaciese su curiosidad, se calló i no volvió a desplegar los labios.

Neira continuó guiando por caminos estraviados, i a eso de las ocho de la noche, llegó a un lugar en que tenia acampada su compañía, i despues de darles algunas órdenes, siguió su marcha acompañado de Ciriaco.

Serian las diez, cuando Neira, que no habia desplegado los labios desde temprano para hablar con Ciriaco, le dijo de repente:

—¿Sabe, amigo, que yo creo que usted es un traidor?

—¡Yo! exclamó Ciriaco. ¿I por qué?

—Porque no veo la causa para que usted sea tan reservado; i como en Santiago se ha ofrecido un premio por la cabeza de mi capitan, debe haber muchos interesados en cortársela. Yo no creo que usted piense hacerlo, porque solo no seria capaz; pero bien puede ser su intencion el descubrir nuestro escondite, i ántes que esto suceda, ¡toma!... para que no vayas a descubrirnos!

Estas últimas palabras se perdieron por el ruido de un pistoletazo que disparó a Ciriaco a quema ropa i en medio del pecho.

El pobre i desgraciado Ciriaco rodó del caballo.

A ese tiempo se dejó oír un gran ruido que parecia venir del mismo camino que habian recorrido Neira i Ciriaco.

—¿Quiénes serán? se preguntó aquel. No pueden ser sino de los nuestros.

El ruido fué aumentando poco a poco, i luego conoció Neira que lo formaban varios caballos que venian al galope.

Como una medida de precaucion, se apartó del angosto sendero dejando en él a Ciriaco i a su caballo.

La partida no tardó en llegar, i se detuvo al ver el caballo.

—¡Aquí es donde ha sonado el tiro! exclamó uno. Neira conoció por la voz que el que hablaba era uno de sus compañeros, i se dió a conocer.

—¿Qué ha sucedido? preguntó el que ya habia hablado ántes.

—Que he muerto a un traidor que queria llegar hasta nuestro campamento, contestó Neira; i como sé que el capitan lo habria perdonado i lo habria dejado ir en paz, lo he muerto a fin de no esponernos. . .

—¡Yo no soi traidor!... ¡Quiero ver a Paulino!... Llevadme a donde él!... exclamó Ciriaco desde el suelo, con voz balbuciente.

—¡Yo conozco esa voz!... dijo Matías, pues era él quien hablaba con Neira. A ver, hagan fuego i enciendan una pajuela!

Miéntras algunos obedecian a su teniente, Matías se bajó del caballo i se acercó al herido.

—¿Quién sois? le preguntó alumbrándole el semblante con la mecha azufrada. Pero ántes que el herido hubiese tenido tiempo de contestarle, exclamó:

—¡Ciriaco!... Si es Ciriaco!...

Pasó como un minuto sin que Matías pudiera repónerse de su sorpresa; pero concluido el cual, se volvió bruscamente a Neira, i sujetándole el caballo por las riendas, dijo:

—¡Teniente Neira: sois mi prisionero!... ¡Muchachos, agregó, dirijiéndose a los demas: desarmad i atad bien al teniente!

Neira habia echado mano a una pistola, i al ver alguna indecision en los bandidos, pasó por su mente la idea de matar a Matías i asumir el mando él. Pero Matías, comprendiendo esto, o viendo los funestos resultados que podia tener una lucha en aquellas circunstancias, dijo a sus súbditos:

—¡Ustedes responderán ante el capitan, si el teniente Neira se escapa!...

Al oir esta amenaza, los bandidos recordaron que Matías era el teniente mas querido de Paulino, i que si no le obedecian, seguramente desaprobaria su conducta. Hecha esta reflexion, en un instante se vió Neira desarmado i atado a pesar de sus protestas i de su furor.

Asegurado el homicida, Matías atendió a Ciriaco.

Le hizo vendar la herida, la cual era bastante grave, i prohibiéndole que hablara para que no se debilitase, lo hizo subir a un caballo, colocando en las ancas del mismo a uno de la partida, para que lo cuidara. Tomadas estas precauciones i conduciendo a Neira bien atado, emprendieron la marcha para el cuartel jeneral.....

.....

Nos anticiparemos solo unos cuantos minutos i nos trasladaremos al cuartel jeneral, que no era otro que donde Rózas habia sido maniatado.

Don Juan Martínez era valiente, pero comprendiendo que en aquel instante de nada le servia el valor, no opuso la menor resistencia cuando le ordenaron que marchase hácia la parte mas tupida del bósque.

Despues de haber andado como una média cuadra, el doctor vió varias construcciones, tan variadas i caprichosas, que no pudieron ménos de llamar su atencion. Algunas estaban alumbradas con una vela de sebo, i gracias a esa luz, pudo notar que estaban formadas con ramas entretajadas en los mismos árboles. Por fin, llegaron a una mas espaciosa que las otras, i que por estar ocupada con toscos muebles i muchas armas, el doctor comprendió que seria la habitacion del capitán.

Efectivamente, allí se hallaba Paulino, apoyado en una mesa, en la cual ardia una vela cuya luz daba de lleno en su semblante.

¡Cuán distinta era su fisonomía! La espresion de su rostro era lúgubre i melancólica, sus ojos tenian ese mirar vago del que durante mucho tiempo ha buscado infructuosamente la felicidad.

Al ver entrar al doctor, lo examinó un corto instante, sin abandonar la actitud en que se hallaba, i al fin le dijo:

—¿Quién es usted, caballero?

—Juan Martínez de Rózas, contestó el doctor.

—¿Por qué ha venido usted hasta nuestra morada?

—Porque me he estraviado al principio de la noche.

—¿I usted iba a San Felipe?

—Nó; queria solo llegar hasta el Algarrobal... Pero ántes de continuar, ¿podria usted decirme con quién hablo?

Paulino se sonrió bondadosamente al ver la calma i la entereza del doctor; i como se le hizo simpático, desde el primer momento, le dijo:

—Mi nombre debe ser demasiado conocido de usted, pues no hai quien no lo haya oido en la capital. Soi Paulino Salas, alias el *Cenizo*.

Contra lo que Paulino esperaba, que era el ver palidecer de terror a Rózas cuando oyera su nombre, el doctor lanzó una exclamacion de alegría:

—¡Lo celebro! exclamó. Tengo mucho que hablar con usted! Pero quisiera hacerlo a solas, sin testigos...

—¡Desatad a ese caballero i dejadnos solos! dijo Paulino a los que habian aprisionado al doctor.

Los bandidos se apresuraron a obedecer, i Paulino indicó al doctor un banco que habia-cerca a la mesa, para que se sentase.

Rózas aceptó sin ceremonia alguna, e iba desde luego a hablar, cuando oyó un tropel de caballos i una voz que decia:

—¿Está durmiendo el capitan?

—Es mi teniente primero, que llega, dijo Paulino al doctor.

En aquel momento se presentó Matías en la puerta, i al ver a un extraño, hizo un jesto de despecho. Pero dominándose al instante, dijo:

—Buenas noches, capitán. Tengo que hablar a solas con usted.

—Con el permiso de usted, dijo el capitán, parándose después de hacer una venia al doctor.

Salas se acercó a Matías, el cual le dijo en voz baja:

—Voi a darle un cruel pesar; pero prepárese usted a recibirlo.... Trajgo a Ciriaco moribundo.

—¡Moribundo!... ¡Quiero verlo!... Pronto, pronto! exclamó Paulino.

En aquel momento entraban a Ciriaco entre dos hombres. Paulino se precipitó a él, i Ciriaco lanzó un grito de alegría i de dolor a la vez, i se desmayó.

—¡Aquí!... en mi cama!... dijo Paulino.

—¡Ciriaco! exclamó Rózas, conociendo al fiel amigo de su protegida. ¿I Virginia? se preguntó sumamente alarmado. ¿Qué habrá sido de ella?

El doctor, que no habia advertido preguntar a María si la jóven se habia acompañado de Ciriaco para hacer su viaje, temió que Virginia hubiera corrido, tal vez, una suerte peor. Deseoso de indagar cuanto ántes la verdad, ayudó él mismo a hacer algunos remedios a Ciriaco para que volviese en sí. No tardó esto en suceder, i el buen viejo, que ignoraba que la jóven hubiera salido de su casa, desengañó pronto al doctor.

Cuando Paulino se impuso de lo que habia acaecido, llamó a Matías i le dijo:

—Pronto, amigo mio, vaya usted al camino de Santiago a San Felipe, i en todas las posadas, en todas las habitaciones, busque usted a Virginia i traígala aquí.

Matías subió a uu caballo, i reuniéndose a su partida, se alejó a todo galope.

Paulino hizo traer a Neira a su presencia, e indicándole a Ciriaco, le dijo:

—Te habia ordenado mil veces que no derramaras sangre inútilmente, i me has desobedecido. Si muere ese hombre, morirás tú tambien!...

Neira se preparó a morir, porque Ciriaco estaba como aletargado i no daba la menor esperanza de vida.

La noche siguió avanzando lenta, terrible para Rózas i Paulino. Despues de las esplicaciones que habian mediado entre ellos, las palabras eran inútiles. ¿Qué habrian podido decirse, por otra parte? Ambos no tenian mas que un solo pensamiento, un mismo temor, una misma esperanza. Pensaban en Virginia, temian lo que le hubiese sucedido, i esperaban con ansia, con vehemencia, verla de un momento a otro.

Paulino, sobre todo, habria dado la vida por verla ya fuera de peligro. No pensaba en lo que le diria ni en lo que haria cuando ella llegase: tenia la creencia de que no podria sobrevivir a su emocion: al menos, él lo deseaba así. Ver un segundo a Virginia i morir: estrechar su mano i decirle adios: sentir, en fin, en sus mejillas heladas por la cercanía de la tumba uua lágrima desprendida de los ojos de Virginia, i comparecer al tribunal del Omnipotente para presentarle su vida, toda ella llena de dolores, toda ella comparable a una larga agonía, hé aquí todo lo que ambicionaba.

Al amanecer, Ciriaco volvió nuevamente de su le-

targo, i conociendo que se acercaba su fin, llamó a Rózas i Paulino cerca de sí.

—Esta será la última luz que verán mis ojos, les dijo con voz débil. Ya en otro tiempo, temiendo no morir a tu lado, Paulino, habia dado a Matías unos papeles para que despues de mis dias te los entregara i tú te impusieras de lo que era yo con respecto a tí. Esos papeles los destruí mas tarde, i Dios me concede ahora el que pueda narrarte mi historia. Lo haré en pocas palabras, porque el tiempo de que puedo disponer es mui escaso. Oyeme con atencion, porque mis sufrimientos te servirán de esperiencia para el porvenir.

Ciriaco guardó un instante de silencio para tomar aliento, i luego continuó:

—Yo era un jóven laborioso i trabajador, i me crié, puedo decirlo así, en el fundo que mas tarde pertenció a tí, Paulino. Tu madre, la Elvira Maldonado, era diez años menor que yo, i se casó al cumplir los diez i ocho. Yo amé a esa mujer con delirio, i olvidando la distancia que nos separaba, llegué a pensar, ¡loco de mí! que tal vez algun dia veria premiado mi amor. Su casamiento vino a matar todas mis esperanzas, i si no me suicidé, solo fué porque encontraba un secreto encanto en mis celos terribles, en mi desesperacion inmensa. Quería vivir a su lado para verla todos los dias, aun cuando mi corazon se destrozase al verla unida a un hombre a quien ella idolatraba. No sé si Dios o el infierno se apiadó de mi desesperacion, pues Elvira solo duró dos años casada.

La esperanza renació de nuevo en mi pecho. Yo

era el administrador del fundo: ¿por qué no podía pasar a dueño, conquistando el corazón de mi señora? —Trascurrieron dos años. Las lágrimas se habían secado en las pupilas de Elvira, i una sonrisa entreabría sus labios. Elvira, jóven, hermosa, en la edad en que la mujer mas necesita del amor, era coqueta i le gustaba verse amada. Comprendí que conocia lo que pasaba en mi corazón, i que aceptaba mis tímidas manifestaciones con placer. Crié valor, i un dia, cayendo de rodillas a sus plantas, le pedí mi felicidad que ella habia ahuyentado...

Ciriaco se detuvo i cerró los ojos, tanto para reanudar sus recuerdos, como para hacer un esfuerzo i dominar su emocion.

Un instante despues prosiguió:

—Pero Elvira era mui orgullosa. Ella que mandaba en mi corazón como soberana absoluta, habria podido hacerme conocer lo absurdo de mis pretensiones sin herir mi orgullo, que por pequeño que fuese, se sublevó cuando lo abatieron con el escarnio. Todo lo que faltó a Elvira para que llegara a lo sumo su desprecio, fué que me escupiese al rostro por mi atrevimiento; atrevimiento que ella habia autorizado con sus pequeñas complacencias. Salí de su pieza con las mejillas lívidas por la vergüenza i con el corazón rojo por el furor. Habria ahogado a esa mujer a quien amaba, si no la hubiera amado tanto. Delirante con lo que me sucedia, alejé a los criados a la noche siguiente, i me fuí a las piezas de Elvira. Estaba sola: cerré la puerta por donde yo habia entrado, i me precipité a

ella. Me esperó de pié, pálida, indignada, pero silenciosa. Llevó su orgullo hasta no llamar, hasta no defenderse... Creyó rebajarse al luchar conmigo para impedirme que tomara su belleza. Solo una palabra me lanzó al rostro: una sola, pero que quemó mi semblante al escaparse de sus labios. «¡Infame!» me dijo, cuando yo delirante la decia: «¡Eres un ángel!»...

Ciriaco calló por segunda vez, i se oprimió el corazón. Lo sentia latir aun en su lecho de muerte al contacto del recuerdo de aquellos momentos de placer. Hizo un esfuerzo i continuó:

—Salí del lugar en que habia cometido mi crimen, resuelto a suicidarme; pero quise tener un instante de gloria recordando ese momento, único en mi vida, en que habia conocido las emociones del amor. Fué el primero i el último tambien. No tuve valor para suicidarme, porque mi corazón, a pesar de todo, concibió una esperanza. Pasó un dia, dos, diez, i yo no volví a ver a Elvira. Su sirviente me decia que estaba enferma. Pasó un mes, dos, tres, i Elvira no salia de sus aposentos, i a mí no me era posible entrar a ellos. A los tres meses recibí por escrito la orden de despedir a un criado de la casa, i cambiarlo por otro. A los quince dias, una orden igual para otro; i así, de quince en quince dias, fueron cambiándose todos, hasta no quedar mas que yo.

—Si tuviera tiempo, continuó Ciriaco, os diria lo que sufrí intertanto con mis remordimientos i con mi amor! Hubo instantes en que desee echarme a sus plantas; i pidiéndole perdon, sepultarme un puñal en el pecho.

¡Ah! cuánto sufrí...! A los nueve meses de la noche en que consumé mi crimen, me anunciaron que la señora estaba enferma de parto. Estuve al volverme loco. El remordimiento, por una parte, destrozaba mi corazón; i por otra, cierta vanidad, cierta idea de voluptoso recuerdo, me hacia exclamar: “¡Bien! Tendrás un hijo mio...! Un hijo que te ha dado mi amor...! ¿Qué importa el cariño que tuviste a tu marido? ¿Qué importa que le devolvieras caricia por caricia, cuando en dos años jamas te dió lo que yo, en un instante, te he dado...? ¡Eres madre, i fuerza es que mientras vivas no olvides un momento al padre de vuestro hijo!”—Pero pasaban estas ideas i venian otras a mi cerebro. ¿Qué pensaba hacer Elvira con su hijo, con mi hijo? Ocultarlo siempre a mi vista? robarlo a mi amor? No decirle jamas que yo era su padre...? Nó, eso no lo permitiria jamas. Era mi hijo, i a ningun padre, por infame que sea, puede privársele que bese, que acaricie, que estreche contra su corazón al sér que él ha formado, al sér que le debe la vida. I yo amaba tanto, tanto, a ese hijo que aun no conocia, i cuya existencia se me acababa de anunciar, que estaba dispuesto a sacrificarle todo, hasta el amor de Elvira....

Ciriaco llevó una mano a los ojos para enjugar una lágrima que humedecia sus párpados, i continuó un instante despues:

—A la una de la noche se me dijo que Elvira habia dado a luz un varon; i cuando el dia principiaba a aparecer, me dijeron que me llamaba... Corrí adonde ella, pero al llegar a la puerta me detuve. Iba a entrar

a la pieza que nueve meses ántes habia profanado. Entónces llevaba el odio i el amor en el corazon: ahora llevaba el arrepentimiento de mi crimen i el amor santo de mi hijo. Mi crimen estaba lavado con mi arrepentimiento; mi ultraje, en cierto modo, estaba satisfecho con mi hijo. Entré, no corriendo como el leon que en el campo se precipita sobre su presa, sino como el penitente que acude al templo para invocar de Dios el perdon...! Aunque avergonzado, me sentia fuerte porque estaba arrepentido...!—La pieza estaba sola... Marché hácia el lecho de Elvira, no precipitado i sediento de placer, sino calmado i respetuoso como el cristiano que se acerca al altar adonde se halla su Dios..... ¡Elvira estaba sentada en su lecho, i apoyaba la cabeza en unos almohadones. Su bellissimo rostro estaba pálido como la azucena, i sus ojos no tenian nada de airado en su mirar. ¡Todo era blanco lo que rodeaba sus ojos i cabellos negros....! Elvira me miró, i al acercarme, una sonrisa inefable entreabrió sus descoloridos labios.... ¡Qué bella, qué divina, la ví entónces....! Sentí que se rasgaba mi corazon, i caí de rodillas a los piés de su lecho; i alzando mis manos hácia ella, en actitud suplicante, la dije entre sollozo i sollozo: “¡Perdon!!!”

Ciriaco no pudo continuar, porque una convulsion cortó su voz.

Paulino enjugó algunas lágrimas que rodaban por sus mejillas, i el doctor estrechó con efusion una mano del pobre Ciriaco, como para comunicarle valor.

El desgraciado i moribundo viejo fijó un instante

la vista en el cielo, i con voz débil, aunque enternecida, continuó:

—Elvira, la bella Elvira, mi señora, la madre de mi hijo, estendió las manos; i tomando una de las mias, me dijo:—“¡Levántate...! Hace mucho tiempo a que te he perdonado...!”—«¡Nó, le dije yo, no debo estar sino de rodillas ante tí!”—«No me contraríes, me contestó ella con voz dulcísima, porque voi a morir!»—Me paré de un salto i la miré. El remordimiento hizo estremecer hasta la médula de mis huesos. Elvira estaba cubierta de canas.—„Oyeme, me dijo ella; yo he sido la causa de todo... Yo debí haber pensado en qué todo hombre tiene un corazon, i que en cualquiera parte de la sociedad que aquél se halle colocado, debe sentir lo que todos sienten. Tú eras mi súbdito, pero eras un hombre honrado, i como a tal yo no debía, Ciriaco, humillarte como lo hice. Dios, que no deja sin castigo nuestras acciones malas, abatió mi orgullo i permitió que ultrajaras mi honor. Sufrí mucho; pero bien pronto me eché en cara que yo era la causa de todo. Bien pronto tambien las palpitaciones de mi seno me hicieron conocer que era madre; i como madre, no pude ménos de sentir amor por el padre de mi hijo... Habria querido llamarte i darte mi mano, pero el deseo de expiar mi falta me hizo tomar una determinacion, que, aunque criminal para los hombres, no lo será, estoi segura de ello, para Dios. A medida que los movimientos de mi hijo se hacian mas marcados, yo sentia con mas vehemencia el deseo de que tú fueras mi esposo i el padre lejítimo de él; pero me contuve, i continué en-

cerrada en estos aposentos, acariciando al sér que se movia en mis entrañas, i ofreciendo a Dios el sacrificio inmenso que le hacia de la felicidad que podia haber gozado en la tierra. Porque yo, Ciriaco, en estos últimos meses, te he amado...!—Denantes, apenas dí a luz a mi hijo, i ántes de sentir su llanto que habria debilitado mis propósitos, apuré un líquido que contenia este frasco.... Ese líquido era un veneno.. .” —«¡Dios mio! exclamé yo desesperado: negaré tu bondad si permites que muera esta criatura!» —“No blasfemes, me dijo ella con tranquilidad. Dios es justo i misericordioso....! En nombre de El, de mi amor, Ciriaco, te pido que me obedezcas sin contradecirme. Toma mi testamento.... (i me pasó unos papeles) dejo cuanto poseo a mi hijo; i a tí, como a mi albacea... ¡No llores! agregó, al ver que yo no podia reprimir mis sollozos; ya ves que yo tengo valor” —En seguida, tomándome de una mano, la acercó a sus labios, diciéndome: —“Este beso, Ciriaco, será el vínculo que nos ha unido en la tierra!....”

Ciriaco se interrumpió de nuevo porque la emocion lo ahogaba; pero comprendiendo que su vida se extinguia, hizo un esfuerzo i agregó:

—Yo abracé i besé a Elvira con delirio, i ella tambien unió sus labios a los míos. Aquel beso, sin embargo, nada tuvo de carnal: fué el beso que se daban dos almas al separarse!

Tras una breve pausa, Ciriaco continuó:

—Elvira no perdió su presencia de espíritu. Se volvió hácia un lado i tomó a su hijo.... El anjelito lloró...

—“¡Toma, me dijo pasándomelo; recibe al hijo de tu amor....! Hazlo bueno, i él será el vínculo que nos unirá en el cielo...!”

Ciriaco calló nuevamente. No podia recordar aquellos dias sin conmoverse.

El doctor i Paulino lloraban tambien.

El buen viejo pidió al cielo un momento de valor i continuó:

—Elvira me pasaba a su hijo; i cuando yo iba ya a tomarlo, lo quitó de mis manos para estrecharlo a su corazon....! El niño seguia llorando.—“¡Anjel mio! le dijo ella mirándolo amorosamente; no llores por los senos de tu madre porque ella no podria darte mas que la muerte, i yo quiero que vivas...! Tu padre velará por tí, acá en la tierra, i yo velaré por tí, allá en el cielo!”

—Al decir esto, lo acarició besándolo i estrechándolo a su pecho; i poniéndolo en mis manos, me dijo:—“¡Ciriaco: recibe a mi hijo, i haz de él un hombre de bien....!”

—Yo tomé en mis brazos al niño, i ella agregó: “Vete, ahora, Ciriaco; déjame las horas que me quedan, para hablar con Dios.”—Me arrodillé; i ella, estendiendo las manos hácia nosotros, nos bendijo....!

—Yo tomé a mi hijo, que lloraba de hambre, continuó Ciriaco tras una breve pausa, i salí con él, acariciándolo i lleno de dolor, para ir a buscar una persona que le diera el alimento que su madre no le podia dar. A las veinticuatro horas, Elvira habia muerto, i yo tomé a mi hijo, i me fuí con él, al lado del cadáver de esa sublime mujer. «—¡Elvira, la dije, elevando hácia

ella mi hijo, como el sacerdote que eleva al Eterno el holocausto del cordero de Dios; —Elvira, tú que has sacrificado tu vida i tu felicidad por purgar una falta, yo te juro que sacrificaré tambien mi felicidad, para merecer el perdon de mi crimen....! Nada habria para mí mas dulce que el oirme llamar padre por tu hijo; pero no quiero darme esa satisfaccion, en castigo de mi delito!....»—Paulino, agregó Ciriaco atrayéndolo hácia sí: Paulino: he cumplido con mi juramento, pues solo ahora, en el borde de la tumba, me atrevo a decirte: ¡Hijo mio....! perdona a tu pobre padre....!

Paulino no pudo decir ni una palabra; pero un beso respetuoso que depositó en la frente del anciano, valia mas que cualquiera frase.

—Gracias, dijo Ciriaco; ahora sí que puedo morir feliz...! Tú, hijo mio, como tu madre, me perdonas. Permíteme ahora agregar algunas esplicaciones para disculpar mi conducta. Creyendo que el solo sacrificio de no oir de tus labios el nombre de padre era bien poco para expiar mi crimen, te hice bautizar bajo el apellido de Salas, para que no tuvieses ni mi apellido, i prometí a Dios no vivir a tu lado siempre que no necesitasas de mí. Esto ha sido lo que me ha hecho alejarme en algunas ocasiones; pero como temia por tu vida, no te he perdido de vista jamás...

—¡Paulino...! ¿Dónde está Paulino? exclamó a ese tiempo una voz de mujer, a la entrada del lugar en que se hallaban nuestros personajes.

Paulino se volvió, i recibió en sus brazos a Virginia. Hubo un momento de sublime silencio.

Paulino fué el primero en romperlo, diciendo a la jóven:

—¡Mi padre se muere...!

E indicó a Ciriaco que, con los brazos abiertos, esperaba que la jóven se acercase a él.

—¡Tu padre! exclamó Virginia. ¡Ah! bien me lo decia el corazon...!

I rodeando con sus brazos el cuello de Ciriaco, le dijo:

—Mi viejo, mi segundo padre. ¿Qué tienes...?

Ciriaco respiró con fuerza porque su debilidad i su emocion lo ahogaban.

—¡Hija mia! le dijo al fin. ¡Qué a tiempo has llegado....! Tú serás el ángel que me abres las puertas de la eternidad....!

El brazo con que rodeaba el cuello de Virginia se aflojó, i Ciriaco cayó desplomado en el lecho.

Rózas, Paulino, Virginia, i Matias que presenciaba esta escena desde la puerta del aposento, cayeron de rodillas para elevar a Dios una oracion, por Ciriaco que habia dejado de existir.

EPÍLOGO.

I.

El corto espacio de que podemos disponer para concluir nuestra narracion, nos obliga a dar solo una rápida mirada a los sucesos políticos del reino.

Carrasco, desorientado por los denuncios i consejos, aturdido ántes de tiempo por el golpe que veia alzarse sobre su cabeza, se hallaba en un estado tal de desesperacion, que no sabia qué hacer.

A los tres dias de la escena del Algarrobal, Rózas llegaba a Santiago, i despues de oir las confidencias del presidente, visitó a algunos amigos, recojió i les dió noticias de gran interes para la causa que apoyaban, i se dirijió en seguida a donde el padre frai Melchor Martínez.

—¡Usted es un espía i un delator! le dijo con voz airada, apénas se quedaron a solas: usted se ha introducido en nuestros círculos, i despues de sorprender nuestras aspiraciones, ha tratado de ponerlas en conocimiento del presidente, valiéndose para ello de anónimos. Usted es un calumniador i un mal sacerdote: calumniador porque me ha difamado llamándome hereje i hombre sin honor; i mal sacerdote, porque se vale de la Cátedra del Espíritu Santo, para llamar impía nuestra libertad, i santa i sagrada nuestra esclavitud.

vitud!... He venido donde usted, que asecha como el bandido, que traiciona como Júdas; donde usted, que oculta i solapadamente nos denigra; donde usted, a quien la esperanza de obtener algo de los reyes ha hecho que acalle la voz de su conciencia, he venido, repito, para decirle:—Cierto es que trabajo para derribar la monarquía: cierto es que trabajo para elevar a Chile. Vaya usted i denúncieme; poco me importa, pues ya la corriente es tan impetuosa, que arrastrará los estorbos que encuentre a su paso. A usted, i a todos los que como usted tengan una alma mezquina, tendré el gusto de ver bien pronto salir del suelo que los ha acojido con amor, pero que los lanzará como lanza el volcan la escoria que se forma en su seno. ¡Padre Martínez: yo, sin estar endemoniado, como la jóven que vos queríais hacer pasar por tal, os predigo que saldréis bien pronto desterrado de Chile! ¡Tomad vuestras inmundas cartas i esperad el castigo!.....

Al decir esto, el doctor le arrojó sobre la mesa las cartas anónimas que habia recibido Carrasco, i dándole vuelta la espalda, se alejó de él sin dejarle tiempo para que contestara.

Eran como las seis de la tarde, i Rózas se dirijió apresuradamente a la casa en que estaba Gabriela.

Valiéndose de su influjo, de su elocuencia, i sobre todo, diciendo a don Anjel que tenia esperanzas de volver a la razon a la jóven, cambiándola de casa i de compañía, consiguió que el buen caballero le permitiese llevar a Gabriela a casa de Virginia.

Gabriela, demente, sin el menor átomo de razon, era siempre la jóven dulce, bellísima, que hemos conocido. Siguió al doctor, como habria seguido a un perrillo que la tirara de la falda de su vestido.

Rózas marchó con su compañera, sintiendo que le palpitaba el corazon.

—Voi a jugar el todo por el todo, se decia. ¡Si Virginia no escucha mi ruego; si Gabriela no es bastante para hacerla cambiar de resolucion, daré un adios a mi dicha!.....

II.

Antes de que llegue Gabriela a casa de Virginia, veamos lo que habia sucedido en el Algarrobal.

Durante las veinticuatro horas que siguieron a la muerte de Ciriaco, ni Rózas, ni Paulino, ni Virginia, se atrevieron a hablar de su pasado ni de su porvenir. Pero cuando ya sepultaron el cadáver de Ciriaco, los tres se reunieron en la misma pieza a que habia sido llevado el doctor.

Hubo un momento de embarazoso silencio, de cruel ansiedad. Paulino se armó de valor, i acercándose a Virginia, le dijo con voz trémula por la emocion:

—Virginia: debemos confesar que cada creatura tiene un destino al nacer. Hace algun tiempo que yo creí que el mio era amarte i ser feliz; pero esceptuando los raros momentos en que cerca de tí he olvidado todo, en los demas he sido mui desdichado!... Yo tenia buenos sentimientos i buen corazon; yo, al darte mi mano, no te daba un palacio ni una corona; pero te daba, Virginia, un nombre oscuro pero honrado, i junto con él, un amor inmenso i una alma llena de magníficas ilusiones!... Tú me has adorado, tambien; tus ojos no han cesado de llorar por mí!... Tú me has seguido con tu recuerdo a todas partes, i no ha habido un minuto de mi vida, en que mi corazon no me haya dicho que tú pensabas en tu esposo ante Dios!... Yo he correspondido tus recuerdos, invocándote como a mi ángel, como a mi Dios; pero sin embargo, yo no soi el mismo! Mi alma no tiene ilusiones porque las ha

destruido el sufrimiento: mi corazón no es ya como el puro corazón del niño, porque ahora está manchado con el crimen; mi nombre no es el nombre que aunque oscuro era honrado, sino un nombre que aunque famoso es maldecido!... ¡Oyeme, por Dios!... Voy a decírtelo todo!... Hace mucho tiempo, Virginia, desde que mis manos se enrojecieron con la sangre de mi venganza, a que yo renuncié para siempre a tí! Estas manos, empapadas en el crimen, no pueden estrechar las tuyas, sin mancharlas!... Yo sería un fantasma para tí, i tú serías un eterno remordimiento para mí!... Cuando yo te acariciara, recordarias al cruel bandido; cuando tú me acariciaras, recordaria yo a las víctimas que tal vez he dejado sin pan, sin padres o sin esposos!...

Paulino se interrumpió, porque su desesperacion lo ahogaba.

—¡Perdon, Virginia! la dijo al fin con voz convulsa. Aléjate de mí; huye del monstruo que elejiste por esposo!... Soy un sér maldito por la sociedad, i no quiero que tú, mi ángel, mi cielo, compartas de mi maldicion; porque el dia que tú fueras insultada, el dia que una sombra de vergüenza coloreara tus mejillas, ese dia, óyelo bien, llegaria al colmo mi desventura! ¡I sin embargo, yo sería el mas dichoso con tu amor!... Llegaria tal vez a olvidar mis crímenes en tus brazos!...

Paulino se detuvo como asaltado por una idea repentina.

—Oye, le dijo, con voz delirante. Yo no quiero renunciar a tí: nos iremos a Lima, a Europa, a cualquier parte, donde nadie me conozca, donde solo te vea a tí; i allá en una cabaña, viviremos los dos, el uno para el otro, sin pensar mas que en nuestro amor i en nuestros hijos!... ¡En nuestros hijos!! repitió como aterrizado i cambiando de tono i de expresion. ¡En nuestros hijos!... ¡Ah! jamas!... Yo te daría hijos de un

asesino! hijos de un miserable!... Jamás, jamás por ellos, jamás por tí!... ¡Virginia!... agregó con desesperación, con dolor infinito: Virginia: yo no quiero, yo no puedo ya ser tu esposo!... Nuestra union es imposible, porque yo no quiero deshonorarte, i seria mas desgraciado haciéndote sufrir que perdiéndote para siempre! Vete, ángel mio, a orar a Dios por mí, mientras yo sigo la estrella fatal de mi destino! Dame algo tuyo, algo que bese i acaricie en mi soledad, cuando piense en tí, que será siempre!...

Virginia, anegada en llanto, arrancó de su corpiño un medallon con su retrato, i pasándoselo a Paulino le dijo:

—¡Soi tu esposa ante Dios, i lo seré toda la vida! ¡Gracias por tu jenerosidad i por la nobleza de tus sentimientos!... Por duro que sea para nosotros el separarnos, tú lo has dicho con razon: debemos hacerlo para no dar vida a séres que serian desgraciados!... Seremos hermanos, i esposos solo en el corazon!... Tú, desde hoí abandonarás la vida que has llevado, i yo ocuparé la mia pidiendo a Dios por tí!... ¡Esposo mio!... no prolonguemos mas tiempo nuestro suplicio!... Démonos el último adios!.....

Movidos por una misma atraccion, cayeron el uno en brazos del otro i se estrecharon con delirio. Pero como si aquel abrazo les hubiera dado todo el valor de que carecian, ambos sintieron que su alma se dilataba.

—¡Soi feliz, exclamó Paulino, porque conservarás intacto tu honor!

—¡I yo, para ser dichosa, le dijo Virginia, solo necesitare que tú vuelvas a ser un hombre de bien!... ¡Adios, esposo mio!.....

Virginia se desprendió de los brazos de Paulino, i salió del aposento.

Virginia, pura paloma cuyas alas conservaban la nítida blancura de la infancia, estaba pronta a unir su suerte a la del único hombre que habia hecho palpitar su corazón; pero cuando, merced a las francas palabras de Paulino, comprendió el porvenir que a ella i sus hijos (si los tenia) se les esperaba, no pudo ménos de sentir un profundo amor i agradecimiento por el que, despreciando su dicha del presente, llevaba su amor hasta pensar en su dicha del porvenir.

Rózas se acercó al jóven diciéndole:

—Usted que ha empuñado el puñal en ofensa de la sociedad, es necesario que lo emplee ahora en defensa de la patria. Ha sido un bandido: lave esa mancha siendo patriota; i la lei que ahora lo proscribe, mañana le dará un puesto entre los hijos que han sacrificado su vida por amor a la tierra natal!... Su corazón, herido ahora por un amor desgraciado, hallará en otro amor, en el de la patria, un inagotable consuelo. Usted debe emprender una vida ajitada, llena de emociones, para no tener tiempo de pensar en su desventura; pues bien, en la guerra, en los asaltos, en los combates, encontrará usted gloria para su nombre, hoy deshonrado, i alivio para su alma, en este momento herida!...

Rózas continuó hablando con entusiasmo, a Paulino, de la independenciam de Chile, i de lo que él podia hacer levantando guerrillas para desalojar a los godos. Aquellas ideas, no podian ménos de ser acogidas con placer por el corazón de Paulino.

—¡Sí, dijo éste al doctor; juro a usted que serviré a mi patria!

—Bien, replicó Rózas; disuelva usted su compañía i diríjase al sur con los hombres que estén dispuestos a cambiar el puñal del bandido, por el sable del soldado. Yo, a mi vez, juro a usted que obtendré su perdón!

Paulino perdonó a Neira, el cual, junto con toda su compañía, siguió en su vida de vandalaje.

Aquel mismo dia, Paulino marchó al sur acompañado de Matías, único a quien no le agradaba la vida de bandido.

III.

Rózas volvió a Santiago acompañado de Virginia, la cual dijo que se iba a un monasterio. El doctor combatió esta idea cuanto pudo; pero como la jóven persistiese en su resolucion, le pidió que le concediera unas cuantas horas ántes de sepultarse para siempre en esas cárceles del cristianismo.

Ya sabemos cuán triste era para el doctor privarse del puro afecto de Virginia; así es que, al llevarle a Gabriela, empleaba el último recurso para hacerla desistir.

Virginia, al ver a su antigua amiga, corrió hácia ella i la abrazó con cariño. La pobre demente se sonrió sin conocerla.

—¡Ah! exclamó Virginia enternecida. ¡Cómo te han puesto, mi pobre Gabriela, los que no trepidan en sacrificar a sus semejantes, por satisfacer su ambicion!... ¿Qué han hecho de tu alma sensible i hermosa? Qué de tu corazon impregnado de nobles ideas, de santas i honradas aspiraciones? ¡Mónstruos!... No han tenido piedad de tí, que eres un ángel, mucho ménos la tendrán de las que como tú no tienen sentimientos tan elevados!...

—¡Virginia! la dijo el doctor. En vez de sepultarse usted entre cuatro paredes, donde nada va a hacer por sus hermanos, ¿no será mejor que dedique su vida a cuidar de esta infeliz? Podrá usted permanecer en esos sitios endonde lo primero que se hace es matar la inteligencia, para que no se sienta el corazon? Usted que vi-

virá en lo sucesivo para acariciar en el fondo del alma el recuerdo santo de su amor a Paulino, ¿irá a sepultarse a un cláustro, donde le prohibiran que piense en él? Si su objeto es pedir a Dios que lo salve, ¿cree que su oracion no será tan agradable aquí como allá? Piense que la vida del claustro no puede compararse a la que llaman mundana, cuando en ésta se socorre al desvalido, se enjugan las lágrimas del desgraciado i se desparrama el bien a manos llenas. El "Dios se lo pague" que con labio reconocido pronuncia el mendigo, llega mas pronto i con mas eficacia a los oídos de Dios, que el rezo estudiado i monótono de los monasterios! Vamos, desista usted! ¿No cree mas grande, mas sublime, dedicar su vida a esta desgraciada jóven?

—¡Sí, exclamó Virginia; ahora comprendo que nada puede agrandar mas a Dios, que el ser útil a nuestros semejantes!... Gabriela quedará a mi lado, i será para mí una hermana!.....

—¡A dos hace usted felices! le dijo el doctor. Yo ocuparé al lado de usted el lugar de su padre!...

IV.

La amenaza que el doctor hizo al padre Martinez, se cumplió algunos años mas tarde. El odio que este sacerdote concibió por los chilenos, ha quedado manifiesto en su *Historia de la revolucion de Chile*, obra que se ocupaba de escribir, cuando fué desterrado.

Rózas, teniendo a Virginia para endulzar sus decepciones, trabajó con mas ardor que nunca en la causa de la Independencia de Chile. I la jóven, dedicándose a la caridad i al cuidado de Gabriela, encontró bien pronto la felicidad. Felicidad dulce, tranquila, mezclada a veces con un recuerdo melancólico pero grato, se-

mejante al crepúsculo de la tarde en un día de primavera.

Paulino fué el terror de los españoles; i cuando a la cabeza de sus aguerridos compañeros se lanzaba sobre algun escuadron del rei, invocaba a Virginia como a su ángel tutelar. Este nombre, lo hacia siempre vencer; i algunas cartitas de la jóven, que el doctor Rózas le remitia de cuando en cuando, reanimaban su valor.

Hé aquí la última noticia relativa a Paulino Salas, que encontramos en la *Historia de Santiago*, por don B. V. Maekenna:

«En 1818 vivia en Curicó, quieto, inválido, amnistiado de sus fechorías, como *patriota*.»

FIN.

INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

El salon de nuestros abuelos.....	5
Conquista de un poeta.....	15
La endemoniada.....	22
Pronósticos	31
Frai Melchor se confunde.....	37
Un voto inconsiderado.....	46
La vida en los monasterios.....	54
Un nuevo compromiso contraido por el doctor.....	60
El asilo de Virginia.....	68
Inocentes por pecadores.....	75
Los conflictos del presidente.....	79
Un gobernador constituido en guardian.....	87
El presidente en campaña.....	95
Una escolta desarmada.....	102
Empeño que da la esperanza de un grado.....	109
Atenciones del doctor Rózas.....	115
El presidente investiga la verdad.....	119
El reverso de la medalla.....	129
Presidente i privado.....	138

Un médico improvisado.....	145
Algunas esplicaciones.....	153
Las víctimas de la inquisicion.....	16
Ultimas cartas de Gabriela.....	169
Frai Melchor se enfurece.....	178
Don Enrique Pérez.....	193
Nuevas desgracias.....	200
Méritos que poseia el gobernador Carrasco.....	208
Resolucion de una alma afijida.....	218
Heroismo	223
Situacion desesperada.....	230
El mendigo.....	237
En quienes suele anidarse la caridad.....	242
Revelaciones.....	246
El cuartillo en peso.....	251
Con la vara que mides serás medido.....	259
La caridad de un cura.....	266
Situacion desesperada.....	274
El primer paso.....	279
Uno en el clavo i ciento en la herradura.....	284
Una prueba brutal.....	293
Contrariedades alarmantes.....	299
Una noticia inesperada.....	305
Arrepentimiento i perdon.....	311
Dos cartas.....	316
Resolucion varonil.....	321
Revelaciones de un moribundo.....	330
Epilogo	353